

MARGARET
ATWOOD

ORYX Y CRAKE



«Margaret Atwood es la figura enigmática y brutal que se lanza como una incendiaria contra el mundo ordenado y impluto»

Michael Ondaatje

Lectulandia

Oryx y Crake (título original en inglés Oryx and Crake) es una novela de ciencia-ficción con elementos distópicos y satíricos.

Oryx y Crake examina de una forma crítica los avances de la medicina y la tecnología de manipulación genética, en concreto la creación de animales transgénicos (como los “cerdones” que aparecen en la novela, que son cerdos híbridos de cerdo y humano, criados para obtener órganos humanos para trasplante). La sociedad descrita tolera y promociona la comercialización de todos los aspectos de la vida, y mantiene una división abismal entre pobres y ricos, que viven protegidos en áreas cerradas.

El protagonista de la novela, Hombre de las nieves, parece ser el último hombre vivo en la Tierra, pero está rodeado de extrañas bestias híbridas (los hombre-cerdos, los lobo-perros, las ratas-serpientes, etc). Un grupo de seres con aspecto humano, nombrados crakers, viven cerca y a menudo le traen comer y le hacen preguntas sobre temas que ellos no entienden. Tal como adelanta la novela se va descubriendo que los crakers y las bestias han sido el resultado de ingeniería genética.

Con flashbacks descubrimos la historia de Hombre de las nieves, un niño nombrado Jimmy que creció en una sociedad dominada por las grandes compañías multinacionales, que mantenían a las familias de sus empleados protegidas en complejos privilegiados y vigilados bien separados de los proletarios. Jimmy se hizo amigo de Crake (cuyo verdadero nombre era Glenn), un brillante y prometedor estudiante de ciencias. La novela satiriza a la sociedad actual mostrando las actividades de los dos adolescentes que pasan el tiempo con juegos electrónicos y videos de todo tipo de actividades violentas, crueles, macabros, etc.

Un tercer personaje es una mujer misteriosa. Su apodo es Oryx, del nombre de un antílope africano. Ella es la maestra de los crakers y además amante de Crake y de Jimmy.

Lectulandia

Margaret Atwood

Oryx y Crake

ePUB v1.2

Dawo 10.08.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Oryx and Crake*
Margaret Atwood, 2003.
Traducción: Juanjo Estrella

Editor original: Dawo (v1.0 a 1.2)
Corrección de erratas: Mística
ePub base v2.0

A mi familia.

Tal vez habría podido, como otros, asombrarte con relatos extraños e improbables; pero he preferido contarte sólo hechos reales con el estilo más directo y de la manera más simple. Porque mi afán no ha sido entretenerte, sino informarte.

Los viajes de Gulliver, JONATHAN SWIFT

¿No había seguridades? ¿No podían aprenderse de memoria las mañas del mundo? ¿No había guía, ni refugio? ¿Acaso todo era milagro, salto al vacío desde el pináculo de una torre?

Al faro, VIRGINIA WOOLF

Capítulo 1

Mango

Hombre de las Nieves se despierta antes del amanecer. Se queda tendido, inmóvil, mientras escucha la marea que sube, una ola tras otra pasando por encima de las diversas barricadas, chis chas, chis chas, el ritmo del corazón. Cuánto le gustaría creer que todavía está dormido.

En el horizonte, hacia el este, se levanta una neblina gris, iluminada ahora con un resplandor mortecino y rosáceo. Qué raro que ese color siga pareciendo tierno. Las torres de la costa recortan sus siluetas oscuras contra ella y se elevan extrañamente sobre el rosa y el azul pálido de la bahía. Los graznidos de las aves que anidan allí y el batir lejano del mar contra los falsos escollos, que en realidad son piezas oxidadas de coches y ladrillos amontonados y cascotes varios, suenan casi como el ruido del tráfico en un día festivo.

Por pura costumbre mira el reloj de acero inoxidable, con su gastada cadena de aluminio, aún reluciente aunque ya no funcione. Ahora es su único talismán. Lo que le muestra es un rostro en blanco: las cero horas. Esa ausencia de tiempo oficial le produce un escalofrío de terror. Nadie, en ninguna parte, sabe qué hora es.

«Cálmate», se dice. Respira hondo varias veces y se rasca las picaduras, se frota alrededor, no en los sitios que más le escuecen, con cuidado de no arrancarse ninguna costra: sólo faltaría que se le infectara la sangre. Baja la vista en busca de algún resquicio de vida salvaje. Todo está tranquilo. Ni rastro de bichos. Mano izquierda, pie derecho, mano derecha, pie izquierdo, empieza a bajar del árbol. Tras sacudirse las hojas y las cortezas, se envuelve con la sábana como si fuera una toga. La noche anterior colgó de una rama la gorra de béisbol de los Red Sox—una réplica auténtica—para que no se le estropeará. Mira en el interior, sacude una araña, y se la pone.

Gira a la izquierda y se aleja un par de metros. Mea contra los arbustos. «Ánimo», les dice a los saltamontes que se alejan brincando tras el impacto. Luego se dirige al otro lado del árbol, lejos de su urinario habitual, y se pone a rebuscar en el escondite que se ha hecho rodeando unos bloques de hormigón con alambre de espino, para que las ratas y los ratones no puedan entrar. Allí mantiene ocultos unos mangos metidos en una bolsa de plástico y una lata de salchichas vegetarianas de cóctel de la marca Sveltana, y una muy preciada botella de whisky medio llena, no, más bien con una cuarta parte, y una barrita energética con sabor a chocolate que se llevó de una zona de caravanas fijas, dura y pegajosa en el interior de su envoltorio. No acaba de decidirse a comérsela; tal vez sea la última que encuentre. También guarda un abrelatas y un punzón para picar hielo, aunque no sabe para qué; y seis botellas de cerveza vacías, por razones sentimentales y también para almacenar agua. Además de sus gafas de sol, que se pone. Les falta un cristal, pero mejor eso que nada.

Abre la bolsa de plástico. Sólo le queda un mango. Curioso. Creía que había más.

Las hormigas se han metido dentro, aunque apretó el nudo al máximo. Ya le están subiendo por los brazos, son de las negras, y también las hay de esas amarillas, aún peores. Sorprende lo fuerte que llegan a morder, sobre todo las amarillas. Se las quita.

—El estricto cumplimiento de las rutinas diarias redundaba en el mantenimiento de la moral y en la preservación de la cordura —dice en voz alta. Tiene la sensación de estar citando la frase de algún libro, algún precepto obsoleto y cargado de sentido común escrito para ayudar a los colonos europeos al mando de alguna plantación. No recuerda haberlo leído, pero eso no significa nada. Tiene muchos espacios en blanco en lo que le queda de cerebro, donde antes se alojaba su memoria. Plantaciones de caucho, de café, de yute (¿qué era el yute?). Les recomendarían que se pusieran salacots para protegerse del sol, que se vistieran para la cena, que se abstuvieran de violar a las nativas. No utilizarían nunca «violación», claro. Que se abstuvieran de confraternizar con las lugareñas. O, dicho de otro modo...

Pero está seguro de que no se abstenían. Nueve de cada diez veces, no.

—En vista de los atenuantes... —dice. Se descubre de pie, con la boca abierta, intentando recordar el resto de la frase. Se sienta en el suelo y empieza a comer el mango.

Desechos

Por la playa blanca-coral molido y huesos rotos, camina un grupo de niños. Seguro que han estado nadando, aún están mojados y brillantes. Deberían ir con más cuidado: quién sabe qué infesta la bahía. Pero ellos son imprudentes. No como Hombre de las Nieves, que no metería un pie en el agua ni de noche, cuando el sol ya no puede hacerle daño. Corrección: mucho menos de noche.

Los mira con envidia. ¿O es nostalgia? No, no puede ser eso: de niño nunca se bañó en el mar, nunca anduvo desnudo por la playa. Los niños escrutan el terreno, se agachan, recogen objetos que las olas depositan en la orilla; luego deliberan, se quedan con algunos artículos, descartan otros; sus tesoros van a parar a un saco medio roto. Tarde o temprano —de eso no tiene duda— lo descubrirán allí sentado con su sábana sucia, rodeándose las piernas con un brazo y comiéndose el mango, a la sombra de los árboles, porque el sol es inclemente. Para los niños —que tienen la piel gruesa, resistente a los rayos ultravioleta—, él es una criatura de la penumbra, del anochecer.

Ya vienen.

—Hombre de las Nieves, oh, Hombre de las Nieves —gritan como en una letanía. Nunca se acercan demasiado. ¿Es porque lo respetan, como le gustaría creer, o porque apesta?

(Apesta, eso lo sabe muy bien. Huele a rancio, a animal de caza, peor que una morsa —grasienta, salada, con olor a pescado— aunque nunca ha olido un animal de éstos. Pero ha visto fotos.)

—Oh, Hombre de las Nieves, ¿qué hemos encontrado? —canturrean tras abrir el saco. Sacan varios objetos, los levantan como ofreciéndoselos para que se los compre; un tapacubos, la tecla de un piano, un trozo de botella verde claro pulida por el mar. Un frasco de BlyssPluss vacío; una caja de ChickieNobs de O'Nubbins, también vacía. El ratón de un ordenador, o mejor dicho, sus restos machacados, colgando de una cola de cable en espiral.

Hombre de las Nieves tiene ganas de llorar. ¿Qué puede decirles? No hay manera de explicarles qué son esos curiosos artículos, o qué eran. Pero seguro que ya han adivinado qué les va a decir, porque siempre repite lo mismo.

—Son cosas de antes. —Habla con voz amable pero distante, a medio camino entre la de un pedagogo, un adivino y un tío benévolo. Ése debería ser su tono.

—¿Y son malas? ¿Hacen daño?

A veces encuentran latas de aceite para motor, disolventes cáusticos, botellas de plástico llenas de lejía. Bombas-trampa del pasado. Lo consideran un experto en accidentes potenciales: líquidos abrasivos, vapores tóxicos, polvos venenosos. Dolores de diversos tipos.

—Éstas no —les dice—. Éstas no son peligrosas.

Al oírlo pierden el interés, dejan el saco colgando. Pero no se van: se quedan allí de pie, mirándolo. Peinar la playa es sólo una excusa. Lo que quieren, básicamente, es observarlo, porque es muy distinto a ellos. Con bastante frecuencia le piden que se quite las gafas de sol: quieren comprobar si de verdad tiene dos ojos, o si tiene tres.

—Hombre de las Nieves, oh, Hombre de las Nieves —entonan. Para ellos su nombre no es más que un sonido. No saben qué significa, nunca han visto la nieve.

Una de las reglas de Crake era que no se podía escoger ningún nombre si no era posible demostrar la existencia de su equivalente físico, aunque fuera sólo disecado, aunque fuera sólo el esqueleto.

Ni unicornios, ni grifos, ni esfinges o basiliscos. Pero esas reglas ya no están vigentes, y a Hombre de las Nieves le ha producido un placer agrí dulce adoptar ese dudoso apelativo. El abominable hombre de las nieves, que existe y no existe, que se vislumbra entre las ventiscas, hombre con aspecto simiesco o simio con aspecto humano, clandestino, esquivo, conocido sólo a través de rumores y por unas huellas que se alejan. Las tribus de las montañas aseguraban que le daban caza y lo mataban cuando tenían la ocasión. Se decía que lo hervían, que lo asaban, que celebraban banquetes especiales, más emocionantes, suponía, porque en ellos se rozaba el canibalismo.

Pero ahora se ha acertado el nombre. Es sólo Hombre de las Nieves. Lo de abominable se lo guarda para él, es su secreta envoltura de pelo.

Tras unos instantes de duda, los niños y las niñas se acuclillan en semicírculo, todos juntos. Dos de los pequeños aún no han terminado de desayunar, y el zumo verde se les escurre por la barbilla. Da pena ver lo mucho que se ensucia uno sin espejos. Sin embargo, siguen siendo muy guapos, esos niños y niñas, desnudos todos, perfectos todos, todos con un color de piel distinto —chocolate, rosa, té, mantequilla, nata, miel—, pero todos con los ojos verdes. Gustos de Crake.

Miran a Hombre de las Nieves expectantes. Esperan que les hable, pero hoy no está de humor. Como mucho les permitirá ver las gafas de sol de cerca, o les mostrará su reloj reluciente y estropeado, o la gorra de béisbol. La gorra les gusta, pero no entienden para qué sirve —pelo extraíble que no es pelo—, pero él aún no se ha inventado ninguna historia para explicárselo.

Se quedan un rato callados, observando, pensando, pero luego el mayor se levanta.

—Hombre de las Nieves, por favor, cuéntanos qué es ese musgo que te crece en la cara.

Los demás se unen al coro.

—¡Sí, por favor, cuéntanoslo, por favor!

Nada de codazos, nada de risitas; lo preguntan en serio.

—Plumas —les dice.

Esa pregunta se la repiten al menos una vez por semana. Él siempre responde lo mismo. Aunque hace muy poco tiempo —¿dos meses, tres?; ha perdido la cuenta—, han acumulado ya un volumen considerable de leyendas, de conjeturas sobre él: «Hombre de las Nieves era un pájaro, pero se olvidó de volar y se le cayó el resto de las plumas, por eso tiene frío y necesita una segunda piel y ha de taparse. No: tiene frío porque come peces, y los peces son fríos. No: se tapa porque le falta lo que tienen los hombres y no quiere que lo veamos. Por eso no quiere nadar. Hombre de las Nieves tiene arrugas porque antes vivía debajo del agua y se le arrugó la piel. Hombre de las Nieves está triste porque los que eran como él se fueron volando por encima del mar y ahora está solo.»

—Yo también quiero plumas —dice el más joven. Una esperanza vana: los Hijos de Crake no tendrán barba. A Crake le pareció que no era necesario; además, le molestaba afeitarse, así que las había suprimido. Aunque la de Hombre de las Nieves no, claro: demasiado tarde para él.

Enseguida todos vuelven a la carga a la vez.

—Hombre de las Nieves, Hombre de las Nieves, por favor, ¿podemos tener plumas nosotros también?

—No —les dice.

—¿Por qué no? ¿Por qué no?

—Un momento, que se lo pregunto a Crake. —Levanta el reloj al cielo, lo hace girar en la muñeca y se lo acerca a la oreja, como si escuchara. Los niños siguen extasiados todos sus movimientos—. No. Crake dice que no podéis. Nada de plumas. Y ahora, aire.

—¿Aire? ¿Aire? —Se miran unos a otros y lo miran a él. Ha cometido un error, ha dicho una cosa nueva, algo imposible de explicar. Para ellos «aire» no tiene ninguna connotación negativa—. ¿Qué es aire?

—¡Qué os vayáis!

Se sacude la sábana y se dispersan corriendo por la playa. Todavía no están seguros de si deben temerle, ni hasta qué punto. No se sabe que haya hecho daño a ninguno de ellos, pero no lo tienen controlado del todo. Lo que pueda llegar a hacer es un misterio.

Voz

Ahora estoy solo —dice en voz alta—, solo, completamente solo. Solo en el ancho mar. Un recorte más en el libro de recortes de su cabeza.

Corrección: en la orilla.

Siente la necesidad de oír otra voz humana, una voz plenamente humana, como la suya. A veces se ríe como una hiena o ruga como un león: su idea de hiena, su idea de león. De niño veía DVD de fauna: documentales sobre comportamiento animal en los que se los veía copulando, emitiendo gruñidos, y en los que se mostraban sus tripas y a las madres lamiendo a los cachorros. ¿Por qué le inspiraban tanta confianza?

O gruñe y chilla como un cerdón, o aúlla como un loberro, «¡jarú, arú!». A veces, al anochecer, camina de un lado a otro sobre la arena, arrojando piedras al mar y gritando: «¡Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda!» Luego se siente mejor.

Se pone en pie y levanta los brazos para estirarse un poco, y se le cae la sábana. Observa consternado su propio cuerpo: la piel sucia y cubierta de picaduras, los pelos blancos y negros, las uñas más gruesas y amarillentas. Desnudo como vino al mundo, aunque no es que recuerde nada de eso. Hay muchos acontecimientos importantes que pasan a espaldas de la gente, sin que ésta tenga ocasión de presenciarlos: el nacimiento y la muerte, por ejemplo. O el abandono momentáneo que conlleva el sexo.

—En eso ni pienses —se dice. El sexo es como el alcohol. No conviene obsesionarse con él tan temprano.

El se cuidaba mucho, iba a correr, al gimnasio. Ahora se le marcan las costillas, se está echando a perder. No ingiere suficiente proteína animal. Una voz de mujer le dice dulcemente al oído: «¡Qué culito!» No es Oryx. Es otra. Oryx ya no se muestra muy comunicativa.

—Di algo, cualquier cosa —le implora. Ella le oye; necesita creer que lo ha oído pero que lo está sometiendo a un tratamiento de silencio—. ¿Qué quieres que haga? —le pide—. Ya sabes que yo...

«¡Qué abdominales! —interviene la voz, interrumpiéndolo—. Cariño, tumbate.» ¿Quién es? Alguna puta a la que debió de pagar. Corrección: una profesional experta en artes sexuales. Artista del trapecio, contorsionista, con lentejuelas pegadas a la piel como escamas de pez. Odia esos ecos. Los santos los oían, los eremitas enloquecidos, infestados de piojos, en sus cuevas y en sus desiertos. Pronto empezará a ver bellas diablesas que intentarán seducirlo, que le lamerán los labios, con los pezones muy rojos y los labios rosados y brillantes. De las olas surgirán sirenas, más allá de las torres medio derruidas, y él oirá sus hermosos cantos y acudirá a su llamada y se lo comerán los tiburones. Aparecerán criaturas con cabeza y pechos de mujer y garras de águila, y él las recibirá con los brazos abiertos y será el fin. Brainfrizz.

O aún peor. Alguna chica que conoce, o que conocía, se acercará a él caminando entre los árboles y se alegrará de verlo, pero será de aire. Incluso eso agradecería por tener un poco de compañía.

Escruta el horizonte, con el ojo cubierto por el cristal oscuro. El mar es un metal candente, el cielo, de un azul desteñido, excepto en el hueco quemado por el sol. Qué vacío está todo. Agua, arena, cielo, árboles, fragmentos del pasado. Nadie que pueda oírlo.

—¡Crake! —grita—. ¡Gilipollas! ¡A la mierda los listos!

Escucha. El agua salada vuelve a resbalarle por la cara. Nunca sabe cuándo le va a pasar y no consigue detenerla. La respiración le viene a bocanadas, como si una mano gigante le presionara el pecho: apretar, soltar, apretar. Pánico absurdo.

—¡Esto lo has hecho tú! —le grita al mar.

No hay respuesta, cosa que no le extraña. Sólo las olas, chis chas, chis chas. Se limpia la cara con el puño, la mugre y las lágrimas, los mocos y las patillas que le han crecido de no afeitarse, y el jugo pegajoso del mango.

«Hombre de las Nieves, Hombre de las Nieves —se dice—, piérdete un rato.»

Capítulo 2

Hoguera

Erase una vez que Hombre de las Nieves no se llamaba Hombre de las Nieves. Se llamaba Jimmy. Y era bueno.

El primer recuerdo completo de Jimmy era una hoguera enorme. Tendría cinco años, tal vez seis. Llevaba unas botas de agua rojas con la cara de un pato sonriente en las punteras; lo recuerda porque después de ver la hoguera había tenido que pasar por un recipiente lleno de desinfectante. Le habían dicho que ese desinfectante era tóxico y que no podía salpicar, y él estaba preocupado por si se les metía a los patos en los ojos y les hacía daño. Le habían dicho que los patos eran como los dibujos, que no eran de verdad y que no tenían sentimientos, pero él no acababa de creérselo.

Bueno, entonces digamos cinco y medio, piensa Hombre de las Nieves. Algo así.

Tal vez era octubre, o si no noviembre; en esa época las hojas aún cambiaban de color, y aquéllas eran rojas y anaranjadas. El suelo estaba embarrado —debía de estar en un campo— y lloviznaba. La hoguera era una enorme pira de vacas, ovejas y cerdos. Sobresalían las patas, rectas y agarrotadas. Les habían echado gasolina. Las llamas bailaban amarillas y blancas y rojas y naranjas, y el olor a carne quemada impregnaba el aire. Era como el de la barbacoa del patio que hacía su padre, pero mucho más intenso, mezclado con el de la gasolinera y con el hedor a pelo chamuscado.

Jimmy sabía cómo olía el pelo chamuscado porque se había cortado un mechón con unas tijeras de manicura y le había prendido fuego con el encendedor de su madre. El pelo se había rizado deshaciéndose, retorciéndose como una nidada de gusanos negros, así que se había cortado un poco más y había repetido la operación. Cuando lo pillaron, tenía trasquilones por toda la frente. Para justificarse, explicó que se trataba de un experimento.

Su padre se había reído, pero su madre no. Al menos (había dicho su padre) Jimmy había tenido la prudencia de cortarse el pelo antes de prenderle fuego. Su madre dijo que por suerte no había quemado toda la casa. Luego discutieron por el encendedor, que no habría estado ahí (señaló su padre) si su madre no fumara. Su madre replicó que todos los niños eran pirómanos en potencia, y que de no haber encontrado el encendedor, habría buscado las cerillas.

Una vez iniciada la discusión, Jimmy respiró aliviado, porque sabía que no le castigarían. Bastaba con que permaneciera en silencio y no tardarían en olvidar el motivo inicial de la pelea. Al mismo tiempo, sin embargo, se sentía culpable por lo que había provocado. Sabía que todo acabaría con un portazo. Se acurrucó en la silla, cada vez más diminuto, mientras las palabras iban y venían por encima de su cabeza, y al final la puerta se cerró con estrépito —esa vez fue su madre—, agitando el aire. El aire siempre se movía con los portazos, un ligero soplido, buuff, justo en las

orejas.

—No te preocupes, hombre —le dijo su padre—. Las mujeres se calientan a la mínima. Ya se le pasará. Vamos a tomar helado.

Y eso es lo que habían hecho, se habían comido el de frambuesa en los cuencos de cereales que tenían unos pájaros azules y rojos y estaban hechos a mano en México y no se podían poner en el lavavajillas, y Jimmy se lo comió todo para demostrarle a su padre que no pasaba nada.

Las mujeres y sus enfados, su manera de calentarse y de enfriarse. Su temperatura encerrada en el paisaje florido, musgoso y de climatología variable que se extendía en el interior de su ropa, misterioso, drástico, incontrolable. Así era como su padre veía las cosas. En cambio la temperatura corporal de los hombres nunca se comentaba; ni siquiera se mencionaba, menos cuando su padre, según decía, se quedaba helado. ¿Por qué no se hablaba de eso? ¿Por qué no se hablaba de los calentones de los hombres? Él tenía sus propias teorías al respecto.

Al día siguiente su padre lo llevó a cortarse el pelo. En el escaparate había una foto de una chica guapa, con los labios carnosos y una camiseta negra. Enseñaba un hombro. Tenía los ojos muy pintados, miraba con malicia y llevaba el pelo cardado, de punta. En el interior, el suelo estaba cubierto de mechones y rizos; lo barrían con una escoba. Para comenzar, a Jimmy le pusieron una capa negra, que él se negó a llevar porque le parecía el babero de un niño pequeño, pero el peluquero se rió y le dijo que eso no era un babero, que dónde se había visto a un bebé con babero negro. Así que al final Jimmy se dejó convencer y le cortaron el pelo muy corto para disimular los trasquilones, que tal vez era lo que él había querido desde el principio: llevar el pelo más corto. Luego sacaron una pasta de un bote y le pusieron un poco para que le quedara el cabello de punta. Olía a piel de naranja. Sonrió al verse en el espejo. Luego arrugó la frente y arqueó las cejas.

—Un chico duro —dijo el peluquero, dirigiendo un gesto al padre de Jimmy—. Vaya una fiera. —Sacudió el pelo cortado, que fue a parar al suelo, con el resto, y luego le quitó la capa negra con una floritura y bajó a Jimmy del sillón.

Delante de la hoguera, Jimmy estaba preocupado por los animales, porque los estaban quemando y eso seguro que tenía que dolerles. No, le dijo su padre. Estaban muertos. Eran como los filetes y las salchichas, sólo que conservaban la piel.

Y la cabeza, pensó Jimmy. Los filetes no tenían cabeza. La diferencia estaba en la cabeza: pensó que percibía la mirada de reproche que le dirigían los animales con sus ojos quemados. En cierta medida, todo aquello —la hoguera y el olor a quemado, pero sobre todo los animales ardiendo, sufriendo— era culpa suya, porque no había hecho nada por rescatarlos. Al mismo tiempo, la hoguera se le antojaba bonita, luminosa como un árbol de Navidad, pero un árbol de Navidad en llamas. Esperaba que de un momento a otro se produjera una explosión, como en la tele.

El padre de Jimmy estaba a su lado, cogiéndole la mano.

—Cógeme en brazos —le pidió Jimmy. Su padre dio por sentado que quería que lo consolara, y eso hizo: lo levantó y lo abrazó. Aunque Jimmy también quería ver mejor.

—Es la manera de terminar con ellos —dijo el padre de Jimmy, no a él, sino a un hombre que había a su lado. —Una vez propagado.

El padre de Jimmy parecía de mal humor, igual que el hombre cuando respondió.

—Se habla de que lo han metido a propósito.

—No me extrañaría nada —dijo el padre de Jimmy.

—¿Puedo quedarme con un cuerno de vaca? —preguntó Jimmy. No veía por qué había que desperdiciarlos. En realidad deseaba pedir dos, pero le pareció que tal vez fuera forzar demasiado.

—No —respondió su padre—. Esta vez no, hombre.—Le dio una palmada en la pierna.

—Para que suban los precios —apuntó el hombre— sacrifican su propio ganado.

—Sí, que los matan está claro —dijo el padre de Jimmy con cara de asco—. Pero también puede haber sido sólo un pirado. Un fanático o algo así. Nunca se sabe.

—¿Por qué no? —insistió Jimmy. Nadie quería los cuernos. Pero esta vez su padre no le hizo caso.

—La cuestión es, ¿cómo lo han conseguido? —prosiguió el padre de Jimmy—. Yo creía que nos tenían aquí encerrados a cal y canto.

—Yo también. Bastante aflojamos ya. ¿Y a qué se dedican ellos? No les pagamos para que duerman.

—A lo mejor ha habido soborno. Van a comprobar las transferencias bancarias, aunque habría que ser muy burro para meter ese dinero en el banco. Da igual, rodarán cabezas.

—Mirarán con lupa, y no me gustaría estar en su piel —dijo el hombre—. De fuera, ¿quién entra aquí?

—Los de mantenimiento. Los de las camionetas de reparto.

—De todas estas tareas debería encargarse gente de aquí.

—He oído que eso pretenden —dijo su padre—. Pero parece que este bicho es nuevo. Tenemos la huella biológica.

—Pues siempre se les puede devolver la pelota —señaló el hombre.

Desde luego.

—¿Por qué quemaban las vacas y las ovejas? —preguntó Jimmy a su padre al día siguiente. Estaban desayunando los tres juntos, así que debía de ser domingo. Era el día en que sus padres desayunaban con él.

El padre de Jimmy estaba bebiendo su segundo café. Mientras, tomaba notas en una página llena de números.

—Han tenido que quemarlos para que no se propague.

No alzó la vista; estaba enfrascado tecleando en la calculadora y anotando cosas con un lápiz.

—¿Qué no se propague qué?

—La enfermedad.

—¿Qué es una enfermedad?

—Una enfermedad es como cuando tienes tos —le explicó su madre.

—Y si tengo tos, ¿me quemarán?

—Casi seguro —respondió su padre pasando una página.

A Jimmy aquello le dio miedo, porque la semana anterior había tenido tos. Y podía volver a tenerla en cualquier momento. De hecho, ya le ardía la garganta. Ya se veía con el pelo en llamas, no sólo un mechón o dos encima de un plato, sino todo, aún pegado a la cabeza. No quería que lo echaran a una montaña de vacas y cerdos. Empezó a llorar.

—¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? —dijo su madre—. Es demasiado pequeño.

—Otra vez el malo de papá —protestó su padre—. Era broma, hombre. Sí, ya sabes, una broma, ja, ja, ja.

—No entiende este tipo de bromas.

—Claro que las entiende. ¿Verdad, Jimmy?

—Sí —dijo Jimmy entre pucheros.

—No interrumpas a papá. Papá está pensando, que para esa le pagan. Ahora mismo no tiene tiempo para ti.

Su padre soltó el lápiz.

—¿Es que no puedes parar ni un momento?

Su madre hundió el cigarrillo en la taza medio vacía.

—Ven, Jimmy, vamos a dar un paseo.

Lo sujetó por el hombro y cerró la puerta trasera con excesivo cuidado. Ni siquiera se pusieron los abrigos. Ni abrigos ni gorros. Ella iba en bata y zapatillas.

El cielo estaba gris y el viento era gélido. Su madre caminaba con la cabeza baja, despeinada. Rodearon la casa, cruzando muy deprisa el césped mojado, cogidos de la mano. Jimmy sentía que algo con una garra de hierro tiraba de él por aguas profundas. Se sentía arrastrado, como si todo estuviera a punto de desmembrarse y salir disparado. Pero al mismo tiempo se sentía eufórico. Miraba las zapatillas de su madre: ya estaban manchadas de tierra mojada. Si a él le pasara eso con las suyas, seguro que le reñirían.

Al final se detuvieron. Y su madre empezó a hablarle en un tono muy tranquilo, como la locutora de los programas infantiles de la tele, lo que implicaba que estaba furiosa. Le dijo que las enfermedades eran invisibles porque eran muy pequeñas.

Volaban por el aire o se escondían en el agua o en los deditos sucios de los niños; por eso no debía meterse los dedos en la nariz y luego en la boca, y por eso había que lavarse las manos después de ir al baño y había que secarse bien...

—Ya lo sé —dijo Jimmy—. ¿Puedo entrar? Tengo frío.

Su madre fingió que no le oía. La enfermedad, prosiguió sin abandonar el tono pausado y enfático, la enfermedad se te metía en el cuerpo y cambiaba tu interior. Te modificaba, célula a célula, y eso provocaba que las células se estropearan. Y como todos estábamos hechos de unas células muy pequeñas que trabajaban juntas para que nos mantuviéramos con vida, si muchas células se ponían enfermas, entonces podíamos...

—Tener tos —dijo Jimmy—. ¡Podría darme la tos ahora mismo! —Hizo como que tosía.

—Oh, no te preocupes —le dijo su madre. Muchas veces intentaba explicarle cosas, pero al final se rendía. Ésos eran los peores momentos para los dos. Él se le resistía, fingía no entender hasta cuando entendía, se hacía el tonto, pero no quería que ella lo dejara por imposible. Deseaba que fuera valiente, que lo intentara de nuevo, que derribara el muro que él había levantado entre los dos, que insistiera.

—Cuéntame más cosas de esas células tan pequeñas —le imploró en el tono más lastimero que encontró—. ¡Explícamelo!

—Hoy no —dijo ella—. Vamos a entrar.

OrganInc Farms

El padre de Jimmy trabajaba en OrganInc Farms. Era genógrafo, uno de los mejores en su campo. Había realizado algunos de los estudios más importantes para la obtención del mapa del proteoma cuando aún estaba cursando el posgrado, y posteriormente había participado en la creación del Ratón Matusalén, que formaba parte de la Operación Inmortalidad. Después, ya en OrganInc Farms, había sido uno de los más destacados artífices del Proyecto Cerdón, junto con un equipo de expertos en trasplantes y de microbiólogos dedicados a combatir las infecciones mediante la creación de híbridos mejorados. El nombre científico no era cerdón, sino *Sus multiorganifer*. Pero todo el mundo los llamaba «cerdones». Algunas veces, aunque no muchas, en vez de OrganInc Farms decían Orga-noink Farms. En realidad, aquel complejo no tenía nada que ver con las granjas de las películas.

El objetivo del Proyecto Cerdón consistía en crear una amplia gama de tejidos humanos totalmente fiables alojados en cerdos transgénicos modificados: órganos aptos para trasplantes, que evitarían el rechazo, pero que también serían capaces de defenderse de los ataques de microbios y virus oportunistas, de los que cada año surgían nuevas cepas. Se les había incorporado un gen de crecimiento rápido para que los riñones, los hígados y los corazones maduraran antes, y ahora estaban perfeccionando una variedad con cinco o seis riñones. Así, a ese animal-vivero se le extraerían los riñones que le sobrarian sin sacrificarlo, para que siguiera viviendo y regenerando más órganos, de la misma manera que a una langosta le volvía a crecer otra pinza cuando perdía una. El propósito era rebajar costes, porque alimentar y cuidar de un cerdón era bastante caro. Y OrganInc Farms había invertido mucho dinero.

Todo eso se lo explicaron a Jimmy cuando fue lo bastante mayor para entenderlo.

Lo bastante mayor, piensa Hombre de las Nieves mientras se rasca, no las picaduras de los insectos directamente, sino la hinchazón que las rodea. Qué idea tan absurda. ¿Lo bastante mayor para qué? ¿Para beber? ¿Para follar? ¿Para no ser tan ingenuo? ¿Qué gilipollas se encargaba de tomar aquellas decisiones? Por ejemplo, el mismo Hombre de las Nieves no es lo bastante mayor para enfrentarse a esta, esta... ¿cómo llamarla?... Esta situación. Nunca será lo bastante mayor, ningún ser humano en su sano juicio podría ser jamás...

«Todos y cada uno de nosotros debemos transitar por el sendero que se abre frente a nosotros —dice la voz de su cabeza, que esta vez es de hombre y le habla con el tono de un gurú de pacotilla—, y cada sendero es único. No es la naturaleza del propio sendero lo que debe preocupar al que busca, sino la gracia, la fuerza y la paciencia con la que todos y cada uno de nosotros seguimos el desafío en ocasiones...»

—A la mierda —dice Hombre de las Nieves. Debe de ser de uno de esos libros baratos de autoayuda. El nirvana para tontos. Aunque tiene la inquietante sensación de que el autor de semejante perla tal vez sea él mismo.

En días más felices, claro. Oh, sí, muchísimo más felices.

Los órganos de los cerdones podían crearse a medida, empleando células de donantes concretos, y congelarlos hasta el momento en que fueran necesarios. Era mucho más barato que encargar un clon para disponer de repuestos —todavía quedaban algunos cabos por atar en ese campo, según contaba su padre—, o que tener un par de niños listos para la cosecha escondidos en algún huerto ilegal de bebés. En los folletos y materiales publicitarios de OrganInc Farms, de papel satinado y cuidados textos, se subrayaba la eficacia y los beneficios comparativos para la salud del uso de cerdones. Además, a fin de aplacar la posible aprensión, se aseguraba que ninguno de los difuntos cerdones se destinaba a la producción de beicon o salchichas. A nadie le apetece comerse un animal cuyas células podían ser idénticas a las suyas, al menos algunas de ellas.

Sin embargo, conforme fue transcurriendo el tiempo y se fue comprobando que los acuíferos costeros se volvían salobres y que el casquete polar ártico se fundía y las vastas tundras se llenaban de metano y la sequía en las praderas continentales se agravaba y las estepas asiáticas se convertían en dunas de arena y era más difícil encontrar carne, algunas personas empezaron a albergar sus dudas. Dentro mismo de OrganInc Farms resultaba sospechosa la frecuencia con que el menú de la cantina ofrecía bocadillos de beicon y de jamón. Oficialmente el comedor se llamaba Andre's Bistro, pero los habituales lo conocían como «Gruñidos». Cuando Jimmy comía allí con su padre, cosa que pasaba cuando su madre se sentía desbordada, los hombres y mujeres de las mesas vecinas hacían bromas de mal gusto.

—Otra vez pastel de cerdón —decían—. Tortitas de cerdón, palomitas de cerdón. ¡Vamos Jimmy, come!

Eso a él le afectaba. No estaba seguro de qué podía comer cada quién. No quería comer cerdones, porque los veía como criaturas demasiado parecidas a él mismo. A ellos tampoco les pedían la opinión sobre todo aquello.

—No les hagas ni caso, cielo —decía Ramona—. Te están tomando el pelo.

Ramona era una de las técnicas del laboratorio de su padre. Muchas veces comían los tres juntos. Era joven, más joven que su padre, e incluso que su madre. Se parecía un poco a la chica del escaparate de la barbería, tenía el mismo tipo de boca hinchada y los ojos muy grandes y muy maquillados. Pero sonreía mucho y no llevaba el pelo de punta. Lo tenía liso y castaño. El de la madre de Jimmy era, como ella misma decía, «rubio sucio». («No lo bastante sucio —decía su padre—. Eh, que es broma, es broma, no me mates.»)

Ramona siempre pedía ensalada.

—¿Cómo está Sharon? —le preguntó al padre de Jimmy con los ojos muy abiertos y la expresión solemne, como tantas veces.

—No muy bien —respondió el padre de Jimmy.

—Vaya, lo siento.

—Sí, es un problema. Estoy empezando a preocuparme.

Jimmy miró a Ramona mientras ella comía. Se metía trocitos muy pequeños en la boca, y conseguía masticar la lechuga sin hacer ruido. Y también las zanahorias. Era increíble. Como si pudiera licuar esos alimentos duros y crujientes en su interior y aspirarlos, como el mosquito extraterrestre de algún DVD.

—No sé, a lo mejor tendría que ir a que la visitara alguien. —Arqueó las cejas, preocupada. Llevaba sombra de ojos malva en los párpados, un poco más de la cuenta, y se le veían como cuarteados—. Hoy en día hacen maravillas, hay un montón de pastillas nuevas. —En teoría, Ramona era un genio de la técnica, pero hablaba como una de esas chicas que anunciaban champú en la tele. No es que fuera tonta, decía su padre, es que no quería malgastar su poder neuronal construyendo frases largas. Había muchas personas como ella en OrganInc Farms, y no todas eran mujeres. Eso es porque son de ciencias, no de letras, explicaba su padre. Jimmy ya sabía que él no era de ciencias.

—No, si ya se lo he sugerido, he dado voces, me he puesto en contacto con el mejor especialista, he concertado una cita, pero nada, no quiere ir —dijo el padre de Jimmy bajando la vista—. Tiene sus ideas.

—Es una lástima, la verdad. Una verdadera pena. ¡Era una persona tan inteligente!

—Bueno, y sigue siendo lista —replicó el padre de Jimmy—. Es tan lista que la inteligencia le sale por las orejas.

—Pero, no sé, antes era tan...

A Ramona el tenedor se le deslizó un poco entre los dedos y los dos se quedaron mirando fijamente, el uno al otro como si buscaran el adjetivo perfecto para describir cómo era antes la madre de Jimmy. Pero entonces se percataron de que los estaba escuchando y concentraron su atención en él como si le proyectaran unos rayos extraterrestres demasiado brillantes.

—Bueno, Jimmy, cielo, ¿cómo te va el colegio?

—Come, hombre, no te dejes las cortezas, a ver si te sale un poco de pelo en el pecho.

—¿Puedo ir a ver a los cerdones? —preguntó.

Para que les cupieran todos esos órganos sobrantes, los cerdones eran mucho más grandes y gordos que los cerdos normales. Los tenían en unos edificios especiales, rodeados de medidas de seguridad: el secuestro de un cerdón y de su altamente perfeccionado material genético por parte de una organización rival habría sido un

desastre. Cuando Jimmy iba a verlos tenía que ponerse mascarilla y un biotraje que le quedaba muy grande, además de lavarse las manos con un jabón desinfectante. Le gustaban sobre todo los cerdones pequeños, esas carnadas de doce animalitos puestos en fila, tragando leche. Cerdoncitos. Eran una monada. Pero los adultos daban un poco de miedo, con esas narices chatas y esos ojos rosados, diminutos, de pestañas blancas. Lo miraban como si lo vieran, como si realmente lo vieran y, quién sabe, tuvieran pensado hacer algo con él más adelante.

—Cerdones bonachones, cerdones bonachones —les cantó para que se calmaran, asomándose un poco a la pocilga. Inmediatamente después de que las limpiaran, las pocilgas no olían tan mal. Se alegraba de no vivir en uno de esos cubículos, porque habría tenido que estar todo el día tirado entre cacas y pipis. Los cerdones no contaban con un baño y se lo hacían todo en cualquier parte. Eso le causaba cierta sensación de vergüenza. Pero él llevaba mucho tiempo sin mojar la cama, o eso creía.

—No te caigas dentro —le advirtió su padre—. Te comerían en menos de un minuto.

—No es verdad —replicó Jimmy. Porque soy amigo suyo, pensaba. Porque les canto. Ojalá tuviera un palo largo para tocarlos; no para golpearlos, sólo para que corrieran un poco. Se pasaban demasiado rato sin hacer nada.

Cuando Jimmy era muy pequeño, habían vivido en una casa de madera de estilo inglés, en uno de los módulos; había fotos de él en el porche, metido en un capazo, con las fechas y todo; su madre las había ordenado en un álbum, en una época en que aún se molestaba en hacer esas cosas. Ahora vivían en una casa grande con piscina cubierta y un pequeño gimnasio. Los muebles se llamaban «réplicas». Jimmy ya era bastante mayor cuando reparó en lo que significaba esa palabra: se suponía que en alguna parte había un original de cada artículo «replicado». O que en su momento lo hubo. O algo.

La casa, la piscina, los muebles, todo pertenecía al complejo de OrganInc Farms, donde vivían los altos mandos, y al que progresivamente se iban incorporando los ejecutivos medios y los científicos adjuntos. El padre de Jimmy opinaba que era mejor así, porque de ese modo no era necesario desplazarse para ir al trabajo. A pesar de los pasillos esterilizados de los transportes públicos y de los trenes de alta velocidad, siempre se corría cierto riesgo al cruzar la ciudad.

Jimmy no había estado nunca en la ciudad. Sólo la había visto en la tele: carteles y más carteles y anuncios luminosos y filas de edificios, altos y bajos; calles larguísimas y sucias, incontables vehículos de todo tipo, algunos de ellos expulsando nubes de humo por detrás. Miles de personas que se apresuraban, que coreaban consignas, que provocaban disturbios. También había otras ciudades, cerca y lejos. Algunas tenían barrios mejores, decía su padre, eran casi como los complejos, con altos muros alrededor de las casas, pero éstos no salían en la tele.

La gente de los complejos sólo iba a la ciudad cuando ya no le quedaba más remedio, y nunca sola. Llamaban a las ciudades «plebillas». A pesar de los documentos de identidad con las huellas dactilares que ahora llevaba todo el mundo, la seguridad pública en las plebillas era deficiente; en ellas acechaba gente de la que no se sabía de dónde había salido y que era capaz de cualquier cosa, por no hablar de la escoria: los drogadictos, los ladrones, los pobres, los locos. Así que era mejor que todos los empleados de OrganInc Farms vivieran juntos en el mismo sitio, totalmente protegidos por las medidas de seguridad de la empresa.

Más allá de los muros y los focos de OrganInc Farms, el mundo era impredecible. En el interior, todo seguía siendo como cuando el padre de Jimmy era niño, antes de que las cosas se pusieran tan feas, según sus propias palabras. La madre de Jimmy opinaba que allí todo era artificial, como un parque temático, que lo de antes era imposible de recrear, pero el padre de Jimmy decía que qué sentido tenía criticarlo. Se podía andar sin miedo, ¿no? Montar en bicicleta, sentarse en la terraza de una cafetería, comprarse un helado. Jimmy sabía que su padre tenía razón, porque él mismo había hecho todas esas cosas.

Aun así, los de Corpsegur —que el padre de Jimmy llamaba «los nuestros»— debían estar en constante alerta. Al haber tanto en juego, resultaba imposible saber qué serían capaces de hacer los otros. Los del otro bando, o los de los otros bandos, porque el enemigo que debía ser vigilado no era único. Había otras empresas, otros países, otras facciones y otras bandas. Había demasiado hardware suelto, decía su padre. Demasiado hardware, demasiado software, demasiadas bioformas hostiles, demasiadas armas de todo tipo. Y demasiada envidia y fanatismo, y demasiada mala fe.

Mucho tiempo atrás, en la época de los caballeros y los dragones, los reyes y los duques vivían en castillos, con sus altas murallas y sus puentes levadizos y sus almenas desde donde lanzaban brea caliente a los enemigos, contaba el padre de Jimmy. Y los complejos eran más o menos lo mismo. Los castillos estaban hechos para que tú y tus amigos vivierais sanos y salvos en el interior, y para que los otros tuvieran que quedarse fuera.

—Entonces, ¿nosotros somos los reyes y los duques? —preguntó Jimmy.

—Sí, claro —le respondió su padre riéndose.

Comida

La madre de Jimmy también había trabajado para OrganInc Farms. Así fue como se conocieron sus padres: trabajaban en el mismo módulo, en el mismo proyecto. Su madre era microbióloga. Estudiaba las proteínas de las bioformas perjudiciales para los cerdones y modificaba sus receptores para impedir el enlace con los receptores de las células de éstos, o, en su defecto, intervenía en el desarrollo de sustancias que actuaran como inhibidoras.

—Es muy fácil —le decía a Jimmy cuando le daba por explicarle cosas—. Los microbios y los virus malos quieren entrar por las puertas de las células y comerse a los cerdones desde dentro.

En la pantalla del ordenador le enseñaba a Jimmy imágenes de las células, de los microbios, de los microbios atacando a las células, infectándolas y penetrándolas, primeros planos de las proteínas, imágenes de los medicamentos que en otro tiempo se había dedicado a probar. Aquellas imágenes se parecían a los paquetes de caramelos del supermercado, cajas transparentes llenas de caramelos redondos, o cajas transparentes llenas de pastillas de goma, o cajas transparentes llenas de cintas largas de regaliz. Las células eran como esas cajas transparentes, con tapas que se podían levantar.

—¿Y por qué ya no haces los candados para las puertas? —le preguntó Jimmy.

—Porque quería quedarme en casa contigo —respondió ella, mirándolo desde las alturas y dándole una calada al cigarrillo.

—¿Y qué les pasará a los cerdones? —se alarmó Jimmy—. Les entrarán los microbios. —No quería que a sus amigos animales los reventaran para abrirlos, como a las células infectadas.

—Ahora otras personas se ocupan de eso —dijo su madre sin la menor sombra de preocupación.

Le dejaba jugar con las imágenes del ordenador, y cuando Jimmy aprendió a manejar los programas, planeaba guerras con ellas: células contra microbios. Su madre le decía que si se le borraba información del ordenador no pasaba nada, porque todo aquel material ya era viejo. Aunque algunos días —los días en que se la veía activa y resuelta, con objetivos, con ganas—, era ella misma la que se ponía a tontear con los mandos. A él le gustaba verla en esos momentos en los que parecía divertirse. Además, en esas ocasiones se mostraba cariñosa. Era como una madre de verdad, y él como un hijo de verdad. Pero ese estado de ánimo no duraba mucho.

¿Cuándo había dejado de trabajar en el laboratorio? Cuando Jimmy empezó a ir todo el día a la escuela de OrganInc, en primero. Lo cual era absurdo, porque si lo que quería era quedarse en casa para estar con Jimmy, ¿por qué se había decidido precisamente cuando él ya no estaba? Jimmy nunca había llegado a comprender los

motivos, y cuando le explicaron aquello por primera vez era tan joven que ni se lo planteó. Lo único que sabía era que habían despedido a Dolores, la interna filipina, y que él la había echado mucho de menos. Le llamaba Jim-Jim y sonreía y se reía y le cocía el huevo del desayuno como a él le gustaba, y le cantaba canciones y lo mimaba. Pero Dolores tenía que irse, porque ahora la mamá de verdad de Jimmy estaría siempre en casa —eso se lo vendieron como una gran cosa—, y nadie necesita dos mamás, ¿no?

Pues sí, sí se necesitan, piensa Hombre de las Nieves. Se necesitan mucho.

Hombre de las Nieves conserva una imagen muy clara de su madre —de la madre de Jimmy— sentada a la mesa de la cocina, aún en albornoz cuando él llegaba del colegio a la hora de comer. Tenía delante una taza de café que no había probado; miraba por la ventana y fumaba. El albornoz era de color morado, color que aún ahora le pone nervioso. Lo normal era que cuando llegaba la comida no estuviera lista y tuviera que preparársela él. Su madre sólo le daba instrucciones con voz queda. («La leche está en la nevera. A la derecha. No, a la derecha. ¿No sabes dónde tienes la mano derecha?») Parecía cansada; tal vez estaba cansada de él. O tal vez estaba enferma.

—¿Estás infectada? —le preguntó un día.

—¿Qué dices, Jimmy?

—Como las células.

—Ah, ya. No, no estoy infectada —dijo entonces—. Bueno, quizá sí —añadió tras una pausa. Pero cuando vio que Jimmy empezaba a hacer pucheros, lo retiró.

Más que nada, lo que él había deseado era hacerle reír, que se pusiera contenta, como le parecía recordar haberla visto. Le contaba anécdotas graciosas que habían pasado en el colegio, o historias que intentaba que sonaran divertidas o que simplemente se inventaba. «Carrie Johnson se ha hecho caca en el suelo.» Se ponía a correr por toda la habitación bizqueando y chillando como un mono, truco que le daba resultado con varias de las niñas de su clase y con casi todos los niños. Se ponía mantequilla de cacahuete en la nariz e intentaba lamérsela con la punta de la lengua. La mayoría de las veces, esas acciones sólo lograban irritar a su madre. Pero a veces conseguía arrancarle una sonrisa, o algo más. Nunca sabía qué le daría resultado.

Muy de vez en cuando le esperaba una comida de verdad, una comida tan elaborada y extravagante que le inquietaba porque, ¿cuál era el motivo de celebración? Salvamanteles, servilleta de papel —de colores, como en las fiestas—, el bocadillo de mantequilla de cacahuete y mermelada, su preferido, pero con pan redondo y sin tapar; una cara de mantequilla de cacahuete con una sonrisa de mermelada. Su madre iba muy bien vestida, con otra sonrisa de pintalabios, reminiscencia de la de mermelada, y prestaba mucha atención a sus tontas historias, y lo miraba de frente con sus ojos tan azules.

En esos momentos le recordaba a un fregadero de porcelana: limpio, brillante, duro.

Su madre esperaba —eso lo sabía— que advirtiera lo mucho que se había esforzado en preparar la comida, así que él también se esforzaba. «¡Qué bien! ¡Mi preferido!», decía, poniendo los ojos en blanco, frotándose el estómago en una caricatura del hambriento, exagerando mucho. Pero conseguía lo que quería, porque ella se echaba a reír.

Al ir haciéndose mayor y menos ingenuo, descubrió que, si no lograba su aprobación, al menos podía conseguir alguna reacción, la que fuera. Cualquier cosa era mejor que esa voz apagada, esos ojos extraviados, cansados, que miraban por la ventana.

—¿Puedo tener un gato?—empezaba.

—No, Jimmy, no puedes tener un gato. Ya lo hemos discutido. Los gatos transmiten enfermedades que son malas para los cerdones.

—A ti eso te da lo mismo —dijo con voz taimada.

Una calada al cigarrillo.

—Pero a otra gente sí le importa.

—¿Puedo tener un perro, entonces?

—No, perros tampoco. ¿Por qué no vas a tu habitación a entretenerte un rato?

—¿Y un loro?

—No. Y ya basta. —En realidad no le escuchaba.

—¿Puedo tener nada?

—No.

—¿Ah, no? Entonces he de tener algo. ¿Qué he de tener?

—Jimmy, a veces eres insoportable, no sé si lo sabes.

—¿Puedo tener una hermanita?

—¡No!

—Pues un hermanito, por favor.

—¡Si digo que no es que no! ¿No me has oído?

—¿Por qué no?

Aquella era la clave, el desencadenante. Ella empezaba a llorar y se levantaba y salía de la cocina dando un portazo, pam, o empezaba a llorar y se abrazaba a él. O lanzaba la taza de café y se ponía a gritar: «¡Qué mierda, todo es una mierda, no hay remedio!» Hasta podía llegar a pegarle, y entonces se echaba a llorar y lo abrazaba. También podía ser cualquier combinación de todas esas cosas.

A veces era sólo el llanto, con la cabeza apoyada en los brazos. Se agitaba, le faltaba el aire, se atragantaba, sollozaba. En esos casos él no sabía cómo actuar. La quería muchísimo cuando la hacía enfadar, o cuando ella lo hacía enfadar a él: en esos momentos apenas sabía quién era quién. Le propinaba unas palmaditas,

manteniéndose lo más lejos posible, como se hace con los perros que no se conocen, estirando mucho el brazo. «Lo siento, lo siento», decía. Y lo sentía, pero había algo más: también se recreaba, se felicitaba a sí mismo por haber logrado suscitar esa reacción.

También estaba asustado. Siempre se hallaba al filo de la navaja: ¿Había llegado demasiado lejos? Y, en ese caso, ¿qué ocurría a continuación?

Capítulo 3

Mediodías

El mediodía es lo peor, la luz cegadora y la humedad. Hacia las once Hombre de las Nieves regresa al bosque para alejarse del mar, porque los rayos dañinos rebotan en el agua y le alcanzan aunque esté a cubierto del cielo, y se pone rojo y le salen ampollas. Le iría muy bien un tubo de crema solar con factor de protección elevado, si pudiera encontrarlo.

Durante la primera semana, cuando tenía más energía, se había construido una especie de toldo con ramas caídas y un rollo de cinta adhesiva y una cubierta de plástico que había encontrado en el maletero de un coche aplastado. Entonces aún tenía la navaja suiza, pero la había perdido una semana después, ¿o habían sido dos? Debía ser más riguroso con la cuenta del tiempo. La navaja era una de esas suizas de dos filos, con punzón, sierra en miniatura, una lima y un sacacorchos. Y unas tijeritas, que había usado para cortarse las uñas y la cinta adhesiva. Siente haberla perdido.

Cuando cumplió los nueve años su padre le regaló una de esas navajas. Su padre siempre le regalaba herramientas, intentaba convertirlo en una persona más práctica. En opinión de su padre, Jimmy no era capaz ni de clavar un clavo. «¿Y qué? ¿Para qué quiero clavar un clavo? —dice la voz en la cabeza de Hombre de las Nieves, que esta vez es la de un humorista—. Los clavos prefiero echarlos, no clavarlos.»

—Cállate —dice Hombre de las Nieves.

—¿Y tú le diste un dólar? —le había preguntado Oryx cuando él le contó lo de la navaja suiza.

—No, ¿por qué?

—Tienes que dar dinero a quien te regala una navaja. Para que la mala suerte no te corte. No me gustaría que te cortara la mala suerte, Jimmy.

—Y eso, ¿quién te lo ha contado?

—Ah, alguien —había respondido Oryx. «Alguien» desempeñaba un papel muy importante en su vida.

—¿Quién es alguien? —Jimmy odiaba a ese ser sin rostro, sin ojos, burlón, todo manos y polla, ahora singular, ahora plural, ahora multitudinario, pero Oryx le había acercado mucho los labios al oído y le estaba susurrando «Oh, oh, alguien», y reía al mismo tiempo, así él ni siquiera pudo concentrarse en su odio antiguo y absurdo.

Durante el breve período que duró el toldo había dormido en una cama plegable que había sacado a rastras de un bungalow situado a poco menos de un kilómetro, una estructura metálica con somier de muelles y un colchón de espuma. La primera noche lo habían atacado las hormigas, así que había llenado cuatro latas con agua y había metido las patas de la cama dentro. Las hormigas lo habían dejado en paz. Pero debajo del plástico el calor y el vapor se condensaban, y estaba muy incómodo; de noche, al nivel del mar, sin un soplo de brisa, la humedad parecía alcanzar el cien por

cien: su respiración empañaba el precario cobertizo.

Los mofaches también le molestaban: rebuscaban entre las hojas, le olisqueaban los pies y husmeaban a su alrededor como si ya fuera carroña. Además, una mañana se despertó y vio a tres cerdones que lo miraban a través del plástico. Uno era macho; le pareció distinguir el punto brillante de un colmillo blanco. En teoría los cerdones no tenían colmillos, pero ahora que se habían asilvestrado, tal vez habían retrocedido en la cadena evolutiva, un proceso que, dados sus genes de desarrollo precoz, sería más acelerado. Les había gritado y agitado los brazos, y habían huido corriendo, pero ¿quién sabía lo que podían hacerle la próxima vez que aparecieran por allí? Ellos o los loberros; tarde o temprano advertirían que ya no tenía el pulverizador. Se había deshecho de él cuando se le terminaron las balas virtuales. Qué tontería no haber cogido un cargador de repuesto. Un error, como el de haber instalado la zona de descanso en el suelo.

Así que se había trasladado al árbol. Allí arriba no llegaban los cerdones ni los loberros, y muy pocos mofaches, pues preferían el sotobosque. Se había construido una tosca plataforma entre las ramas principales con tablas de madera y cinta adhesiva. No le quedó mal. Siempre se le había dado bien eso de juntar cosas, mejor de lo que su padre habría admitido. Al principio subió el colchón de espuma, pero tuvo que tirarlo cuando empezó a llenarse de moho y a oler de forma sospechosa a sopa de tomate.

La cubierta de plástico de la tumbona se rompió durante una tormenta especialmente violenta. Sin embargo, la estructura de la cama aún sigue en su sitio; todavía puede usarla a mediodía. Se ha percatado de que si se tumba en ella boca arriba, con los brazos extendidos y sin sábana, como un santo a punto de que lo asen a la parrilla, es mejor que si lo hace en el suelo: al menos se le airea todo el cuerpo.

De la nada le llega una palabra: «mesozoico». La ve, la oye, pero no la capta. No es capaz de incorporarle nada. Últimamente eso le pasa con cierta frecuencia, esa disolución del significado; las entradas de sus cuidadas listas de vocabulario van a la deriva y se pierden en el espacio.

—Es a causa del calor —se dice—. Cuando llueva estaré bien.

Suda tanto que casi oye la transpiración; las gotas le surcan el cuerpo, aunque a veces resultan ser insectos. Al parecer, atrae a los escarabajos. A los escarabajos, a las moscas, a las abejas, como si fuera carne muerta o alguna de esas flores de olor pestilente.

Lo mejor de las horas del mediodía es que al menos no tiene hambre. Con sólo pensar en la comida se marea, como ocurre cuando estás en una sauna y piensas en un pastel de chocolate. Ojalá pudiera aliviarse sacando la lengua.

Éste es el momento en que más brilla el sol: el cenit, lo llamaban. Hombre de las Nieves está tumbado en la parrilla de la cama, en esa sombra líquida, entregado al

calor. «¡Pongamos que estamos de vacaciones!» Esta vez es la voz de una maestra de escuela, dicharachera, condescendiente, la señorita Stratton-llámame-Sally, la del culo gordo. «Pongamos esto, pongamos lo otro.» Se pasaban los primeros tres años de colegio diciéndote que fingieras esto o que fingieras aquello, y el resto de cursos castigándote si lo hacías. «Pongamos que estoy aquí contigo, con el culo gordo y todo, a punto de chuparte la polla hasta dejarte seco.»

¿Alguna sacudida, por mínima que sea? Baja la mirada: nada. Sally Stratton se desvanece, por suerte. Tiene que encontrar más y mejores maneras de ocupar su tiempo. «Su tiempo», qué idea tan absurda, como si le hubieran dado una caja de tiempo que le perteneciera sólo a él, llena hasta el borde con horas y minutos, que pudiera gastar como si se tratara de dinero. El problema es que la caja está agujereada y el tiempo se le escapa, haga lo que haga con él.

Podría dedicarse a tallar madera, por ejemplo. Hacerse un ajedrez, jugar partidas consigo mismo. Antes jugaba con Crake, pero mediante ordenadores, no con ajedrecistas de verdad. Casi siempre ganaba Crake. Tiene que haber alguna otra navaja en alguna parte. Si se molesta en buscar, si escarba entre las ruinas, seguro que encuentra una. Ahora que se le ha ocurrido la idea, le extraña no haberlo pensado antes.

Se deja arrastrar hasta la salida del colegio, con Crake. Al principio todo era bastante inocente. Tal vez jugaban a Extinctato o a alguno de los otros: Waco Tridimensional, Campaña Bárbara, Osama Infalible. Todos usaban estrategias paralelas: tenías que ver hacia dónde te dirigías antes de llegar, pero también hacia dónde se dirigía el otro. A Crake ese tipo de juegos se le daban bien porque era un genio del salto lateral. Aunque a veces Jimmy ganaba al Osama Infalible, siempre que Crake fuera con los infieles, claro.

No podía tallar esos juegos en madera, qué va. Tendría que ser un ajedrez.

O llevar un diario. Anotar sus impresiones. Seguro que había montañas de papel en muchos sitios, en espacios cerrados que no habían sufrido un incendio y en los que no entraba el agua; y bolígrafos y lápices. Los ha visto en sus expediciones, pero no se ha molestado en recoger ninguno. Tal vez debiera emular a los capitanes del pasado: la nave se iba a pique durante una tormenta, y el capitán en su camarote, condenado a una muerte segura, escribía sin perder los nervios en el cuaderno de bitácora. Salía en las películas. O esos naufragos en islas desiertas que llevaban diarios y no fallaban ni un solo día. Listas de víveres, anotaciones sobre el clima, actividades intrascendentes: que si se habían cosido un botón, que si habían devorado una almeja.

Él también es una especie de naufrago. Podría confeccionar listas. Eso otorgaría a su vida cierta estructura.

No obstante, incluso un naufrago da por supuesto a un lector futuro, alguien que

más adelante aparezca por ahí y encuentre su esqueleto y su libreta y conozca cuál fue su destino. Para Hombre de las Nieves resulta imposible presuponer nada. No habrá ningún futuro lector, porque los crackers no saben leer. Todo lector imaginable pertenece al pasado.

Un ciempiés se está descolgando por un trozo de cuerda, gira despacio como un trapealista, en espirales que lo acercan a su pecho. Es de un verde apetitoso, irreal, como una pastilla de goma, y está cubierto de una pelusilla brillante. Al mirarlo, siente un repentino e inexplicable arrebato de ternura y alegría. Es único, piensa. Nunca habrá ningún otro ciempiés como éste. Nunca habrá un momento como éste, una conjunción como ésta.

Son sentimientos que le sobrevienen sin motivo, destellos de felicidad irracional. Seguramente se debe a la falta de vitaminas.

El ciempiés se detiene, explora el aire con su cabeza redondeada. Sus ojos inmensos, opacos, se parecen al frontal de un casco antidisturbios. Tal vez lo esté oliendo a él, captando su aura química. «No estamos aquí para jugar, para soñar, para pasar el rato —le dice—. Tenemos mucho que hacer y mucho que transportar.»

Bueno, ¿de qué cisterna neuronal en proceso de atrofia le ha llegado eso? De la asignatura de Aptitudes Vitales, en el instituto. El profesor era un resto de serie rebotado de los embriagadores días de la legendaria burbuja especulativa de las empresas puntocom, ahí por la prehistoria. Llevaba una triste coleta que no lograba disimular su progresiva calvicie, y una chaqueta de piel de imitación; tenía un piercing en la nariz, hinchada y porosa, y les hablaba de cuestiones como la autoestima, el individualismo y el riesgo en un tono que parecía denotar que ni él mismo creía en ellas. De vez en cuando se sacaba de la manga alguna máxima gastada y la envolvía de acida ironía, aunque con ello no lograba reducir el nivel medio de aburrimiento. O decía: «Yo podría haber sido combatiente», y se quedaba mirando fijamente a los alumnos como si en aquellas palabras hubiera algún significado más profundo que supuestamente debían captar.

En la asignatura de Aptitudes Vitales les enseñaban a llevar la contabilidad por ordenador, a usar las pantallas táctiles de los bancos, a cocinar con microondas sin que se reventara el huevo, a rellenar solicitudes de pisos para este o aquel complejo, o formularios de empleo para este o aquel módulo, a investigar sobre los aspectos hereditarios de la familia, a negociar los propios contratos de matrimonio y divorcio, a buscar pareja de forma responsable, a usar condones para evitar la propagación de bioformas de transmisión sexual. Los alumnos no prestaban demasiada atención. O eran cosas que ya sabían o no les interesaba aprenderlas. Para ellos, esa clase era como una hora de recreo. «No estamos aquí para jugar, para soñar, para pasar el rato. Estamos aquí para aprender Aptitudes Vitales.»

—Da igual —dice Hombre de las Nieves.

En vez de en el ajedrez o el diario, también podía concentrarse en sus condiciones de vida. En ese aspecto había lugar para introducir mejoras, mucho lugar. De entrada, más alimentos. ¿Por qué no se documentaba sobre el consumo de raíces y de frutos silvestres, sobre la fabricación de trampas para alimañas, sobre la ingesta de serpientes? ¿Por qué había perdido tanto tiempo?

«¡Cariño, no te castigues así!», le susurra al oído una voz triste de mujer.

Si encontrara una cueva, una cueva agradable de techo alto y bien ventilada y a poder ser con agua, estaría bastante mejor. Es verdad, hay un arroyo a menos de medio kilómetro; incluso se ensancha en un punto y forma una piscina. Al principio acudía allí para refrescarse, pero temía la presencia de crakers chapoteando o descansando en la orilla, y los niños le harían la vida imposible para que se bañara, y no le gustaba que lo vieran sin la sábana. Comparado con ellos, es demasiado raro; se siente deforme a su lado. Y aunque no haya gente, siempre pueden aparecer animales: loberros, cerdone, lincetas. Los lugares con agua atraen a los carnívoros. Se quedan allí tumbados, al acecho. Se abalanzan sobre sus presas. No resulta muy acogedor.

Van creciendo las nubes y el cielo se oscurece. A través de los árboles no ve gran cosa, pero nota que la luz ha cambiado. Se queda amodorrado y sueña con Oryx, que flota boca arriba en una piscina, con un vestido que parece estar confeccionado con delicados pétalos de papel blanco. Se extienden a su alrededor, se abren y se cierran como las valvas de un molusco. La piscina está pintada de un rosa intenso. Le sonrío y mueve un poco los brazos para mantenerse a flote, y él sabe que los dos corren un gran peligro. Entonces se oye una explosión sorda, como si la puerta de una gran cámara se cerrara.

Aguacero

Le despiertan los truenos y un viento repentino: tiene encima la tormenta de la tarde. Se pone en pie, coge la sábana. Los rayos pueden empezar a caer en cualquier momento, y la cama metálica no es un sitio recomendable. Más atrás, en el bosque, ha construido un islote con ruedas de coche. Sólo ha de subirse a él y mantenerse separado del suelo hasta que pase la tormenta. Si bien el granizo es a veces del tamaño de una pelota de golf, las ramas de los árboles amortiguan los golpes.

Llega a la montaña de ruedas justo cuando empieza a llover. Hoy sólo es agua, el aguacero habitual y tan intenso que una neblina parece ocupar el aire. La lluvia lo empapa por completo y los relámpagos rasgan el cielo. Las ramas crujen por encima de su cabeza y en el suelo se forman riachuelos. Ya empieza a refrescar y una fragancia de hojas recién lavadas impregna el ambiente.

Cuando ya sólo llovizna y los truenos se alejan, vuelve a su escondite de bloques de hormigón para sacar las botellas de cerveza vacías. Luego se acerca a un saliente roto de cemento, resto de un antiguo puente. Debajo hay una señal triangular de color naranja con la silueta negra de un hombre cavando. Obras, significaba. Qué raro resulta pensar en lo que se trabajaba, se cavaba, se picaba, se cargaba, se taladraba, día tras día, año tras año, siglo tras siglo, mientras que ahora toda esta interminable destrucción debe de extenderse por doquier. Castillos de arena expuestos al viento.

El agua se va escurriendo por una grieta en el cemento. Él se sitúa en la parte inferior con la boca abierta, para tragar el agua llena de tierra y de ramas y de otras cosas en las que prefiere no pensar: la corriente debe de haberse abierto paso por entre las casas en ruinas y los apestosos sótanos y las zanjas inundadas y quién sabe qué más. Luego se lava, se quita la sábana. No es que así quede muy limpio, pero al menos elimina la primera capa de mugre. Necesitaría una pastilla de jabón: siempre se le olvida coger una durante sus expediciones de pillaje.

Por último llena los envases de cerveza. Debería conseguir mejores recipientes, un termo o un cubo con mayor capacidad. Además, las botellas no van bien, resbalan y son difíciles de orientar. Sigue imaginando que todavía huelen a cerveza, aunque es sólo producto de su deseo. «Pongamos que son cervezas.»

No debería haber pensado en eso. No debería torturarse así. No debería tentarse con objetos imposibles, como si fuera un animal de laboratorio enjaulado y conectado a cables, condenado a realizar experimentos inútiles y perversos con su propio cerebro.

Sacadme de aquí, le oye pensar. Sin embargo, no está encerrado ni se halla en ninguna cárcel. ¿Sacarlo? ¿Se puede sacar a una persona que ya está fuera?

—No lo he hecho a propósito—dice con la voz del niño llorica con que acompaña ese estado de ánimo—. Las cosas pasaron así. Yo no tenía ni idea, la

situación escapaba a mi control. ¿Qué podría haber hecho yo? ¡Qué alguien me escuche, quien sea, por favor!

Qué mala actuación. Ni a él mismo le convence. No obstante, llora otra vez en silencio.

«Es importante —dice el libro que tiene en la cabeza— prescindir de los enfados intrascendentes, evitar aflicciones estériles y orientar toda la energía mental hacia las realidades inmediatas y las tareas que tenemos por delante.» Debe de haberlo leído en alguna parte. Está claro que a su mente, por sí sola, nunca se le habría ocurrido una expresión como «aflicciones estériles».

Se seca las lágrimas con una punta de la sábana. «Aflicciones estériles», repite en voz alta. Como le ocurre muchas veces, siente que alguien le escucha: alguien que no se ve, oculto tras el follaje, que lo observa con sigilo.

Capítulo 4

Mofache

En efecto: alguien le escucha. Es un mofache joven. Ahora lo ve. Le está observando con ojos brillantes desde detrás de un arbusto.

—Eh, niña, eh, niña —lo llama con voz mimosa, pero se pierde en el sotobosque. Si se esforzara un poco, si tuviera paciencia, seguramente lograría amaestrar a alguno y tendría con quien hablar. Tener a alguien con quien hablar es agradable, le decía Oryx. «Deberías probarlo alguna vez, Jimmy», le insistía, besándole la oreja.

—Es que yo ya hablo contigo —protestaba él.

Otro beso.

—¿Ah, sí?

Cuando tenía diez años, su padre le regaló un mofache.

¿Qué aspecto tenía su padre? Hombre de las Nieves no logra fijarlo en el recuerdo. La imagen de la madre de Jimmy perdura con claridad, a todo color, con un marco blanco, como el de las Polaroid, pero de su padre sólo recuerda detalles: la nuez que le subía y le bajaba al tragar, las orejas iluminadas al trasluz cuando estaba de espaldas a la ventana de la cocina, la mano izquierda apoyada en la mesa, cortada por la manga de la camisa. Su padre es una especie de pastiche. Es posible que Jimmy nunca llegue a alejarse de él lo suficiente como para captar todas las partes al mismo tiempo.

Seguramente se lo regaló para su cumpleaños. Aunque no solían celebrarlo, no era motivo de alegría general, al menos desde que Dolores, la interna filipina, se había ido. Cuando ella estaba en casa, siempre se acordaba de esa fecha señalada. Preparaba una tarta, o quizá la compraba, pero lo cierto era que había una tarta de verdad, con su cobertura y sus velas, ¿no? Se aferra a la realidad de esas tartas; cierra los ojos, las evoca, las coloca todas en fila, con sus velas encendidas y desprendiendo un reconfortante aroma a vainilla, igual que Dolores.

En cuanto a su madre, nunca parecía acordarse de cuántos años tenía Jimmy ni de qué día había nacido. Debía recordárselo él durante el desayuno; entonces, ella salía de su trance y le compraba algún regalo penoso: un pijama de niño pequeño con ositos o canguros estampados, un disco que nadie que tuviera menos de cuarenta años habría escuchado jamás, ropa interior con ballenas dibujadas, y envolvía lo que fuera con pañuelos de papel y lo tiraba sobre la mesa, y esbozaba su sonrisa cada vez más rara, como si alguien le hubiera gritado «¡sonríe!» y le hubiera pinchado con un tenedor.

Al mismo tiempo, su padre saldría con alguna excusa inverosímil para explicar por qué un día tan especial, tan importante, se le había pasado por alto, y le preguntaría a Jimmy si todo iba bien y le enviaría una tarjeta de felicitación por mail (el diseño estándar de OrganInc Farms, con las palomas de cinco alas bailando la

conga y la canción «Cumpleaños Feliz, Jimmy, que todos tus sueños se hagan realidad») y al día siguiente aparecería con un regalo para él, un regalo que no sería un regalo sino alguna herramienta o algún juego para estimular la inteligencia o cualquier otro señuelo para que espabilara, se pusiera al día. Sin embargo, ponerse al día ¿con respecto a qué? Nunca había un modelo. O sí lo había, pero era tan desproporcionado y confuso que nadie lo reconocía, y menos aún Jimmy. Nada de lo que él consiguiera sería correcto ni suficiente. Según la vara de medir matemática, química y de biología aplicada de OrganInc Farms, él era del montón, por eso seguramente su padre dejó de decirle que si se esforzaba un poco lo haría mucho mejor, y empezó a alentarle con secreta decepción, como si Jimmy padeciera alguna lesión cerebral.

Así que Hombre de las Nieves ha olvidado el décimo cumpleaños de Jimmy, excepto lo del mofache, que su padre trajo en una de esas cajas que se utilizan para transportar animales. Era muy pequeño, el menor de una carnada nacida de una segunda generación de mofaches, descendientes de la primera pareja hibridada. Le habían quitado de las manos los demás ejemplares. El padre de Jimmy dejó muy claro que había tenido que perder mucho tiempo y mover muchos hilos para que le dieran ése, pero que todo el esfuerzo había merecido la pena porque aquel día era muy especial, aunque como siempre, el día especial en realidad había sido el anterior.

Los mofaches se habían concebido como pasatiempo de uno de los peces gordos de OrganInc Farms. En aquellos tiempos se cometían muchas tonterías: crear un animal era de lo más divertido, decían quienes lo hacían. Te sentías Dios. Se destruyeron bastantes experimentos porque eran demasiado peligrosos: ¿para qué permitir que viviera un sapo gigante con cola prensil, como la de los camaleones, que podía encaramarse hasta la ventana del baño y dejarte ciego mientras te cepillabas los dientes? Y luego estaba la serpiata, una mezcla de serpiente y rata; ésa también hubo que eliminarla. Los mofaches, no obstante, tuvieron gran aceptación como mascotas entre el personal de OrganInc. No provenían del mundo exterior —del mundo exterior al complejo—, así que carecían de microbios desconocidos y no suponían un peligro para los cerdones. Además, eran muy graciosos.

Su pequeño mofache se dejaba acariciar. Era blanco y negro: antifaz negro, una banda blanca en la espalda, anillas blancas y negras en una cola gorda. Lamió los dedos de Jimmy, que se prendó de él al momento.

—Y no huelen, a diferencia de las mofetas —explicó su padre—. Son animales limpios, cariñosos, tranquilos. Los mapaches, cuando crecían, no eran buenas mascotas, se volvían agresivos, lo destrozaban todo. En teoría éstos son más calmados. Ya veremos cómo va, ¿verdad, Jimmy?

Últimamente su padre se había mostrado muy atento con él, como si lo hubiera castigado injustamente e intentara compensarlo. Decía «¿verdad, Jimmy?» con

demasiada frecuencia. A Jimmy eso no le gustaba, no le gustaba ser el que llevaba buenas notas a casa. Había además otros gestos de su padre que más bien le sobraban, los puñetazos en broma, su manera de despeinarlo o de pronunciar la palabra «hijo», con una voz un poco más grave. Su tono campechano era cada vez más exagerado, como si estuviera ensayando para el papel de padre, aunque sin demasiada esperanza de que se lo dieran. Como Jimmy había fingido bastante en su vida, solía darse cuenta de cuándo lo hacían los demás. Acarició al pequeño mofache y no dijo nada.

—¿Quién le dará de comer y le limpiará la caja? —preguntó su madre—. Porque yo no pienso hacerlo. —No lo dijo enfadada, sino en un tono distante, práctico, como si fuera una mera espectadora, alguien que se quedara al margen; como si Jimmy y la tarea de cuidar de él y de su insatisfactorio padre, y las discusiones entre los dos, y la carga cada vez mayor de sus vidas, no tuvieran nada que ver con ella. Aparentemente ya no se enfadaba, ya no salía disparada de casa en zapatillas. Se había vuelto lenta y concienzuda.

—Jimmy no te lo ha pedido. Se encargará él solo. ¿Verdad, Jimmy? —dijo su padre.

—¿Qué nombre le vas a poner? —le preguntó su madre. No es que le interesara, era sencillamente una manera de meterse con él. No le gustaba que se alegrara por nada que proviniera de su padre—. *Bandido*, supongo.

Aquél era precisamente el nombre que Jimmy había pensado, por el antifaz negro.

—No, ése ya está muy visto. Le pondré *Matón*.

—Me gusta, hijo —dijo su padre.

—Bueno, pues cuando *Matón* ensucie el suelo, lo limpiarás tú, que no se te olvide.

Jimmy subió a *Matón* a su cuarto, donde le preparó una cuna con la almohada. El mofache desprendía un ligero olor a cuero que no resultaba desagradable, similar al jabón para hombres. Jimmy dormía pasándole el brazo por encima y pegando la nariz al hocico.

Un par de meses después de que le regalara el mofache, su padre cambió de trabajo. Lo contrataron los de NooSkins ofreciéndole un cargo ejecutivo de segundo nivel, de vicepresidencia, lo llamaba su madre. Ramona, la técnica de laboratorio de OrganInc Farms se fue con él. La incluyeron en la negociación porque era un bien de valor incalculable, dijo el padre de Jimmy; era su «hombre» de confianza. («Es broma», le decía a Jimmy, para aclararle que era consciente de que Ramona no era un hombre. Pero Jimmy ya lo sabía.) En cierto modo, Jimmy se alegraba de seguir viendo a Ramona durante las comidas —al menos era alguien conocido—, aunque los almuerzos con su padre eran cada vez menos frecuentes.

NooSkins era una filial de HelthWyzer, así que se trasladaron a otro complejo. En esa ocasión su casa era de estilo Renacimiento italiano, con un pórtico con columnas

y mucha cerámica en tonos terracota, y una piscina cubierta mayor que la anterior. La madre de Jimmy la llamaba «el cobertizo». Se quejaba de las estrictas medidas de seguridad que había a la entrada de la urbanización: los guardias eran más antipáticos, sospechaban por sistema de todo el mundo, les encantaba ordenar desnudarse a la gente para registrarla, especialmente a las mujeres. Les daba morbo, decía.

El padre opinaba que concedía demasiada importancia a algo que no la tenía. Además, sólo unas semanas antes de que ellos se trasladaran se había producido un incidente a causa de una fanática con una bioforma hostil escondida en un bote de laca. Se trataba posiblemente de un híbrido virulento de Ébola o Marburg, muy hemorrágico. Había rociado a un guardia que, de forma imprudente, no llevaba puesta la máscara, porque le daba mucho calor. Habían disparado y neutralizado a la mujer al momento, y la habían metido en una cuba de lejía, mientras que al pobre guardia lo habían llevado a HotBioforme y lo habían encerrado en una cámara de aislamiento, donde se había disuelto hasta convertirse en un charco viscoso. La cuestión no había pasado de ahí, pero era normal que los de seguridad se mostraran susceptibles.

La madre de Jimmy decía que eso no quitaba que ella se sintiera como una prisionera. El padre de Jimmy decía que ella no entendía la realidad de la situación. ¿Acaso no quería sentirse segura? ¿No quería que su hijo estuviera a salvo?

—Así que es por mi propio bien, ¿no?—replicó. Estaba cortando, a su ritmo, una rebanada de pan francés a dados regulares.

—Por nuestro propio bien. Por nosotros.

—Bueno, pues resulta que yo no estoy de acuerdo.

—Menuda novedad —dijo el padre de Jimmy.

Según la madre de Jimmy, les habían pinchado el teléfono y el correo electrónico, y los encargados de la limpieza de HelthWyzer, que venían dos veces por semana —robustos, lacónicos—, en realidad eran espías. Su padre decía que estaba paranoica, y que además no tenían nada que ocultar, así que ¿para qué preocuparse?

El complejo de HelthWyzer no era sólo más nuevo que el de OrganInc, también era más amplio. Tenía dos centros comerciales en vez de uno, un hospital mejor, tres discotecas y hasta su propio campo de golf. Jimmy empezó a ir a la escuela pública de HelthWyzer. A pesar de que los primeros días se sintió solo, porque no conocía a nadie, no lo pasaba tan mal. En realidad le gustaba, porque allí podía reciclar sus gracias y sus chistes viejos, mientras que los niños de OrganInc se habían acostumbrado a sus payasadas. Ya se había olvidado de la imitación del chimpancé y sus nuevas incorporaciones al repertorio eran vomitar y atragantarse hasta la muerte —las dos tenían éxito—, y otra que consistía en dibujarse una niña desnuda en la barriga, con la entrepierna a la altura del ombligo, y hacer que se contoneara.

Ya no iba nunca a casa a la hora de comer. El autobús escolar, un híbrido de

etanol y energía solar, lo recogía por la mañana y lo devolvía a casa por la tarde. En la escuela había unos comedores alegres y bien iluminados que ofrecían menús equilibrados, especialidades étnicas —*perogies, falafels*— y comida kosher, además de productos de soja para los vegetarianos. Jimmy se alegraba tanto de comer sin tener delante a sus padres que se sentía mucho más relajado. Hasta engordó un poco y dejó de ser el más flaco de la clase. Si le sobraba algo de tiempo a la hora de la comida y no tenía nada que hacer, se acercaba a la biblioteca y consultaba CD-ROM educativos antiguos. Su favorito era el del loro *Alex*, de la serie *Clásicos del comportamiento animal*. Le gustaba el fragmento en que *Alex* inventaba una palabra nueva —«nuez de corcho»—, que era su manera de decir almendra y, sobre todo, la parte en la que el loro se hartaba del ejercicio del triángulo azul y el cuadrado amarillo y decía: «Ahora me voy.» «No, *Alex*, ¡vuelve! ¿Cuál es el triángulo azul? No, el triángulo azul.» Pero *Alex* ya no estaba. Bravo por *Alex*.

Un día a Jimmy le dejaron llevar a *Matón* —que resultó ser una hembra— a clase, donde tuvo un gran éxito. «Oh, Jimmy, qué suerte tienes», le dijo Wakulla Price, la primera niña de la que se enamoró. Acarició a *Matón* con su mano oscura de uñas rosadas, y Jimmy sintió escalofríos, como si aquellos dedos le estuvieran recorriendo el cuerpo a él.

El padre de Jimmy pasaba cada vez más tiempo en el trabajo, pero cada vez hablaba menos de él. En NooSkins había cerdones, igual que en OrganInc Farms, pero eran más pequeños y se usaban para desarrollar biotecnología relacionada con la piel. Lo que pretendían era dar con un método para sustituir la epidermis vieja por otra nueva; no una piel rebajada con láser o una resuperficialización dérmica de corta duración, sino una piel nueva, flamante, libre de arrugas y de manchas. Para lograrlo, había que desarrollar una célula de piel gruesa y joven que se comiera las células gastadas de las pieles de aquellos en las que se implantaba y que las reemplazara con réplicas de ella misma, como hacen las algas que crecen en los estanques.

La recompensa, en caso de éxito, sería enorme, le explicaba el padre de Jimmy durante esas charlas de hombre a hombre que últimamente le había dado por representar con él. ¿Qué mujeres o qué hombres acomodados, en otro tiempo jóvenes, en otro tiempo guapos, atiborrados de suplementos hormonales y de vitaminas pero enfrentados a la realidad del espejo, no empeñarían su casa, la lujosa residencia de su vejez, sus hijos y hasta su alma por disfrutar de otra oportunidad en el juego del sexo? «Piel nueva para todos», rezaba el conciso logotipo. No es que hubieran descubierto todavía un método totalmente eficaz: los diez o doce desesperados que se habían prestado voluntariamente a los experimentos—eximidos del pago de la intervención a cambio de renunciar a su derecho de demandar a la empresa—habían salido con un aspecto similar al de un extraterrestre, con una pigmentación irregular, marrón verdosa, y con la piel que se les caía a tiras.

No obstante, en NooSkins también había otros proyectos. Una noche, el padre de Jimmy llegó a casa tarde y algo bebido, con una botella de champán. Jimmy le echó un vistazo y se quitó de en medio. Había escondido un pequeño micrófono detrás del cuadro de la playa que había en el salón, y otro detrás del reloj de pared de la cocina —ése que daba las horas con distintos y enervantes cantos de pájaros—, para poder oír todo lo que no era asunto de su incumbencia. Había montado los micrófonos en su clase de Neotecnología, usando componentes normales que sacó de los minimicrófonos del ordenador sin cables que, con unas pocas adaptaciones, servían perfectamente para el espionaje.

—¿Para qué es esto? —Era la voz de su madre, refiriéndose al champán.

—Lo hemos conseguido —dijo su padre—. Me parece a mí que tenemos que celebrarlo. —Forcejeos. A lo mejor había intentado besarla.

—¿Conseguido qué?

Ruido del tapón de champán al salir disparado.

—Venga, que no te va a morder. —Pausa. Debía de estar sirviéndolo. Sí, entrechocar de copas—. Por nosotros.

—¿Conseguido qué? Tengo que saber por qué brindo.

Otra pausa. Jimmy se imaginó a su padre tragando, la nuez subiéndole y bajándole, glu-glu.

—Es el proyecto de neuroregeneración. Finalmente hemos conseguido que crezca tejido de corteza cerebral humana en un cerdón. ¡Por fin! ¡Después de tantos intentos fallidos! Piensa en las posibilidades que se abren, en todas las víctimas de infarto cerebral, y...

—Lo que nos faltaba —interrumpió la madre de Jimmy—. Más gente con cerebro de cerdo. Como si no hubiera ya bastante.

—¿No puedes ser positiva por una vez en tu vida? Siempre es no, esto no está bien, lo otro tampoco está bien. ¡Para ti nada es lo bastante bueno!

—¿Por qué he de ser positiva? ¿Porque se os haya ocurrido otra manera de estafar a un montón de gente desesperada? —replicó la madre de Jimmy en ese tono nuevo, pausado y desprovisto de agresividad.

—¡Qué cínica eres, por Dios!

—No, el cínico eres tú. Tú y tus inteligentes socios. Tus colegas. Pues os equivocáis, la organización entera se equivoca. Es podredumbre moral, y tú lo sabes.

—Damos esperanza a la gente. ¡La esperanza no es ninguna estafa!

—A los precios de NooSkins sí lo es. Les ofrecéis vuestros productos a bombo y platillo y les sacáis el dinero, y cuando se les acaba, adiós a los tratamientos. Si fuera por ti y por tus amiguitos, se podrían ir todos a la mierda. ¿Ya no te acuerdas de lo que hablábamos, de todos nuestros proyectos? Mejorar la vida de la gente, no sólo de la gente con dinero. Antes eras tan... antes tenías ideales.

—Sí, claro —dijo el padre de Jimmy con voz cansina—. Y todavía los tengo. Lo que pasa es que son un lujo que no puedo permitirme.

Pausa. Seguro que la madre de Jimmy estaba reflexionando sobre eso.

—Sí, bueno —prosiguió, dando a entender que no pensaba rendirse—. Sea como sea, hay investigaciones e investigaciones. Eso que estáis haciendo, esa cosa de los cerebros de cerdos... estáis interfiriendo en los elementos constructivos de la vida. Es inmoral. Es... sacrílego...

Bang. En la mesa. No con la mano. ¿Con la botella?

—¡Es que no me lo puedo creer! ¿A quién has estado escuchando? Eres una persona culta. Pero si tú misma participabas en todo esto. Son sólo proteínas, y lo sabes perfectamente. No hay nada sagrado en las células ni en los tejidos, son sólo...

—Sí, ya conozco la teoría.

—Pues eso, gracias a ello pagamos el alquiler y comemos todos los días. No creo que seas la más indicada para tener tantos escrúpulos.

—Ya lo sé —dijo la voz de la madre de Jimmy—. Lo sé muy bien, no lo dudes. ¿Por qué no te buscas un trabajo más decente? Algo más básico.

—¿Qué? ¿Dónde? ¡Tú lo que quieres es que me ponga a cavar zanjas!

—Al menos tendrías la conciencia tranquila.

—Di mejor que la tendrías tú. Eres tú la que siente una culpa neurótica. ¿Por qué no te pones tú a cavar unas cuantas zanjas? Al menos adelgazarías un poco. Y luego, a lo mejor podrías dejar de fumar, eres una fábrica ambulante de enfisema, además de dar trabajo a todas las tabacaleras tú sola. Piensa en eso, ya que eres tan íntegra. Porque éstos son los que reparten cigarrillos a la salida de los colegios para que los niños de seis años se enganchen de por vida.

—Todo eso ya lo sé. —Pausa—. Fumo porque estoy deprimida. Las tabacaleras me deprimen, tú me deprimes, Jimmy me deprime, se está convirtiendo en un...

—¡Pues si estás tan deprimida, tómate alguna pastilla, joder! —No tienes por qué hablar mal.

—¡Pues yo creo que sí!

No es que fuera nuevo oír gritar a su padre, pero la combinación con la palabrota captó por completo la atención de Jimmy. Tal vez pasara algo, se rompiera algún cristal. Estaba asustado —otra vez ese nudo frío en el estómago—, pero al mismo tiempo era incapaz de dejar de escuchar. Si había de ocurrir una catástrofe, una debacle final, él debía presenciarla.

Sin embargo, no pasó nada, sólo se oyó el ruido de unos pasos saliendo del salón. ¿De cuál de los dos? Fuera quien fuese, ahora subiría por la escalera y entraría en su habitación para asegurarse de que Jimmy estaba durmiendo y no había oído nada. Así, al menos, borrarían aquel epígrafe de la lista de Cosas Horribles que Hacemos como Padres que los dos llevaban metida en la cabeza. No eran las cosas que hacían

mal las que sacaban de quicio a Jimmy, sino las que hacían bien. Las que se suponía que hacían bien, o al menos que le hacían bien a él. Esas de las que se enorgullecían. No sabían nada de él, de lo que le gustaba, de lo que odiaba, de lo que deseaba. Creían que era sólo lo que veían. Un buen chico, un poco tonto y un poco fanfarrón. No la estrella más brillante del firmamento, no una persona dotada para los números; pero bueno, no se podía tener todo en esta vida, al menos no era un inútil redomado. Al menos no era borracho ni drogadicto, como muchos de los chicos de su edad, había que tocar madera. En realidad, había oído que su padre pronunciaba aquellas palabras literalmente, «tocar madera», como si Jimmy fuera a cagarla en cualquier momento, a descarriarse, aunque aún no lo hubiera hecho. Sin embargo, de la otra persona, la persona secreta, distinta, que vivía dentro de él, no sabían nada de nada.

Desconectó el ordenador, se quitó los auriculares, apagó la luz y se acostó con cuidado, sigilosamente, porque *Matón* ya estaba en la cama, acurrucada al fondo, en su sitio preferido. Había tomado la costumbre de lamerle los pies para quitarles la sal. Y le hacía cosquillas. Con la cabeza bajo las sábanas, Jimmy se retorció de risa, en silencio.

Martillo

Transcurrieron varios años. Así debió de suceder, piensa Hombre de las Nieves, porque la verdad es que no recuerda casi nada, sólo que le cambió la voz y empezaron a salirle pelos por todo el cuerpo. Nada emocionante, aunque habría sido peor que no le salieran. También se le desarrollaron los músculos. Empezó a tener sueños eróticos y a mostrarse tímido. Pensaba en las chicas en abstracto, por expresarlo de algún modo —en chicas sin cabeza—, y en Wakulla Price con su cabeza y todo, aunque ella no quería salir con él. ¿Tenía granos? ¿Era por eso? No se acordaba de haberlos tenido; sin embargo, ahora que piensa en ello, sus rivales sí tenían la cara llena.

«Nuez de corcho», le decía a cualquiera que le molestara. Siempre que no fuera chica. Nadie, excepto el loro Alex y él, sabía exactamente qué significaba «nuez de corcho», así que era un insulto bastante demoledor. La expresión se puso de moda entre los niños del complejo de HelthWyzer, y a Jimmy empezaron a respetarlo un poco. «¡Eh, nuez de corcho!»

Su mejor amigo secreto era *Matón*. Que el único ser con el que podía hablar en serio fuera un mofache era triste. Evitaba a sus padres en la medida de lo posible: su padre era un nuez de corcho y su madre era una inútil. Ya no le asustaban sus campos eléctricos negativos, sencillamente le parecían aburridos... O eso se decía.

En el colegio representaba un gran acto de venganza contra ellos. Se dibujaba unos ojos a los lados del nudillo de cada índice y escondía los pulgares dentro de los puños. A continuación, moviendo los pulgares arriba y abajo se abrían y cerraban las bocas de aquellos muñecos parlanchines. La mano derecha era el Padre Malo y la izquierda, la Madre Buena. El Padre Malo hablaba con arrogancia, sentaba cátedra y soltaba estupideces con gran pompa. La Madre Buena se quejaba y lo acusaba. Según la cosmología de la Madre Buena, el Padre Malo era el culpable de las hemorroides, la cleptomanía, los conflictos globales, el mal aliento, las fallas de la placa tectónica, los desagües atascados, además de todas las migrañas y los dolores menstruales que ella había sufrido en su vida. En el comedor escolar, aquel espectáculo fue uno de sus grandes éxitos. Frente a él se arremolinaba una multitud que le pedía: «¡Jimmy, Jimmy, haz el Padre Malo!» Los demás niños presentaban sugerencias y proponían muchas variaciones extraídas de sus propias unidades familiares. Algunos lo imitaban y se dibujaban unos ojos en los dedos, pero no eran tan hábiles con los diálogos.

A veces, cuando se pasaba de la raya, Jimmy se sentía culpable. No tendría que haber hecho llorar a la Madre Buena en la cocina porque le hubieran reventado los ovarios; no tendría que haber representado esa escena sexual con la barrita de pescado del menú especial del lunes —20% de pescado auténtico— en la que el Padre Malo se abalanzaba sobre la Madre Buena con deseo y la destrozaba porque

ella se había metido en una caja vacía de Twinkies y no quería salir. Aquellas escenas eran burdas, aunque no hubiera dejado de representarlas sólo por eso. Había en ellas algo demasiado parecido a una verdad incómoda y que no le apetecía examinar. Pero los demás niños le insistían, le adulaban, y él no se resistía a los aplausos.

—¿Me he pasado, *Matón*? —preguntaba—. ¿He sido demasiado rastrero? «Rastrero» era una palabra que había descubierto hacía poco. La Madre Buena la usaba mucho por aquel entonces.

Matón le lamía la nariz. Ella siempre le perdonaba.

Un día, Jimmy llegó a casa del colegio y se encontró una nota en la mesa de la cocina. Era de su madre. Con sólo ver las palabras que había en el sobre —«Para Jimmy», subrayadas dos veces con tinta negra— supo qué mensaje contenía.

«Querido Jimmy —decía—: Bla, bla, bla, sufrido en mi conciencia demasiado tiempo, bla, bla, bla, no participar más en un modo de vida que no sólo carece de sentido en sí mismo, sino que bla, bla, bla.» Sabía que cuando Jimmy fuera lo bastante mayor como para considerar las implicaciones del bla, bla, bla, estaría de acuerdo con ella y la entendería. Se pondría en contacto con él en cuanto tuviera la posibilidad. Bla, bla, bla, seguro que iniciarían investigaciones, así que debía esconderse. Una decisión tomada no sin mucha introspección mental, razonamientos y angustia, pero bla, bla, bla. Siempre lo querría mucho.

Tal vez sí quiso a Jimmy, piensa Hombre de las Nieves. A su manera. Aunque en esa época él no lo creía. Aunque también era posible que no lo quisiera. De todos modos, sí debió de albergar algún sentimiento positivo hacia él. ¿No se suponía que existía un instinto maternal?

«Posdata —añadía—: me he llevado a *Matón* conmigo para liberarla, porque sé que será más feliz si vive libre y salvaje en el bosque.»

Aquello Jimmy tampoco se lo creyó. Además, le enfureció. ¿Cómo se había atrevido? ¡*Matón* era suya! Y era un animal doméstico. Sola estaría desvalida, no sabría arreglárselas por sí misma, y cualquier ser hambriento la destrozaría. La madre de Jimmy y los suyos, sin embargo, debían de tener razón, piensa Hombre de las Nieves, porque *Matón* y los demás mofaches liberados habían logrado sobrevivir sin problemas. ¿De qué otro modo cabía explicar el creciente y molesto número de ellos que infestaba su rincón del bosque?

Jimmy estuvo triste durante semanas. No, durante meses. ¿Cuál de las dos pérdidas lamentaba más? ¿La de su madre o la de una mofeta modificada?

Su madre había dejado otra nota. Bueno, no era precisamente una nota, sino un mensaje mudo: se había cargado el ordenador personal de su padre. Y no sólo el contenido, lo había destrozado a martillazos. En realidad, había usado casi todos los utensilios de la perfectamente ordenada y apenas estrenada caja de herramientas Mr. Home Handyman, aunque el martillo parecía haber sido el preferido. También se

había cargado su propio ordenador, aún más a conciencia, si cabe. Así, ni el padre de Jimmy ni los de Corpsegur, que no tardaron en aparecer y en meterse por todas partes, conseguirían tener la más remota idea de los mensajes codificados que tal vez se hubiera dedicado a enviar, de la información secreta que acaso se hubiera descargado y se hubiera llevado.

Para pasar por los controles de seguridad y abandonar el complejo, dijo que tenían que matarle el nervio de una muela y que debía ir a un dentista externo. Disponía de toda la documentación en regla, de todos los permisos necesarios y la excusa para salir era cierta: al especialista de la clínica dental de HelthWyzer le había dado un infarto y aún no había llegado el sustituto, así que concedían permisos para acudir a consultas externas. Hasta había llegado a concertar una visita con el dentista del complejo, que había enviado la factura al padre de Jimmy, a pesar de que ella no se había presentado. (El padre de Jimmy se había negado a pagarla, porque no había sido él quien había faltado a la cita; él y el dentista se enzarzaron en una discusión días después, por teléfono.) Se marchó sin equipaje, tan tonta no era. Había contratado a un hombre de Corpsegur para que la escoltara durante el trayecto en taxi desde la estación sellada del tren bala hasta el muro exterior del complejo, pues tenía que atravesar una corta extensión de plebilla. Era lo que se hacía habitualmente. Nadie sospechó nada. La conocían y sus papeles, el pase y todo lo demás estaban en regla. En la puerta de acceso, nadie le revisó la boca, aunque de poco habría servido: el dolor del nervio era invisible.

O bien el agente de Corpsegur estaba conchabado con ella, o bien se lo cargó, porque lo cierto es que nunca regresó y desapareció sin dejar rastro. Al menos eso dijeron. Aquello fue lo que dio la voz de alarma, porque significaba que había más gente implicada. Pero ¿quiénes? ¿Qué metas perseguían? Era urgente aclarar esos puntos, afirmaron los guardias cuando interrogaron a Jimmy. ¿Alguna vez le había dicho algo su madre?, le preguntaron.

¿A qué se referían con algo?, se extrañó Jimmy. Pensó en las conversaciones que había oído a través de los micrófonos ocultos, pero de eso no iba a hablar. Y en lo que murmuraba su madre de vez en cuando, mientras se quejaba de que se lo estaban cargando todo y de que nada volvería a ser como antes, como la casa de la playa que su familia tenía siendo ella pequeña, la que acabó bajo las aguas, como al resto de playas y bastantes ciudades de la Costa Este, cuando el nivel del mar subió tan deprisa y hubo aquella ola gigante causada por el volcán de las islas Canarias. (Lo habían estudiado en el colegio, en el crédito de Geología. A Jimmy, la estimulación con vídeo le resultaba interesante.) Y su madre solía hablar con nostalgia del huerto de pomelos que su abuelo tenía en Florida y que se había secado como una pasa gigante cuando dejó de llover, el mismo año en que el lago Okeechobee redujo su tamaño hasta convertirse en una charca de barro y los

Everglades se incendiaron y ardieron durante tres semanas seguidas.

Claro, que todos los padres se quejaban de lo mismo. «¿Te acuerdas de cuando se podía ir en coche a cualquier parte? ¿Te acuerdas de cuando todo el mundo vivía en plebillas? ¿Te acuerdas de cuando podías viajar en avión por todo el mundo, sin miedo? ¿Te acuerdas de las cadenas de hamburgueserías, donde siempre había carne de ternera de verdad? ¿Te acuerdas de los carros de perritos calientes? ¿Te acuerdas de Nueva York antes de que fuera Nueva Nueva York? ¿Te acuerdas de cuando era importante votar?» Todas aquellas conversaciones eran típicas en los espectáculos de marionetas de mano que representaba en el comedor del colegio. «¡Oh, qué maravilloso era todo antes! ¡Uhhhh! Ahora me voy a meter en la caja de Twinkies. Esta noche, nada de sexo.»

Su madre era una madre como las demás, le dijo Jimmy al de Corpsegur. Y hacía lo que hacen todas. Fumaba mucho.

—¿Pertenece a alguna organización o grupo similar? ¿Le visitaba gente rara? ¿Habla mucho rato por el móvil?

—Cualquier detalle que recuerdes podría sernos de ayuda, hijo —añadió el otro agente. Lo de «hijo» fue determinante. Contestó que no sabía nada.

La madre de Jimmy le había dejado algo de ropa nueva, de la talla que, según ella, pronto necesitaría. Pero era horrible, como la que ella le llevaba siempre. Y además le iba pequeña. La guardó en un cajón.

Su padre estaba afectado, se notaba. Y asustado. Su esposa se había saltado todas las normas posibles, debía de llevar una vida paralela de la que él no tenía ni idea. A los hombres, ese tipo de cosas no les sentaban bien. Señaló que en el ordenador que le había roto no tenía ninguna información importante, pero qué iba a decir, y no había manera de demostrarlo. Luego se lo llevaron bastante tiempo para interrogarlo. Tal vez lo estuvieran torturando, como en las películas antiguas o en los sitios web más desagradables, con electrodos y porras y quemándole en las uñas, y a Jimmy aquello le preocupaba y le producía malestar. ¿Cómo era posible que no se hubiera percatado de nada y no hubiera puesto remedio para impedirlo, en vez de limitarse a aquellos ridículos juegos de ventriloquia?

En casa, mientras su padre estaba ausente, se quedaron dos mujeres de Corpsegur que parecían de acero. Para cuidarlo. O al menos eso decían. Una sonreía y la otra no. Continuamente llamaban por sus móviles de éter. Revisaban los álbumes de fotos y los armarios de la madre de Jimmy, e intentaban sonsacarle. «Parece muy guapa. ¿Crees que tenía novio? ¿Salía mucho a las plebillas?» ¿Y por qué iba a salir?, contestó Jimmy, y ellas dijeron que alguna gente lo hacía. ¿Por qué?, insistió Jimmy, y la que no sonreía respondió que había gente retorcida y la que sonreía se rió y se puso roja y dijo que fuera se encontraban cosas que no había dentro. ¿Qué cosas?, quiso preguntar Jimmy, pero se contuvo porque la respuesta tal vez suscitaría más

preguntas sobre lo que su madre quería o buscaba. Ya se había vengado bastante de ella en el comedor del colegio, ya estaba satisfecho.

Aquellas dos mujeres preparaban unas tortillas muy correosas, para ver si con la comida Jimmy bajaba la guardia. Al comprobar que aquello no funcionaba, empezaron a descongelar comida preparada en el microondas y a encargarse de pizzas. «¿Y tu madre iba mucho al centro comercial? ¿Salía a bailar? Seguro que sí.» Jimmy sentía deseos de soltarles un puñetazo. Si hubiera sido una niña, se habría echado a llorar para que se compadecieran de él y se callaran.

Cuando el padre de Jimmy volvió de donde fuera que se lo hubieran llevado, empezó a ir a terapia. A juzgar por su aspecto, le hacía bastante falta. Tenía la cara verdosa y los ojos hinchados y rojos. A Jimmy también lo llevaron a terapia, pero fue una pérdida de tiempo.

«Estarás triste por la marcha de tu madre.»

«Sí, claro.»

«No debes sentirte culpable, hijo. No es culpa tuya que se haya ido.»

«¿Qué quiere decir?»

«No pasa nada, expresa tus emociones.»

«¿Qué emociones le interesa que exprese?»

«No hay necesidad de mostrarse hostil, Jimmy. Sé cómo te sientes.»

«Entonces, si ya sabe cómo me siento, ¿por qué me lo pregunta?», etcétera.

El padre de Jimmy le dijo que tendrían que apañárselas los dos solos lo mejor que pudieran. Así que se las apañaron. Se las apañaban una y otra vez, se servían sus propios zumos de naranja por la mañana y ponían el lavavajillas cuando se acordaban, y después de apañárselas durante varias semanas, el padre de Jimmy ya no tuvo la cara verdosa y volvió a jugar al golf.

En el fondo, se notaba que no se sentía tan mal, ahora que lo peor ya había pasado. Empezó a silbar mientras se afeitaba, incluso más que antes. Pasado un tiempo prudencial, Ramona se instaló en la casa. La rutina diaria cambió, con sesiones de sexo desbocado entre risas, tras puertas que se cerraban pero que carecían de aislamiento acústico, mientras Jimmy subía el volumen de la música y procuraba no escuchar. Podría haber escondido un micrófono en la habitación para no perderse detalle, pero la idea le repugnaba. A decir verdad, le avergonzaba. En una ocasión se produjo un encuentro algo embarazoso en el distribuidor de arriba. El padre de Jimmy con una toalla alrededor de la cintura, las orejas de soplillo, la cara aún encendida tras el último arrebató erótico, y Jimmy rojo de vergüenza, fingiendo que no se percataba de nada. Aquellos dos conejos rebosantes de hormonas podrían haber tenido la decencia de hacerlo en el garaje, en vez de restregárselo a él por las narices sin parar. Consegúan que se sintiera invisible. Aunque tampoco es que él deseara sentirse de otro modo.

¿Desde cuándo duraba aquello? Se pregunta Hombre de las Nieves ahora. ¿Llevaban tiempo montándose detrás de las pocilgas de los cerdones, con los biotrajés y las mascarillas protectoras con filtro contra gérmenes? No lo cree. Su padre era un poco idiota, no un cabrón. Claro que se podía ser las dos cosas a la vez: un idiota cabrón o un cabrón idiota. Pero su padre (o al menos eso cree) era demasiado torpe y mentía demasiado mal como para recrearse en una infidelidad en toda regla sin que la madre de Jimmy lo descubriera.

Aunque tal vez sí lo había descubierto. A lo mejor por eso se había ido, o al menos éste fue uno de los motivos. Para coger un martillo —por no hablar del destornillador eléctrico o la llave inglesa— y destrozar un ordenador ajeno, hay que estar bastante enfadado.

Y no es que ella no estuviera enfadada en general; su enfado no se limitaba en absoluto a una sola cuestión.

Cuanto más lo piensa Hombre de las Nieves, más se convence de que Ramona y su padre se habían reprimido. Habían esperado a que la madre de Jimmy hubiera desaparecido entre chispas de píxeles antes de arrojarlo uno en brazos del otro. De lo contrario, no se habrían entregado a aquellos castos e inocentes intercambios de miradas en el Andre's Bistro, en OrganInc. Si ya hubieran estado liados, se habrían mostrado fríos y profesionales en público, y se habrían evitado en la medida de lo posible. Se habrían entregado a sórdidos y breves encuentros en rincones oscuros en los que forcejarían con los botones y las cremalleras atascadas sobre la moqueta del despacho, y se morderían las orejas en los aparcamientos. No se habrían molestado en representar aquellas comidas asépticas en las que su padre se quedaba mirando el mantel mientras Ramona daba cuenta de las zanahorias crudas. No se les habría caído la baba encima de la ensalada o de la empanada de carne mientras usaban a Jimmy de escudo humano.

No es que Hombre de las Nieves esté juzgándolos. Sabe cómo son estas cosas, o cómo eran. Ahora es adulto, y en su conciencia hay cargas mucho peores. Así que ¿quién es él para culparlos de nada? (Sí los culpa).

Ramona pidió a Jimmy que se sentara y se quedó mirándolo con sus grandes y sinceros ojos, delineados de negro, y le dijo que sabía que todo aquello era muy duro para él, que era un trauma para todos, para ella tampoco era fácil, aunque a lo mejor a él, no sé, le parecía que no, y que ella era muy consciente de que no podía sustituir a su verdadera madre, aunque esperaba que fuesen amigos. Jimmy dijo «claro, por qué no», porque aparte de la relación que Ramona mantenía con su padre, le caía bien y quería complacerla.

La verdad es que se esforzaba. Se reía de sus chistes, a veces con algo de retraso —no era de letras, se recordaba a sí mismo—, y a veces, cuando su padre no estaba, calentaba algo de cenar en el microondas sólo para ellos dos: se alimentaba de lasaña

y ensalada César. A veces se sentaba con él en el sofá a ver películas en el DVD. Preparaba palomitas de maíz y les echaba sucedáneo de mantequilla derretida. Metía los dedos aceitosos en el cuenco y se los chupaba durante las escenas que le daban más miedo, mientras Jimmy intentaba no mirarle los pechos. Le preguntaba si había algo de lo que quisiera hablar con ella, bueno, ya sabes. La relación entre ella y su padre, o qué había pasado con el matrimonio. Él contestaba que no.

Por las noches, secretamente, añoraba a *Matón*. Y también —en algún lugar recóndito de sí mismo que se negaba a reconocer— a su rara, insuficiente, triste y verdadera madre. ¿Adónde había ido? ¿En qué peligros se había metido? Que corría alguna clase de peligro era un hecho. La buscaban, eso lo sabía. En su lugar, no le apetecería mucho que lo encontraran.

Pero si le había dicho que se pondría en contacto con él, ¿por qué no lo hacía? Al cabo del tiempo recibió un par de postales, primero con sello de Inglaterra y luego de Argentina. Las firmaba como «tía Mónica» pero sabía que eran de ella. «Espero que estés bien», decían, y nada más. Debía de suponer que pasarían por cien filtros antes de que llegaran a Jimmy, y así era, porque después de recibir cada postal aparecían los agentes y le preguntaban quién era tía Mónica. No creía que su madre estuviera en ninguno de los países de donde eran los sellos, porque tan tonta no era. Seguro que había pedido a otra persona que las mandara.

¿Es que no confiaba en él? Estaba claro que no. Sentía que la había decepcionado, que le había fallado en algo fundamental. Nunca llegó a entender qué era lo que se esperaba de él. Ojalá hubiera tenido una oportunidad más para hacerla feliz.

«Yo no soy mi infancia», dice Hombre de las Nieves en voz alta. Odia ese tipo de respuestas. No es capaz de suprimirlas, de cambiar de tema, no es capaz de salir de la habitación. Lo que precisa es más disciplina interna, o una sílaba mística que repetir una y otra vez para desconectarse. ¿Cómo se llamaban? Mantras. Lo estudió en el colegio. Religión de la semana. «Ya está bien, chicos, a callar todos, tú también, Jimmy. Pongamos que vivimos en la India y vamos a recitar un mantra. ¿A que es divertido? Que cada uno escoja una palabra, una palabra distinta, así todos tendremos nuestro mantra especial.»

«Concéntrate en las palabras», se dice a sí mismo. Las palabras raras, las antiguas, las atípicas. «Guirnalda, oráculo, serendipidad, arenga, lúbrico.» Cuando estas palabras se le hayan ido de la cabeza, se perderán para siempre. Como si nunca hubieran existido.

Crake

Pocos meses antes de que la madre de Jimmy se esfumara, apareció Crake. Las dos cosas pasaron durante el mismo año. ¿Qué tenían en común? Nada, sólo que los dos parecían llevarse bien. Crake era de los pocos amigos de Jimmy que le caían bien a su madre. En general, sus compañeros de sexo masculino le parecían demasiado infantiles, y opinaba que sus amigas eran tontas o unas guarras. Ella no usaba esas palabras, claro, pero se notaba que lo pensaba.

Pero Crake no, Crake era distinto. Más maduro, decía; en realidad, incluso más que muchos adultos. Era posible mantener una conversación objetiva con él, una conversación en la que los hechos y las hipótesis conducían a su conclusión lógica. Jimmy nunca los había visto hablando en este plan, pero seguro que lo habían hecho, si no su madre no lo habría comentado. ¿Cuándo mantenían aquellas conversaciones lógicas y adultas?, se preguntaba muchas veces.

—Intelectualmente, tu amigo es muy digno —comentaba su madre—. No se miente a sí mismo.

Y acto seguido miraba a Jimmy con esos ojos azules, llenos del dolor que él le causaba y que tan bien conocía. Ojalá también él fuera así, intelectualmente digno. Otro desconcertante boletín de calificaciones que su madre se guardaba en algún bolsillo mental y que informaba de que, como mucho, se merecía un aprobado por los pelos. «Jimmy obtendría mejores notas en “dignidad intelectual” si se esforzara un poco más.» Sobre todo si tuviera alguna puñetera idea de qué era eso de la dignidad intelectual.

—No voy a cenar —le decía él una vez más—. Ya picaré algo por ahí.

Si pretendía demostrar su decepción, que lo hiciera ante el reloj de la cocina. Había manipulado el mecanismo para que el petirrojo hiciera ¡uuuu!, y el búho hiciera ¡pío, pío! Que fueran ellos los que la decepcionaran, para variar.

Tenía sus dudas sobre la dignidad de Crake, la intelectual y también la otra. Lo conocía un poco mejor que su madre.

Cuando la madre de Jimmy desapareció de esa manera, después del arrebato con el martillo, Crake no comentó casi nada. No pareció sorprendido ni afectado. Se limitó a observar que algunas personas necesitaban un cambio, y que para cambiar tenían que irse a otro sitio. Dijo que alguien podía estar en tu vida y luego ya no estar más, y que a Jimmy le convendría leer a los estoicos. Este consejo le resultó un poco ofensivo. Crake tenía tendencia a hacer de profesor, y a veces se le iba un poco la mano con las recomendaciones. Pero a Jimmy le caía bien porque era tranquilo y nada entrometido.

Claro que en aquella época Crake todavía no era Crake. Se llamaba Glenn. ¿Por qué se escribía con dos eses y no con una, como de costumbre?

—A mi padre le gustaba la música —le explicó cuando Jimmy por fin se atrevió a preguntárselo—. Me puso el nombre de un pianista muerto, un niño prodigio con dos enes.

—¿Y te obligó a ir a clases de música?

—No —dijo Crake—. Nunca me obligó a hacer casi nada.

—Entonces, ¿qué sentido tiene?

—¿Qué sentido tiene qué?

—El nombre, las dos enes.

—Jimmy, Jimmy, no todo ha de tener un sentido.

A Hombre de las Nieves le cuesta pensar en Glenn cuando piensa en Crake, porque el papel posterior de éste ha borrado por completo su primera personalidad. Seguramente, su «lado Crake» estaba ahí desde el principio, piensa Hombre de las Nieves; en realidad nunca hubo un Glenn, Glenn era sólo un disfraz. Así que en las reposiciones que Hombre de las Nieves hace de la historia Crake no es nunca Glenn, ni siquiera Glenn-alias-Crake, ni Crake/Glenn, ni Glenn-más-tarde-llamado-Crake. Es, simplemente, Crake, a secas. Además, Crake a secas es más corto. Para qué usar guiones o paréntesis si no es absolutamente imprescindible.

Crake apareció por el instituto de HelthWyzer en septiembre u octubre, en uno de esos meses de lo que se llamaba «otoño». El día era radiante, cálido, por lo demás anodino. Lo transfirieron de otro centro, al parecer habían fichado a uno de sus padres. Era algo normal en los complejos; los niños aparecían y desaparecían, los pupitres se ocupaban y se vaciaban, las amistades siempre eran circunstanciales.

Jimmy no estaba prestando atención cuando Melones Riley, su tutora y profesora de Ultratextos, presentó a Crake a la clase. No se llamaba Melones, claro, era el mote que le habían puesto sus alumnos, pero Hombre de las Nieves no recuerda su nombre verdadero. No debería haberse inclinado tanto sobre su pantalla de lectura, con sus pechos grandes y redondos rozándole el hombro. No debería haber llevado la camiseta de NooSkins tan ajustada ni metida por dentro de aquellos pantalones tan cortos; los distraía demasiado. Así que cuando Melones anunció que Jimmy sería el encargado de enseñarle el colegio a Glenn, su nuevo compañero, Jimmy se quedó un momento en silencio, intentando descifrar qué era lo que acababa de decirle.

—Jimmy, te he pedido una cosa —dijo Melones.— Sí, claro, estoy a tu disposición —dijo Jimmy poniendo los ojos en blanco y esbozando una sonrisa impúdica, aunque sin pasarse. Se oyeron algunas risas y a la señorita Riley hasta se le escapó una sonrisita. Normalmente conseguía ganársela con sus payasadas infantiles. Le gustaba imaginar que si Jimmy no fuera menor de edad ni ella su maestra y, por tanto, susceptible de ser denunciada por abusos deshonestos, se metería en su habitación de adolescente y clavaría los dedos ávidos en su carne joven.

Hombre de las Nieves piensa, con cierta condescendencia y algo de envidia, que

en esa época Jimmy estaba muy seguro de sí mismo. También era desgraciado, claro. Su infelicidad se da por sentada. Le dedicaba muchos esfuerzos.

Cuando Jimmy se fijó por fin en Crake, no quedó muy entusiasmado. Era unos tres centímetros más alto que él, y más delgado. El pelo castaño oscuro, liso, moreno de piel, con sus ojos verdes, una media sonrisa y la mirada altiva. Llevaba ropa de colores oscuros, sin marcas ni dibujos ni inscripciones; un estilo anónimo. Seguramente era mayor que el resto de la clase, o intentaba comportarse como si lo fuera. Jimmy se preguntaba qué deporte practicaba. Fútbol no, ni ninguno de fuerza bruta. Para el baloncesto le faltaba altura. No le parecía persona proclive al juego en equipo, ni de las que se exponen tontamente a las lesiones. Quizá jugara al tenis. (Era el deporte de Jimmy).

A la hora de almorzar, lo acompañó al comedor —Crake engulló dos enormes salchichas de soja y un gran trozo de pastel de coco, a lo mejor quería ganar peso—, y después empezaron a recorrer pasillos y a entrar y salir de aulas y laboratorios, mientras Jimmy le daba las explicaciones de rigor. «Esto es el gimnasio, ésta es la biblioteca, aquí están los libros en préstamo, tienes que pedirlos antes de las doce, ahí están las duchas de las chicas, se supone que hay un agujero en la pared, aunque yo nunca lo he encontrado. Si pretendes fumar porros, no lo hagas en el váter, hay cámaras ocultas. En aquella rejilla de ventilación hay una microcámara de seguridad, no la mires, si no, sabrán que lo sabes.»

Crake lo observó todo en silencio. No dio ningún detalle de sí mismo. Sólo comentó que el laboratorio de química le parecía un vertedero.

Pues peor para ti, pensó Jimmy. Si lo que le apetece es ser un capullo, que lo sea. Son millones los que eligieron ese mismo camino antes que él. Estaba irritándose consigo mismo por todo ese despliegue de verborrea, a la que Crake respondía con unas miradas breves e indiferentes, y con su sonrisita. Con todo, Crake tenía un algo. Esa especie de estudiado desapego siempre lo impresionaba, viniendo de otro chico; era como si estuviera conteniendo su propia energía, como si se estuviera reservando para algo más importante.

Jimmy se descubrió deseando provocar una reacción en él; era uno de sus puntos débiles, le importaba lo que los demás pensaran de él. Así que después del colegio le preguntó si le apetecía acompañarlo a un centro comercial a pasar el rato, a ver qué encontraban, a lo mejor habría chicas, y Crake le contestó que por qué no. No había mucho que hacer en el complejo después de las clases, al menos no para los chicos de su edad, y menos aún algo que se pudiera hacer en grupo. No era como en las plebillas. Se rumoreaba que allí los niños corrían en grupos, en hordas. Esperaban a que sus padres se marcharan y entonces se ponían manos a la obra: lo destrozaban todo, ponían la música a tope y fumaban de todo y bebían y se follaban a todo bicho viviente, hasta al gato, rompían los muebles, se chutaban sobredosis. Atractivo,

pensaba Jimmy. Pero en los complejos todo estaba más que controlado. Patrullas nocturnas, toques de queda para los adolescentes, perros adiestrados para detectar la presencia de drogas duras. En una ocasión habían relajado la vigilancia y se había colado una banda de verdad —los Dirtballs—, pero casi se había producido una revuelta, así que el fallo no se había repetido. De todos modos, con Crake no era necesario disculparse; él también era un niño de complejo y ya sabía de qué iba el asunto.

Jimmy tenía la esperanza de ver a Wakulla Price en el centro comercial. Seguía más o menos enamorado de ella, pero después del discursito del tipo «te quiero como amigo» que le había endosado, lo había intentado con otras chicas, hasta acabar con la rubia LyndaLee, por el momento. LyndaLee practicaba el remo, y tenía unas piernas musculosas y unos pectorales impresionantes, y se lo había llevado a su habitación en más de una ocasión. Tenía más experiencia que él, sabía usar la boca, y cada vez que se iba con ella se sentía como si se lo tragara una máquina tragaperras de esas de bolas, llena de luces parpadeantes y giros imprevistos y cascadas de bolas metálicas. No le gustaba mucho, pero no quería perderla de vista, necesitaba saber que seguía estando en su lista. Quizá pudiera incluir en este catálogo a Crake, hacerle un favor, mostrarle una camaradería que le valiera su gratitud. No sabía qué tipo de chica le gustaba. Hasta el momento no le había dado ninguna pista.

En el centro comercial, no vio a Wakulla por ninguna parte, y tampoco a LyndaLee. Jimmy intentó llamarla por teléfono, pero lo tenía desconectado. Así que él y Crake jugaron unas partidas de Waco Tridimensional en la sala de juegos y se tomaron un par de Burguersojas —aquel mes no había ternera, según la pizarra con los menús—, y un Happicapuccino helado y medio Joltbar cada uno para reponer energía y meterse unos cuantos esteroides en el cuerpo. Luego pasearon por la parte cubierta, con sus fuentes y sus helechos de plástico, con esa música como tibia que siempre sonaba en aquellos sitios. Crake no se mostraba precisamente locuaz, y Jimmy se disponía a decirle que debía volver a casa para hacer los deberes cuando justo delante de ellos apareció algo digno de atención: Melones Riley se dirigía hacia uno de los clubs de baile para adultos en compañía de un hombre. Se había cambiado la ropa que había llevado al colegio y se había puesto una chaqueta roja holgada sobre un vestido negro ajustado. El hombre le pasaba el brazo por la cintura, por debajo de la chaqueta.

Jimmy le dio un codazo a Crake.

—¿Crees que le está tocando el culo?

—Se trata de un problema de geometría —respondió Crake—. Habría que calcularlo.

—¿Qué? —dijo Jimmy—. ¿Cómo?

—Usa las neuronas —siguió Crake—. Paso número uno: calcula la longitud del

brazo del hombre, usando como referencia su brazo visible y asumiendo que los dos tienen aproximadamente la misma extensión. Paso número dos: calcula el ángulo del codo. Paso número tres: calcula la curvatura del culo. Para ello, tal vez sea necesario proceder a una aproximación, en ausencia de cifras verificables. Paso número cuatro: calcula el tamaño de la mano, usando su mano visible, como en el paso uno.

—Yo no soy de ciencias —dijo Jimmy riéndose.

Crake prosiguió.

—Hay que considerar todas las posiciones potenciales de la mano. La cintura queda descartada. La parte superior de la nalga derecha queda descartada. La parte inferior de la nalga derecha o la parte superior del muslo parecen, por deducción, las más probables. Que la mano esté entre la parte superior de los dos muslos es una posibilidad, aunque ello dificultaría el avance del sujeto, y no se detecta ningún traspies ni alteración en sus andares.

Estaba haciendo una imitación bastante aceptable de su profesor de química, en la línea «usa tus neuronas», con ese tono seco y cortante, parecido a un ladrido. Más que bastante aceptable, muy buena.

A Jimmy, Crake empezaba a caerle mejor. Iba a resultar que sí tenían algo en común, al menos el tío demostraba cierto sentido del humor. Pero, por otra parte, se sentía un poco amenazado. A él se le daban bien las imitaciones, le salían casi todos los profesores. ¿Y si Crake resultaba ser mejor que él? En su interior notaba que tanto podía caerle bien como llegar a odiarlo.

Sin embargo, en los días que siguieron, Crake no hizo ninguna representación en público.

Hombre de las Nieves piensa que, ya por entonces, Crake tenía algo. No es que fuera popular exactamente, pero la gente se sentía halagada por su mirada. Y no sólo los alumnos, también los profesores. Los miraba como si los estuviera escuchando, como si lo que decían fuera digno de su atención plena, aunque él no lo expresara nunca en esos términos. Generaba una mezcla de veneración y respeto, no en exceso, pero sí en su justa medida. Exhalaba capacidad, pero ¿capacidad para qué? Nadie lo sabía, y por eso la gente se mostraba cauta con él. Y todo ello sin abandonar nunca su austera forma de vestir.

Brainfrizz

Wakulla Price había sido la compañera de Jimmy en el laboratorio de bioquímica, pero un complejo situado en el otro extremo del continente cazó a su padre, así que Wakulla había tomado un tren bala sellado y nunca más volvieron a verla. Cuando se marchó, Jimmy estuvo una semana deprimido, y ni las convulsiones de la impúdica LyndaLee lograron consolarlo.

Crake ocupó el puesto vacante de Wakulla en el laboratorio, abandonando el pupitre solitario de la última fila que le había correspondido como recién llegado. Crake era muy inteligente. Incluso en aquel mundo lleno de genios idiotas y polímatas, no le costaba mucho encabezar la lista. Resultó ser buenísimo en Bioquímica nanotecnológica, y juntos, él y Jimmy trabajaron en su proyecto de modificación de la capa monomolecular, con el que lograron producir el nemátodo púrpura exigido —usando el codificador cromático de un alga primitiva— dentro del plazo estipulado y sin causar variaciones alarmantes.

Jimmy y Crake empezaron a pasar juntos las horas de las comidas y luego —no todos los días, no eran gays, pero sí al menos dos veces por semana— se veían fuera del colegio. Al principio jugaban a tenis en la pista de tierra batida que había detrás de casa de Crake, pero éste combinaba el método con el pensamiento tangencial y odiaba perder, y Jimmy era impetuoso y le faltaba estilo, por lo que el juego resultaba improductivo y al final acabaron dejándolo. También, con la excusa de los deberes, que a veces sí hacían, se encerraban en la habitación de Crake, donde jugaban al ajedrez con el ordenador o a juegos tridimensionales, o a Osama Infallible, echando a suertes quién iba con los infieles. Crake tenía dos ordenadores, así que había uno para cada uno y podían sentarse dándose la espalda.

—¿Por qué no usamos uno de verdad? —preguntó Jimmy un día, mientras jugaban al ajedrez—. De esos de antes, con las piezas de plástico.

Resultaba raro que estuvieran los dos en la misma habitación, dándose la espalda, jugando con los ordenadores.

—¿Por qué? —preguntó Crake—. Además, éstos son de verdad.

—No.

—Está bien, tienes razón, pero las piezas de plástico tampoco son de verdad.

—¿Qué?

—Las de verdad están en tu cabeza.

—¡Pedante! —exclamó Jimmy. Era una palabra muy buena que había oído en un DVD antiguo; la habían adoptado para meterse el uno con el otro cuando soltaban frases demasiado pomposas—. ¡Pedante total!

Crake se echó a reír.

Cuando a Crake le daba por algún juego, practicaba sin descanso y perfeccionaba

su ataque hasta que se convencía de que iba a ganar, al menos nueve de cada diez veces. Durante un mes entero se dedicaban a Písitón Bárbaro (¡A ver si eres capaz de cambiar la Historia!). Un jugador tenía las ciudades y las riquezas, y el otro las hordas, y por lo general, aunque no siempre, cometían las mayores atrocidades. O los bárbaros arrasaban las ciudades, o los arrasaban a ellos, pero había que partir de la relación histórica de fuerzas. Roma contra los visigodos, el antiguo Egipto contra los hicsos, los aztecas contra los españoles. Este último era muy bueno, porque los aztecas representaban la civilización y los españoles eran las hordas bárbaras. El juego se podía personalizar, siempre que no dejaran de usarse tribus y sociedades reales, y durante un tiempo Crake y Jimmy rivalizaron para comprobar quién conseguía el emparejamiento más raro.

—Los pechenegos contra Bizancio —dijo Jimmy un día memorable.

—¿Quién coño son los pechenegos? Eso te lo acabas de inventar —dijo Crake.

Pero Jimmy los había encontrado en la *Encyclopedia Britannica*, en la edición de 1957, copiada en un CD-ROM quién sabe para qué, en la biblioteca del colegio. Se lo sabía al dedillo.

—Mateo de Edesa se refiere a ellos como pérfidos bebedores de sangre —afirmó con aplomo—. Eran totalmente despiadados, sin paliativos.

Así que echaron a suertes quién sería quién, y a Jimmy le tocaron los pechenegos y ganó. Los bizantinos fueron masacrados, porque eso era precisamente lo que hacían los pechenegos, explicó Jimmy. Siempre masacraban a todo el mundo sin dilación. O por lo menos a los hombres. Luego, al cabo de un rato, hacían lo mismo con las mujeres.

Crake se tomó mal la pérdida de todos sus jugadores y se deprimió un poco. Al cabo de un tiempo puso todo su entusiasmo en Sangre y Rosas. Era un juego más cósmico, decía Crake: el campo de batalla era mayor, tanto en el espacio como en el tiempo.

Sangre y Rosas era un juego de compra y venta, del mismo tipo que el Monopoly. El bando de la Sangre jugaba a cometer atrocidades a gran escala: las violaciones y los asesinatos individuales no contaban, había que cargarse a un gran número de personas. Masacres, genocidios y todo eso. El bando de las Rosas debía lograr hitos para la humanidad: obras de arte, descubrimientos científicos, construcciones arquitectónicas estelares, inventos trascendentales. «Monumentos a la magnificencia humana», los llamaban en el juego. Había unos botones laterales, y si no sabías qué era *Crimen y Castigo*, o la Teoría de la Relatividad, o el Sendero de las Lágrimas, o *Madame Bovary*, o la guerra de los Cien Años, o la *Huida a Egipto*, podías hacer doble clic y bajarte una exposición ilustrada, en dos categorías: R para niños, POD para Profanación, Obscenidad y Desnudos. Eso era lo bueno de la historia, decía Crake; todo eso abundaba.

Se echaban los dados virtuales y aparecía un elemento Rosa o uno Sangre. Si era Sangre, el jugador de las Rosas tenía la opción de evitar que la atrocidad se produjera, pero para ello debía renunciar a un elemento Rosa. Entonces, la atrocidad en cuestión desaparecía de la historia, o al menos de la historia registrada en la pantalla. El jugador de la Sangre podía tomar posesión de un elemento Rosa, pero sólo si renunciaba a una atrocidad, lo que le suponía quedarse con menos munición y dar más poder al jugador de las Rosas. Si era un jugador hábil, lograba atacar al bando de las Rosas mediante las atrocidades que obraban en su poder, saquear los logros de la humanidad y transferirlos a su zona del tablero. Ganaba el jugador que conseguía retener el mayor número de conquistas humanas en el tiempo estipulado. Por supuesto, había puntos de penalización para los jugadores que, a causa de errores propios o de un juego irresponsable y absurdo, acabaran con esas conquistas.

Las instrucciones sugerían unas tasas de intercambio —*Mona Lisa* equivalía a un Bergen-Belsen; un genocidio armenio se correspondía con la Novena Sinfonía más tres Grandes Pirámides—, pero cabía también el regateo. Para utilizarlo, había que conocer las cifras: el número total de los cadáveres de las atrocidades, el precio de salida actualizado de las obras de arte; o, si las obras de arte habían sido robadas, la cantidad cubierta por la póliza del seguro. Era un juego perverso.

—Homero —dice Hombre de las Nieves abriéndose paso a través de la vegetación empapada—. *La Divina Comedia*. La escultura griega. Los acueductos. *El Paraíso Perdido*. La música de Mozart. La obra completa de Shakespeare. Las hermanas Brontë. Tolstoi. La mezquita de la Perla. La catedral de Chartres. Bach. Rembrandt o Verdi. Joyce. La penicilina. Keats. Turner. Los trasplantes de corazón. La vacuna contra la polio. Berlioz. Baudelaire. Bartok. Yeats. Woolf.

Seguro que había más. Había más.

«El saqueo de Troya —le dice una voz al oído—. La destrucción de Cartago. Los vikingos. Las Cruzadas. Gengis Khan. Atila, rey de los hunos. La masacre de los cataros. La quema de brujas. La destrucción de los aztecas. Y de los mayas. Y de los incas. La Inquisición. Vlad el Empalador. La matanza de los hugonotes. Cromwell en Irlanda. La Revolución francesa. Las guerras napoleónicas. La hambruna irlandesa. La esclavitud en el sur de Estados Unidos. El rey Leopoldo en el Congo. La Revolución rusa. Stalin. Hitler. Hiroshima. Mao. Pol Pot. Idi Amín. Sri Lanka. Timor Oriental. Saddam Hussein.»

—Basta —dice Hombre de las Nieves.

«Lo siento, cariño. Sólo quería ayudarte.»

Eso era lo malo de Sangre y Rosas; que era más fácil acordarse de los elementos de la Sangre. El otro problema era que el jugador de la Sangre normalmente ganaba, aunque eso implicara quedarse con una tierra esquilmada. Ésa era la gracia del juego, replicaba Crake cuando Jimmy protestaba. Jimmy decía que si ésa era la gracia, pues

menuda gracia. No quería contarle a Crake que últimamente tenía unas pesadillas bastante horribles: la del Partenón decorado con cabezas decapitadas era, no sabía por qué, la peor de todas.

Por un acuerdo tácito, abandonaron Sangre y Rosas, lo que a Crake no le importó, porque ya había encontrado otra novedad: «EXTINTATON, dirigido por el Loco Adán. Adán dio nombre a los animales vivos. El Loco Adán se lo pone a los muertos. ¿Quieres jugar?» Eso era lo que salía cuando te conectabas. Entonces tenías que hacer clic sobre el sí, introducir el nombre en clave y optar por una de las dos salas de chat: Reino Animal o Reino Vegetal. Luego un contrincante entraba online, usando otro nombre codificado —Komodo, Rino, Manatí, *Hippocampus ramulosus*—, y proponía una competición. «Empieza por la letra..., número de patas, ¿qué es esto?» El «esto» respondía a alguna forma biológica que se hubiera extinguido en los últimos cincuenta años —ni Tiranosaurio Rex, ni aves roc, ni dodos— y se restaban puntos si se equivocaba el marco temporal. Luego se acotaba más —división, clase, orden, familia, género, especie—, luego el hábitat y el momento en que fue visto por última vez, y por qué motivo se había extinguido. (Contaminación, destrucción de su hábitat, chiflados que creían que comerse el cuerno les daba energía.) Cuanto más aguantaba el contrincante, más puntos obtenía, aunque la rapidez también daba muchos puntos extra. Era útil contar con la copia impresa del Loco Adán en la que figuraba la lista de todas las especies extinguidas, aunque los nombres aparecían sólo en latín, y además se trataba de un librito de doscientas páginas con letra pequeña, lleno de bichos raros, algas y ranas de las que nadie había oído hablar. Nadie, al parecer, menos los Grandes Maestros en Extintaton, cuyos cerebros funcionaban de forma parecida a los buscadores electrónicos.

Siempre sabías que tu contrincante era uno de ellos porque en la pantalla aparecía el símbolo de un celacanto. «Celacanto. Pez prehistórico de las profundidades marinas que se creía extinguido hasta que fueron hallados unos ejemplares a mediados del siglo XX. Se ignora su situación actual.» El Extintaton no era más que un juego divulgativo. Era como que te tocara un empollón al lado en el autobús escolar, según Jimmy. No se callaba nunca.

—¿Por qué te gusta tanto? —le preguntó un día a Crake, que estaba sentado detrás de él, con la espalda encorvada.

—Porque se me da bien.

Jimmy sospechaba que si quería llegar a Gran Maestro no era porque le premiaran, sino por amor propio.

Crake había escogido los nombres en clave. El de Jimmy era Thickney, por un pájaro australiano ya extinguido que frecuentaba los cementerios y —según sospechaba Jimmy— porque Crake consideraba que le pegaba. El de Crake era Crake, nombre inglés de otro pájaro australiano de cuello rojo. Según él, nunca había

sido muy numeroso. Durante un tiempo, a modo de broma privada, se llamaban por sus nombres en clave. Pero cuando Crake se dio cuenta de que Jimmy no era un participante entusiasta y dejaron de jugar a Extintaton, fueron abandonando lo de Thickney. Sin embargo, a Crake se le quedó el apodo para siempre.

Cuando no se dedicaban a los juegos, navegaban por la Red; entraban en sus clásicos preferidos y buscaban cosas nuevas. Veían operaciones a corazón abierto online y en tiempo real, o las Strip-News, que resultaban divertidas un rato porque los presentadores fingían que allí no pasaba nada raro y deliberadamente evitaban mirarse las gominolas.

O entraban en sitios de *snuff animal*, como Felicia Aplasta a la Rana y cosas así, aunque eran bastante monótonos; una rana aplastada, un gato descuartizado con las manos desnudas, al final todos acababan pareciéndose. También entraban en dirtysockpuppets.com, un programa de actualidad sobre los líderes políticos mundiales. Crake opinaba que con la manipulación genética ya no se sabía si todos esos generales y los demás seguían existiendo, o si, en caso de existir, en realidad habían dicho lo que se les oía decir. De todos modos, los deponían y los reemplazaban con tal rapidez que no importaba demasiado.

En otras ocasiones, entraban en hedsoff.com, que mostraba las ejecuciones de Asia en directo. Ahí veían la decapitación de los enemigos del pueblo en lugares que parecían pertenecer a China, mientras miles de espectadores vitoreaban. O en alibooboo.com, donde les cortaban las manos a varios presuntos ladrones y donde las hordas enfurecidas lapidaban hasta la muerte a las mujeres adúlteras y a las que iban con los labios pintados, en escenarios polvorientos en principio situados en países fundamentalistas de Oriente Próximo. En ese sitio de Internet la cobertura era especialmente mala: se decía que estaba prohibido filmar, por lo que solían hacerlo personas muy necesitadas con minivideocámaras, arriesgando la vida por unas míseras monedas occidentales. Lo que mejor se distinguía era la espalda y la cabeza de los espectadores; era como estar en un enorme armario ropero, a menos que pillaran al tipo de la cámara y las manos y la ropa empezaran a moverse antes de que la imagen desapareciera. Según Crake lo más seguro era que esas bacanales sanguinarias se produjeran en algún lugar de California, con un montón de extras reclutados de la calle.

Los sitios americanos eran mejores, con sus comentaristas propios de un evento deportivo: «¡Ahí viene! ¡Sí, es Joe el Trinquete, que encabeza la lista que confeccionamos con vuestros votos!» Luego venía una relación de sus crímenes, con fotos macabras de las víctimas. En esos sitios había anuncios publicitarios de artículos como baterías de coche o tranquilizantes, y logotipos pintados de amarillo chillón en las paredes. Al menos los americanos se preocupaban un poco por la imagen, decía Crake.

Shortcircuit.com, brainfrizz.com y deathrowlive.com eran los mejores. Mostraban ejecuciones en la silla eléctrica o por inyección letal. Una vez legalizada la transmisión en tiempo real, los procesados empezaron a sobreactuar ante las cámaras. Con frecuencia eran hombres, aunque de vez en cuando también había mujeres. A Crake esas ejecuciones no le gustaban: cuando se cargaban a una mujer la cosa se ponía solemne y sentimentaloides, y a algunos les daba por montar guardia con velas encendidas y fotos de los hijos, o aparecían con poemas escritos por las mismas condenadas. En cambio, con los tíos siempre cabía la posibilidad de que se armara un escándalo. Se les veía haciendo muecas y gestos obscenos a los guardias, o contando chistes y, en ocasiones, hasta se soltaban de las correas y empezaban a correr por toda la sala, gritando.

Crake sostenía que los incidentes eran un montaje. Decía que esos hombres estaban pagados, que pagaban a sus familias. Los patrocinadores exigían que montaran un mínimo de espectáculo, para evitar que la gente se aburriera y se desconectara. Sí, era cierto, los espectadores deseaban ver las ejecuciones, pero al cabo de un tiempo la muerte se hacía monótona, así que había que incorporar una última pelea o algún otro elemento sorpresa. Seguro que todo estaba ensayado.

Jimmy replicaba que aquella teoría era descabellada. «Descabellada» era otra de esas palabras antiguas, como «pedante», que había extraído de los archivos en DVD.

—¿Crees que los ejecutan de verdad? —preguntó—. Muchas veces parecen simulaciones.

—Nunca se sabe.

—¿Nunca se sabe qué?

—¿Qué es la «realidad»?

—¡Pedante!

También había un sitio de suicidios asistidos —se llamaba niteenite.com—, que tenía una sección tipo «Ésta es su vida»: álbumes familiares, entrevistas con parientes, fiestas de despedida de amigos que aguantaban el tipo mientras se consumaba el acto final con un fondo musical de órgano. Cuando el médico de ojos tristes declaraba que la vida había abandonado el cuerpo, se ofrecían testimonios grabados de los protagonistas en los que exponían las razones de su decisión. El índice de suicidios asistidos aumentó espectacularmente tras el inicio de las emisiones. Se decía que había una larga lista de espera de gente dispuesta a pagar sumas astronómicas para intervenir en el programa y aniquilarse a sí misma aprovechando así sus minutos de gloria, y que se celebraban sorteos para escoger a los participantes.

Crake sonreía mucho cuando se conectaba a ese sitio. Por algún motivo le parecía graciosísimo. A Jimmy no. No se imaginaba haciendo algo semejante, a diferencia de Crake, quien aseguraba que saber cuándo habías tenido bastante era una muestra de

buen gusto. Pero ¿la reticencia de Jimmy se debía a que era un cobarde o simplemente a que le repugnaba la musiquilla de órgano?

Esas despedidas programadas lo incomodaban: le recordaban al loro *Alex*, cuando decía «Ahora me voy». La línea que separaba al loro *Alex* de los suicidas asistidos y de su madre y la nota que le había dejado era demasiado tenue. En los tres casos, sus protagonistas comunicaban sus intenciones; y luego se esfumaban.

También veían *En casa con Anna K.* Anna K. era una videoartista con unas tetas enormes que había puesto cámaras por toda su casa para que miles de voyeurs contemplaran en directo todos y cada uno de los momentos de su vida. Cuando te conectabas, decía: «Soy Anna K., siempre pensando en mis alegrías y en mis penas.» Entonces tenías la opción de verla depilándose las cejas con unas pinzas, las ingles con cera o lavando su ropa interior. A veces leía en voz alta escenas de obras de teatro antiguas y representaba todos los papeles sentada en el sofá, con sus vaqueros acampanados de aire retro. Así fue como Jimmy entró en contacto con Shakespeare: a través de la interpretación que Anna K. hacía de *Macbeth*.

*Mañana y mañana y mañana
se arrastra con paso mezquino día tras día,
hasta la sílaba final del tiempo escrito,
y la luz de todo nuestro ayer guió a los bobos
hacia el polvo de la muerte,*

Leía Anna K. Era una actriz espantosa, pero Hombre de las Nieves siempre le estará agradecido porque fue una especie de puerta de acceso. Cuántas cosas desconocería de no haber sido por ella. Cuántas palabras. «Inmarcesible», por ejemplo. «Glaucó.»

—¿Qué mierda es ésta? —preguntaba Crake—. ¡Cambio de canal!

—No, espera un momento —le pedía Jimmy, fascinado por... ¿Qué? Algo que quería oír. Y Crake esperaba, porque a veces le gustaba complacerlo.

Si no, veían el programa *Queek Geek*, un concurso que consistía en comerse animales vivos, pájaros, todo cronometrado y con premios que consistían en alimentos «difíciles de encontrar». Era increíble lo que la gente era capaz de hacer por un par de costillas de cordero o un trozo de brie auténtico.

Si no, veían programas porno. Había montones.

¿Cuándo empezó el cuerpo a vivir sus propias aventuras?, piensa Hombre de las Nieves; tras deshacerse de sus viejas compañeras de viaje, la mente y el alma, de las que en otro tiempo se consideró un mero receptáculo corrupto, o en todo caso una marioneta que interpretaba sus obras o una compañía perniciosa que las llevaba a la deriva. Seguramente se había cansado de las quejas constantes del alma y de los giros

incesantes de la mente, tela de araña en espiral tejida por la ansiedad, que lo distraían cada vez que se disponía a hincarle el diente a algo jugoso, a meter los dedos en algo bueno. Se había librado de ellas, las había arrojado a algún santuario húmedo o a algún salón mal ventilado mientras él se ponía a la cola de algún club de topless, arrojando junto con ellas a la cultura: la música, la pintura, la poesía, el teatro. La sublimación y todo eso. Nada más que sublimación, según el cuerpo. ¿Por qué no cortarla de raíz?

Pero el cuerpo tenía sus propias formas de cultura. Tenía su propio arte. Las ejecuciones eran sus tragedias, la pornografía era su romanticismo.

Para acceder a los sitios más desagradables y prohibidos —para los que había que tener más de dieciocho años y una contraseña especial—, Crake usaba el código privado de su tío Pete, gracias a un sofisticado método que él llamaba «laberinto nenúfar». Había construido un sinuoso sendero a través de la Red, entrando al azar en algunas empresas comerciales de fácil acceso y saltando luego «de nenúfar en nenúfar» y borrando sus huellas a medida que avanzaba. Así, cuando a su tío Pete le llegaba la factura, no podía saber dónde se había conectado.

Además, Crake también había encontrado el alijo de hierba de primera que su tío Pete guardaba dentro de unas latas de zumo de naranja, en el congelador; quitó un cuarto del contenido de una de las latas y lo mezcló con parte de la mierda de bajo octanaje que se compraba en el colegio, en la tienda de golosinas, a cincuenta dólares la bolsita. Dijo que su tío no se daría cuenta, porque sólo fumaba cuando quería acostarse con la madre de Crake, cosa que, a juzgar por el número de latas de zumo de naranja y el ritmo al que se consumían, no sucedía muy a menudo. Crake dijo que a su tío en realidad lo que le ponía era maltratar a la gente en la oficina, fustigar a los esclavos asalariados. Había sido científico, pero ahora era un directivo de administración en HelthWyther, donde llevaba los temas financieros.

Así que se liaban unos porros y se los fumaban mientras veían las ejecuciones y las imágenes porno, las partes del cuerpo se movían en la pantalla a cámara lenta, un ballet submarino de carne y sangre en tensión, lo duro y lo blando que se unían y se separaban, los jadeos y los gritos, los primeros planos de párpados y dientes muy apretados, chorros de esto y aquello. Si retrocedías y avanzabas rápidamente, una y otra vez, al final las dos cosas acababan pareciendo la misma. En ocasiones conectaban con las dos a la vez, cada una en una pantalla.

Esas sesiones se desarrollaban casi siempre en silencio, un silencio roto sólo por los efectos sonoros que emitían los ordenadores. Crake era el que decidía qué iban a ver y cuándo dejarían de verlo. Un trato justo, ya que los ordenadores eran suyos. Decía, «¿ya has terminado?», antes de cambiar. No parecía afectarle nada de lo que veía, en ningún sentido, excepto cuando algo le resultaba divertido. Tampoco parecía colocarse nunca. Jimmy sospechaba que en realidad no se tragaba el humo.

Por su parte, Jimmy se arrastraba hacia su casa, todavía bastante ciego y con la sensación de haber estado en una orgía en la que no había tenido ningún control sobre lo que le había sucedido. Sobre lo que le habían hecho. También se sentía muy ligero, como si fuera de aire; el aire poco denso y mareante de la cima de un Everest lleno de basura. De vuelta al campamento base, su casa, sus unidades familiares —en caso de que estuvieran presentes— nunca parecían darse cuenta de nada.

—¿Ya comes lo bastante? —le preguntaba, tal vez, Ramona.

E interpretaba su murmullo como una afirmación.

HottTotts

La mejor hora para hacer esas cosas en casa de Crake era a media tarde. Nadie los interrumpía. Su madre salía mucho, o tenía mucha prisa; trabajaba como médica de diagnósticos en el centro hospitalario. Era una mujer intensa, de cabello castaño, mandíbula cuadrada y poco pecho. En las escasas ocasiones en que había coincidido con Jimmy, no le había dicho gran cosa. Se ponía a revisar los armarios de la cocina en busca de algo que sirviera de merienda para «los chicos», como los llamaba. A veces, en mitad de los preparativos —que consistían en echar unas galletas saladas rancias en un plato, en cortar unas porciones gomosas, naranjas y blancas, de preparado de queso—, se quedaba inmóvil, como si viera a alguien más en la habitación. Jimmy tenía la impresión de que no se acordaba de su nombre; y no sólo del suyo, sino tampoco del de Crake. A veces le preguntaba si tenía la habitación ordenada, aunque nunca entraba para comprobarlo.

—Cree en el respeto a la intimidad del niño —decía Crake sin inmutarse.

—Seguro que es por tus calcetines apestosos —replicaba Jimmy—. «Ni todo el perfume de Arabia mitigaría ese olor.»

Había descubierto hacía poco el placer de las citas literarias.

—Para eso está el ambientador.

En cuanto al tío Pete, rara vez llegaba a casa antes de las siete.

HelthWyzer se estaba expandiendo como el helio, y en consecuencia él tenía un montón de nuevas responsabilidades. En realidad no era tío de Crake, sino el segundo marido de su madre, pero había asumido ese papel cuando Crake tenía doce años, y cuando ya hacía dos, como mínimo, que aquella falsa identidad no podía por menos de parecerle al chico de lo más retrógrada. Con todo, Crake había aceptado aquel statu quo, o eso parecía. Sonreía y decía «Claro, tío Pete», o «Tienes razón, tío Pete» cuando estaba con él, aunque Jimmy sabía que no le caía bien.

Una tarde de —¿qué sería? Tenía que ser marzo, porque ya hacía un calor espantoso fuera— marzo, los dos estaban viendo unas páginas porno en la habitación de Crake. Era como si estuvieran rindiendo tributo a los viejos tiempos, era como la nostalgia, algo para lo que ya eran demasiado mayores, como esos tíos de mediana edad que frecuentaban las discotecas de adolescentes de las plebillas. Con todo, se liaron el canuto de rigor, pincharon la tarjeta digital de tío Pete usando un nuevo laberinto y empezaron a navegar. Revisaron la Tarta del Día, que presentaba elaboradas creaciones de confitería en los orificios de costumbre, luego pasaron a las Supertragonas y después a una página rusa que mostraba a ex acróbatas, bailarinas y contorsionistas.

—¿Quién ha dicho que un tío no consigue chupársela a sí mismo? —comentó Crake. El numerito de alto voltaje con seis antorchas encendidas no estaba mal, pero

no era nada nuevo.

Luego entraron en HottTotts, una página de turismo sexual. «Casi tan bueno como estar presente», rezaba la publicidad. Aseguraban que se mostraban turistas sexuales de verdad a los que se grababa haciendo cosas que, en sus países de origen, les valdrían la cárcel. Aunque no aparecían sus rostros ni se divulgaban sus nombres, las posibilidades de chantaje, ahora que Hombre de las Nieves lo piensa, debían de ser considerables. En teoría, las localizaciones eran países donde la vida era barata y abundaban los niños, y en los que uno podía comprar todo lo que quisiera.

Así fue como descubrieron a Oryx. Tendría sólo unos ocho años, o al menos no aparentaba más. Nunca llegaron a estar seguros de qué edad tenía por entonces. No se llamaba Oryx; no tenía nombre. Era sólo una niña más en una página porno como tantas.

A Jimmy, ninguna de aquellas niñas le había resultado real, sino más bien clones digitales, pero, no sabía por qué, Oryx fue tridimensional desde el primer momento. Era blanda y delicada, desnuda, como las demás, sin nada encima salvo una guirnalda de flores y un lazo rosa en el pelo, reclamos habituales en los sitios de sexo infantil. Estaba de rodillas, con una niña a cada lado, situada frente al típico torso masculino de Gulliver en la tierra de los liliputienses: un hombre de tamaño natural varado en una isla de deliciosas enanas, o secuestrado e hipnotizado, obligado a experimentar placenteros tormentos a manos de un trío de duendecillas desalmadas. Los rasgos distintivos del hombre quedaban ocultos: bolsa con unos orificios para los ojos en la cabeza, esparadrapo sobre tatuajes y cicatrices. Normalmente a esos tipos no les hacía ninguna gracia que sus amigos en sus países de origen los reconocieran, aunque esa posibilidad debía de formar parte del morbo.

El numerito incluía nata montada y lametones por todas partes. El efecto era tan inocente como obsceno: las tres iban recorriendo al tipo con sus lenguas de gatito y sus dedos diminutos, haciéndole un repaso integral que se completaba con jadeos y risitas. Seguro que las risas eran grabadas, porque no coincidían con los labios de las niñas. Las tres parecían asustadas, y una de ellas lloraba.

Jimmy conocía el truco. Pensó que era el aspecto que deliberadamente se pretendía. Si paraban, aparecía un bastón desde fuera del plano y las golpeaba. Era un elemento característico de la página. Había al menos tres planos de simulaciones contradictorias, cada una superpuesta a la otra: «quiero, no quiero y quiero.»

Oryx detuvo su actividad. Esbozó una sonrisa forzada que le dio un aire adulto y se limpió la nata montada de los labios. Entonces miró por encima del hombro, directamente a los ojos del espectador: directamente a los ojos de Jimmy, a la persona secreta que había en su interior. «Te estoy viendo —decía aquella mirada—. Veo cómo me miras. Te conozco. Sé lo que quieres».

Crake pulsó el retroceso, luego congeló la imagen y finalmente la descargó.

Congelaba fotogramas con frecuencia. Ya tenía un pequeño archivo. A veces las imprimía y le daba una copia a Jimmy. Era peligroso, podía servir de pista si alguien lograba encontrar el camino en el laberinto. Pero Crake lo hacía igualmente. En esa ocasión guardó aquel instante, el instante en el que Oryx los había mirado.

A Jimmy aquella mirada le quemaba, le corroía como si fuera un ácido. Estaba llena de desprecio. Seguro que el canuto que se había fumado sólo tenía hierba de cortacésped. De haber sido más fuerte, habría podido acallar la culpa. Pero no, por primera vez sintió que su forma de obrar no era correcta. Hasta entonces todo había sido diversión, o algo que escapaba totalmente a su control; ahora en cambio se sentía culpable. Al mismo tiempo, se sabía totalmente enganchado: si le hubieran ofrecido teletransportarlo hasta donde estaba Oryx habría aceptado sin dudarlo. Habría suplicado que lo llevaran hasta allí. Todo era demasiado complicado.

—¿La guardamos? ¿La quieres? —dijo Crake.

—Sí.

Aunque quiso aparentar normalidad, se le quebró la voz.

Así que Crake había imprimido la foto en la que Oryx los miraba, y Hombre de las Nieves siempre la había conservado. Muchos años después, acabó enseñándosela a Oryx.

—Creo que no soy yo —dijo ella al principio.

—¡Tienes que ser tú! ¡Mira! ¡Son tus ojos!

—Hay muchas niñas con ojos. Hay muchas chicas que han hecho estas cosas. Muchísimas. Bueno, sí, sí que podría ser yo—añadió al ver su decepción—. A lo mejor sí lo soy. ¿Te gustaría eso, Jimmy?

—No. —¿Era mentira entonces?

—¿Por qué la has conservado?

—¿En qué estabas pensando? —dijo Jimmy en vez de responder.

Otra en su lugar habría arrugado la foto, se habría echado a llorar y lo habría acusado de criminal, le habría dicho que no entendía nada de su vida, habría montado un numerito. En cambio ella alisó el trozo de papel y pasó los dedos sobre aquella cara tierna y burlona de la niña que —sin duda— había sido ella en otro tiempo.

—¿Crees que estaba pensando en algo? —dijo—. ¡Oh, Jimmy, tú supones que la gente está siempre pensando! A lo mejor no pensaba en nada.

—Sé que estabas pensando en algo.

—¿Quieres que me lo invente? ¿Quieres que finja que lo sé?

—No. Quiero que me lo digas.

—¿Por qué?

Jimmy tuvo que reflexionar en la respuesta. Se acordaba de sí mismo observando. ¿Cómo podía haberle hecho algo así? Pero de todos modos no le había causado ningún daño, ¿o sí?

—Porque necesito que me lo digas.

No era una razón demasiado válida, pero fue lo único que se le ocurrió.

Ella suspiró.

—Pensaba —dijo, dibujándole círculos en la piel con la uña— en que si alguna vez tenía la oportunidad, no sería yo la que estuviera de rodillas.

—¿Sería otro? ¿Quién? ¿Qué otro?

—Tú quieres saberlo todo.

Capítulo 5

Puré

Hombre de las Nieves, con su sábana vieja, se sienta encorvado donde empiezan los árboles, donde la hierba y los algarrobos y los uveros se mezclan con la arena. Ahora que hace más fresco, se encuentra más animado. Y tiene hambre. El hambre posee una virtud: al menos te hace saber que sigues vivo.

La brisa mueve las hojas por encima de su cabeza; las cigarras cantan. La luz rojiza del sol poniente llega hasta las torres de la costa y se refleja en algunos cristales que han quedado enteros, como si se hubieran encendido unas cuantas lámparas. Antes, en las cubiertas de algunos edificios había jardines y ahora se ven rematados por penachos de exuberante vegetación. Cientos de pájaros se dirigen hacia ellos cruzando el cielo, en busca de un lugar donde pernoctar. ¿Ibis? ¿Garzas? Los negros son cormoranes, eso lo sabe seguro. Se posan sobre el follaje cada vez más oscuro, graznan y se pelean. Si necesita guano, ya sabe dónde ir a buscarlo.

En un claro que hay más abajo aparece brincando un conejo. Escucha con atención y se detiene a mordisquear la hierba con sus enormes dientes. Brilla en el anochecer, con un resplandor verdoso robado a las iridiscencias de una medusa de aguas profundas en algún experimento realizado mucho tiempo atrás. En esa penumbra, el conejo parece blando y casi traslúcido, como una delicia turca, como si de un lametón pudieras eliminar la capa de azúcar que es su piel. Durante la infancia de Hombre de las Nieves ya había conejos luminosos verdes, aunque no eran tan grandes ni se habían escapado de las jaulas ni se habían apareado con la población silvestre. Entonces todavía no suponían una molestia.

Éste no le tiene miedo, aunque a él lo llena de ansias carnívoras. Desea matarlo de una pedrada, desgarrarlo con sus propias manos y metérselo en la boca, con piel y todo. Sin embargo, los conejos son Hijos de Oryx y para ella son sagrados, y no sería buena idea ofender a las mujeres.

La culpa es sólo suya. Seguro que cuando estaba redactando las leyes se hallaba bajo los efectos del alcohol. Debería haber declarado comestibles a los conejos, como mínimo para él, pero eso ahora ya es irremediable. Casi cree oír a Oryx riéndose de él encantada, con esa superioridad ligeramente maliciosa.

Los Hijos de Oryx, los Hijos de Crake. Había tenido que hallar una clave. Di siempre lo mismo, no te líes, no titubees: ésos eran los consejos profesionales que los abogados daban a los delincuentes antes de los juicios. «Crake formó los huesos de los Hijos de Crake con los corales de la playa, y después creó su carne con mango. Los Hijos de Oryx, no obstante, salieron de un huevo, de un huevo gigante que puso la propia Oryx. En realidad puso dos: uno lleno de animales, pájaros y peces, y el otro lleno de palabras. Pero el que estaba lleno de palabras se abrió primero, y para entonces los Hijos de Crake ya estaban creados, y se comieron todas las palabras

porque tenían hambre, y cuando se abrió el segundo huevo ya no quedaban palabras. Por eso los animales no hablan.»

Es mejor que haya una coherencia interna. Eso Hombre de las Nieves lo aprendió tiempo atrás, cuando la mentira ya le había planteado más de un problema. Ahora, incluso cuando lo pillan en alguna contradicción menor, logra que no se la tengan en cuenta, porque esta gente confía en él. Es el único que queda de los que conocieron a Crake en persona, así que siempre puede ejercer su derecho de autoridad. Sobre su cabeza ondea siempre un banderín invisible de Crakición, de Crakedad, de Crakería, santificando todo lo que hace.

Aparece la primera estrella. «Estrella fugaz, estrella pasajera», dice. Alguna maestra del colegio. Sally, la del culo gordo. «Ahora cerrad los ojos muy fuerte. ¡Más apretados! ¡Muy apretados! ¿Veis la estrella fugaz? Pues ahora vamos a pedir lo que más deseamos en este mundo. Pero, chist, no se lo digáis a nadie o el deseo no se cumplirá.»

Hombre de las Nieves cierra con fuerza los ojos, se los aprieta con los puños, se frota toda la cara. La estrella fugaz ya está ahí; es azul. «Que el deseo que tengo, que el deseo que quiero, se me cumpla esta noche a mí primero.»

Nada de nada.

—Hombre de las Nieves, ¿por qué estás hablando solo? —inquire una voz.

Hombre de las Nieves abre los ojos. Tres Hijos de Crake, de los mayores, están de pie a un paso de él y lo miran con cierto interés. Se habrán acercado sigilosamente en la oscuridad.

—Estoy hablando con Crake —responde.

—¡Pero si tú hablas con él a través de esa cosa brillante! ¿Se te ha roto?

Hombre de las Nieves levanta el brazo izquierdo, les muestra el reloj.

—Esto es para escucharlo. Para hablarle es distinto.

—¿Y por qué le estás hablando de estrellas? ¿Qué le estás contando a Crake? ¡Dínoslo, por favor!

Eso, ¿qué le estoy contando?, piensa.

«Para tratar con los pueblos indígenas —dice el libro de su cabeza, uno más moderno en esta ocasión, de finales del siglo XX, leído con la voz de una mujer segura de sí misma— hay que intentar respetar sus tradiciones y reducir nuestras explicaciones a conceptos simples que puedan entenderse en el contexto de sus sistemas de creencias.» Alguna asistente de campo sincera, con ropa caqui de exploradora, tejido de malla en las axilas y cientos de bolsillos. Esa vaca condescendiente y prepotente cree que tiene todas las respuestas. En la facultad había conocido a chicas así. Si estuviera aquí le haría falta revisar de cabo a rabo su concepto de lo «indígena».

—Le estaba diciendo —dice Hombre de las Nieves— que hacéis demasiadas

preguntas. —Se acerca el reloj a la oreja—. Y él me responde que si seguís con ésas, os hará puré.

—Por favor, por favor, Hombre de las Nieves, ¿qué es puré?

Otro error, piensa Hombre de las Nieves. Debería evitar esas oscuras metáforas.

—Puré —les dice— es algo muy, muy malo. Es tan malo que ni siquiera consigo describirlo. Bueno, ya es hora de acostarse. Marchaos.

—¿Qué es puré? —se pregunta Hombre de las Nieves cuando se han ido. Puré es comida triturada.

—¿Qué es triturar?

—Triturar es convertir en pasta una cosa sólida.

—¿Qué es pasta?

—Bueno, eso nos lo saltamos, es demasiado complicado. Triturar es coger la comida y machacarla para poder ingerirla más fácilmente. Coges algo, lo cocinas...

—Por favor, ¿por qué lo cocinas? ¿Por qué no te lo comes directamente?

—Eso no importa. Prestad atención. Lo cocinas, lo vas cortando o machacando o lo pones en una trituradora, que es un recipiente que funciona con electricidad.

—¿Qué es la electricidad?

—No os preocupéis por eso. Mientras lo ponéis en la trituradora, vais a buscar un poco de leche para que el puré sea más suave (la leche es un líquido blanco que sale de las glándulas mamarias de... bueno, nos saltamos lo de la leche). Así que cuando la comida ya está triturada, la vertéis en un recipiente y siempre hay una gota que resbala y cae al suelo...

—Olvídalo —dice Hombre de las Nieves—. Empecemos de nuevo. El puré es un método de tortura, un invento absurdo de la Edad Oscura. Los que se sometían a él regurgitaban verbalmente todos los pecados y los crímenes de sus vidas pasadas. El puré era un elemento ritual devorado por los fetichistas, en la creencia de que mejoraría sus poderes sexuales y de movimiento. El puré no puede explicarse por medio racional alguno.

«El puré soy yo.»

«Yo soy el puré.»

Pescado

El cielo se oscurece y pasa del azul ultramar al índigo. Dios tenga en su gloria a los que le pusieron nombre a los *colores* de las pinturas al óleo y de la ropa interior femenina, piensa Hombre de las Nieves. Rosa Pétalo, Profundo Carmesí, Niebla Pura, Sombra Quemada, Ciruela Madura, Índigo, Ultramar... esas palabras, esas expresiones, constituyen fantasías en sí mismas. Consuela pensar que, en otro tiempo, el *Homo sapiens sapiens* fue tan ingenioso con el lenguaje, y no sólo con el lenguaje. Ingenioso en todos los sentidos, simultáneamente.

Cerebros de mono, en opinión de Crake. Patas de mono, curiosidad de mono, ese deseo de abrir, de manipular, de oler, de acariciar, de medir, de mejorar, de tirar, de descartar. Todo eso estaba ligado al cerebro de los monos, un modelo avanzado de cerebro de mono, pero cerebro de mono al fin y al cabo. Crake no tenía una opinión muy elevada del ingenio humano, a pesar de la gran cantidad que él mismo poseía.

Hay un murmullo de voces que llega desde el poblado, o de lo que sería el poblado si tuviera casas. Puntuales, ya aparecen los hombres con sus antorchas, y detrás de ellos las mujeres.

Hombre de las Nieves no deja de asombrarse cada vez que aparecen las mujeres. Son de todos los colores conocidos, del negro más intenso al blanco más puro. Y son de varias alturas, pero todas ellas sin excepción admirablemente proporcionadas. Todas tienen la dentadura sana y la piel suave. Sin rollos de grasa alrededor de la cintura, sin bultos, sin piel de naranja ni celulitis en los muslos. Sin vello en el cuerpo. Parecen fotos de moda retocadas, anuncios de caros aparatos de musculación.

Tal vez sea por eso que esas mujeres no provocan en Hombre de las Nieves la menor excitación. Eran las huellas de la imperfección humana las que despertaban antes el deseo, los fallos de diseño: la sonrisa torcida, la verruga junto al ombligo, el lunar, el cardenal. Ésos eran los lugares que atraían su atención y sobre los que posaba la boca. ¿Para aliviarlos? ¿Los besaba para que sanaran las heridas? En el sexo siempre había un elemento de melancolía. Tras una adolescencia de gustos indiscriminados, había preferido siempre mujeres tristes, delicadas, frágiles, mujeres que hubieran sufrido y que lo necesitaran. Le gustaba consolarlas, acariciarlas suavemente al principio, tranquilizarlas. Que fueran más felices, aunque sólo fuera un momento. Y él también, claro. Era eso lo que compensaba. Una mujer agradecida se entregaba más.

Estas mujeres nuevas no son desproporcionadas ni están tristes: son plácidas, como estatuas animadas. Y le dejan indiferente.

Las mujeres llevan el pescado de todas las semanas, que han asado como él les enseñó y han envuelto en hojas. Lo huele y nota que empieza a salivar. Le acercan el alimento, lo depositan en el suelo, delante de él. Será un pescado de playa, alguna

especie reseca e insípida que nadie quería y que por eso no se explotó hasta exterminarla. O si no un pez de las profundidades, hinchado por las toxinas. Pero a Hombre de las Nieves no le importa en absoluto. Sería capaz de comerse cualquier cosa.

—Oh, Hombre de las Nieves, aquí está tu pescado—dice uno de los hombres, el que se llama Abraham. Abraham, por Lincoln. A Crake le divertía poner a sus crakers nombres de personajes históricos eminentes. En esa época todo parecía de lo más inocente.

—Éste es el pescado que te hemos escogido esta noche —dice la mujer que lo sostiene. Es Emperatriz Josefina, Madame Curie o Sojourner Truth. Está oscuro y no la distingue—. Éste es el pescado que te ofrece Oryx.

Oh, muy bien, piensa Hombre de las Nieves: la captura del día.

Cada semana, según las fases de la luna —nueva, cuarto creciente, llena, cuarto menguante—, las mujeres se colocan en las charcas que deja la marea y llaman por su nombre al pez que tiene la desgracia de haber quedado atrapado; sólo dicen «pez», no especifican más. Entonces lo señalan y los hombres lo matan con piedras y palos. Así comparten el mal rato entre todos y nadie se siente culpable por haber derramado la sangre del pez.

Si las cosas hubieran salido como Crake quería, no habría habido más matanzas —nada de depredación humana—, pero no había contado con Hombre de las Nieves y sus apetitos animales. Hombre de las Nieves es incapaz de subsistir a base de tréboles. Ellos nunca comerían pescado, pero cada semana han de traerle uno a él porque les ha dicho que Crake lo ha decretado así. Han aceptado la monstruosidad de Hombre de las Nieves, desde el primer momento han sabido que era un ser de un orden distinto, así que no les ha sorprendido.

Qué imbécil, piensa. Tendría que haberles pedido tres al día. Desenvuelve el pescado tibio de sus hojas, intentando que no le tiemblen las manos. No debería ponerse tan nervioso, pero siempre se emociona.

Los Hijos de Crake se mantienen a distancia, y él evita sus miradas cuando se mete puñados de pescado en la boca y chupa los ojos y las agallas, gruñendo de placer. Tal vez sea lo mismo que oír a un león devorando, en el zoo, cuando había zoos, cuando había leones, ese masticar y partir, esos horribles chasquidos y mordiscos y, al igual que los desaparecidos visitantes de los zoos, a los crakers también se les van los ojos. El espectáculo de la depravación les resulta interesante incluso a ellos, por lo que se ve, por más purificados por la clorofila que estén.

Cuando Hombre de las Nieves termina, se chupa los dedos y se los limpia en la sábana, y pone las raspas de nuevo en las hojas del envoltorio, para devolverlas al mar. Les ha dicho que así lo quiere Oryx: necesita los huesos de sus hijos para poder crear más. Lo han aceptado sin replicar, como todo lo que les explica sobre Oryx. En

realidad, es uno de sus mejores trucos: para qué dejar las sobras en el suelo, para atraer a mofaches, loberros, cerdones y otros carroñeros.

Los crackers se acercan más, tanto los hombres como las mujeres, lo rodean, los ojos verdes luminiscentes en la penumbra, como los del conejo: el mismo gen de la medusa. Así sentados, todos juntos, huelen a cítricos: un rasgo añadido de Crake, que suponía que esas sustancias químicas ahuyentarían a los mosquitos. Y tal vez tuviera razón, porque todos los mosquitos a kilómetros a la redonda parecen empeñados en picarle sólo a él. Resiste el impulso de matarlos: su sangre fresca los enardece. Se desplaza un poco hacia la izquierda para acercarse al humo de las antorchas.

—Hombre de las Nieves, por favor, háganos de las obras de Crake.

Lo que quieren es que les cuente una historia a cambio del pez que han sacrificado. Bueno, se lo debo, piensa Hombre de las Nieves. Dios de la patraña, no me falles.

—¿Qué parte os gustaría oír esta noche? —les pregunta.

—En el principio —se oye una voz. Les encantan las repeticiones, se aprenden las historias de memoria.

—En el principio era el caos —dice.

—Enséñanos el caos, por favor, por favor, Hombre de las Nieves.

—¡Enséñanos una foto del caos!

Al principio, lo de las fotos les había costado... flores dibujadas en frascos de colonia, frutas en las latas de zumo. «¿Son reales? No, no son reales. ¿Y qué son esas cosas que no son reales? Lo que no es real nos cuenta cosas sobre lo que es real.» Etcétera. Pero ahora ya parecen haber asimilado el concepto.

—¡Sí, sí, una foto del caos! —exigen.

Hombre de las Nieves sabía que se lo pedirían —todas las historias empiezan con el caos— así que está preparado. De su escondite de cemento saca uno de sus hallazgos: un cubo de plástico naranja, casi rosa de tan descolorido, pero por lo demás en perfecto estado. Intenta no imaginar qué le habrá pasado al niño que era su dueño.

—Traed un poco de agua —ordena levantando el cubo.

Se produce una agitación alrededor del anillo de antorchas, manos que se alargan, pies que se alejan en la oscuridad.

—En el caos, todo estaba mezclado —prosigue—. Había demasiada gente, y por eso la gente estaba mezclada con el polvo.

El cubo regresa, rebosante, y lo colocan en medio del círculo de luz. Añade un puñado de tierra, lo remueve con un palo.

—Aquí lo tenéis —señala—. Es el caos. No se puede beber.

—¡No! —corea el grupo.

—No se puede comer.

—¡No, no se puede comer!

Risas.

—No se puede nadar en él. No se puede caminar sobre él...

—¡No! ¡No!

Esta parte les encanta.

—Las personas que vivían en el caos estaban llenas de caos por dentro, y el caos les obligaba a hacer cosas malas. Mataban constantemente a otras personas. Se comían a todos los Hijos de Oryx, en contra de los deseos de Oryx y de Crake. Se los comían todos los días. Los mataban sin parar, se los comían sin parar. Se los comían hasta cuando no tenían hambre.

En este punto sus espectadores ahogan un grito y abren mucho los ojos: es siempre un momento muy teatral. ¡Qué malvados! Continúa.

—Y Oryx tenía un solo deseo. Quería que la gente fuera feliz y estuviera en paz, y que dejara de comerse a sus hijos. Pero la gente no podía ser feliz por culpa del caos. Entonces, Oryx le dijo a Crake: «Eliminemos el caos.» Y Crake cogió el caos y lo echó fuera.

Hombre de las Nieves representa sus palabras vertiendo el agua a un lado y poniendo el cubo boca abajo.

—Aquí tenéis. Vacío. Y así fue como Crake realizó el Gran Arreglo y creó el Gran Vacío. Eliminó la suciedad, dejó sitio para...

—¡Para sus hijos! ¡Para los Hijos de Crake!

—Exacto —asiente Hombre de las Nieves. ¿Acaso sus vergonzosas mentiras no tienen límite? Siente ganas de llorar.

—Crake creó el Gran Vacío —dicen los hombres.

—¡Para nosotras! ¡Para nosotras! —gritan las mujeres. Se está convirtiendo en una liturgia—. ¡Crake era bueno! ¡Crake era amable!

La adoración que sienten por Crake enfurece a Hombre de las Nieves, aunque la haya inducido él mismo. El Crake al que veneran es una invención suya, invención no exenta de venganza. Crake se oponía a la idea de Dios, de cualquier tipo de divinidad, y sin duda le desagradaría profundamente el espectáculo de su propia deificación gradual.

Si estuviera ahí. Pero no lo está, y a Hombre de las Nieves le mortifica tener que oír toda esa sarta de mentiras. ¿Por qué no glorifican a Hombre de las Nieves en vez de a Crake? El bueno de Hombre de las Nieves, tan amable, que se merece más la glorificación, mucho más, porque ¿quién los ha liberado? ¿Quién los ha traído hasta aquí? ¿Quién ha estado cuidándolos todo este tiempo? Bueno, más o menos cuidándolos. Crake no, desde luego. ¿Por qué no retoca Hombre de las Nieves la mitología? «¡Dadme las gracias a mí, no a él! ¡Alimentadme el ego a mí!»

De momento, sin embargo, debe tragarse su amargura.

—Sí —dice—. Crake era bueno. Crake era amable.

Y curva los labios en lo que espera que sea una sonrisa tierna y bondadosa.

Al principio iba improvisando, pero ahora le piden dogmas. Sería peligroso para él desviarse de la ortodoxia. Tal vez no perdería la vida —esta gente no es peligrosa ni dada a los actos sangrientos de venganza, al menos hasta el momento— pero se quedaría sin público. Le darían la espalda, se alejarían de él. Le guste o no se ha convertido en el profeta de Crake. Y también en el de Oryx. O eso o nada. Y no soportaría no ser nada, saber que no es nada. Necesita que lo escuchen, que lo oigan. Necesita al menos la ilusión de que alguien le entiende.

—Hombre de las Nieves, Hombre de las Nieves, por favor, cuéntenos el nacimiento de Crake —pide una de las mujeres. Este requerimiento es nuevo. No está preparado para él, aunque debería haberlo esperado. A estas mujeres los niños les resultan de gran interés. Cuidado, se advierte. Cuando les haya proporcionado una madre y un escenario y un niño Crake, querrán todos los detalles. Querrán saber cuándo le salió el primer diente, cuándo pronunció sus primeras palabras, cuándo comió su primera raíz, y otros datos banales por el estilo.

—Crake no nació nunca —dice Hombre de las Nieves—. Bajó del cielo, como el trueno. Ahora marchaos, por favor. Estoy cansado.

Ya inventará en otro momento más datos para esa fábula. Tal vez dotará a Crake de cuernos, de alas de fuego e incluso le pondrá rabo.

Botella

Cuando los Hijos de Crake se van, llevándose sus antorchas, Hombre de las Nieves sube a su árbol e intenta dormir. Hay ruidos por todas partes: vaivén de olas, chirrido de insectos, silbido de pájaros, croar de anfibios, crujido de hojas. Sus oídos le engañan: le parece oír una trompeta interpretando una melodía de jazz, y por debajo un golpeteo rítmico, como una música amortiguada de discoteca. Desde más lejos, desde la orilla, le llega una especie de rugido, algo que retumba. ¿Qué será eso? No se le ocurre ningún animal que emita ese sonido. Tal vez sea un cocodrilo que ha conseguido escapar de alguna fábrica cubana de bolsos y está avanzando por la costa. Eso sería una mala noticia para los niños que se bañan. Presta atención, pero no lo oye más.

Del poblado le llega un murmullo apacible, distante: voces humanas. Aunque sólo se les puede llamar así si no empiezan a cantar. Sus cantos no semejan a nada que haya oído en su vida perdida: están más allá de lo humano, o tal vez más acá. Como si fueran cristales cantando. No, no es eso. Más bien como hojas de helecho abriéndose, algo antiguo, carbonífero, pero al mismo tiempo renacido, fragante, reverdecido. Es algo que le supera, que arroja sobre él muchas emociones no deseadas. Se siente al margen, como excluido de una fiesta a la que no quisieran invitarlo nunca. Sólo con que se acercara a la luz de la hoguera, de repente un corro de rostros desconcertados se volvería para mirarlo. Se haría el silencio, como en las obras trágicas de mucho tiempo atrás, cuando el personaje maldito hacía su entrada envuelto en su capa de malos presagios. A determinado nivel de inconsciencia, Hombre de las Nieves debe de servir a esa gente de recordatorio, y no precisamente agradable: él es lo que ellos tal vez habrían sido en otro tiempo. «Soy vuestro pasado —podría declamar—. Soy vuestro antecesor, venido de la tierra de los muertos. Estoy perdido y no logro regresar. Estoy aquí varado, y estoy solo. ¡Dejadme entrar!»

«Oh, Hombre de las Nieves, ¿cómo íbamos a ayudarte nosotros?» Las sonrisas tímidas, la educada sorpresa, la buena voluntad desconcertada.

«No hay nada que hacer», diría él. En realidad, no pueden ayudarlo de ninguna manera.

Sopla un viento helado. La sábana está húmeda. Tiembla. Ojalá hubiera un termostato en este sitio. A ver si se le ocurre la manera de encender una pequeña fogata ahí, sobre el árbol.

—Duérmete ya —se ordena. No hay manera. Tras dar vueltas durante un buen rato, moviéndose y rascándose, vuelve a bajar en busca de la botella de whisky que guarda en el escondite. Las estrellas iluminan bastante, y más o menos ve por dónde pisa. Ya ha recorrido muchas veces ese mismo trayecto. Después del primer mes y medio, cuando ya estaba bastante seguro de que no pasaba nada por bajar un poco la

guardia, había empezado a emborracharse hasta perder el sentido noche tras noche. Su comportamiento no era precisamente inteligente ni maduro, pero ¿de qué le sirven ahora la inteligencia y la madurez?

Así que cada noche era una fiesta, una fiesta con un solo invitado. O al menos siempre que tenía con qué organizarla, siempre que encontraba algún resto de alcohol en los edificios abandonados de las plebillas que le quedaban cerca. Primero había peinado los bares cercanos; luego los restaurantes y por último las casas particulares y las caravanas fijas. Se ha bebido jarabes, lociones para después del afeitado, alcohol puro. Ahí, detrás del árbol, ha acumulado una cantidad impresionante de botellas vacías. De vez en cuando encuentra hierba y también se la fuma, aunque casi siempre está mohosa. Aun así consigue colocarse. A lo mejor encuentra pastillas. Nada de cocaína, crack o heroína, seguro que todo eso es lo que primero se han llevado, para metérselo en las venas y en las narices en una última explosión de *carpe diem*; cualquier cosa con tal de huir de la realidad, dadas las circunstancias. Había encontrado frascos vacíos de BlyssPluss por todas partes, todo lo necesario para una orgía incesante. Los juerguistas no habían logrado acabar con todas las bebidas, aunque muchas veces, durante sus incursiones, descubría que otros habían llegado antes que él y no encontraba más que vidrios rotos. Seguramente habría habido desmanes y saqueos de todo tipo, hasta que al final no habría quedado nadie para seguir perpetrándolos.

A ras de suelo reina la más completa oscuridad. No le iría mal una linterna de esas de cuerda. Estará atento por si encuentra alguna. A tientas avanza a trompicones en la dirección correcta, sin perder de vista el suelo por si algún ligero resplandor le alerta de la presencia de esos molestos cangrejos blancos de tierra que de noche salen de sus madrigueras y van por todas partes —su pellizco resulta muy desagradable—, y tras rodear unos arbustos, localiza el hueco de entrada al escondite construido con bloques de cemento porque tropieza con él y se hace daño en el pie. Reprime las ganas de maldecir, quién sabe qué otro bicho estará rondando por ahí en plena noche. Empuja un bloque, mete la mano a ciegas por el orificio y saca la botella de whisky.

Ha estado controlándose mucho, venciendo el impulso de emborracharse, guardándola como una especie de talismán: saber que seguía ahí le ha ayudado a pasar las horas. Pero seguramente termine hoy lo poco que queda. Está seguro de haber explorado todo los lugares en un radio de medio día de distancia a partir de su árbol. Hoy, sin embargo, se siente temerario. ¿Para qué guardar nada? ¿Para qué esperar? ¿Qué valor tiene su vida de todos modos? ¿A quién le importa? Apágate, apágate, efímera vela. Ha servido al fin evolutivo, como Crake, el muy cabrón, sabía que haría. Ha salvado a los niños.

—¡Crake, qué cabrón! —grita sin querer.

Agarra la botella con una mano y palpa con la otra hasta encontrar el árbol.

Necesita las dos manos para subirse, así que envuelve la botella con cuidado en la sábana. Una vez arriba, se sienta en la plataforma, se bebe el whisky y se pone a aullar a las estrellas —¡auuu, auuu!—, hasta que le sorprende un coro de réplicas que llegan de muy cerca.

¿Es eso el brillo de unos ojos? Oye un jadeo.

—Hola, amiguitos peludos —saluda en voz alta—. ¿Quién quiere ser el mejor amigo del hombre?

Le responde un quejido lastimero. Eso es lo peor de los loberros, que siguen comportándose como perros, levantan las orejas, saltan y brincan, juguetones como cachorros, meneando el rabo. Primero te engatusan y luego van a por ti. No les ha costado mucho revertir cincuenta mil años de interacción hombre-cánido. En cuanto a los perros de verdad, el caso es que lo tuvieron crudo desde el principio: los loberros han acabado con todos los que mostraban algún vestigio de domesticación. Ha visto a un loberro acercarse en plan amistoso a un pequinés que ladraba, olisquearle el culo y acto seguido tirársele al cuello, sacudirlo como a una fregona y alejarse con el cuerpo ya inerte entre las mandíbulas.

Durante un período aún hubo algunos perros falderos desconsolados vagando por ahí, cada vez más famélicos, con el pelaje sin brillo, suplicando con sus ojos lastimeros que un humano, cualquier humano, se hiciera cargo de ellos. Los Hijos de Crake no les servían —para un perro debían de oler raro, como a frutas andantes o algo así, y más de noche, que era cuando se activaba el repelente de insectos a base de aceite cítrico—, y además éstos no mostraban el menor interés en los cachorros de perro como concepto, así que toda la atención de esos huérfanos se había centrado en Hombre de las Nieves. Éste había estado a punto de rendirse en un par de ocasiones, le había resultado difícil resistirse a los gruñidos que emitían para congraciarse con él, a su llanto lastimero, pero no disponía de medios para alimentarlos. Además, no le servían de nada. «Ahora se trata de sálvese quien pueda —les decía—. Lo siento, amiguitos.» Los alejaba a pedradas y se sentía despreciable, pero últimamente ya no ha visto a más.

Qué tonto había sido. Había dejado que se extinguieran. Tendría que habérselos comido. O adoptar uno y enseñarle a cazar conejos. O usarlo para que le defendiera. O algo.

Los loberros no saben subirse a los árboles, menos mal. Si aumentan mucho en número y se ponen muy pesados, tendrá que empezar a saltar de liana en liana, como Tarzán. La idea le parece graciosa y se ríe.

—¡Sólo os interesa mi cuerpo! —les grita. Luego apura la botella y se la tira. Se oye un aullido, algo que se escabulle entre el follaje: aún temen a los proyectiles pero ¿por cuánto tiempo? Son listos. No tardarán en captar su vulnerabilidad y empezarán a acosarlo. Cuando lo hagan, ya no podrá ir a ningún sitio, al menos donde no haya

árboles. Sólo tendrán que acorralarlo en un espacio abierto y cerrar el círculo para matarlo. Las piedras y los palos afilados apenas sirven de nada. Necesita urgentemente conseguir otro pulverizador.

Cuando los loberros se han ido, se tumba boca arriba en la plataforma y contempla las estrellas por entre las hojas que se mueven. Parece que están muy cerca, las estrellas, pero están muy lejos. Su luz llega con millones, miles de millones de años de retraso. Mensajes sin remitente.

Pasa el tiempo. Quiere cantar una canción, aunque no se le ocurre ninguna. Una música antigua despierta en su interior, y luego se desvanece al momento; lo único que oye es la percusión. Tal vez debería tallar una flauta en la rama de un árbol, en una caña, en algo. Ojalá encontrara un cuchillo.

—Que el deseo que tengo, que el deseo que quiero —dice. ¿Cómo seguía? Se le ha ido de la cabeza.

Esta noche es luna nueva, y aunque no se ve, la luna está siempre ahí, y debe de estar saliendo, una enorme bola invisible de piedra, un trozo gigante de gravedad, muerto pero poderoso, atrayendo el mar hacia sí. Atrayendo todos los fluidos. «El cuerpo humano se compone en un noventa y ocho por ciento de agua», dice el libro de su cabeza. Esta vez es la voz de un hombre, una voz de enciclopedia; no es nadie que conozca, que conociera. «El otro dos por ciento lo forman minerales, principalmente el hierro de la sangre y el calcio del que están compuestos el esqueleto y los dientes.»

—¿Y a quién le importa una mierda? —replica Hombre de las Nieves. A él le da igual el hierro de su sangre o el calcio de su esqueleto; está cansado de ser él mismo, quiere ser otro. Cambiarse todas las células, hacerse un trasplante de cromosomas, ponerse la cabeza de otro, una cabeza que contenga cosas mejores. Dedos que le recorran el cuerpo, por ejemplo. Deditos con uñas ovaladas, pintadas de ciruela madura, de rojo carmesí, de rosa pétalo. «Que el deseo que tengo, que el deseo que quiero, se me cumpla esta noche a mí primero.» Dedos. Una boca. Empieza a sentir un dolor intenso y persistente en la base de la columna.

—Oryx —dice—. Sé que estás ahí.

Repite su nombre. Ni siquiera es su nombre verdadero, que de todos modos nunca llegó a saber. Es sólo una palabra. Es un mantra.

A veces la conjura. Al principio es pálida y borrosa, pero si repite el nombre una y otra vez, acaba deslizándose hasta el interior de su cuerpo y se le aparece en su carne, y la mano con la que se toca acaba convirtiéndose en su mano. Pero ella siempre ha sido evasiva, no es posible atraparla. Esta noche no llega a materializarse y él se queda solo, gimoteando, ridículo, haciéndose una paja en la oscuridad.

Capítulo 6

Oryx

Hombre de las Nieves se despierta de repente. ¿Le ha tocado alguien? Pero ahí no hay nadie, no hay nada.

La oscuridad es total, no hay estrellas. Debe de haberse nublado.

Se da media vuelta, se tapa con la sábana. Tiembla: es la brisa nocturna. Seguramente aún está borracho; a veces no sabe distinguirlo. Levanta la vista hacia la noche y se pregunta cuánto tardará en amanecer; ojalá duerma un rato más.

En alguna parte un búho ulula. Intensa vibración, cercana y lejana al mismo tiempo, como la nota más grave de una quena peruana. Tal vez esté cazando. ¿Cazando qué?

Ahora siente que Oryx flota hacia él por el aire, como llevada por suaves alas de plumas. Ahora está tomando tierra, posándose. Está muy cerca de él, tendida a su lado, sus pieles casi se tocan. Milagrosamente cabe en la plataforma, aunque no es muy grande. Si tuviera una vela o una linterna, la vería, su delgada silueta, un fulgor pálido recortándose en la oscuridad. Si alargara la mano la tocaría; pero entonces se desvanecería.

—No era por el sexo —le dice.

Ella no responde, pero Hombre de las Nieves percibe su incredulidad. Está logrando que se ponga triste porque le está privando de parte de su conocimiento, de su poder.

—No era sólo por el sexo. —Una sonrisa oscura de ella. Eso está mejor—. Ya sabes que te quiero. Eres la única. —No es la primera vez que le dice eso a una mujer. No debería haber gastado esa frase en momentos anteriores de su vida, no debería haberla usado como instrumento, como palanca, como llave para abrir a las mujeres. Cuando por fin significó lo que se suponía que significaba, las palabras ya le sonaban falsas y le daba vergüenza pronunciarlas—. De verdad, te lo digo muy en serio —le insiste a Oryx.

Ninguna respuesta. Ninguna reacción. Ni en sus mejores momentos fue demasiado comunicativa.

—Cuéntame solamente una cosa —le decía él cuando aún era Jimmy.

—Adelante, pregunta —contestaba ella.

Así que él le preguntaba algo, y ella respondía: «No lo sé. Se me ha olvidado» o «eso no quiero contártelo» o «Jimmy, qué malo eres, eso no es asunto tuyo». En una ocasión le dijo: «Tienes muchas fotos en la cabeza, Jimmy. ¿De dónde las has sacado? ¿Por qué supones que son mías?»

A él le parecía que entendía su imprecisión, sus evasivas.

—No pasa nada —le decía acariciándole el pelo—. Nada de todo eso era culpa tuya.

¿Cuánto había tardado en reconstruirla a partir de todas las astillas que había ido recogiendo y guardando con tanto empeño? Estaba la versión de Crake y la suya propia, más romántica; y luego estaba la versión de ella, que era distinta a las otras dos y que, desde luego, no tenía nada de romántica. Hombre de las Nieves pasa mentalmente de una a otra. En otro tiempo habría habido otras versiones más: la de su madre, la del hombre que la había comprado, la del hombre que la compró luego, la del tercer hombre, el peor de los tres, el de San Francisco, el piadoso artista de la mentira. Pero esas últimas Jimmy no había llegado a oírlas nunca.

Oryx era delicada. Una filigrana, diría, imaginándose los huesos dentro de su cuerpecillo. Tenía la cara triangular —ojos grandes, mandíbula pequeña—, cara de himenóptero, de mantis, cara de gato siamés. La piel del amarillo más pálido, suave y translúcida, como la porcelana antigua y cara. Al mirarla, eras consciente de que una mujer tan hermosa, tan tenue y en otro tiempo tan pobre habría tenido una vida difícil, pero que esa vida no habría consistido en fregar suelos.

—¿Fregaste suelos alguna vez? —le preguntó Jimmy en una ocasión.

—¿Suelos? —Se quedó pensando un momento—. No teníamos suelos. Cuando llegué a tener suelos, no era yo quien los fregaba. —Una cosa sobre los primeros tiempos, añadió, los tiempos sin suelos: las superficies de tierra pisada se barrían cada día. Allí nos sentábamos cuando comíamos, y allí nos echábamos a dormir, así que era importante que estuvieran limpias. A nadie le gustaba acostarse encima de restos de comida. A nadie le gustaban las pulgas.

Oryx nació cuando Jimmy tenía siete, ocho o nueve años. ¿Dónde, exactamente? Difícil de precisar. En algún lugar lejano, en el extranjero.

Pero era un pueblo, explicó Oryx. Un pueblo rodeado de árboles y con campos cerca, seguramente arrozales. El techado de las cabañas era de paja —¿de palma?—, aunque las mejores lo tenían de hojalata. Un pueblo de Indonesia, ¿o de Myanmar? No, de ahí no, dijo Oryx, aunque no estaba segura. La India no era. ¿Vietnam?, aventuraba Jimmy. ¿Camboya? Oryx bajaba la vista y se miraba las manos, examinándose las uñas. No importaba.

No se acordaba del idioma que hablaba de niña. Era demasiado pequeña para recordar su lengua materna: las palabras se le habían borrado de la cabeza. Pero no era la misma que se hablaba en la ciudad a la que la llevaron primero, ni siquiera pertenecía al mismo grupo de dialectos, porque había tenido que aprender a hablar de otra manera. De eso sí se acordaba, de la torpeza de su boca, de la sensación de ser medio tonta.

En ese pueblo todo el mundo era pobre y había muchos niños, dijo Oryx. Cuando la vendieron era bastante pequeña. Su madre tenía muchos hijos, entre ellos dos chicos mayores que ella que pronto empezarían a trabajar en el campo, lo que iba a venirles muy bien, porque su padre estaba enfermo. Tosía sin parar. Esa tos está

presente en sus primeros recuerdos.

Algún problema pulmonar, dijo Jimmy. Seguramente todos fumaban como carreteros cuando conseguían tabaco. Fumar embotaba el ingenio. (Se había felicitado a sí mismo por la observación.) Los lugareños atribuían la enfermedad del padre a las malas aguas, al destino o a los malos espíritus. Había algo vergonzante en el hecho de estar enfermo; nadie quería ser contaminado por el mal de otros. Así, se compadecían del afectado, pero también lo culpaban y lo rehuían. Su esposa lo cuidaba con mudo resentimiento.

Sin embargo, se tocaban campanillas. Se rezaban oraciones. Se quemaban pequeñas imágenes. Nada de todo eso, sin embargo, había servido de nada, porque al final el padre había muerto. En el pueblo todos sabían qué pasaría, porque si no había un hombre que trabajara en los campos o en los arrozales, las materias primas debían extraerse de otro sitio.

Oryx era pequeña y solía pasar inadvertida, pero de pronto empezaron a tenerla en cuenta y a darle más comida que antes, y le regalaron una chaqueta azul, porque las otras mujeres del pueblo les ayudaban y querían que tuviera un aspecto agradable y saludable. Los niños feos o deformes, los tontos, los que no hablaban bien, valían menos dinero, si es que llegaban a venderse. Las mujeres del pueblo podían encontrarse en la necesidad de vender a sus hijos algún día, y si colaboraban con las demás, también recibían ayuda.

En el pueblo, esa transacción no se llamaba «venta». Hablaban más bien de «aprendizaje». A los niños se los llevaban para enseñarles a ganarse la vida en cualquier parte del mundo: así es como lo disfrazaban. Además, si se quedaban allí, ¿en qué iban a trabajar? Sobre todo las niñas, decía Oryx. Se casarían y traerían más hijos al mundo, a los que a su vez tendrían que vender. Venderlos o arrojarlos al río para que se alejaran flotando hasta el mar. Porque no había comida para todos.

Un día, un hombre llegó al pueblo. Era el que siempre venía. Normalmente llegaba en coche, dando botes por el camino sin asfaltar, pero aquella vez había llovido mucho y estaba todo demasiado embarrado. A todos los pueblos acudía uno de esos hombres, que recorría el peligroso camino desde la ciudad cada cierto tiempo, aunque siempre se sabía con antelación cuándo iba a llegar.

—¿Desde qué ciudad? —preguntó Jimmy.

Pero Oryx se limitó a sonreír. Hablar de eso le daba hambre, dijo. ¿Por qué no encargaba Jimmy, que era tan bueno, una pizza por teléfono? De champiñones, alcachofas, anchoas y sin *pepperoni*.

—¿Tú también quieres? —le preguntó.

—No. ¿Por qué no me lo dices?

—¿Y a ti qué más te da? A mí no me importa. Nunca pienso en esas cosas. Pasaron hace ya mucho tiempo.

Ese hombre —prosiguió Oryx concentrándose en la pizza como si fuera un rompecabezas y atacando los champiñones, que le gustaba comerse primero— iba acompañado de otros dos, que eran sus criados y llevaban escopetas para ahuyentar a los asaltantes. Vestía ropa cara y, a pesar del barro y el polvo —todo el mundo se llenaba de barro y de polvo cuando iba al pueblo—, se mantenía pulcro y aseado. Tenía reloj, un reloj dorado y brillante que consultaba a menudo, levantándose la manga para mostrarlo; aquel reloj resultaba tranquilizador, una seña de distinción. A lo mejor era de oro auténtico. Algunos decían que sí.

A ese hombre nadie lo consideraba un delincuente, sino un comerciante respetable que no hacía trampas, o al menos no demasiadas, y que pagaba al contado. En consecuencia, lo trataban con respeto y le mostraban hospitalidad, porque nadie en el pueblo quería enemistarse con él. ¿Y si dejaba de venir? ¿Y si a una familia le hacía falta vender a un niño y él no se lo compraba porque en una visita anterior se había sentido ofendido? Él era el banco de los lugareños, su póliza de seguros, ese tío rico y amable, su único sortilegio contra la mala suerte. Y cada vez lo necesitaban con mayor frecuencia, porque el clima se volvía cada vez más impredecible —demasiada lluvia o muy poca, demasiado viento, demasiado calor—, y las cosechas se resentían.

El hombre sonreía mucho, saludaba por su nombre a muchos campesinos. Siempre pronunciaba unas palabras, las mismas palabras. Lo que él quería era que todo el mundo estuviera contento, aseguraba. Quería que las dos partes quedaran satisfechas. No quería que hubiera resentimiento. ¿Acaso no les había hecho favores llevándose a niños sin gracia, a tontos que para él no eran sino cargas, sólo para complacerlos? Si tenían alguna queja de su manera de llevar las cosas, debían decírselo. Sin embargo nunca había quejas, aunque a sus espaldas refunfuñaran; nunca pagaba más de lo debido, se decía. Aunque por eso también era admirado, porque su firmeza demostraba que era competente en su negocio, y que los niños iban a estar en buenas manos.

Cada vez que el hombre del reloj de oro iba al pueblo se llevaba a varios niños para que vendieran flores a los turistas en las calles de la ciudad. El trabajo era fácil y a los niños los tratarían bien, les aseguraba a las madres. Él no era ni un desalmado ni un mentiroso ni un chulo. Les proporcionarían comida y un lugar seguro para dormir, los tratarían bien y les pagarían una suma de dinero que podían enviar a la familia o no, según decidieran. Dicha suma sería un porcentaje de lo que ganaran con la venta, una vez descontados los costes de alojamiento y manutención. (Al pueblo nunca llegaba ningún dinero. De hecho todos sabían que no llegaría nunca.) A cambio del aprendizaje que realizaba el niño, él les hacía a los padres, o a las madres viudas, un buen precio, o lo que aseguraba que era un buen precio; y la verdad es que no estaba mal, teniendo en cuenta a lo que le gente estaba acostumbrada. Con ese dinero, las

madres que vendían a sus hijos podían ofrecer a los niños que les quedaban mejores oportunidades en la vida. Eso es lo que se repetían unas a otras.

La primera vez que Jimmy se lo oyó contar, se indignó profundamente. Aquello fue en la época en la que aún se indignaba por estas cuestiones. Y en la época en la que se desvivía por cualquier cosa que tuviera que ver con Oryx.

—Tú no lo entiendes —dijo Oryx. Seguía comiendo la pizza sentada en la cama. La acompañaba con una Coca-Cola y unas patatas fritas. Se había terminado los champiñones y ahora se dedicaba a las alcachofas. Nunca comía el borde de la masa. Decía que cuando tiraba comida se sentía inmensamente rica—. Mucha gente lo hacía. Era la costumbre.

—Pues vaya costumbre de mierda —exclamó Jimmy, que estaba sentado en una silla, junto a la cama, contemplando cómo se lamía los dedos con su lengua rosa de gato.

—Jimmy, no seas malo, no digas palabrotas. ¿Quieres *pepperoni*? No lo has pedido, pero lo han puesto igualmente. Supongo que no te han oído bien.

—Mierda no es una palabrota, es una descripción gráfica.

—Bueno, pues yo creo que no deberías decir eso.

Ahora se estaba comiendo las anchoas; siempre se las dejaba para el final.

—Me gustaría matar a ese tío.

—¿A qué tío? ¿Te beberás la Coca-Cola? Yo ya no quiero más.

—Al tío del que acabas de hablarme.

—Oh, Jimmy, a lo mejor habrías preferido que todos nos muriéramos de hambre —replicó Oryx entre risas entrecortadas. Ésa era la risa que más miedo le daba a Jimmy, porque disfrazaba una mezcla de desprecio y diversión que le helaba la sangre; algo así como una brisa fría sobre un lago bañado por la luz de la luna.

Por supuesto, había comunicado su indignación a Crake. Había aporreado los muebles; en esa época se dedicaba a aporrear los muebles. ¿Y qué decía Crake al respecto? «Jimmy, seamos realistas. No es posible garantizar un mínimo acceso de la población a los alimentos si ésta se expande indefinidamente. El *Homo sapiens sapiens* no parece capaz de limitar su propagación. Es una de las pocas especies que no limita su reproducción ante la escasez de recursos. En otras palabras —y hasta cierto punto, por supuesto—, cuanto menos comemos, más follamos.»

—¿Y cómo explicas eso? —preguntó Jimmy.

—Por la imaginación —respondió Crake—. El hombre puede imaginar su propia muerte, la ve venir, y la simple idea de la muerte inminente actúa como afrodisíaco. Los perros o los conejos no se comportan de la misma manera. Las aves, por ejemplo, limitan el número de huevos, o incluso dejan de aparearse, en épocas de escasez. Concentran todos sus esfuerzos en mantenerse vivas hasta que los tiempos mejoran. En cambio los seres humanos tienen la esperanza de meter su alma en otro, de crear

una nueva versión de sí mismos y vivir así eternamente.

—Entonces, en tanto que especie, nuestra propia esperanza nos condena.

—Podría llamarse esperanza. O desesperación.

—Pero, sin esperanza, también estamos condenados—dijo Jimmy.

—Sólo en tanto que individuos —replicó Crake sin inmutarse.

—Pues vaya mierda.

—Jimmy, crece de una vez.

Crake no era el primero que se lo decía.

El hombre del reloj se quedaba a dormir en el pueblo, con sus criados y sus armas, y comía y bebía con los campesinos. Les regalaba cigarrillos, cartones enteros, en paquetes dorados y plateados envueltos todavía en el celofán. A la mañana siguiente echaba un vistazo a los niños disponibles y hacía algunas preguntas sobre ellos: ¿Habían estado enfermos? ¿Eran disciplinados? Y les revisaba los dientes. Debían contar con una buena dentadura, decía, porque iban a tener que sonreír mucho. Luego hacía la selección y el dinero cambiaba de manos y se despedía y había corteses asentimientos y reverencias por todas partes. Se llevaba a tres o cuatro niños, nunca más; era la cifra que podía asumir. Así se aseguraba lo mejor de la cosecha. Hacía lo mismo en los otros pueblos de la comarca. Era famoso por su buen gusto y su sentido común.

Oryx dijo que para un niño debía de ser terrible que no lo escogieran. En el pueblo las cosas le irían peor, perdería valor, le darían menos comida. A ella la habían escogido a la primera.

A veces las madres lloraban, y los niños también, pero las madres les explicaban que lo que hacían estaba bien, que así ayudaban a sus familias, que debían irse con ese hombre y cumplir todo lo que les ordenara. Las madres les explicaban que, cuando llevaran un tiempo trabajando en la ciudad y las cosas mejoraran, podrían volver al pueblo. (Ningún niño había vuelto nunca.)

Todo eso se entendía y, si no se aceptaba, al menos se toleraba. Con todo, cuando el hombre se iba, las madres que habían vendido a sus hijos se sentían vacías y tristes. Era como si aquel acto, libremente decidido por ellas mismas (nadie las había obligado, nadie las había amenazado) no se hubiera llevado a cabo voluntariamente. Además, se sentían estafadas, como si el precio hubiera sido demasiado bajo. ¿Por qué no habían exigido más? Pero aun así, las madres se decían que no habían tenido otra salida.

La madre de Oryx vendió a dos de sus hijos a la vez, y no sólo porque se viera muy apurada. Le pareció que así se harían compañía y cuidarían el uno del otro. El otro era varón, un año mayor que Oryx. Se vendían menos niños que niñas, pero no por eso eran más apreciados.

(Para Oryx, aquella venta doble era una prueba de que su madre la había querido.

No conservaba ninguna imagen de aquel amor. No podía presentar ninguna prueba concreta que lo demostrara. Era más una creencia que un recuerdo.)

El hombre le dijo a su madre que le estaba haciendo un favor especial, porque los niños eran más problemáticos que las niñas, y no obedecían, y se escapaban más, y ¿quién le pagaría entonces a él por todas las molestias? Además, aquel niño no tenía una buena predisposición, eso se veía a simple vista, y los dientes negros de delante le daban una expresión de criminal. Pero como sabía que le hacía falta el dinero sería generoso y se llevaría también al niño.

Trino

Oryx dijo que no recordaba el trayecto entre el pueblo y la ciudad, pero sí tenía memoria de algunas de las cosas que habían sucedido. Eran como fotos perdidas en la inmensidad de una pared. Como mirar por las ventanas de los demás. Como los sueños.

El hombre del reloj dijo que se llamaba tío Ene, y que así debían llamarlo. Si no, se meterían en un buen lío.

—¿Era Ene la abreviatura de algún nombre, o era la letra inicial? —preguntó Jimmy.

—No lo sé —dijo Oryx.

—¿Lo viste escrito alguna vez?

—En el pueblo nadie sabía leer. Toma, Jimmy, abre la boca. Te doy el último trozo.

Al recordarlo, Hombre de las Nieves casi cree notar el sabor. La pizza, y después los dedos de Oryx en la boca.

Y la lata de Coca-Cola rodando por el suelo. Y la alegría apretándole el pecho con su abrazo de boa constrictor.

Oh, picnics secretos, robados. Oh, tierna delicia. Oh, claros recuerdos. Oh, puro dolor. Oh, noche interminable.

Ese hombre —prosiguió Oryx más tarde, esa misma noche, o tal vez alguna otra— ese hombre dijo que, a partir de entonces, él sería su tío. Ahora que en el pueblo ya no lo veían, no sonreía tanto como antes. Tenían que caminar deprisa, les dijo, porque el bosque estaba lleno de animales salvajes con los ojos rojos y unos dientes largos y afilados, y si se metían entre los árboles o caminaban más despacio, esos animales vendrían y los descuartizarían. Oryx estaba asustada y quería cogerle la mano a su hermano, pero eso no podía ser.

—¿Había tigres? —preguntó Jimmy.

Oryx negó con la cabeza. No había tigres.

—¿Y qué eran entonces esos animales? —quiso saber Jimmy. Creía que con eso obtendría alguna pista, algún indicio del lugar. Podría buscar en listas de hábitats, encontrar algo.

—No tenían nombre —respondió Oryx—, pero yo sabía que estaban ahí.

Al principio avanzaron en fila india por el camino embarrado, caminando por el margen que quedaba más alto y vigilando por si aparecía alguna serpiente. Primero iba uno de los hombres de las escopetas, luego tío Ene, luego su hermano, luego dos niñas también compradas —las dos mayores que ella—, y luego Oryx. El último era el otro hombre armado. Pararon al mediodía para comer —arroz frío que les habían dado los del pueblo— y siguieron caminando un poco más. Cuando llegaron a un río,

uno de los hombres armados cogió a Oryx en brazos y la pasó al otro lado. Le dijo que pesaba tanto que iba a tener que soltarla en el agua y que los peces se la comerían, pero era broma. El hombre olía a ropa sudada y a humo, y a una especie de perfume o gomina que llevaba en el pelo. El agua le llegaba hasta las rodillas.

Después el sol estaba ya muy bajo y la deslumbraba —entonces es que iban hacia el oeste, pensó Jimmy—, y estaba muy cansada.

A medida que el sol se iba poniendo, los pájaros empezaban a cantar, a emitir sus trinos, invisibles, ocultos en las ramas de los árboles del bosque: graznidos estridentes, silbidos, cuatro sonidos distintos consecutivos, como tañidos de campana. Eran los mismos pájaros que siempre se llamaban así cuando se acercaba el anochecer, y también al alba, justo antes de que saliera el sol, y a Oryx le consoló oírlos. Aquellos reclamos le resultaban familiares, formaban parte de lo que conocía. Se imaginaba que uno de ellos —el que era como una campana— era el espíritu de su madre, enviado en forma de pájaro para vigilarla, y que le decía «Tú volverás».

En ese pueblo, le dijo, había gente que enviaba así su espíritu, aunque aún no estuviera muerta. Era algo que se sabía, que se aprendía, las mujeres mayores te enseñaban, y así podías volar donde quisieras, ver lo que había de pasarte en el futuro y enviar mensajes, y aparecer en los sueños de otras personas.

Los pájaros cantaron y cantaron hasta que se quedaron en silencio. Entonces el sol se puso de repente y cayó la oscuridad. Aquella noche durmieron en un cobertizo. Seguramente era una cuadra para el ganado, porque olía a animal. Tuvieron que orinar entre los arbustos, todos juntos, en fila, mientras uno de los hombres armados hacía guardia. Los hombres encendieron un fuego fuera y se reían y hablaban, y el humo entraba en la cuadra, pero a Oryx no le importó, porque se quedó dormida. ¿Durmieron en el suelo, en hamacas, en camastros?, preguntó Jimmy, pero ella le dijo que eso daba igual. Su hermano estaba a su lado. Nunca hasta entonces le había hecho demasiado caso, pero en ese momento quería estar junto a ella.

A la mañana siguiente caminaron un poco más y llegaron al sitio donde tío Ene había dejado su coche bajo la protección de varios hombres. Era una pequeña aldea, más pequeña que la suya y más sucia. Había mujeres y niños que los miraban desde las puertas de las casas, pero no les sonreían. Una de las mujeres hizo una señal para protegerse del mal.

Tío Ene comprobó que no le hubieran quitado nada del coche, pagó a los hombres de la aldea e indicó a los niños que subieran al vehículo. Era la primera vez que Oryx se montaba en un coche, y el olor no le gustó. No era solar, sino de gasolina, y no era nuevo. Conducía uno de los hombres. Tío Ene iba a su lado. El otro hombre iba detrás, con los cuatro niños, todos muy apretados. Tío Ene estaba de mal humor y les advirtió que no hicieran preguntas. Había muchos baches en la carretera y hacía mucho calor. Oryx estaba mareada y le pareció que iba a vomitar, pero acabó

adormeciéndose.

Debieron de viajar durante mucho rato. Se detuvieron cuando volvió a anochecer, Tío Ene y el conductor entraron en un edificio bajo, una especie de pensión, quizá. El otro se tumbó en el asiento delantero y no tardó en ponerse a roncar. Los niños durmieron como pudieron. Las puertas traseras estaban cerradas y no había manera de salir sin pasar por encima del hombre. Eso les atemorizaba porque él supondría que querían escaparse. Esa noche alguien se orinó encima. Oryx lo olía. Ella no había sido. Por la mañana, los condujeron detrás del edificio, donde había una letrina al aire libre. Mientras se acuclillaban para hacer sus necesidades, un cerdo los miraba desde el otro lado.

Tras pasar unas horas más por carreteras llenas de baches, se detuvieron en un punto donde había una barrera en medio de la calzada y dos soldados. Tío Ene les explicó que los niños eran sobrinos suyos. La madre había muerto y él se los llevaba a su casa, para que vivieran con su familia. Volvía a sonreír.

—Pues sí que tiene usted sobrinos —comentó uno de los soldados con una sonrisa de oreja a oreja.

—Por desgracia —asintió tío Ene.

—Y todas sus madres mueren.

—Es la triste realidad.

—No estamos seguros de si debemos creerle—intervino el otro soldado, que también sonreía.

—Miren —dijo tío Ene. Sacó a Oryx del coche—. ¿Cómo me llamo? —le preguntó, acercando mucho la cara a la de la niña.

—Tío Ene —respondió Oryx.

Los dos soldados se rieron y tío Ene los imitó. Le dio una palmadita en el hombro y le indicó que volviera a entrar en el coche. Estrechó la mano de los soldados, después de meterse la suya en el bolsillo, y entonces los soldados levantaron la barrera. Cuando el coche ya volvía a circular por la carretera, tío Ene le dio a Oryx un caramelo que tenía forma de limón pequeño. Ella lo chupó un poco, se lo sacó de la boca y se lo guardó para más tarde. Como no tenía bolsillos, lo sostuvo con los dedos pegajosos. Esa noche, se consoló lamiéndose su propia mano.

Los niños lloraron esa noche, sin hacer ruido, para sí mismos. Estaban asustados. No sabían adónde iban, y los habían alejado de todo lo que conocían. Además —dijo Oryx— ya no tenían amor, suponiendo que lo hubieran tenido alguna vez. Pero tenían un valor monetario, representaban un beneficio económico para los demás. Eso, seguramente, lo captaban de algún modo; notaban que valían algo.

Estaba claro —dijo Oryx— que tener un valor económico no era sustitutivo del amor. Todo niño debería ser amado, toda persona debería ser amada. Ella misma habría preferido tener el amor de su madre —un amor en el que seguía creyendo, un

amor que la había seguido por toda la selva en forma de pájaro para que no estuviera tan sola, tan asustada—, pero el amor era impredecible, llegaba y se iba, así que tampoco estaba de más tener un valor económico, porque así, al menos, los que querían obtener un provecho de ti se aseguraban de que estuvieras bien alimentada y de que no te hicieran demasiado daño. Además, había muchos que no tenían ni amor ni valor económico, y tener una de las dos cosas era mejor que no tener ninguna.

Rosas

La ciudad era un caos, llena de gente, de coches, de ruido, de malos olores, de un idioma que costaba entender. Al principio, para los cuatro niños nuevos fue impactante, como si los hubieran arrojado a una caldera de agua caliente, como si la ciudad fuera físicamente perjudicial para ellos. Sin embargo, tío Ene tenía experiencia. Los trató como si fueran gatos; les dio tiempo para que se adaptaran a la nueva situación. Los dejó en una pequeña habitación, en un edificio de tres plantas, que tenía una ventana con barrotes desde la que podían mirar pero no escaparse, y fue dejándolos salir gradualmente, primero un poco, luego por períodos de una hora. En aquella habitación ya vivían otros cinco niños, estaba abarrotada, pero había sitio para las colchonetas de todos, que se desenrollaban sólo de noche, de manera que la habitación quedaba cubierta por completo de niños y de colchonetas que volvían a enrollarse de día y que estaban desgastadas, sucias y olían a orines. Lo primero que los nuevos tuvieron que aprender fue a enrollarlas bien.

De los otros niños, más experimentados, aprendieron más cosas. La primera fue que tío Ene siempre los vigilaba, aunque pareciera que los dejaba solos en la ciudad. Siempre sabía dónde estaban: lo único que tenía que hacer era llevarse el reloj brillante al oído y escuchar, porque dentro había una vocecilla que lo sabía todo. Aquello era tranquilizador, porque así nadie les hacía daño. Por otro lado, tío Ene sabía si no trabajabas lo bastante, si intentabas escaparte o si te quedabas parte del dinero que te daban los turistas. Entonces te castigaban. Los hombres de tío Ene te pegaban y te salían moratones. A veces también te quemaban. Algunos de esos niños aseguraban haber sufrido esos castigos, y lo decían con orgullo: tenían cicatrices. Si reincidías con demasiada frecuencia en ese comportamiento prohibido —si eras perezosa, si robabas, si te escapabas— te vendían a alguien mucho peor —eso se decía— que tío Ene. O te mataban y te echaban en un montón de basura, y a nadie le importaba, porque nadie sabía quién eras.

Oryx dijo que tío Ene conocía muy bien su trabajo, porque los niños creían más a los otros niños que a los adultos en el tema de los castigos. Los mayores amenazaban con hacer cosas que nunca hacían, pero los niños contaban lo que de verdad podía pasar. O lo que temían que pudiera pasar. O lo que ya les había pasado, a ellos o a otros niños a los que conocían.

Cuando Oryx y su hermano llevaban una semana en la habitación de las colchonetas, se llevaron a tres de los niños antiguos. Tío Ene dijo que iban a viajar a otro país. Ese país se llamaba San Francisco. ¿Se los llevaban porque habían sido malos? No, dijo tío Ene. Aquello era un premio por haber sido tan buenos. Todos los que fueran obedientes y trabajadores acabarían yendo allí algún día. Oryx no quería ir a ningún otro sitio que no fuera su casa, aunque «su casa» se estaba convirtiendo cada

vez en algo más borroso. Aún oía el espíritu de su madre que le decía «tú volverás», pero aquella voz se hacía más débil e indistinguible. Ya no era una campana, sino un susurro. Era más una pregunta que una afirmación; una pregunta sin respuesta.

A Oryx, su hermano y los otros recién llegados los llevaron a ver cómo vendían flores los niños que tenían más experiencia. Las flores eran rosas rojas, blancas y rosadas. Les quitaban las espinas para que no pincharan al entregarlas. Tenían que esperar junto a la entrada de los mejores hoteles —también eran sitios buenos los bancos donde los extranjeros cambiaban dinero y las tiendas caras— y vigilar por si pasaban los policías. Si pasaba uno, o si los miraban mal, tenían que marcharse rápido. No estaba permitido vender flores a los turistas sin un permiso especial, y esos permisos eran muy caros. Pero tío Ene aseguraba que no había nada de qué preocuparse: la policía estaba al tanto de todo, aunque debían simular que no sabían nada.

Si veían a un extranjero, sobre todo si iba acompañado de una mujer extranjera, debían acercarse y ofrecer las rosas, sin dejar de sonreír. No debían mirarlos fijamente, ni reírse de su pelo raro, de extranjero, ni de sus ojos de acuarela. Si cogían una flor y les preguntaban cuánto costaba, debían sonreír aún más y extender la mano. Si les hablaban y les preguntaban algo, debían fingir que no los entendían. Aquello era fácil. Siempre les daban más —a veces mucho más— de lo que valía la flor.

El dinero se guardaba en una bolsita que llevaban colgando por dentro de la ropa. Eso era para protegerlo de los carteristas y los rateros que no tenían la suerte de que un tío Ene cuidara de ellos. Si alguien —sobre todo un hombre—, intentaba darles la mano y llevarlos a alguna parte, debían soltarse. Si los agarraban con demasiada fuerza y no los soltaban, tenían que sentarse en el suelo. Aquello era una señal, y los hombres de tío Ene, o tío Ene en persona, acudirían a rescatarlos. No podían subirse a ningún coche ni entrar en ningún hotel. Si alguien se lo proponía, habían de contárselo a tío Ene lo antes posible.

Tío Ene le había puesto un nombre nuevo a Oryx. Lo hacía con todos los recién llegados. Les decían que se olvidaran de los antiguos, y no tardaban en hacerlo. Oryx pasó a llamarse SuSu. Era una buena vendedora de rosas. Era pequeña y frágil, y sus facciones eran limpias y puras. Le habían dado un vestido que le quedaba grande, y cuando se lo ponía parecía una muñequita angelical. Los demás niños la adoptaron como si se tratara de una mascota, porque era la más pequeña. Por la noche se turnaban para dormir con ella, e iba de mano en mano.

¿Quién era capaz de mantenerse indiferente? Muy pocos turistas. Su sonrisa era perfecta, ni agresiva ni resabiada, dubitativa, tímida, sin dar nada por sentado. Era una sonrisa desprovista de todo sentimiento negativo: ni resentimiento, ni envidia, tan sólo la promesa de una sincera gratitud. «Es encantadora», murmuraban las mujeres

extranjeras, y los hombres que las acompañaban le compraban una rosa y se la ofrecían, convirtiéndose ellos mismos en encantadores. Oryx se guardaba las monedas en la bolsita que llevaba por dentro del vestido y se sentía a salvo un día más, porque había logrado vender su cupo mínimo.

Para su hermano las cosas no eran tan fáciles. No tenía suerte. No quería vender rosas como las niñas y odiaba tener que sonreír. Cuando lo hacía, no le quedaba muy bien por culpa de los dientes negros. Así que Oryx le cogía algunas rosas de las que le quedaban e intentaba venderlas ella. Al principio a tío Ene eso no le importaba — el dinero era el dinero—, pero luego dijo que no era bueno que vieran siempre a Oryx en los mismos sitios, porque la gente acabaría cansándose de ella.

Tendrían que buscar otra cosa para su hermano, alguna otra ocupación. Los niños mayores de la habitación menearon la cabeza. A su hermano lo venderían a algún chulo, dijeron. Algún chulo que trabajara para hombres blancos extranjeros y peludos, o para hombres morenos con barba, o para hombres gordos asiáticos, hombres a los que les gustaban los niños pequeños. Se pusieron a describir con todo lujo de detalles lo que le harían esos hombres. Se reían de todo aquello. Sería un culito de melón. Así es como llamaban a aquellos niños: firmes y redondos por fuera, blandos y dulces por dentro. Un buen culito de melón para quien quisiera pagarlo. O eso, o lo pondrían a trabajar de mensajero, de calle en calle haciendo recados para los jugadores. Era un trabajo duro y peligroso, porque los jugadores rivales te mataban. También podían obligarle a las dos cosas: culito de melón y mensajero. Eso era lo más probable.

Oryx vio que su hermano estaba cada vez más serio. No le sorprendió que se escapara. Nunca llegó a saber si lo pillaron y lo castigaron. Ella no lo preguntó, porque preguntar —eso ya lo había descubierto— no servía de nada.

Un día, un hombre cogió a Oryx de la mano y le pidió que lo acompañara al hotel. Ella le dedicó su tímida sonrisa, miró a ambos lados y permaneció en silencio. Se soltó de la mano y más tarde se lo contó a tío Ene. Entonces él le dio una orden que la sorprendió. Si ese hombre volvía a pedírselo, tenía que ir al hotel con él. Le diría que subiera a su habitación, y ella obedecería. Debía hacer todo lo que él le pidiera sin preocuparse de nada, porque tío Ene estaría vigilando y después iría a recogerla. No le pasaría nada malo.

—¿Seré un melón? —le preguntó—. ¿Una culito de melón?

Y tío Ene se rió y le preguntó de dónde había sacado esa expresión. Claro que no, le aseguró. No le pasaría nada de eso.

Al día siguiente el hombre apareció de nuevo y le preguntó si quería dinero, mucho más dinero del que ganaría vendiendo rosas. Era un hombre blanco, alto, peludo, con un acento muy marcado, aunque ella lo entendió bien. Esa vez Oryx lo acompañó. Le dio la mano y se montaron en un ascensor: eso fue lo que más miedo le

dio, esa habitación minúscula con unas puertas que se cerraron, y que cuando volvieron a abrirse ya estaba en otro sitio, y tío Ene no le había explicado nada de todo eso. Notaba que el corazón le latía con fuerza.

—No tengas miedo —le dijo el hombre, creyendo que tenía miedo de él. Pero era al contrario, era él quien tenía miedo de ella, porque le temblaba la mano. Abrió una puerta con una llave, entraron y volvió a cerrarla con llave, y estaban en una habitación violeta y dorada con una cama enorme en el centro, una cama para gigantes, y el hombre le pidió a Oryx que se quitara el vestido.

Oryx obedeció. Tenía una vaga idea de lo que el hombre le ordenaría: los demás niños ya sabían lo que pasaba y hablaban abiertamente de ello, y también se reían de ello. La gente pagaba mucho dinero para hacer las cosas que ese hombre quería hacer, y en la ciudad había sitios especiales para hombres como él. Sin embargo algunos no querían ir a esos sitios porque eran demasiado públicos y les daba vergüenza e, insensatos, preferían organizar las cosas por su cuenta, y ése era uno de ellos. Así que Oryx sabía que ahora el hombre se quitaría la ropa, o al menos algunas prendas, y eso fue lo que hizo, y pareció complacido cuando ella le miró el pene, que era largo y peludo, como el resto de su cuerpo, un poco doblado, como un codo pequeño. Entonces él se arrodilló para estar a su altura y le puso la cara muy cerca de la suya.

¿Cómo era esa cara?

Oryx no lo recordaba. Recordaba la singularidad del pene, pero no la singularidad de la cara.

—No parecía una cara —explicó—. Era blanda, como un ravioli. Tenía una nariz en el centro, una nariz de zanahoria. Una nariz larga, blanca, como un pene. —Se rió y se cubrió la boca con las manos—. No como la tuya, Jimmy —añadió, por si se daba por aludido—. Tú tienes la nariz muy bonita. Es una nariz muy dulce, de verdad.

—No te haré daño —le prometió el hombre.

Tenía un acento tan ridículo que Oryx estuvo a punto de echarse a reír, aunque sabía que eso estaría mal. Esbozó su tímida sonrisa y el hombre le tomó una mano y se la puso sobre su cuerpo. Lo hizo con bastante suavidad, pero a la vez parecía enfadado. Enfadado y con prisa.

En ese preciso instante tío Ene irrumpió bruscamente en la habitación. ¿Cómo? Tendría llave, alguien del hotel le habría dado una llave. Cogió a Oryx en brazos y la abrazó y la llamó tesoro mío, y empezó a gritar a ese hombre, que parecía muy asustado e intentaba ponerse la ropa como podía. Se le enredaron los pantalones y empezó a dar saltos a la pata coja mientras intentaba explicar algo con ese acento tan gracioso, y Oryx sintió lástima de él. Luego el hombre dio dinero a tío Ene, mucho dinero, todo lo que llevaba en la cartera, y tío Ene salió de la habitación llevando a Oryx en brazos, como si fuera un jarrón valiosísimo, sin dejar de murmurar y

maldecir. Al llegar a la calle, no obstante, se echó a reír y a bromear sobre el hombre que saltaba con los pantalones en los tobillos, y le dijo a Oryx que era una buena chica y le preguntó si le gustaría jugar más veces a ese juego.

Así que aquél se convirtió en su juego. Le daban un poco de pena esos hombres. Aunque tío Ene aseguraba que se merecían lo que les pasaba, y que tenían suerte de que no llamara a la policía, a ella le disgustaba el papel que representaba. Pero, al mismo tiempo, lo disfrutaba. Saber que los hombres suponían que era una niña indefensa y en realidad no serlo le hacía sentirse fuerte. Los indefensos eran ellos, que al cabo de muy poco empezaban a pedir perdón con sus ridículos acentos y a dar saltos sobre un pie en sus lujosas habitaciones de hotel, atrapados en las perneras de sus pantalones, con los culos al aire, culos peludos, culos blandos, culos de distintos tamaños y colores, mientras tío Ene los regañaba. Algunos se echaban a llorar. En cuanto al dinero, vaciaban los bolsillos, entregaban a tío Ene todo el dinero que llevaban y le agradecían que lo aceptara. No querían ir a la cárcel, y menos en una ciudad como aquélla, donde las prisiones no eran hoteles y donde tardaban mucho en presentar los cargos y en celebrar los juicios. Querían marcharse en sus taxis lo antes posible y subirse a sus grandes aviones y salir volando por los aires.

—Pequeña SuSu —dijo tío Ene cuando la dejó de nuevo en el suelo, frente al hotel—. Eres una chica lista. Ojalá pudiera casarme contigo. ¿Te gustaría?

Eso era lo más parecido al amor que Oryx tenía por aquel entonces, y se sintió feliz. Pero cuál era la respuesta correcta, ¿sí o no? Ella sabía que no era una pregunta seria, que era una broma. Sólo tenía cinco años, o seis, o siete, y no podía casarse. Además, los otros niños decían que tenía una mujer mayor que vivía en una casa en alguna parte, y que además tenía otros hijos. Sus hijos de verdad, que iban a la escuela.

—¿Puedo escuchar tu reloj? —le preguntó Oryx con su tímida sonrisa. «En vez de» es lo que quería decir. «En vez de casarme contigo, en vez de responder a tu pregunta, en vez de ser tu hija de verdad.» Y él se rió un poco más y le dejó que escuchara su reloj, pero ella no oyó ninguna vocecilla en su interior.

Duendilandia

Un día llegó otro hombre, uno al que no habían visto antes —alto, delgado, más alto que tío Ene, mal vestido y con la cara marcada de viruela—, y anunció que todos tendrían que marcharse con él. Tío Ene le había vendido el negocio de las flores; había vendido las flores, a los vendedores y todo lo demás. Tío Ene se había ido, se había trasladado a otra ciudad. Así que ahora ese hombre alto era el nuevo jefe.

Un año después, más o menos, a Oryx le dijeron —una niña que había compartido con ella las primeras semanas en la habitación de las colchonetas y que había vuelto a aparecer en su nueva vida, su vida de actriz de cine— que esa versión no era cierta. La verdad era que habían encontrado a tío Ene flotando en un canal de la ciudad, degollado.

Aquella niña lo había visto. No, no era así, no lo había visto ella, pero conocía a alguien que sí lo había visto. No cabía duda sobre su identidad. Estaba boca arriba, con el vientre hinchado como una almohada y la cara abotargada, pero estaba claro que se trataba de tío Ene. Estaba desnudo, alguien le habría quitado la ropa. A lo mejor los que le habían quitado la ropa no eran los mismos que le habían cortado el cuello, a lo mejor sí, porque ¿de qué le servía a un cadáver una ropa cara como la suya? Tampoco llevaba puesto el reloj.

—¡Y no tenía dinero!—dijo la niña riéndose—. ¡Cómo no tenía bolsillos, tampoco tenía dinero!

—¿Había canales en la ciudad? —le preguntó Jimmy. Le pareció que eso sería otra pista para saber dónde se habían producido todos los sucesos. En esa época quería saber todo lo posible sobre Oryx, sobre cualquier lugar donde hubiese estado. Quería identificar y castigar a cualquier persona que la hubiera maltratado o la hubiera hecho desgraciada. Se torturaba con conocimientos dolorosos: por mínimos que fueran los datos que iba recogiendo, se los clavaba dentro de las uñas. Cuanto más le dolía (de eso estaba convencido), más la quería.

—Sí, claro, había canales —respondió Oryx—. Los campesinos los usaban para llegar a los mercados, igual que los que cultivaban las flores. Amarraban las barcas y vendían su mercancía allí mismo, en los muelles. Desde lejos, se veía bonito. Había muchísimas flores. —Lo miró. Muchas veces adivinaba lo que pensaba—. Pero hay muchas ciudades con canales. Y también con ríos. Los ríos son muy prácticos. Para tirar la basura, para arrojar a los muertos, a los recién nacidos, para cagar. —Aunque no le gustaba que Jimmy soltara palabrotas, a veces ella sí decía cosas feas para escandalizarlo. Y disponía de una lista bastante extensa de expresiones vulgares—. No te preocupes tanto, Jimmy —añadió con voz más dulce—. Eso ocurrió hace mucho tiempo. —Con bastante frecuencia, Oryx parecía querer protegerlo de su propia imagen, de su imagen del pasado. Prefería mostrarle sólo la cara amable de sí

misma. Le gustaba mostrarse radiante.

Así que tío Ene había acabado muerto en un canal. Había tenido mala suerte. No había pagado lo que tenía que pagar, o no había pagado lo suficiente. O tal vez hubieran intentado comprarle el negocio y le habían ofrecido muy poco dinero y él no había aceptado. O sus propios hombres lo habían traicionado. Eran muchas las cosas que podían haberle ocurrido. Quizá no hubiera sido nada premeditado, sólo un accidente, un asesinato fortuito, un robo. Tío Ene se había despistado, había salido a pasear. Aunque él no era un hombre imprudente.

—Cuando me enteré, me eché a llorar —dijo Oryx—. Pobre tío Ene.

—¿Por qué lo defiendes? —le preguntó Jimmy—. ¡Era un gusano, era una cucaracha!

—Yo le gustaba.

—¡Lo que le gustaba era el dinero!

—Sí, claro, Jimmy —dijo Oryx—. A todo el mundo le gusta. Pero podría haberme hecho cosas mucho peores, y no las hizo. Cuando me enteré de que había muerto, lloré muchísimo. No podía parar.

—¿Qué cosas peores? ¿Qué cosas mucho peores?

—Jimmy, te preocupas demasiado.

A los niños los sacaron de la habitación de las colchonetas grises y Oryx ya no volvió allí nunca más. Tampoco vio nunca más a la mayoría de niños y niñas. Los separaron y cada uno se fue a un sitio distinto. Vendieron a Oryx a un hombre que hacía películas. Fue la única que se marchó con él. Le dijo que era muy guapa y le preguntó cuántos años tenía, pero ella no conocía la respuesta a esa pregunta. Entonces le preguntó si le gustaría salir en una película. Ella no había visto ninguna, así que no sabía si le gustaría o no, pero por la manera de planteárselo supuso que debía de ser algo muy bueno, y contestó que sí. A aquellas alturas ya había aprendido a distinguir cuándo se esperaba de ella una respuesta afirmativa.

El hombre se la llevó en un coche en el que había otras niñas, tres o cuatro, a las que no conocía. Se quedaron a pasar la noche en una casa, una casa grande de gente rica, con un muro que la rodeaba rematado con vidrios rotos y alambres con pinchos. Entraron por la puerta principal. El interior olía a riqueza.

—¿Qué significa que olía a riqueza? —le preguntó Jimmy, pero Oryx no supo explicárselo. La riqueza era algo que enseguida se aprendía a percibir. La casa olía como los mejores hoteles en los que había estado. Muchos platos diferentes cocinándose, muebles de madera, abrillantadores y jabones, todos esos olores mezclados. Debía de haber flores, árboles en flor o arbustos cerca, porque también reconoció ese olor. El suelo se hallaba cubierto de alfombras, pero las niñas no caminaron sobre ellas; las alfombras estaban en una habitación muy grande, y ellas pasaron por delante de la puerta, miraron al interior y las vieron. Eran azules, rosas y

rojas, muy bonitas.

El cuarto donde las metieron estaba junto a la cocina. Era una especie de despensa, o lo había sido; olía a arroz y a los sacos que lo contenían, aunque en aquel momento en la habitación no quedaba ninguno. Les dieron de comer —mejor que de costumbre, dijo Oryx, pues había pollo—, y les advirtieron que no hicieran ruido. Luego las encerraron con llave. En la casa había perros; se los oía ladrar fuera, en el patio.

Al día siguiente montaron a unas niñas en la parte trasera de un camión. Había dos niñas de la misma edad que Oryx. Una de ellas acababa de llegar del pueblo, echaba de menos a su gente y lloraba mucho, en silencio, ocultando la cara. Las subieron a la parte trasera del camión y las encerraron allí, y estaba oscuro y hacía calor y tenían sed, y cuando necesitaban mear tenían que hacerlo allí mismo, porque no paraban nunca. Con todo, había una ventanilla, muy arriba, así que un poco de aire sí entraba.

El trayecto duró sólo un par de horas, aunque se hizo más largo por el calor y la oscuridad. Cuando llegaron a su destino, las entregaron a otro hombre, a otro distinto, y el camión se fue.

—¿El camión llevaba alguna inscripción? —preguntó Jimmy en tono detectivesco.

—Sí, tenía unas letras rojas.

—¿Y qué decían?

—¿Y cómo iba a saberlo? —replicó Oryx ofendida.

Jimmy se sintió avergonzado.

—¿Algún dibujo, entonces?

—Sí, había un dibujo —respondió Oryx tras reflexionar un momento.

—¿Un dibujo de qué?

Oryx volvió a quedarse pensativa.

—Era un loro. Un loro rojo.

—¿Volaba o estaba posado en algún sitio?

—¡Jimmy, qué raro eres!

Jimmy se aferró a eso, al loro rojo. Lo conservó en la mente. A veces se le aparecía en sus ensoñaciones, lleno de misterio y significados ocultos, un símbolo aislado de todo contexto. Seguramente sería un nombre comercial, un logotipo. Buscó en Internet Loro, Loro Marca Registrada, Loro Inc, Loro Rojo. Encontró a *Alex*, el loro de la nuez de corcho que decía «Ahora me voy», pero no le sirvió de nada, porque no era de color rojo. Necesitaba que el loro rojo fuera un eslabón entre la historia que Oryx le había contado y el llamado mundo real. Necesitaba ir andando por la calle o ponerse a navegar por Internet y ¡eureka!, encontrarse el loro rojo, el código, la contraseña; a partir de ahí, muchas cosas se aclararían.

El edificio en el que se rodaban las películas estaba en otra ciudad, o a lo mejor en otra zona de la misma ciudad, porque era muy grande, explicó Oryx. La habitación donde estaba con las otras niñas se encontraba en ese mismo edificio. Casi nunca salían, sólo al terrado y sólo cuando la película se rodaba allí. Algunos de los hombres que entraban en el edificio querían estar al aire libre durante el rodaje. Querían que los vieran, y al mismo tiempo querían esconderse. El terrado estaba rodeado por un muro. A lo mejor querían que Dios los viera, dijo Oryx. ¿Tú qué crees, Jimmy? ¿Querían presumir delante de Dios? A mí me parece que sí.

Todos esos hombres tenían ideas sobre lo que debía salir en la película. Querían elementos en segundo plano, sillas o árboles, o cuerdas, gritos, o zapatos. A veces, soltaban sin más «hazlo, que para eso pago», y cosas así, porque en esas películas todo tenía un precio. Cada cinta de pelo, cada flor, cada objeto, cada gesto. Si a los hombres se les ocurría algo nuevo, había que negociar el precio.

—Allí aprendí de la vida —dijo Oryx.

—¿Qué aprendiste? —preguntó Jimmy. No debería haber comido pizza. Ni haber fumado la hierba que fumaron después. Se notaba un poco mareado.

—Que todo tiene un precio.

—Todo no, eso no puede ser cierto. No se puede comprar el tiempo. No se puede comprar... —Iba a decir el amor, pero vaciló. Sonaba demasiado cursi.

—No se puede comprar, pero tiene un precio —dijo Oryx—. Todo tiene su precio.

—Yo no —contraatacó Jimmy intentando hacer una gracia—. Yo no tengo precio. Se equivocaba, como de costumbre.

Salir en una película, explicó Oryx, significaba cumplir órdenes. Si querían que sonrieras, tenías que sonreír; si querían que lloraras, tenías que llorar. Fuera lo que fuese, tenías que cumplir órdenes, y las cumplías porque te daba miedo desobedecer. Hacías lo que te pedían que les hicieras a los hombres que venían, y a veces esos hombres te hacían cosas a ti. Salir en una película era eso.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó Jimmy.

—Lo sabes muy bien —respondió Oryx—. Las viste. Tienes la película.

—Sólo vi ésa —dijo Jimmy—. Sólo esa en la que salías tú.

—Seguro que viste alguna más en la que aparecía yo. Lo que pasa es que no te acuerdas. Cambiaba de aspecto. Salía con ropa distinta, con pelucas, podía ser otra, hacer otras cosas.

—¿Qué otras cosas? ¿Qué otras cosas te obligaban a hacer?

—Todas las películas eran iguales —dijo Oryx. Se había lavado las manos, se estaba pintando las uñas, sus delicadas uñas ovaladas, de forma tan perfecta. De color melocotón, para que hicieran juego con la blusa estampada que llevaba. Tenía que estar impecable. Después se pintaría las de los pies.

Para las niñas era menos aburrido rodar las películas que hacer lo que hacían el resto del tiempo, que no era mucho. Veían dibujos animados en el DVD viejo que había en una de las habitaciones, ratones y pájaros perseguidos por otros animales que nunca lograban atraparlos; o se cepillaban el pelo y se lo peinaban las unas a las otras; o comían y dormían. A veces aparecían otras personas que ocupaban el mismo espacio y rodaban distintos tipos de películas. Venían mujeres mayores, mujeres que tenían pecho, y hombres mayores, actores. A las niñas les permitían ver cómo filmaban si se quedaban en algún rincón y no molestaban. Aunque a veces los actores se quejaban, porque las niñas se reían de sus penes —tan grandes, y luego, a veces, de repente, tan pequeños—, y entonces mandaban a las niñas otra vez a su habitación.

Se lavaban mucho, eso era muy importante. Se duchaban echándose agua con unos cubos. La idea era que su apariencia fuera pura. En los días malos, cuando no había trabajo, se aburrían y se ponían nerviosas, y acababan discutiendo y peleándose. A veces les daban alguna calada o un trago para ver si se calmaban, tal vez cerveza, pero nunca drogas duras, para que no tuvieran mal aspecto; y no les permitían fumar. El jefe —el hombre grande, no el de la cámara— les explicaba que si fumaban se les pondrían los dientes negros. Pero a veces sí que fumaban, porque el hombre de la cámara les pasaba algún cigarrillo que ellas compartían.

El hombre de la cámara era blanco y se llamaba Jack. Era a quien más veían. Tenía el pelo como una cuerda deshilachada y un olor corporal muy fuerte, porque comía carne. ¡Comía mucha carne! No le gustaba el pescado. Tampoco el arroz, pero sí los fideos. Fideos con montones de carne.

Jack decía que en su país las películas eran más grandes y mejores, las mejores del mundo. Siempre repetía que quería volver a su país. Contaba que no estaba muerto de milagro, que era un milagro que ese país no lo hubiera matado ya con su asquerosa comida. Decía que una vez casi se había muerto de una enfermedad que pilló en el agua y que lo único que lo había salvado había sido emborracharse a más no poder, porque el alcohol mataba todos los gérmenes. Había tenido que explicarles qué eran los gérmenes. Las niñas se rieron con eso de los gérmenes, porque no creían que existieran; en cambio en la enfermedad sí creían, porque la habían visto muchas veces. La causaban los espíritus, eso lo sabía todo el mundo. Los espíritus y la mala suerte. Seguro que Jack no había rezado las oraciones adecuadas.

Jack se extrañaba de no enfermar más a menudo porque, según él, la comida y el agua estaban podridas, pero él tenía un estómago de hierro. Decía que, para trabajar en ese negocio, era necesario tener mucho estómago. Decía que la videocámara era una antigualla y que las luces eran un desastre, así que no era nada raro que los resultados fueran siempre una mierda. Decía que ojalá tuviera un millón de dólares, aunque se lo gastaría todo en emborracharse. Decía que el dinero se le escurría de las manos como si fuera agua. «De mayores no seáis como yo», les advertía. Y las niñas

se reían, porque les pasara lo que les pasara, como él nunca iban a ser, un gigante de pelo encrespado y aspecto de payaso con una polla como una zanahoria arrugada.

Oryx le contó que había tenido muchas ocasiones de ver aquella zanahoria de cerca, porque Jack quería hacer con ellas las cosas de las películas cuando no estaban rodando. Luego se ponía triste y les pedía perdón. Era desconcertante.

—¿Y lo hacías a cambio de nada? —le preguntó Jimmy—. Creía que habías dicho que todo tiene un precio.

Le parecía que aún no había ganado la discusión sobre el dinero, quería otro asalto.

Oryx calló unos segundos, levantó el pincel del esmalte de uñas y se miró la mano.

—No, era un intercambio.

—¿Un intercambio? ¿Y qué tenía que ofrecerte ese patético cabrón?

—¿De dónde sacas que era malo? —dijo Oryx—. Nunca me hizo nada que tú no me hagas. Bueno, ¡tú me haces más cosas!

—Pero yo no te las hago en contra de tu voluntad —señaló Jimmy—. Además, ahora ya eres mayor.

Oryx se echó a reír.

—¿Y cuál es mi voluntad? —preguntó. Debió de darse cuenta de la expresión dolida de Jimmy, porque dejó de reírse—. Me enseñó a leer —añadió en un susurro—. A hablar en inglés, a leer palabras inglesas. Primero las pronunciaba en voz alta, luego me mandaba leerlas. Al principio no me salía muy bien, de hecho sigo sin hablar muy bien, pero siempre hay un comienzo para todo, ¿no te parece, Jimmy?

—Hablas perfectamente —respondió Jimmy.

—No es necesario que me mientas. Bueno, así es como aprendí. Fue un proceso largo, pero él no perdía la paciencia. Tenía un libro. No sé de dónde lo había sacado, pero era un libro para niños. En la portada había una niña con unas largas trenzas y calcetines (esa palabra era muy difícil, «calcetines»), que saltaba de un lado a otro y hacía lo que quería. Ése era el libro que leíamos. Fue un buen intercambio porque, Jimmy, de no ser por eso, en este momento no podría estar hablando contigo, ¿no?

—¿De no ser por qué? —preguntó Jimmy. Le resultaba insoportable. Si tuviera delante a ese Jack, a esa escoria humana, le retorcería el cuello como si fuera un calcetín sudado—. ¿Qué le hacías? ¿Se la chupabas?

—Crake tiene razón —replicó Oryx con frialdad—. No tienes una mente elegante.

«Mente elegante» era una expresión típica de los matemáticos, de esa jerga paternalista que usaban los chiflados por las matemáticas, pero a Jimmy le dolió igual. No. Lo que le dolió fue imaginarse a Oryx y a Crake hablando de él en esos términos, a sus espaldas.

—Lo siento —se disculpó. ¿Cómo se le ocurría hablarle con tanta dureza?

—Ahora a lo mejor no lo haría, pero en esa época yo era una niña —prosiguió Oryx más calmada—. ¿Por qué estás tan enfadado?

—No me lo creo —dijo Jimmy. ¿Dónde estaba la rabia de Oryx? ¿A qué profundidad estaba enterrada? ¿Qué tenía que hacer él para sacarla a la superficie?

—¿No te crees qué?

—Todas esas gilipolleces que cuentas. Toda esa dulzura, esa aceptación y esa mierda.

—Si no quieres creer eso, Jimmy —le dijo Oryx mirándolo con ternura—, ¿qué es lo que te gustaría creer?

Jack le había puesto un nombre al edificio donde se rodaban las películas. Lo llamaba Duendilandia. Ninguna de las niñas sabía qué significaba esa palabra, y Jack no sabía explicársela. «¡Vamos, duendecillas, a levantarse! —decía—. ¡Os traigo caramelos! —A veces les regalaba dulces—. ¿Quieres un bombón, bombón? —Aquello también era una broma, pero ellas no sabían qué significaba.»

Si le apetecía o estaba drogado, les mostraba las películas donde actuaban ellas. Notaban si se había pinchado o había esnifado porque en esas ocasiones estaba más contento. Le gustaba poner música pop mientras trabajaban, piezas con ritmo. Elvis Presley y cantantes por el estilo. Decía que le gustaban los clásicos, música de la época en que las canciones tenían letra.

—Puede que sea un sentimental —afirmaba, suscitando el desconcierto general. Le gustaban Frank Sinatra y Doris Day. Oryx se aprendió toda la letra de *Love Me or Leave Me* mucho antes de saber qué significaban las palabras.

—Canta un poco de jazz de Duendilandia —le pedía Jack, y entonces ella se ponía a cantar esa canción. Y a él siempre le gustaba.

—¿Y cómo se llamaba el tío ese? —le preguntó Jimmy. Qué gilipollas ese Jack. Qué hijoputa, el muy cabrón. Insultar ayudaba, pensó Jimmy. Le gustaría arrancarle la cabeza.

—Se llamaba Jack. Ya te lo he dicho. Nos recitó un poema en inglés. «*Jack be nimble, Jack be quick, Jack has got a big candle-stick.*» ^[1]

—Me refiero a su otro nombre.

—No tenía ningún otro nombre.

A lo que hacían, Jack lo llamaba «trabajar». Y a ellas las llamaba «sus obreras». Decía: «Silba mientras trabajas», «Trabaja más duro», «Métele más jazz al asunto». Decía: «Finge que lo sientes de verdad, si no quieres que te haga daño.» Decía: «Vamos, enanitas del sexo, que cuando queréis lo hacéis mejor.» Decía: «Sólo se es joven una vez.»

—Eso es todo —dijo Oryx.

—¿Cómo que eso es todo?

—Que eso era todo —repitió—. Que no había más.

—¿Y alguna vez os...?

—¿Nos qué?

—No, claro, no lo hacían. Eráis demasiado pequeñas. No podrían haberlo hecho.

—Jimmy, por favor, termina la pregunta.

Es que ni se inmutaba. Habría deseado sacudirla, que reaccionara.

—¿Os violaban? —Apenas logró pronunciar esas palabras. ¿Qué respuesta esperaba oír? ¿Qué quería?

—¿Por qué insistes en hablar de cosas feas? —inquirió con voz cristalina, como de cajita de música. Agitó una mano en el aire para que se le secaran las uñas—. En la medida de lo posible, deberíamos pensar sólo en cosas bonitas. El mundo está lleno de belleza, sólo hay que aprender a mirar a nuestro alrededor. Tú sólo miras el barro que tienes bajo los pies, Jimmy. Y eso no te sienta bien.

Nunca se lo contaría. ¿Por qué le sacaba tanto de quicio?

—No era sexo de verdad, ¿no? —le preguntó—. El de las películas. Sólo fingíais, ¿eh?

—Pero Jimmy, ya deberías saber que todo el sexo es de verdad.

Capítulo 7

Sveltana

Hombre de las Nieves abre los ojos, los cierra, los abre, los mantiene abiertos. Ha pasado una noche fatal. No sabe qué es peor, un pasado irrecuperable o un presente que lo destruirá si lo observa con demasiada atención. Luego está el futuro. Puro vértigo.

El sol está ya sobre la línea del horizonte, se levanta imparable como movido por una polea; nubes planas, rosas y moradas por encima y doradas por debajo se mantienen inmóviles en el cielo circundante. Las olas baten una y otra vez. Al pensar en ellas siente náuseas. Tiene muchísima sed, un intenso dolor de cabeza y un espacio vacío y algodónoso entre los oídos. Tarda unos momentos en constatar que está resacoso.

—La culpa es sólo tuya —se dice. La noche anterior se comportó como un inconsciente: bebió, gritó, balbució y se entregó a una tristeza estéril. En otra época, con tan poca bebida no habría tenido resaca, pero ha perdido el hábito y no está en forma.

Al menos no se ha caído del árbol. «Mañana será otro día», grita a las nubes rosas y moradas. Pero si mañana es otro día, ¿qué es hoy? El mismo día, como siempre, sólo que él se siente como si le hubieran pegado una paliza.

Una gran bandada de pájaros abandona las torres vacías, gaviotas, garcetas, garzas, que se alejan para pescar junto a la orilla. A menos de dos kilómetros en dirección sur se está formando una salina donde antes hubo un terreno puntuado por casas medio inundadas. Hacia allí se dirigen todos los pájaros: hacia la ciudad de los peces. Los mira con resentimiento: a ellos no les sucede nada, no les preocupa nada en este mundo. Comen, folian, cagan, graznan, a eso se limitan. En alguna vida anterior, tal vez se habría acercado a las aves, las habría observado con unos prismáticos, se habría maravillado al contemplar su elegancia. No, eso no lo habría hecho nunca: no era su estilo. Alguna maestra de primaria, una amante de la naturaleza —¿Sally no sé qué?— los llevaba a lo que ella llamaba excursiones al campo. El campo de golf del complejo y los estanques de lirios habían sido sus escenarios de observación. «Mirad! ¿Veis esos patitos tan bonitos? Pues se llaman ánades reales.» A Hombre de las Nieves ya entonces le resultaban fastidiosos los pájaros, pero nunca había deseado hacerles daño. Sin embargo, ahora, ojalá tuviera un tirachinas gigante.

Se baja del árbol con más cuidado que de costumbre: sigue estando un poco mareado. Inspecciona la gorra de béisbol, saca una mariposa del interior —atraída por la sal, sin duda—, y mea sobre los saltamontes, como de costumbre. Tengo una rutina diaria, piensa. Las rutinas son buenas. Su cabeza se está convirtiendo en un gran acumulador de imanes de nevera obsoletos.

A continuación abre su escondite hecho con bloques de cemento, se pone las gafas de sol con un solo vidrio y bebe agua de una botella de cerveza que tiene guardada. Ojalá la cerveza fuera de verdad, o tuviera una aspirina o más whisky.

«Hair of the Dog», dice mirando la etiqueta de la botella. No debe beber tanto de un solo trago; acabará vomitando. Se echa el resto del agua por la cabeza, coge una segunda botella y se sienta con la espalda apoyada en el árbol, esperando a que se le calme el estómago. Ojalá tuviera algo que leer. Que leer, que ver, que escuchar, que estudiar, que compilar. Por su mente se pasean harapos sueltos de lenguaje: «mefítico», «metrónomo», «mastitis», «metatarsiano», «marsedumbre».

—Yo antes era un erudito —dice en voz alta. «Erudito.» Una palabra inútil. ¿Qué son todas esas cosas que en otro tiempo creyó saber, y dónde han ido a parar?

Al cabo de un rato advierte que tiene hambre. ¿Hay algo de comer en el escondite? ¿No tenía por ahí un mango? No, eso fue ayer. Lo único que queda es una bolsa de plástico pegajosa plagada de hormigas. Dentro está la barrita energética Joltbar de chocolate, pero no le apetece, así que abre la lata de salchichas de cóctel vegetarianas Sveltana con su abridor oxidado. Podría conseguirse otro mejor. Las salchichas son dietéticas, de color beis y de una textura blanda y desagradable—cagarros de bebé, piensa—, pero consigue tragárselas. Las Sveltana pasan siempre mejor si no las miras cuando te las comes.

Contienen proteínas, pero no son suficientes para él. Y carecen de las calorías que necesita. Se bebe el líquido tibio e insípido de la lata que —se dice— sin duda debe de estar lleno de vitaminas. O por lo menos de minerales. O de algo. Antes sabía de eso. ¿Qué le está pasando a su mente? Se imagina la parte alta de su cuello abriéndose a la altura de la cabeza como un desagüe de bañera. Por él se escurren fragmentos de palabras mezcladas con un líquido grisáceo que, según constata, es su cerebro medio disuelto.

Es hora de enfrentarse a la realidad. Por decirlo crudamente, se está muriendo de hambre poco a poco. Sólo cuenta con un pescado a la semana, y los del poblado se toman esa cifra al pie de la letra; puede tratarse de un pescado de un tamaño decente o ser un pez minúsculo, lleno de espinas. Sabe que si no complementa las proteínas con almidones y esos otros elementos —¿carbohidratos? ¿o eso es lo mismo que los almidones?— empezará a consumir su propia grasa, lo que le queda, y después los músculos. El corazón es un músculo. Se imagina su corazón encogiéndose hasta alcanzar el tamaño de una nuez.

Al principio había conseguido fruta, no sólo de las latas que había logrado llevarse, sino de una arboleda desierta que había a una hora de camino en dirección norte. Sabía cómo encontrarla porque contaba con un mapa, pero ya no lo tiene, se lo llevó el viento durante una tormenta. Él siempre iba a la sección de Frutas del Mundo. Había plátanos que maduraban en la zona de Tropicales, y unas cosas

redondas, verdes y con protuberancias que no había querido probar por si eran venenosas. También había encontrado uvas emparradas en la zona de Templados. El aire acondicionado solar seguía funcionando en el interior del invernadero, aunque uno de los paneles estaba roto. También había albaricoques tutorados contra una pared, aunque sólo unos pocos, ennegrecidos donde las avispas los habían picado y donde habían empezado a pudrirse. Los había devorado de todos modos. También algunos limones. Estaban muy ácidos, pero se había obligado a beber el zumo. En las películas antiguas de marineros había aprendido lo del escorbuto. Encías que sangraban, dientes que se caían a puñados. Eso a él todavía no le ha sucedido.

Ahora en Frutas del Mundo ya no queda nada. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que crezcan y maduren otras? No tiene ni idea. Debería haber frutos silvestres. Se lo preguntará a los crackers cuando aparezcan por allí. Pero aunque los oye a lo lejos, en la playa, riéndose y llamándose unos a otros, esta mañana no parecen dispuestos a acercarse. Tal vez se están aburriendo de él, hartos de bombardearle con preguntas que nunca contesta o de recibir unas respuestas que carecen de sentido para ellos. A lo mejor se ha convertido en un sombrero viejo, una novedad desbancada por otra, un juguete roto. Quizás ha perdido su carisma, como las estrellas del pop del pasado, trasnochadas y medio calvas. Debería alegrarse ante la perspectiva de que lo dejen en paz, pero la imagen le resulta descorazonadora.

Si dispusiera de una barca, se acercaría remando a las torres vacías, se encaramaría, robaría los huevos de los nidos con una escalera. No, no es una buena idea, las torres son demasiado inestables. En los pocos meses que lleva ahí ya ha visto caer varias. Se dirigiría a la zona de los bungalows y las caravanas fijas, cazaría ratas, las asaría sobre brasas de carbón. Conviene tenerlo en cuenta. O intentaría llegarse hasta el complejo más cercano, lo que consiguiera ahí sería mejor que lo de las caravanas, donde las mercancías habían quedado enterradas a más profundidad. O meterse en una de las colonias para jubilados, o en una comunidad vallada, algo así. Pero ya no tiene mapas, y no quiere arriesgarse a perderse y tener que caminar al atardecer sin un lugar donde guarecerse, sin un árbol adecuado. Los loberros irían a por él.

Podría tender una trampa a un cerdón, golpearlo hasta matarlo y descuartizarlo en secreto. Debería limpiarlo todo; tiene la sensación de que, en su relación con los Hijos de Crake, habría un antes y un después si llegaran a ver directamente la sangre y las vísceras. Sin embargo, un festín a base de cerdones le sentaría de maravilla. Los cerdones son grasa, y la grasa es un hidrato de carbono. ¿O no? Busca en su mente alguna lección, alguna tabla perdida que consultar. En otra época llegó a saber esas cuestiones, pero ahora no le sirven de nada, los archivos están vacíos.

—Hay que ganarse el pan —dice. Casi lo huele. Ese pan caliente recién salido del horno, las tostadas con el café de la mañana... «¿Lo quiere con leche?», le susurra

una voz femenina. Alguna camarera maliciosa y sin nombre sacada de alguna escena porno de delantales blancos y plumeros. Descubre que está empezando a salivar.

Las grasas no son hidratos de carbono. Las grasas son grasas. Se da un golpe en la frente, levanta los hombros y extiende las manos.

—Bueno, chico listo —dice—. Siguiendo pregunta.

«No subestimes una abundante fuente nutritiva que podría encontrarse muy cerca, a la altura de tus pies», le dice otra voz en ese tono instructivo, insufrible, que reconoce como perteneciente al manual de supervivencia que en una ocasión hojeó en un cuarto de baño. Cuando te tires de un puente, aprieta las nalgas para que el agua no te entre por el ano. Cuando te estés hundiendo en arenas movedizas, agarra un bastón de esquí. ¡Qué consejo tan genial! Era el mismo tío que decía que se podía cazar un caimán con un palo de punta afilada. De aperitivo recomendaba gusanos y larvas. Asados, opcionalmente.

Hombre de las Nieves ya se ve levantando troncos, pero aún no. Antes intentará algo distinto: retrocederá sobre sus propios pasos, volverá al complejo de RejoovenEsense. El camino es largo, el más largo que ha recorrido hasta ahora, pero si llega habrá merecido la pena. Está seguro de que todavía quedarán muchas cosas, no sólo latas, sino también bebidas alcohólicas. Cuando comprendieron lo que estaba pasando, los habitantes de los complejos lo dejaron todo y salieron corriendo, sin entretenerse a vaciar los supermercados.

Lo que más necesita es un vaporizador. Así, podría cazar cerdones, ahuyentar a los lobarros —¡idea!, una bombilla se ilumina sobre su cabeza—, sabe muy bien dónde encontrarlo. En la cúpula de Crake hay todo un arsenal que debería seguir donde él lo dejó. Llamaban a ese sitio «El Paraíso». Él había sido uno de los ángeles custodios de la puerta, por decirlo de algún modo, así que sabe dónde está todo y recuperará lo que le convenga. Una visita relámpago, entrar y salir, coger las cosas rapidito y ya está. Y así estará equipado para cualquier situación.

«Pero tú no quieres volver ahí, ¿verdad?», le susurra una voz dulce.

—No especialmente.

«¿Por qué?»

—Por nada.

«Adelante, dilo.»

—Ya no me acuerdo.

«Ni hablar, tú te acuerdas de todo.»

—Soy un hombre enfermo —implora—. ¡Me estoy muriendo de escorbuto! ¡Lárgate!

Lo que tiene que hacer es concentrarse. Establecer prioridades. Limitarse a lo esencial. Y lo esencial es: «Si no comes, te mueres.» No hay nada más esencial que eso.

El complejo de Rejoov está demasiado lejos para ir y volver tranquilamente en un día; se trata más bien de una expedición. Tendrá que pasar una noche fuera. Es una idea que no le entusiasma —¿dónde dormirá?—, pero si va con cuidado no cree que vaya a pasarle nada.

Con las salchichas Sveltana en el cuerpo y con un objetivo a la vista, Hombre de las Nieves empieza a sentirse casi normal. Tiene una misión que cumplir: casi la espera con impaciencia. Es posible que encuentre todo tipo de provisiones: cerezas maceradas en coñac, cacahuets tostados, incluso alguna de esas preciosas latas de sucedáneo de carne si tiene un golpe de suerte. Y gran cantidad de bebidas. En el complejo no se privaban de nada, y cuando en todas partes escaseaban productos y servicios, allí seguía encontrándose de todo.

Se pone en pie, se estira, se rasca alrededor de las costras de la espalda —que al tacto parecen uñas de los pies cambiadas de sitio—, y echa a andar por el camino que pasa por detrás de su árbol. Recoge la botella vacía de whisky que les lanzó a los loberros la noche anterior. Se la acerca a la nariz y aspira con fuerza, y luego la arroja, junto con la lata de Sveltana, a la montañita de envases vacíos infestada de moscas que se dan un festín. A veces, de noche, oye a los mofaches que pasan por encima de su vertedero particular en busca de comida gratis entre los restos de la catástrofe, como él mismo ha hecho en ocasiones y está a punto de volver a hacer.

Luego inicia los preparativos. Se ata bien la sábana, ajustándosela a los hombros, pasándose el extremo sobrante por entre las piernas y sujetándoselo a la cintura. Se guarda la última barrita energética de chocolate en un pliegue. Busca una rama que sea larga y recta. Decide llevarse sólo una botella de agua. Lo más probable es que encuentre más por el camino. Si no, siempre puede llenarla de nuevo durante la tormenta de la tarde.

Tendrá que informar a los Hijos de Crake de que se va. No quiere que descubran que no está y empiecen a buscarlo. Podrían ponerse en peligro o perderse. A pesar de sus enervantes características, entre las que destaca su ingenuo optimismo, su afabilidad, su tranquilidad y su limitada capacidad de expresión, con ellos le sale la vena protectora. Deliberadamente o no, lo cierto es que han quedado a su cuidado y viven en la ignorancia. Ignoran, por ejemplo, lo poco preparado que está para cuidar de ellos.

Con el palo en la mano, ensayando la historia que va a contarles, avanza por el camino en dirección a su poblado. A ese trecho lo llaman el Camino del Pez de Hombre de las Nieves, porque cada semana pasan por allí para llevarle el pescado. Bordea la playa por arriba y es sombreado. Con todo, para él sigue siendo demasiado expuesto, y se baja la gorra de béisbol para protegerse del sol. Como de costumbre, a medida que se acerca a ellos, silba para que sepan que llega. No quiere asustarlos, poner a prueba su amabilidad, traspasar sus límites sin ser invitado... aparecer de

pronto desde detrás de los arbustos, como un exhibicionista grotesco que se abriera la gabardina delante de unos niños a la salida del colegio.

Su silbido es como la campana de un leproso: si a alguien no le apetece ver a un enfermo, tiene la posibilidad de desaparecer. No es que lo suyo sea infeccioso: lo que él tiene no se contagia. Son inmunes a él.

Ronroneo

Los hombres están celebrando su ritual matutino, de pie, a intervalos de dos metros, formando una fila ondulada que se interna en los árboles que hay a ambos lados. Miran hacia el exterior, como en esas imágenes de bueyes almizcleros, y orinan sobre la línea imaginaria que delimita su territorio. Su expresión es grave, como corresponde a la seriedad de su tarea. Le recuerdan a su padre cuando salía de casa por la mañana, maletín en mano, con el ceño fruncido, lleno de auténtica determinación.

Los hombres ejecutan esa acción dos veces al día, tal como les han enseñado. Es necesario que el volumen se mantenga constante, que el olor se renueve. El modelo que Crake había seguido era el de los cánidos y los mustélidos, así como el de otro par de familias y especies. El marcaje del territorio mediante el olor era un clásico en el mundo de los mamíferos, decía, y no se limitaba a éstos: ciertos reptiles, varios tipos de lagarto...

—Deja en paz a los lagartos —decía Jimmy.

Según Crake —y Hombre de las Nieves no ha visto nada desde entonces que lo desmienta—, las sustancias químicas programadas en la orina de los varones ahuyentan eficazmente a loberros y a mofaches, y en menor medida a lincetas y a cerdones. Los loberros y las lincetas reaccionan ante el olor de su propia especie, y deben de imaginar que están cerca de un loberro o una linceta enorme, del que más les vale mantenerse a distancia. Los mofaches y los cerdones se imaginan que un gran depredador les ronda. O al menos ésa era la teoría.

Crake decidió que esa orina especial la tuvieran sólo los hombres; dijo que necesitarían desempeñar una función importante, que no implicara la crianza de los hijos, para no sentirse excluidos. La tala de la madera, la caza, las altas finanzas, la guerra y el golf ya no tendrían sentido, bromeaba.

En la práctica, ese plan muestra algunos inconvenientes; el círculo de orines que marca la frontera huele a zoo mal mantenido, pero es lo bastante grande como para que en su interior quede una zona libre de olor. Además, Hombre de las Nieves ya se ha acostumbrado.

Aguarda educadamente a que los hombres terminen. No le piden que se sume a ellos. Ya saben que su orina no sirve. Además, suelen callar mientras se ocupan de su misión: necesitan concentrarse, asegurarse de que su orina aterriza exactamente en el punto exacto. Cada uno tiene asignado su metro de frontera que cubrir, su propia zona de responsabilidad. Es un espectáculo bastante vistoso; como las mujeres, estos hombres —de piel suave, bien musculados— parecen estatuas, y alineados de ese modo recuerdan una fuente barroca. Con unas cuantas sirenas, unos delfines y algunos querubines, la escena quedaría completa. A la mente de Hombre de las

Nieves acude la imagen de un círculo de mecánicos desnudos sujetando sendas llaves inglesas. Un escuadrón entero de operarios a tu servicio. El desplegable de una revista gay. Al contemplar la sincronización con que ejecutan su tarea, casi le parece que de un momento a otro se van a poner a cantar alguna cancioncilla sacada de una sórdida sala de fiestas.

Los hombres se la sacuden, rompen el círculo, miran a Hombre de las Nieves con sus ojos verdes, idénticos, sonrén. Pero qué afables se muestran siempre.

—Bienvenido, oh, Hombre de las Nieves —dice uno que se llama Abraham Lincoln—. ¿Por qué no entras en nuestra casa?

Ese acabará siendo el líder. Hombre de las Nieves recuerda las advertencias de Crake: «Cuidado con los dirigentes. Se empieza por los dirigentes y los dirigidos, se pasa por los tiranos y los esclavos, y se acaba por las masacres. Siempre ha sido así.»

Hombre de las Nieves cruza la línea húmeda y se une a los hombres. Acaba de ocurrírsele una idea genial: ¿y si se llevara un poco de esa tierra empapada antes de emprender el viaje, para que le sirviera de arma disuasoria? Tal vez le protegiera contra los loberros. Pero, al pensarlo mejor, comprende que los hombres descubrirían el hueco y sabrían que lo había hecho él. Y podrían malinterpretar ese gesto: no quiere que piensen que está debilitando su fortaleza, exponiendo a sus pequeños al peligro.

Tendrá que inventarse una nueva directiva de Crake y exponérsela más adelante. «Crake me ha comunicado que debéis hacer una ofrenda que contenga vuestro olor.» Hacer que todos orinen en una lata. Rociar con eso la base de su árbol. Trazar su propia línea en la arena.

Llegan a su propio espacio en el centro del círculo territorial. A un lado, tres de las mujeres y un hombre se ocupan de un niño pequeño que parece haberse hecho daño. Estas personas no son inmunes a las heridas —los niños se caen o se golpean la cabeza con los árboles, las mujeres se queman las manos cuando preparan las hogueras, se hacen cortes y rasguños— pero hasta el momento los percances no han sido graves y las heridas se curan fácilmente con ronroneos.

Crake había trabajado mucho el tema del ronroneo. Cuando descubrió que el de los felinos tenía la misma frecuencia que los ultrasonidos para curar las fracturas óseas y las lesiones de la piel y que, por tanto, esos animales estaban equipados con un mecanismo de autocuración, no paró hasta lograr reproducir ese rasgo. El secreto estaba en modificar el hueso hioides y en adaptar los caminos del nervio voluntario conectados a los sistemas de control del neocórtex sin afectar la capacidad lingüística. Hombre de las Nieves recordaba que hubo varios intentos fracasados. Uno de los lotes experimentales de niños había manifestado tendencia a desarrollar largos bigotes y a desgarrar cortinas, mientras que algún otro grupo había presentado problemas de expresión oral; uno sólo pronunciaba nombres y verbos, además de

rugir.

Crake, no obstante, lo había conseguido, piensa Hombre de las Nieves. Había ganado. Mira a estos cuatro ahora, con las cabezas muy pegadas al niño, ronroneando como motores de coche.

—¿Qué le ha pasado? —pregunta.

—Le han mordido —responde Abraham—. Le ha mordido uno de los Hijos de Oryx.

Esto es una novedad.

—¿De qué tipo?

—Una linceta. Sin ningún motivo.

—Ha sido fuera de nuestro círculo, en el bosque —dice una de las mujeres (¿Eleanor Roosevelt? ¿Emperatriz Josefina?, Hombre de las Nieves no siempre se acuerda de sus nombres).

—Hemos tenido que tirarle piedras para que se fuera —interviene Leonardo da Vinci, el hombre que integra el cuarteto de los ronroneos.

Así que ahora las lincetas se dedican a cazar niños, piensa Hombre de las Nieves. Tal vez están muy hambrientas, tanto como él. Sin embargo, abundan los conejos, así que no puede ser sólo por hambre. A lo mejor consideran a los Hijos de Crake, al menos a los pequeños, como a otro tipo de conejo, más fácil de cazar que los auténticos.

—Esta noche le pediremos disculpas a Oryx —comenta una de las mujeres, (¿Sacajawea?)— por las piedras que le hemos tirado. Y le rogaremos que diga a sus hijos que no nos muerdan.

Nunca ha visto hacer eso a las mujeres —esa comunión con Oryx—, aunque se refieren a ello con frecuencia. ¿Cómo se materializa? Deben de pronunciar algún tipo de oración o invocación, pues no es probable que crean que Oryx se les aparece en persona. Tal vez entren en trance. Crake creía que había eliminado todo aquello, suprimido lo que llamaba el «punto-D» del cerebro. «Dios es un racimo de neuronas», sostenía. Había sido un problema difícil. Si se saca más de la cuenta, se crea un zombi o un psicópata. Sin embargo, esa gente no era ninguna de las dos cosas.

Aun así están tramando algo, piensa Hombre de las Nieves, algo que Crake no previó: conversan con lo invisible, han desarrollado la noción de reverencia. Mejor para ellos, piensa. Le gustan los casos que cuestionan la labor de Crake. De todos modos, aún no los ha descubierto creando ídolos.

—¿Se pondrá bien el niño? —pregunta.

—Sí —dice la mujer con calma—. Ya se le están cerrando las marcas de los colmillos. ¿Ves? Las demás mujeres se dedican a sus tareas matutinas: algunas se encargan de la hoguera principal; otras están acuclilladas a su alrededor,

calentándose. Sus termostatos corporales están programados para unas condiciones tropicales, así que a veces tienen frío hasta que el sol está alto. Alimentan el fuego con ramas y troncos caídos, pero sobre todo con excrementos, a los que dan forma de hamburguesa y secan al sol del mediodía. Como los Hijos de Crake son vegetarianos y comen casi exclusivamente hierba, hojas y raíces, es un combustible bastante bueno. En opinión de Hombre de las Nieves, el cuidado de la hoguera es la única actividad femenina equiparable al trabajo. Además de ayudar a atrapar su pescado semanal, claro. Y de cocinárselo. Si es para ellos, no cocinan nunca.

—Saludos, oh, Hombre de las Nieves —dice una mujer que se les acerca. Tiene la boca verde del desayuno. Está amamantando a su hijo de un año, que mira a Hombre de las Nieves, despega la boca del pezón y empieza a llorar—. ¡Pero si es Hombre de las Nieves! —le tranquiliza—. No te hará daño.

Hombre de las Nieves todavía no se acostumbra al ritmo de crecimiento de estos niños. Con un año de vida parece que tengan cinco. Cuando éste tenga cuatro, será ya adolescente. En opinión de Crake, se perdía mucho tiempo en la crianza de los niños. Y se perdía mucho tiempo siendo niño. Ninguna otra especie invertía hasta dieciséis años en eso.

Algunos de los niños mayores lo ven y se acercan a él entonando.

—¡Hombre de las Nieves! ¡Hombre de las Nieves!

Al parecer, aún no ha perdido su atractivo. Ahora todos lo miran con curiosidad, como preguntándose qué está haciendo ahí. Nunca los visita sin motivo. Las primeras veces creyeron que tenía hambre, a juzgar por su aspecto, y le ofrecieron comida: un par de puñados de hojas variadas, de raíces, de hierba y varios excrementos a medio digerir que guardaban para él. Había tenido que explicarles con mucho tacto que él no podía alimentarse de eso.

Esos excrementos le resultan especialmente repugnantes: consisten en hierbas a medio digerir, expulsadas por el ano, que se vuelven a tragar dos o tres veces por semana. Otra idea del niño prodigio que había en Crake. Había usado el apéndice como base para construir el órgano necesario, tras argumentar que en una etapa anterior de la evolución, cuando la dieta de nuestros antepasados era más rica en celulosa, el apéndice debía de haber cumplido esa función. Pero en realidad la idea concreta la había sacado de los *leporidae*, los conejos y las liebres, que no dependían de la diversidad de estómagos, como los rumiantes, sino de la ingestión de sus propios excrementos a medio digerir. Tal vez por eso las lincetas han empezado a cazar a los crackers jóvenes, piensa Hombre de las Nieves; por debajo de la capa cítrica, les llega el olor a conejo de esos excrementos.

Jimmy había discutido con Crake acerca de ese rasgo. Lo miraras como lo miraras, la cuestión se reducía a comerte tu propia mierda. Sin embargo, Crake se había limitado a sonreír. Para unos animales cuya dieta se basaba en materia vegetal

no refinada —señalaba—, ese mecanismo era necesario para descomponer la celulosa, y sin él la gente moriría. Además, como en el caso de los *leporidae*, los excrementos medio digeridos estaban enriquecidos con vitamina B1, así como con otras vitaminas y minerales, en concentraciones cuatro o cinco veces superiores a las de los materiales de desecho no reingeridos. Los excrementos medio digeridos eran sencillamente una parte de la alimentación y la digestión, una manera de obtener el máximo provecho de los nutrientes disponibles. Cualquier objeción al proceso había de ser de carácter puramente estético.

Pues eso, había dicho Jimmy. Y Crake había respondido que, en ese caso, la objeción no era válida.

Ahora Hombre de las Nieves está rodeado de un corro de gente que lo escucha con atención.

—Saludos, Hijos de Crake —empieza—. He venido a comunicaros que me marcho de viaje.

Seguramente los adultos ya lo habían deducido, por el palo largo que lleva y por la forma en que se ha anudado la sábana: no es la primera vez que sale de viaje, para utilizar el término con que se refiere a sus expediciones de pillaje a las zonas de caravanas fijas y plebillas adyacentes.

—¿Vas a ver a Crake? —pregunta uno de ellos.

—Sí. Intentaré verlo. Lo veré si está ahí.

—¿Por qué? —quiere saber otro.

—Porque tengo que preguntarle unas cosas—responde Hombre de las Nieves con cautela.

—Cuéntale lo de la linceta —dice Emperatriz Josefina—. La que muerde.

—Eso es cosa de Oryx—apunta Madame Curie—. No de Crake.

Las otras mujeres mueven la cabeza en señal de asentimiento.

—Nosotros también queremos ver a Crake —empiezan a repetir los niños—. ¡Nosotros también! ¡Nosotros también!

Ir a ver a Crake es una de sus ideas favoritas. Hombre de las Nieves se culpa a sí mismo; no debería haberles contado aquellas emocionantes mentiras desde un principio. Había pintado a Crake como si fuera un Santa Claus.

—No molestéis a Hombre de las Nieves —advierte Eleanor Roosevelt amablemente—. Seguro que hace este viaje para ayudarnos. Debemos estarle agradecidos.

—Crake no es cosa de niños —declara Hombre de las Nieves con la expresión más severa que consigue poner.

—¡Deja que te acompañemos! ¡Queremos ver a Crake!

—El único que puede ver a Crake es Hombre de las Nieves —interviene Abraham Lincoln sin perder la calma. Y sus palabras parecen poner punto final a las

demandas.

—Éste va a ser un viaje más largo —sigue Hombre de las Nieves—. Más que los anteriores. A lo mejor no vuelvo hasta dentro de dos días. —Levanta los dedos—. O tres. Así que no os preocupéis. Pero mientras estoy fuera, no salgáis de casa y haced todo lo que Crake y Oryx os han enseñado.

Un coro de síes y muchos gestos de asentimiento. Hombre de las Nieves no menciona los posibles peligros que le acechan. Tal vez nunca piensen en ellos y no es un tema que él saque a relucir en ninguna ocasión; cuanto más invulnerable le crean, mejor.

—Te acompañaremos —dice Abraham Lincoln. Varios hombres más lo miran y aprueban.

—¡No! —exclama Hombre de las Nieves, horrorizado—. Es que... vosotros no debéis ver a Crake. No está permitido. —No quiere que vayan por ahí siguiéndolo. ¡De ninguna manera! No quiere que sean testigos de sus debilidades, de sus errores. Además, algunas de las cosas que verían por el camino podrían ser malas para su equilibrio mental. Sin duda lo bombardearían a preguntas. Y encima, si pasara un día entero con ellos se acabaría aburriendo como una ostra.

«Las ostras no se aburren», dice una voz en su cabeza; esta vez es una vocecita infantil. «¡Es broma! ¡Es broma! ¡No me mates!»

Por favor, ahora no, piensa Hombre de las Nieves, que estoy con más gente. Cuando está con más gente es incapaz de responder a las voces.

—Te protegeríamos —sugiere Benjamín Franklin mirando el palo de Hombre de las Nieves—. De las lincetas que muerden, de los loberros.

—Tu olor no es muy fuerte —añade Napoleón.

A Hombre de las Nieves ese comentario le resulta ofensivo y cruel. Además de eufemístico. Todos saben que su olor corporal sí es muy fuerte, aunque no del tipo adecuado.

—No me pasará nada —asegura—. Vosotros os quedáis.

Aunque los hombres no parecen convencidos del todo, supone que obedecerán. Para reforzar su autoridad, se acerca el reloj a la oreja.

—Crake dice que no os va a quitar el ojo de encima —dice—. Para que estéis a salvo.

«Reloj, quitaRELOJO de encima, es un juego de palabras, nuez de corcho», dice la vocecilla infantil.

—Crake nos vigila durante el día, y Oryx nos vigila de noche —dice Abraham Lincoln, diligente. No está demasiado convencido.

—Crake siempre nos vigila —apostilla Simone de Beauvoir, serena. Es una mujer medio blanca, medio asiática, que a Hombre de las Nieves le recuerda a Dolores, su niñera filipina. A veces ha de resistir la tentación de arrodillarse ante ella y rodearle la

cintura con los brazos.

—Él nos cuida muy bien —señala Madame Curie—. Debes decirle que le estamos muy agradecidos.

Por el Camino del Pez de Hombre de las Nieves. Está emocionado; nada le afecta tanto como la generosidad de esa gente, su buena disposición. Y la gratitud que sienten por Crake. Resulta sumamente conmovedora, y también equivocada.

—Crake, cabrón —dice.

Tiene ganas de llorar. Entonces oye una voz (¡la suya!), que le dice «¡buaaa!». La ve, como si fuera una palabra impresa en el bocadillo de una tira cómica. Las lágrimas le resbalan por la cara.

—Otra vez no —suplica. ¿Cuál es la sensación? No es ira exactamente; es vejación. Una palabra vieja pero útil. «Vejación» no se limita sólo a Crake, y además ¿por qué echarle toda la culpa a él?

Quizá lo único que pasa es que siente envidia. Envidia una vez más. A él también le gustaría ser invisible y adorado. A él también le gustaría estar en otro lugar. Pero no hay nada que hacer: está metido hasta el cuello en el aquí y el ahora.

Poco a poco se detiene. «¡Ooooh, buaaaa!» ¿Por qué no es capaz de controlarse? Por otro lado, ¿para qué, si nadie le observa? De todos modos, el ruido que emite parece el aullido exagerado de un payaso, una tristeza representada en público en busca de aplauso.

«Deja de gimotear, hijo», le dice la voz de su padre. «Compórtate. Eres el hombre de la casa.»

—¡Muy bien! —grita Hombre de las Nieves—. ¿Qué me sugieres exactamente? ¡Porque tú fuiste siempre un gran ejemplo para mí!

Pero la ironía se pierde entre los árboles. Se seca la nariz con la mano que le queda libre y sigue caminando.

Azul

Son las nueve de la mañana, hora solar, cuando Hombre de las Nieves deja el Camino del Pez y se dirige tierra adentro. En cuanto queda fuera del alcance de la brisa marina, la humedad se dispara y él se convierte en el blanco de una nube de moscardones verdes de los que pican. Va descalzo; los zapatos se le desintegraron hace tiempo, y además con el calor y la humedad tampoco le iban bien, pero ahora ya no los necesita porque las plantas de los pies se le han endurecido como el caucho. Pese a ello, avanza con cautela. Tal vez haya cristales rotos, metales con aristas. O serpientes y otros bichos que podrían morderle y, aparte del bastón, no dispone de ninguna arma con que defenderse.

Al principio camina por entre los árboles, lo que antes se llamaba «zona de parque». A cierta distancia oye el rugido afónico de una linceta. Es el sonido que emiten a modo de advertencia: tal vez sea un macho que se ha encontrado con otro. Se pelearán y el que gane se quedará con todo —con todas las hembras del territorio—, y se comerá a las crías para dejar espacio a su propia herencia genética.

Empezaron a introducir a estos bichos como mecanismo de control cuando los grandes conejos verdes se convirtieron en una plaga prolífica y resistente. Eran más pequeños que los lince y menos agresivos, al menos ésa era la versión oficial. Se suponía que debían acabar con los gatos monteses, contribuyendo así a incrementar la casi inexistente población de pájaros cantores. Las lincetas no se molestaban en cazar aves, pues carecían de la ligereza y agilidad necesarias para atraparlas. Ésa era la teoría.

Todo eso resultó ser cierto, pero las propias lincetas también empezaron a descontrolarse. De los patios de las casas desaparecían perros pequeños, y bebés de los parques. Hubo casos de gente a la que atacaron mientras corría. En los complejos no, claro, pero en las plebillas se produjeron muchas quejas. Así que debía andar con mucho cuidado y mirar bien por si encontraba rastros, y ser prudente al colgarse de las ramas: no le apetecía que uno de esos bichos le aterrizara en la cabeza.

Y los loberros siempre constituyen un motivo de preocupación. Son cazadores nocturnos, no obstante, suelen dormir en las horas de más calor, como casi todos los animales de pelo.

De vez en cuando hay espacios más abiertos: los restos de alguna zona de acampada a la que se accedía en vehículo, con alguna mesa de picnic y una de esas barbacoas de obra, aunque la gente dejó de usarlas casi del todo cuando la temperatura subió y empezaron a producirse tormentas todas las tardes. Se tropieza con una de esas zonas; la mesa abandonada está cubierta de moho, la barbacoa medio oculta por la maleza.

A un lado, en un claro que seguramente se usaba para plantar las tiendas y aparcar

las caravanas, oye risas y cantos, gritos de admiración y aliento. Debe de estar celebrándose un apareamiento, ocasión muy atípica entre los Hijos de Crake, quien, tras echar cuentas, decretó que una vez cada tres años para cada hembra era más que suficiente.

Seguro que se encontrará con el quinteto de rigor, los cuatro machos y la hembra en celo. Su estado será evidente para todo el mundo gracias al intenso color azul de sus nalgas y su abdomen, truco de pigmentación variable tomado del babuino, en el que habían contribuido también los cromóforos expandibles del pulpo.

«Piensa en una adaptación, la que sea, y seguro que a algún animal, en alguna parte del mundo, se le ha ocurrido antes», aseguraba Crake.

Teniendo en cuenta que lo que estimula a los machos es sólo el tejido azul y las feromonas que libera la hembra, en la actualidad no existe el amor no correspondido, ni deseos carnales insatisfechos. Ya no hay zonas de sombra entre el deseo y el acto. El cortejo se inicia al primer atisbo de pigmentación, a la más mínima señal azul. Los machos regalan flores a las hembras del mismo modo que los pingüinos ofrecen cantos rodados, decía Crake, o como los lepismas, que les entregan paquetitos de esperma. Simultáneamente, se ponen a cantar como pájaros. Los penes adquieren un color azul intenso que coincide con el del abdomen de las hembras, y celebran una especie de «danza del pene azul» en la que los miembros erectos se agitan de un lado a otro al unísono, siguiendo los movimientos de los pies y los cantos. Para esta particularidad Crake se había inspirado en la comunicación sexual semafórica de los cangrejos. De entre las ofrendas florales que recibe, la hembra separa cuatro flores, y el ardor sexual de los candidatos eliminados se disipa al momento, sin que les quede resentimiento alguno. Entonces, cuando la coloración de su abdomen ha alcanzado su tono más intenso, la hembra y su cuarteto buscan un lugar discreto y se entregan a la cópula hasta que la mujer queda embarazada y el color azul desaparece. Y basta.

Se acabó eso de «dicen que no pero en el fondo lo desean», piensa Hombre de las Nieves. Se acabaron la prostitución y los abusos sexuales a menores, se acabó regatear el precio, se acabaron los chulos, los esclavos sexuales. Se acabaron las violaciones. Los cinco estarán horas enteras de juerga, tres de los hombres montando guardia y cantando y animando mientras el cuarto copula, y así por turnos. Crake equipó a las mujeres de unas vulvas extrarresistentes —con capas adicionales de piel, con músculos adicionales—, para que resistieran esas maratones. Ya no importa quién sea el padre del hijo inevitable porque ya no hay propiedad privada y por tanto no hay herencia, ni se precisa la lealtad paternofilial en caso de guerra. El sexo ya no es un rito misterioso que se ve con sentimientos contradictorios cuando no con asco, que se practica en la oscuridad y que inspira suicidios y asesinatos. Ahora se acerca más a una demostración atlética, un revolcón despreocupado.

Tal vez Crake tenía razón, piensa Hombre de las Nieves. En el sistema antiguo, la

competencia sexual era algo implacable y cruel. Para cada pareja de amantes siempre había un tercero despechado, excluido. El amor era una burbuja transparente: se veía a los dos que había dentro, pero nadie más podía entrar.

Y eso en su forma más benévola; el hombre solo junto a la ventana, bebiendo para olvidar mientras de fondo sonaban los lastimeros compases de un tango. Sin embargo, estas situaciones podían degenerar en violencia. Las emociones extremas a veces eran fatales. «La maté porque era mía», y lo demás.

Sí, la muerte podía hacer acto de presencia.

—¿Cuánta tristeza —dijo Crake en una ocasión; debían de tener veintipocos años y él ya estaba en el Watson-Crick Institute—, cuánta innecesaria desesperación estará causada por una serie de desencuentros biológicos, por un mal alineamiento de las hormonas y las feromonas? La consecuencia de ello es que la persona a la que tan apasionadamente amas no te ama a ti, no puede amarte. En tanto que especie, somos patéticos en ese sentido: monógamos imperfectos. Ojalá pudiéramos emparejarnos para toda la vida, como los gibones, o bien optar por una promiscuidad libre de culpa; así se acabaría el tormento sexual. Mejor planificar, convertirlo en algo cíclico y por tanto inevitable, como sucedía con los demás mamíferos. Así nunca desearíamos a alguien a quien no pudiéramos poseer.

—Tienes razón —convino Jimmy, o Jim, como por esa época insistía en que le llamaran, sin mucho éxito, pues todos seguían llamándole Jimmy—. Pero piensa en todo lo que nos perderíamos.

—¿Por ejemplo?

—Todas las conductas de cortejo. Según tu plan, no seríamos más que un montón de robots gobernados por hormonas. —A Jimmy le parecía que debía expresarse en los mismos términos que Crake; por eso había usado el término «conductas de cortejo». Se refería al reto, a la excitación, a la conquista—. La libre elección no existiría.

—En mi plan sí hay cortejo —dijo Crake—, lo que pasa es que siempre concluye con éxito. Y de todos modos ya somos robots gobernados por hormonas, pero llenos de fallos.

—¿Y qué me dices del arte? —insistió Jimmy, algo desesperado. No en vano era alumno de la Martha Graham Academy, por lo que se creía en la obligación de defender el terreno de la creatividad artística.

—¿Cómo? —respondió Crake con su sonrisa serena.

—Todos esos desencuentros de los que hablas. Piensa en toda la poesía, en Petrarca, en John Donne, en la *Vita Nuova*, en...

—El Arte —le interrumpió Crake—. Supongo que donde tú estudias todavía siguen con esa verborrea. ¿Qué fue lo que dijo Byron? ¿Quién escribiría si pudiera dedicarse a otra cosa? Algo así era.

—Eso es precisamente a lo que me refiero —dijo Jimmy. Estaba alarmado por la referencia a Byron. ¿Con qué derecho se metía Crake en su terreno áspero y gastado? Él debía limitarse a la ciencia y dejarle a Byron.

—¿Y a qué te refieres? —preguntó Crake, con el tono paciente de quien intenta enseñar a un tartamudo.

—A que, si eres incapaz de hacer otra cosa, entonces...

—¿Y no preferirías dedicarte a follar? —dijo Crake. No se incluía a sí mismo en la pregunta: hablaba con un interés distanciado y no excesivo, como si estuviera llevando a cabo una encuesta sobre los hábitos personales menos atractivos de la gente, como el de hurgarse la nariz.

Jimmy notó que se iba ruborizando y que la voz se le hacía más aguda a medida que su interlocutor ganaba terreno. Era algo que le molestaba profundamente.

—Cuando de las civilizaciones no quedan más que las cenizas —replicó—, el arte es lo único que perdura. Las imágenes, las palabras, la música. Las estructuras imaginativas. El sentido (el sentido humano, vaya), se define en virtud de ellas. Eso tienes que admitirlo.

—En realidad, no es sólo eso lo que perdura —dijo Crake—. Hoy en día, los arqueólogos se interesan también por los huesos, los ladrillos antiguos, la mierda petrificada. Incluso más, en algunos casos. Creen que el sentido de la humanidad se define también mediante estas cosas.

A Jimmy le hubiera gustado replicar «¿por qué siempre me desacreditas?», pero le daban miedo las posibles respuestas, siendo «porque es muy fácil» una de ellas.

—¿Y qué tienes en su contra? —dijo al fin.

—¿En contra de qué? ¿De la mierda petrificada?

—Del arte.

—Nada —contestó Crake sin inmutarse—. Las personas son libres de entretenerse como mejor les parezca. Si quieren excitarse en público, hacerse pajas mientras dibujan, escriben o tocan el violín, por mí adelante. Además, cumple una función biológica.

—¿Qué es...? —Jimmy sabía que el truco consistía en seguirle el juego sin perder la calma. Había que representar esas discusiones hasta el final, como si se tratara de un juego. Si él se enfadaba, Crake ganaba.

—Durante la época de celo la rana macho mete tanto ruido como puede —dijo Crake—. Las hembras se sienten atraídas por los machos con las voces más potentes y graves porque les parece que corresponden a individuos más fuertes, con mejor dotación genética. Las ranas macho de menor tamaño (está documentado) descubren que si se sitúan en el interior de una tubería hueca, ésta actúa como amplificador, con lo que a los oídos de las hembras parecen mucho mayores de lo que realmente son.

—¿Y?

—Pues que eso es el arte para el artista —concluyó Crake—. Una tubería hueca. Un amplificador. Un truco para llevarse a alguien a la cama.

—Tu analogía hace aguas si hablamos de mujeres artistas —objetó Jimmy—. Ellas no se dedican al arte para acostarse con nadie.

No obtendrían ninguna ventaja biológica amplificándose a sí mismas, dado que a sus parejas potenciales esta estrategia no las atraería, sino que las disuadiría. Los hombres no son ranas, no les gustan las mujeres diez veces mayores que ellos.

—Las mujeres artistas sufren de confusión biológica —adujo Crake—. A estas alturas, ya debes de haberlo descubierto.

Ese comentario era una referencia sarcástica al romance que Jimmy mantenía en ese momento con una poetisa morena que se había rebautizado como Morgana y se negaba a decirle cuál era su nombre verdadero, y que, además, se encontraba inmersa en un período de abstinencia sexual de veintiocho días en honor de Oestre, diosa de la Luna y patrona de la soja. La Martha Graham atraía a ese tipo de chicas. Había cometido un error al hablar a Crake de su relación.

Pobre Morgana, piensa Hombre de las Nieves. Qué habrá sido de ella. Nunca sabrá lo útil que me resultó, ella y sus tonterías. Se siente un poco mezquino por haber tomado prestadas sus gilipolleces para la creación de la cosmología de los crakers. Quienes, no obstante, parecen contentos.

Hombre de las Nieves se apoya en un árbol y escucha cómo los ruidos se atenúan. Recuerda torpemente fragmentos de versos románticos: Mi amor es una rosa, es una rosa azul. Siembra la luna, brilla la cosecha. Así que Crake se salió con la suya, piensa. Felicidades. Ya no hay celos, ya no hay esposas descuartizadas, ya no hay maridos envenenados. Todo se desarrolla con una admirable serenidad. Se acabaron los zarandeos, ahora la situación transcurre como en un friso griego de la edad de oro donde los dioses retozan con ninfas entregadas.

Entonces, ¿por qué se siente tan abatido, tan vacío? ¿Es porque no comprende este tipo de comportamiento? ¿Es porque se le escapa? ¿Es porque no puede sumarse a él?

¿Qué pasaría si lo intentara? ¿Si surgiera de entre los arbustos con su sábana asquerosa y rota, apestoso, peludo, tumescente, lascivo como un sátiro con atributos y pezuñas de macho cabrío, o como un bucanero con parche en el ojo sacado de una vieja película de piratas —«¡Al abordaje!»—, e intentara unirse a la melé amorosa de culos azules? No le cuesta imaginarse el escándalo, como si un orangután irrumpiera en algún baile de gala y empezara a sobar a una princesa radiante y delicada. Y se imagina también su propio horror. ¿Qué derecho tiene él a mezclar su persona y su alma ulceradas y purulentas con esas inocentes criaturas?

—¡Crake! —grita—. ¿Por qué sigo en esta tierra? ¿Por qué estoy solo? ¿Dónde está mi Novia de Frankenstein?

Tiene que deshacerse de ese giro morboso que ha tomado la escena, abandonarla. «Oh, cariño —susurra una voz de mujer—, ánimo. ¡Fíjate en todo lo bueno que tienes, sé positivo!»

Avanza despacio, murmurando. El bosque apaga su voz, las palabras salen de él en una ristra de burbujas desprovistas de color y de sonido, como el aire de la boca de los ahogados. Las risas y los cantos se van diluyendo a sus espaldas. Pronto dejará de oírlos.

Capítulo 8

So Yummie

Jimmy y Crake terminaron el instituto de HelthWyzer un día húmedo y cálido de principios de febrero. Antes, la ceremonia de graduación se celebraba en junio, porque hacía sol y las temperaturas no eran excesivamente altas. Sin embargo, junio se había convertido en la estación de las lluvias en toda la Costa Este y resultaba imposible celebrar nada al aire libre a causa de las tormentas. Principios de febrero ya era una fecha arriesgada: de haberla celebrado un día después, les habría pillado un tornado.

En el instituto de HelthWyzer les gustaba trabajar a la vieja usanza, con marquesinas, toldos y madres con sombreros adornados con flores y padres con panamás, y ponche de frutas, con o sin alcohol, y café Happicuppa, y unos tubos pequeños de plástico con helado SoYummie, marca propia de HelthWyzer, de chocolate de soja, mango de soja, té verde de soja con diente de león tostado. Un ambiente muy festivo.

Crake era el primero de la clase. La puja por él que hicieron los de EduCompounds, complejo de la competencia, en la Subasta de Alumnos fue dura, pero al final se lo había llevado el Watson-Crick Institute, tras pagar un precio alto. Si entrabas ahí a estudiar, tu futuro estaba asegurado. Era como lo que pasaba con Harvard antes de que quedara sumergido.

Jimmy, por su parte, era un alumno medio, bueno en las asignaturas de letras y mediocre tirando a flojo en las numéricas. Incluso el simple aprobado que había sacado en matemáticas se lo debía en parte a Crake, que le ayudaba los fines de semana, sacrificando parte de su tiempo de estudio. Aunque la verdad era que a él no le hacía falta mucho; era una especie de mutante, capaz de aprenderse las ecuaciones diferenciales durmiendo.

—¿Por qué lo haces? —le preguntó Jimmy un día, durante una sesión particularmente exasperante. («Se trata de cambiar el planteamiento. Es cuestión de captar su belleza. Es como el ajedrez. Mira, inténtalo así. ¿Lo ves? ¿Ves que hay un patrón? A partir de ahora todo se aclara.») Pero Jimmy no veía, y nada se aclaraba en su mente—. ¿Por qué me ayudas?

—Porque soy un sádico —respondió Crake—. Me gusta verte sufrir.

—Bueno, pues yo te lo agradezco igualmente —dijo Jimmy, que se lo agradecía por varias razones, sobre todo porque su padre lo dejaba en paz al saber que Crake le estaba ayudando a estudiar.

Si Jimmy hubiera estudiado en la escuela del Módulo o, mejor aún, en aquel vertedero que se seguía llamando «escuela pública», habría destacado como un diamante en una cloaca. Las escuelas de los complejos, sin embargo, estaban repletas de genes dotadísimos, y él no había heredado ni uno solo de sus cretinos e inútiles

padres, por lo que sus aptitudes brillaban por su ausencia comparadas con las de los demás. Ser gracioso tampoco le había servido para que le concedieran puntos extra. Además, ahora ya no lo era tanto; había perdido interés en los públicos amplios.

Tras una humillante espera mientras colocaban a los cerebritos en los mejores centros de EduCompounds, y los expedientes de los mediocres iban acumulando manchas y gotas de café y se caían al suelo sin querer, Jimmy fue finalmente asignado a la Martha Graham Academy. Y eso sólo tras un largo tira y afloja por debajo de la mesa. Por no hablar de las presiones de todo tipo —sospechaba Jimmy— que habría ejercido su padre, que conocía al director de la época de sus remotos campamentos de verano y con el que seguramente habría hecho más de una gamberrada. Meterse con los pequeños, entrar en el mercado negro de fármacos. O al menos eso era lo que Jimmy se temía, a juzgar por la frialdad y la fuerza excesiva con la que le estrechó la mano.

—Bienvenido a la Martha Graham, hijo —dijo el director con una sonrisa más falsa que la de un vendedor de suplementos vitamínicos.

¿Cuándo dejaré de ser hijo?, pensó Jimmy.

Todavía no. No, todavía no.

—Buen chico —dijo su padre después, en la fiesta al aire libre, dándole un puñetazo en el hombro. Tenía una mancha de helado de chocolate de soja en su absurda corbata, estampada con cerdos alados. Por favor, que no me abrace, suplicó Jimmy.

—Cielo, estamos muy orgullosos de ti —dijo Ramona, que se había presentado ataviada como una puta, con un vestido de escote pronunciado y con volantes rosas.

Jimmy había visto algo parecido en HottTotts, aunque en aquel caso lo llevaba una niña de ocho años. Los pechos de Ramona, que el sujetador mantenía levantados, tenían muchas pecas por efecto del sol, aunque no es que a Jimmy le interesaran ya demasiado. A esas alturas estaba familiarizado con las estructuras tectónicas que incorporaban los mecanismos de sujeción de las glándulas mamarias y, además, su nuevo aire de matrona le repugnaba. A pesar de las inyecciones de colágeno, se le estaban formando unas arrugas en las comisuras de los labios. Su reloj biológico no dejaba de hacer tictac, como a ella misma le gustaba repetir. No tardaría en recibir el tratamiento BeauToxique de NooSkins: Paralización Permanente de Arrugas, con el cincuenta por ciento de descuento para los empleados y, en cosa de cinco años, más o menos, El Baño Total en la Fuente de la Juventud, con el que te quitaban toda la epidermis. Le dio un beso cerca de la nariz y le dejó la marca del pintalabios color cereza. Lo notaba en la cara, parecía grasa de bicicleta.

Se le permitía besarlo y usar la primera persona del plural porque ahora, oficialmente, era su madrastra. Su madre biológica se había divorciado de su padre *in absentia*, por «deserción», y su padre había celebrado poco después una boda de

pantomima, por expresarlo de algún modo. No es que a su madre le hubiera importado lo más mínimo, pensaba Jimmy. Le habría dado igual. Ella estaba en alguna parte, viviendo emocionantes aventuras, lejos de todas esas aburridas celebraciones. Hacía meses que no recibía ninguna postal suya; la última era la imagen de un dragón de Komodo con sello de Malasia, y había suscitado una visita más de los de Corpsegur.

En la boda, Jimmy se había emborrachado tanto como había podido. Se apoyó contra la pared, sonriendo como un bobo, mientras la feliz pareja cortaba la tarta nupcial, elaborada con ingredientes auténticos, como Ramona se había encargado de señalar. Los huevos frescos habían sido muy celebrados. Ramona no tardaría en querer un hijo, un niño más satisfactorio de lo que Jimmy había resultado para nadie.

—A quién le importa, a quién le importa —había susurrado para sus adentros. Él no quería tener padre, no quería ser padre, ni tener un hijo, ni ser hijo. Quería ser él mismo, solo, único, creado por sí mismo, autónomo. A partir de ese momento sería libre como un pájaro, haría lo que le diera la gana, cogería los frutos maduros del árbol de la vida, les daría uno o dos bocados, les sacaría el jugo y tiraría la piel.

Fue Crake quien lo devolvió a las cuatro paredes de su habitación. Jimmy estaba ya apenas despierto y muy cansado.

—Consúltalo con la almohada —le aconsejó Crake con su aplomo de genio—. Te llamo por la mañana.

Ahora Crake estaba en la fiesta de graduación, destacándose entre la multitud, radiante de éxito. No, eso no es así —corrige Hombre de las Nieves—. Al menos hazle justicia en algo. Triunfalista nunca fue.

—Enhorabuena —se obligó a decir Jimmy. No le resultó tan difícil, porque era el único en aquella celebración que conocía a Crake desde hacía bastante tiempo. Tío Pete se hallaba presente, pero él no contaba. Además, se mantenía tan apartado de él como podía. Tal vez hubiera descubierto por fin quién le inflaba la factura de Internet. En cuanto a su madre, había muerto hacía un mes.

Había sido un accidente, o eso se rumoreaba. (A nadie le gustaba pronunciar la palabra sabotaje, que no contribuía en absoluto a la buena marcha de los negocios.) Debía de haberse cortado en el hospital —aunque, según Crake, en su trabajo no manipulaba bisturís—, o se había arañado con algo, o quizá no se hubiera quitado los guantes de látex con cuidado y había tocado la herida abierta de algún paciente que fuera portador. Era posible. Se mordía las uñas, era posible que tuviera lo que se conocía como punto de entrada por integumento. En fin, que había pillado una bioforma grave que la había devorado por dentro como si fuera una segadora de césped solar. Era un estafilo transgénico, había explicado uno del laboratorio, combinado con un gen inteligente emparentado con la familia del moho; pero cuando lograron identificarlo e iniciaron un tratamiento que esperaban que fuera eficaz, ella

ya estaba en Aislamiento y empeoraba a pasos agigantados. Crake no estaba autorizado a entrar a verla, claro —nadie entraba, la atendían mediante brazos mecánicos, como en las manipulaciones nucleares—, pero la contemplaba a través de la ventana de observación.

—Impresionaba bastante —le dijo a Jimmy—. Le salía espuma.

—¿Espuma?

—¿Nunca has echado sal encima de una babosa?

Jimmy contestó que no.

—Bueno, pues es como cuando te cepillas los dientes.

En teoría, su madre le dirigía sus últimas palabras a través de un sistema de micrófonos, comentó Crake, pero se produjo una avería digital y, aunque vio que movía los labios, no oyó lo que le decía.

—Vaya, como siempre nos pasaba —observó. Y añadió que, de todos modos, no se había perdido gran cosa porque, a esas alturas, sólo decía incoherencias.

Jimmy no entendía que se mostrara tan frío, era horrible pensar en Crake viendo a su propia madre disolverse de esa forma. Él no habría sido capaz. Seguramente era una pose: mantenía la dignidad porque lo contrario habría implicado perderla.

Happicuppa

Durante las vacaciones que siguieron a su graduación invitaron a Jimmy a la Comunidad Vacacional Moosonee de HelthWyzer, en la orilla occidental de la bahía del Hudson, donde los peces gordos de HelthWyzer iban a divertirse. Tío Pete tenía allí la «casita», como él la llamaba. En realidad se trataba de algo a medio camino entre un mausoleo y un picadero para los fines de semana —mucha piedra, camas de tamaño gigante con función masaje, bidets en todos los baños— aunque costaba imaginar que tío Pete se ocupara allí de un asunto mínimamente interesante. Jimmy estaba bastante seguro de que lo habían invitado para que tío Pete no estuviera solo con Crake. Tío Pete se pasaba la mayor parte del tiempo en el campo de golf, y el resto en la bañera, y ellos dos hacían lo que les daba la gana.

Probablemente habrían vuelto a los juegos interactivos, al *snuff* patrocinado por el estado y al porno para relajarse después de los exámenes finales, pero aquél fue el verano en el que empezaron las guerras del café transgénico, así que se concentraron en seguirlas. El motivo de las guerras era la nueva baya Happicuppa, desarrollada por una filial de HelthWyzer. Hasta ese momento, las bayas maduraban en momentos distintos y había que recolectarlas a mano y enviarlas en pequeñas cantidades, pero la planta de café de Happicuppa estaba diseñada para que todas las bayas maduraran a la vez y para que el café se cultivara en plantaciones muy extensas donde pudieran entrar máquinas a cosechar. Ello implicaba que los pequeños agricultores quedaban fuera del negocio, y que tanto ellos como sus jornaleros se iban a morir de hambre.

El movimiento de resistencia fue global. Hubo disturbios, se quemaron cosechas, las cafeterías Happicuppa fueron atacadas, pusieron coches; bomba contra los empleados de la empresa, los secuestraron, hubo francotiradores que los mataban a tiros, las multitudes les propinaron palizas mortales; por su parte, a los campesinos los masacró el ejército. O los ejércitos, porque eran varios los países implicados. No obstante, soldados y campesinos se parecían mucho en todas partes. Se les veía polvorientos. Era increíble la cantidad de polvo que se levantaba en el transcurso de aquellos sucesos.

—Habría que cargárselos a todos —dijo Crake.

—¿A quiénes? ¿A los campesinos o a los que los matan?

—A los que los matan. No por los campesinos muertos. Campesinos muertos siempre ha habido; pero se están cargando la selva húmeda para plantar esa cosa.

—Eso también lo harían los campesinos si pudieran.

—Sí, claro, pero no pueden.

—¿Defiendes a uno de los dos bandos?

—Estrictamente no es que haya dos bandos.

Ante tal afirmación no había mucho que comentar. Jimmy pensó en gritarle

«pedante», pero decidió que no era apropiado. Además, la palabra había perdido su fuerza de tanto usarla.

—Cambiemos de canal —dijo.

Sin embargo, todos los canales transmitían lo de Happicuppa. Había protestas y manifestaciones con gases lacrimógenos, disparos, golpes de porra. Luego más protestas, más manifestaciones, más gases lacrimógenos, más disparos, más golpes de porra. Y la misma escena se repetía día tras día. Desde la primera década del siglo no había sucedido nada parecido. Crake comentó que aquello era la historia en directo.

«¡No bebáis muerte!», decían las pancartas. Los estibadores sindicados de Australia, donde todavía quedaban sindicatos, se negaban a descargar las partidas de Happicuppa; en Estados Unidos se constituyó el Partido del Café de Boston. Fue un acto televisado, aburrido porque no hubo violencia, sólo unos tíos medio calvos con tatuajes pasados de moda o parches blancos donde los habían tenido, y mujeres de pechos caídos y expresión severa, así como miembros de grupos religiosos marginales y bienintencionados, gordos o muy delgados, que llevaban camisetas con ángeles sonrientes volando entre pájaros, la imagen de Jesús tendiendo la mano a un campesino o la frase «Dios es Verde» estampada. Los grabaron arrojando productos Happicuppa a la bahía, aunque ninguno de los paquetes llegó a hundirse, así que de pronto hubo montones de logotipos de Happicuppa flotando y en pantalla. A decir verdad parecía un anuncio.

—Me está dando sed —dijo Jimmy.

—Muy listos no son —replicó Crake—. No se les ha ocurrido meter alguna piedra dentro.

Normalmente seguían el desarrollo de los acontecimientos en las StripNews de la Red, pero para variar a veces encendían la pantalla gigante de plasma que tío Pete tenía en su salita de televisión forrada de polipiel y conectaban con programas en que los presentadores iban totalmente vestidos. A Jimmy los trajes, las camisas y las corbatas se le antojaban raros, sobre todo cuando iba un poco colocado. Resultaba raro imaginar qué aspecto tendrían todos esos bustos parlantes tan serios en StripNews, sin ropa y en plano frontal.

Algunas noches, cuando volvía del campo de golf, tío Pete veía la televisión con ellos. Se servía una copa y soltaba sus comentarios de rigor.

—La típica reacción inicial —decía—. Ya se cansarán. Nadie hace ascos a un café más barato. Contra eso no se puede luchar.

—No, no se puede —convenía Crake.

Tío Pete tenía un paquete de acciones de Happicuppa en su cartera de inversiones. Y no pequeño precisamente.

—Menudo pajarraco —comentó Crake mientras revisaba en el ordenador los activos de tío Pete.

—Cámbiale las acciones —propuso Jimmy—. Vende las de Happicuppa y compra otras de algo que odie. Compra energía eólica. No, mejor aún, algún fiasco. Cómprale futuros de ganado latinoamericano.

—No —dijo Crake—. Con el laberinto no me arriesgo. Se daría cuenta. Descubriría que he entrado.

Las cosas se pusieron feas cuando una célula de fanáticos anti-Happicuppa colocó una bomba en el Lincoln Memorial y murieron cinco escolares japoneses que participaban en el Tour de la Democracia. BASTA DE HIPOCRESÍA, rezaba la pintada que situaron a una distancia prudencial.

—Patético —dijo Jimmy—. Ni siquiera saben escribir.

—No, pero se han hecho oír —observó Crake.

—Ojalá acaben en la silla eléctrica —sentenció tío Pete.

Jimmy no opinó nada más, porque en ese momento empezaron a hablar del bloqueo a las oficinas centrales de Happicuppa, que estaban en Maryland. Ahí, entre la vociferante multitud, sujetando una pancarta que decía «Una taza de Happicuppa es una taza de mierda», con un pañuelo verde que le cubría la boca y la nariz, estaba —¿o no era ella?— su madre desaparecida. Por un momento, el pañuelo se le bajó y Jimmy la vio con claridad: sus cejas arqueadas, sus limpios ojos azules, su boca resuelta. El amor le recorrió todo el cuerpo, brusco, doloroso, seguido de la ira. Le sentó como una patada: hasta debió de ahogar un grito. Entonces se produjo una carga de los antidisturbios: una nube de gases lacrimógenos y el chasquido de lo que parecían armas de fuego. Cuando la imagen recobró nitidez, la madre de Jimmy ya no estaba.

—¡Congela la imagen! ¡Rebobina! —gritó Jimmy. Quería asegurarse. ¿Por qué se arriesgaba tanto? Si la detenían, entonces sí que desaparecería de verdad, y esta vez para siempre. Pero tras echar un rápido vistazo, Crake había cambiado de canal.

No debería haber dicho nada, pensó Jimmy. No debería haber atraído la atención. El miedo lo paralizaba. ¿Y si tío Pete se había dado cuenta y acudía a la policía? Le seguirían la pista y acabaría atropellada en alguna cuneta.

No obstante, tío Pete no parecía haberse percatado de nada: estaba sirviéndose otro whisky.

—Tendrían que cargárselos a todos —sentenció—. Después de acabar con los cámaras. ¿A quién se le ocurre emitir ese plano? Se diría que los que mandan en la tele son los otros.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Crake cuando se quedaron solos.

—Nada.

—He grabado toda la secuencia.

—Pues creo que será mejor que la borres —insistió Jimmy.

Ahora ya no estaba asustado; se sentía absolutamente abatido. Seguro que en ese

mismo momento tío Pete ya estaba con el móvil en la mano, a punto de llamar. En cuestión de horas tendría a los de Corpsegur de nuevo interrogándole. Que si su madre esto, que si su madre aquello. Otra vez a pasar por lo mismo.

—No te preocupes —dijo Crake, lo que Jimmy interpretó como «confía en mí»—. A ver si lo adivino —añadió—: tipo cordados, subtipo vertebrados, clase mamíferos, orden primates, género *Homo*, especie *Homo sapiens sapiens*, subespecie tu madre.

—Es posible —respondió Jimmy en voz baja.

—No hay duda —insistió Crake—. La he reconocido enseguida. Esos ojos azules. Si no era ella, era su clon.

Si él la había identificado, ¿quién más lo habría hecho? Estaba convencido de que a todo el personal de HelthWyzer le habrían mostrado fotos de ella: la historia de su madre descarriada había perseguido a Jimmy como un perro de esos que te van detrás sin que tú quieras, y es probable que en parte fuera la responsable de las pocas ofertas que le habían planteado en la subasta de alumnos. No era de fiar, ponía en riesgo la seguridad, tenía una mancha.

—A mi padre le pasó lo mismo. Se largó.

—Creía que había muerto —dijo Jimmy. Hasta entonces, no le había sonsacado nada más: padre muerto y punto, cambio de tema. Crake no hablaba de eso.

—Sí, es lo que cuento. Se cayó por el paso elevado de una plebilla. Era hora punta; cuando lo encontraron ya era comida para gatos.

—¿Pero qué hizo? ¿Se tiró o qué? —preguntó Jimmy. Como Crake no parecía muy afectado, se atrevió a insistir.

—Eso es lo que pensó la mayoría de gente. Era un investigador importante de la HelthWyzer Oeste, así que le organizaron un funeral muy bonito. Y todo el mundo se comportó con mucho tacto. Nadie pronunció la palabra «suicidio». Todos decían «el accidente de tu padre».

—Lo siento —dijo Jimmy.

—Tío Pete no se apartó de casa ni un momento. Mi madre aseguró que le había dado «muchos ánimos». —Crake dijo «muchos ánimos» como citando textualmente—. Y añadió que además de ser el jefe de mi padre y su mejor amigo, se estaba convirtiendo en un buen amigo de la familia, aunque hasta entonces yo no lo había visto mucho por casa. Quería que se «resolviera» nuestra situación, comentó que eso le preocupaba. Siempre intentaba mantener «charlas sinceras» conmigo, contarme que mi padre tenía «problemas».

—Es decir, que tu padre estaba loco —concluyó Jimmy.

Crake lo miró con sus ojos verdes entrecerrados.

—Sí, pero no lo estaba. Hacia el final se le veía preocupado, pero no tenía «problemas». Y desde luego, no se le habría ocurrido tirarse de un puente. Yo lo

habría sabido.

—¿Crees que tal vez se cayó?

—¿Caerse?

—Del paso elevado. —Para empezar, Jimmy sentía curiosidad por saber qué estaba haciendo en el paso elevado de acceso a una plebilla, pero no le pareció el momento adecuado para preguntárselo—. ¿Había barandilla?

—Mi padre era un poco torpe —admitió Crake con una sonrisa peculiar—. No siempre miraba por dónde caminaba. Era de los que suelen estar en la luna. Creía que podía contribuir a la mejora de la humanidad.

—¿Te llevabas bien con él?

Crake se quedó en silencio.

—Me enseñó a jugar al ajedrez. Antes de que pasara lo que pasó.

—Sí, claro, no iba a ser después —observó Jimmy en un intento de quitarle hierro al asunto, porque a esas alturas ya empezaba a sentir lástima por Crake, y eso no le gustaba nada.

¿Cómo es posible que no me diera cuenta?, piensa Hombre de las Nieves. No entendí lo que me estaba diciendo. ¿Cómo fui tan tonto?

No, no era tonto. No encuentra la palabra idónea para describir cómo era. Despreocupado no: tenía sus preocupaciones, sus cicatrices, sus oscuras emociones. Ignorante, quizá. Sin formar del todo, incompleto.

Pero su ignorancia era en parte voluntaria. No exactamente voluntaria. Estructurada. Se había criado en espacios cerrados, y él mismo había acabado convirtiéndose en algo similar. Había dejado las cosas en el exterior.

Retórica aplicada

Cuando terminaron esas vacaciones, Crake se fue al Watson-Crick y Jimmy a la Martha Graham. Se despidieron con un apretón de manos en la estación del tren bala.

—Ya nos veremos —dijo Jimmy.

—Envíame mails —le pidió Crake—. Vamos —añadió al reparar en el abatimiento de Jimmy—, si lo has hecho muy bien, te han dado plaza en un sitio famoso.

—Fue famoso —puntualizó Jimmy.

—No será tan malo.

Por una vez en su vida, Crake se equivocaba. La Martha Graham daba sus últimos coletazos. Mientras el tren se acercaba a la estación, Jimmy observó que estaba rodeado de lo peor de las plebillas: almacenes cerrados, talleres quemados, aparcamientos vacíos. Aquí y allá se alzaban chabolas y cobertizos construidos con materiales de desecho —techados de latón, planchas de contrachapado— y habitados sin duda por indigentes. ¿Cómo subsistían? No tenía la menor idea. La cuestión es que ahí estaban, al otro lado de la alambrada. Dos de los vagabundos hicieron un gesto obsceno a su paso y gritaron algo que el cristal blindado del tren impidió oír.

El sistema de seguridad a la entrada de la Martha Graham era ridículo. Los guardias estaban medio dormidos, los muros —cubiertos de grafitis descoloridos— eran tan bajos que hasta un enano con una pierna amputada los habría escalado. Ya en el interior del complejo, los edificios de hormigón armado tenían goteras y los jardines consistían en terrenos de barro, seco o pastoso según la estación del año. No había ninguna instalación de ocio aparte de una piscina, cuyo aspecto y olor recordaba una gigantesca lata de sardinas. El aire acondicionado de los dormitorios no funcionaba la mitad de las veces, se producían apagones sistemáticos, la comida de la cantina mostraba siempre un tono amarronado y parecía caca de mofache. En las habitaciones pululaban artrópodos, de diversos géneros y especies, aunque la mitad de ellos eran cucarachas. A Jimmy el lugar le pareció deprimente, como se lo parecería a cualquiera con una capacidad neuronal superior a la de los tulipanes. Sin embargo, como había señalado su padre en la ceremonia de despedida, éstas eran las cartas que le había repartido la vida, y ahora Jimmy tenía que jugarlas lo mejor que supiera.

Muy bien, papá, había pensado Jimmy. Siempre he sabido que podía contar contigo. Qué sabio consejo.

La Martha Graham Academy llevaba el nombre de una fabulosa y antigua diosa de la danza que, al parecer, había causado bastante revuelo en el siglo XX. Una estatua horrorosa de ella, delante del edificio de administración, la representaba —según rezaba la placa de bronce— en el papel de Judith, cortándole la cabeza a un tío

vestido de época llamado Holofernes. La opinión general del alumnado era que se trataba de una de esas mierdas feministas de aire retro. De vez en cuando, las tetas de la estatua aparecían decoradas, o la zona pública cubierta de estropajos de níquel pegados con cola —el propio Jimmy había participado en uno de aquellos actos—, y el estado del personal directivo era tan comatoso que a veces transcurrían meses antes de que alguien lo descubriera. Los padres siempre protestaban por la presencia de esa estatua —era un mal modelo a imitar, decían, demasiado agresiva, demasiado sedienta de sangre, bla, bla, bla—, razón por la cual los alumnos salían al momento en su defensa. Afirmaban que la vieja Martha era su emblema, con su expresión ceñuda, la cabeza chorreante de sangre y todo lo demás. Simbolizaba la vida, el arte o lo que fuera. Ni se os ocurra tocar a Martha. Dejádla en paz.

Un grupo de neoyorquinos ricos, liberales y caritativos, todos muertos ya, había fundado la academia en el último tercio del siglo XX como universidad para las Artes y las Humanidades, especializada en Artes Escénicas: interpretación, canto, danza, y demás. En la década de 1980 se había añadido la dirección cinematográfica, y posteriormente el videoarte. En la Martha Graham seguían impartándose todas esas asignaturas: se montaban obras de teatro, y ahí había sido donde Jimmy había visto *Macbeth* y había llegado a la conclusión de que la interpretación de Lady Macbeth que había hecho Anna K., sentada en el váter, en aquella página web para mirones, era más convincente.

Los alumnos de canto y danza seguían cantando y bailando, aunque esas actividades cotizaban a la baja y había pocos alumnos por clase. Las actuaciones en vivo se habían resentido tras los estallidos de pánico ante los actos de sabotaje que se habían producido a principios del siglo XXI; durante esas décadas nadie se prestaba a participar en espectáculos públicos celebrados en espacios oscuros y cerrados, que eran blancos fáciles; al menos nadie que se preciara. Los actos teatrales se limitaban a recreaciones de karaokes, guerras de tomates o concursos de camisetas mojadas. Y aunque habían perdurado algunas formas antiguas —comedias televisivas, vídeos de rock—, el público era de edad avanzada y su interés, eminentemente nostálgico.

Así, gran parte de lo que se hacía en la Martha Graham era comparable a estudiar latín o encuadernación de libros; cuestiones interesantes para unos pocos, aunque del todo irrelevantes, por más que el rector de la universidad hubiera soltado su aburrido discurso sobre la importancia de las artes y el asiento reservado que seguían conservando en el rojo anfiteatro del corazón humano.

¿Y para qué servían el videoarte y el cine? Con los ordenadores, cualquiera podía generar las imágenes que quisiera, modificar digitalmente materiales antiguos, crear nuevas animaciones. Uno podía bajarse las tramas básicas estandarizadas e ir añadiendo las caras y los cuerpos que le diera la gana. Jimmy, sin ir más lejos, había recreado para pasar el rato un *Orgullo y prejuicio* con personajes desnudos, y lo

mismo había hecho con *Al faro*. En segundo de instituto, en la clase de Artes Visuales de HelthWyzer, había montado un *Halcón Maltés* con los actores vestidos con trajes de Kate Greenaway y decorados y sombras de Rembrandt. Le había quedado muy bien: tonalidades verdosas y claroscuros geniales.

Con ese desfase —esa erosión de su antiguo territorio intelectual—, la Martha Graham se había quedado sin carreras atractivas que ofrecer. A medida que los fundadores habían ido falleciendo, que el entusiasmo y el dinero habían empezado a escasear y que el endeudamiento había hecho aflorar asuntos más terrenales, el énfasis académico se había desplazado a otras asignaturas. Materias «contemporáneas», como se las llamaba. Dinámicas de Juegos en la Red, por ejemplo. Con eso todavía se lograba ganar dinero. O Presentación de Imágenes, que en el programa se ofrecía como una sub-especialidad de Artes Pictóricas y Plásticas. Con una licenciatura en esta especialidad se encontraba trabajo de publicista sin problemas.

También se impartía Problematística, una asignatura para gente de letras, así que Jimmy la escogió. Los alumnos la llamaban Chorradística. Por lo demás, en la Martha Graham se pretendía que las carreras tuvieran aplicación práctica. «Alumnos preparados para el mundo laboral» se leía en el lema escrito bajo el que aparecía en latín y que rezaba: *Ars Longa Vita Brevis*.

Jimmy se hacía pocas ilusiones. Sabía qué le esperaba al terminar Problematística y obtener su absurda licenciatura. En el mejor de los casos, se dedicaría a maquillar la realidad: decorar el frío y numérico mundo real con hueca verborrea bidimensional. En función de los resultados que obtuviera en las asignaturas de la carrera —Lógica Aplicada, Retórica Aplicada, Ética Médica y Terminología, Semántica Aplicada, Relativística, Falsa Caracterización Avanzada, Psicología Cultural Comparada y esas cosas—, podría optar por un trabajo bien pagado de «maquillador» en una gran empresa o bien tendría que conformarse con otro más precario en una pequeña. El futuro se presentaba ante él como una sentencia, pero no de cárcel sino de palabras interminables, plagada de subordinadas innecesarias, como solía decir con ácida ironía en los bares y los pubs del campus que frecuentaba. No es que el futuro que le esperaba le entusiasmara precisamente.

Con todo, se instaló en la Martha Graham como quien se mete en una trinchera, y se quedó ahí agazapado durante la carrera. Compartía un apartamento —compuesto por dos minúsculos dormitorios situados a ambos lados de un baño infestado de bichos— con una vegetariana integrista llamada Bernice que llevaba el pelo encrespado sujeto con un pasador de madera con forma de tucán y tenía una colección de camisetas de Los Jardineros de Dios que, dada su aversión a los productos químicos, entre los que se incluían los desodorantes, apestaban incluso recién salidas de la lavadora.

Bernice le hizo saber que no aprobaba sus costumbres carnívoras robándole las sandalias de piel y quemándoselas en el jardín. Cuando él se defendió argumentando que no eran de piel auténtica, ella adujo que eran una imitación, y que como tales se merecían aquel final. Después de que varias chicas pasaran por su dormitorio —no era asunto de Bernice, y además habían sido bastante discretas, aparte de las risitas inducidas por alguna sustancia y de los comprensibles jadeos— ella manifestó su opinión sobre el sexo mutuamente consentido quemando en una hoguera todos los calzoncillos de Jimmy.

Él se quejó a la Oficina del Estudiante y, tras varios intentos —la Oficina del Estudiante de la Martha Graham era muy poco eficiente, copada por actores fracasados de series de televisión que no perdonaban al mundo la injusticia que había cometido con ellos—, le asignaron una habitación individual. («Primero las sandalias, después la ropa interior. El próximo voy a ser yo. Esa mujer es una pirómana, bueno, reformularé el calificativo, tal vez sea que la realidad supone un gran desafío para ella. ¿He de mostraros la prueba física de su auto de fe contra mis calzoncillos? Pues buscad en el interior de este sobrecito. Si dentro de poco me encontráis en una urna, reducido a un montón de cenizas y un par de dientes, ¿asumiréis entonces la responsabilidad? ¡Eh! Yo soy el estudiante y vosotros la Oficina. Aquí lo pone bien claro, en el encabezamiento, ¿lo veis? Le he enviado esto al rector por correo electrónico.»)

(En realidad no había dicho todo eso, claro. No era tan tonto. Había sonreído, se había mostrado como ser humano razonable y había intentado suscitar su simpatía.)

Después, una vez en el nuevo dormitorio, la situación mejoró un poco. Al menos podía entregarse a la vida social sin peligro. Había descubierto que proyectaba una forma de melancolía que resultaba atractiva a ciertas mujeres, las de tipo semiartístico e intelectual, que tanto abundaban en la Martha Graham. Mujeres generosas, entregadas, idealistas, piensa ahora Hombre de las Nieves. Ellas tenían también sus propias cicatrices en proceso de curación. Al principio Jimmy acudía raudo en su ayuda: era tierno, o eso le decían, y muy caballeroso. Les sonsacaba los relatos de su dolor y se aplicaba a ellas como una cataplasma. No obstante, el proceso no tardaba en invertirse y Jimmy pasaba de vendador a vendado. Esas mujeres empezaban a percatarse de lo herido que estaba en realidad, lo alentaban a que tomara distancia respecto de su propia vida y accediera a los aspectos positivos de su propia espiritualidad. Lo consideraban un proyecto creativo: la materia prima era Jimmy en su triste forma presente; el resultado final, un Jimmy feliz.

El permitía que se dedicaran de ese modo a él; las animaba, les dejaba sentirse útiles. Resultaba conmovedor ver hasta dónde eran capaces de llegar. ¿Esto le haría feliz? ¿Le haría feliz lo otro? ¿No? ¿Y lo de más allá? Pero él mantenía siempre un nivel mínimo de melancolía. Si aceptaba complacerlas, ellas esperarían alguna

recompensa, algún resultado al menos; exigirían que diera otro paso, y finalmente que se comprometiera. ¿Pero por qué habría de ser tan tonto para abandonar esa aura de día lluvioso y gris, esa esencia crepuscular, ese halo de neblina, que eran precisamente los rasgos que las habían atraído de él?

—Soy una causa perdida —les decía—. Sufro de dislexia emocional.

También les decía que eran muy guapas y que lo excitaban. Ahí no había necesidad de mentir, lo que decía era realmente lo que pensaba. Les advertía de que cualquier inversión emocional que hicieran en él caería en saco roto, porque él, emocionalmente, era un vertedero de basura, y les recomendaba que se dedicaran a disfrutar del aquí y el ahora.

Tarde o temprano, ellas acababan quejándose de que no se tomaba nada en serio. Y eso que al principio todas coincidían en que no debía tomarse las cosas tan a pecho. Cuando finalmente las fuerzas empezaban a flaquearles y comenzaban los llantos, él les comunicaba que las quería. Ponía mucho empeño en pronunciar esas palabras en tono melodramático. Su amor era un veneno, era espiritualmente tóxico, las atraería a las arenas movedizas en las que él mismo se hallaba atrapado, y precisamente porque las amaba tanto, prefería mantenerlas alejadas del dolor, es decir, de su desastrosa existencia. Algunas de ellas captaban el truco —«¡Madura de una vez, Jimmy!»—, pero en general aquello tenía muchísima fuerza.

Siempre se entristecía cuando se marchaban. No le gustaba la parte en la que se enfadaban con él, la ira de las mujeres le impresionaba, pero en cuanto perdían los estribos con él, sabía que todo había terminado. Lamentaba que lo abandonaran, aunque fuera él quien provocaba aquella situación. Pero no tardaría en aparecer otra mujer de intrigante vulnerabilidad. Era una época de abundancia.

Sin embargo, todo era mentira. Amaba de verdad a esas mujeres, a su manera. Deseaba sinceramente que se sintieran mejor. Lo que pasaba era que su radio de atención era limitado.

—Qué canalla —dice Hombre de las Nieves en voz alta. Una palabra excelente. «Canalla.» Todo un clásico de los buenos tiempos.

Esas mujeres estaban al corriente del escándalo de su madre, por supuesto. Las malas noticias vuelan y siempre encuentran oídos dispuestos a escucharlas. Hombre de las Nieves se avergüenza ahora al recordar cómo se valía de aquella historia: un indicio aquí, una incerteza allá. Las mujeres no tardaban en consolarlo, y él se envolvía en su compasión, se empapaba en ella, se daba un masaje con ella. Era toda una experiencia termal.

En esa época, su madre ya había adquirido el estatus de ser mítico, de algo que trascendía lo humano, con alas oscuras y ojos ardientes como la Justicia, y con una espada. Cuando llegaba al episodio en que su madre le quitaba a *Matón*, el mofache, normalmente lograba arrancar una o dos lágrimas a su público.

«¿Y tú qué hiciste?» (Ojos muy abiertos, caricia en el brazo, mirada comprensiva.)

«Oh, ¿qué iba a hacer?» (Hombros que se encogen, mirada esquiva, cambio de tema.)

No todo era teatro.

La única a quien esa madre suya, horrible, alada, no impresionó fue a Oryx. «Entonces, Jimmy, ¿tu madre se marchó a otro sitio? Qué pena. Tal vez tenía buenas razones para hacerlo. ¿Te lo has planteado alguna vez?» Oryx nunca se compadeció de él, ni de sí misma. No es que fuera insensible: al contrario. Pero se negaba a sentir lo que él quería que sintiera. ¿Por eso le tenía atrapado? ¿Porque nunca obtenía de ella lo que las otras le ofrecían tan generosamente? ¿Era ése su secreto?

Universidad de Asperger

Crake y Jimmy se comunicaban por correo electrónico. Jimmy se quejaba de la Martha Graham en mensajes que esperaba resultaran divertidos, aplicando adjetivos atípicos y chocantes a sus profesores y compañeros. Definía la comida como reciclaje de botulismo y salmonela, le enviaba las listas de las criaturas de más de dos patas que se había encontrado en su habitación y se lamentaba de la escasa calidad de las sustancias modificadoras del estado de ánimo que se vendían en el mal surtido mercado estudiantil. Por puro instinto de conservación, le ocultaba los detalles de su vida sexual, salvo algunas pistas mínimas (sí, bueno, a lo mejor las tías estas no saben contar hasta treinta, pero ¿a quién le importan los números en la cama? Siempre y cuando sigan creyendo que me mide veinticinco, claro. Es broma. Ja ja ja.)

No conseguía evitar alardear un poco, porque al parecer —por todos los indicios que le habían llegado hasta entonces—, ése era el único terreno en el que aventajaba a Crake. En HelthWyzer, su amigo no había sido precisamente activo, en lo que a su vida sexual se refiere. Las chicas se sentían intimidadas por él. Sí, es cierto, había atraído a un par de obsesivas que le consideraban capaz de andar sobre las aguas y que le seguían por todas partes y le enviaban mails cursis y fervorosos y que amenazaban con cortarse las venas. Tal vez en alguna ocasión llegara a acostarse con ellas, pero nunca había perdido la cabeza. El enamoramiento era el resultado de una alteración química y, por tanto, algo real, pero según él se trataba de un estado engañoso inducido hormonalmente. Además, era humillante, porque te ponía en desventaja, concedía demasiado poder al objeto amoroso. En cuanto al sexo en sí mismo, no constituía un reto ni una novedad, y en general representaba una solución sumamente imperfecta para el problema de la transferencia genética intergeneracional.

Las chicas que se acumulaban en el haber de Jimmy encontraban a Crake bastante raro, y él se sentía superior saliendo en su defensa. «No, es normal. Lo que le pasa es que viene de otro planeta», les decía muchas veces.

Pero ¿cómo saber cuáles eran sus circunstancias presentes? Crake explicaba pocos detalles sobre sí mismo. ¿Compartía la habitación con alguien? ¿Tenía novia? Nunca mencionaba una cosa ni la otra, pero eso no significaba nada. En los mails que le enviaba le describía las instalaciones del campus, que eran impresionantes —la cueva del tesoro de Aladino, rebosante de artilugios para la investigación biológica—, y ¿qué más? ¿Qué más le decía Crake en esas comunicaciones recién estrenadas desde el Watson-Crick Institute? Hombre de las Nieves no lo recuerda.

Jugaban largas partidas de ajedrez, eso sí. Dos movimientos al día. Jimmy había mejorado. Se le daba mejor sin la presencia perturbadora de su contrincante, sin su manera de hacer tamborilear los dedos en la mesa y de murmurar para sus adentros,

como si fuera capaz de prever los siguientes treinta movimientos y estuviera esperando, paciente, a que la mente de tortuga de Jimmy se precipitara de forma lenta pero inevitable al sacrificio de una torre. Además, había programas de Internet en los que ahora Jimmy, entre una jugada y otra, podía estudiar partidas de maestros del pasado. Crake hacía lo mismo, claro.

Tras cinco o seis meses, Crake empezó a distanciarse un poco. Le escribía que tenía que estudiar más que en el instituto, porque la competencia era mucho mayor. Los alumnos llamaban a la universidad Uni de Asperger, a causa del gran porcentaje de especímenes raros y extremadamente inteligentes que paseaban, saltaban y daban tumbos por sus pasillos. Semiautistas, genéticamente hablando; mentes unívocas de visión unidireccional, con un nivel acusado de ineptitud social —ahí no había excentricidades en el vestir— y, por suerte para todos los matriculados, con un alto grado de tolerancia ante conductas ligeramente desviadas de la norma.

«¿Más que en HelthWyther?», le preguntó Jimmy.

«Comparado con esto, HelthWyther era una plebilla —le respondió Crake—. Esto está lleno de NT.»

«¿NT?»

«Neurotípicos.»

«¿Y eso qué es?»

«Que les falta el gen de la genialidad.»

«¿Y tú? ¿También eres neurotípico?», le preguntó Jimmy a la semana siguiente, tras unos días de reflexión, que aprovechó para considerar si él mismo también lo era y si, en caso de serlo, se trataba de un defecto en la escala de valores de Crake. Sospechaba que sí, que lo era, y que sí, que se trataba de un defecto en su escala de valores.

Crake, sin embargo, nunca llegó a responder aquel mensaje. Siempre actuaba del mismo modo: si le planteaban una pregunta que prefería no responder, actuaba como si la pregunta nunca se hubiera formulado.

«Tienes que venir a ver este antro —le escribió a Jimmy a finales de octubre del segundo curso—. Es una experiencia que no olvidarás en tu vida. Diré que eres mi primo normal, es decir, aburrido. Ven a pasar las vacaciones de Acción de Gracias.»

La alternativa que se le ofrecía a Jimmy era un pavo asado compartido con los pavos de su unidad familiar, es broma, ©, escribió Jimmy, y no le apetecía mucho, la verdad; así que sería todo un placer aceptar. Se dijo que obraba de este modo por amistad, por hacerle un favor a Crake, porque no tenía a nadie a quien visitar en vacaciones, exceptuando al aburrido y austrolopiteco tío Pete, que no era su tío de verdad. Pero además descubrió que echaba de menos a su amigo. Hacía más de un año que no lo veía. ¿Habría cambiado?

Jimmy tenía un par de trabajos pendientes que debía terminar antes de las

vacaciones. Podría haberlos sacado de Internet, claro —la Martha Graham no era nada estricta al respecto, y la copia estaba a la orden del día—, pero en ese sentido había tomado una determinación. Sus trabajos los haría él, por excéntrica que pareciera esta actitud. Era un planteamiento que encajaba bien con el tipo de mujer que poblaba su facultad. Les gustaba esa apuesta por la originalidad, por el riesgo y el rigor intelectual.

Por eso mismo había empezado a pasar horas en las zonas más recónditas de la biblioteca, entre estantes, desenterrando arcanos conocimientos. Las buenas bibliotecas, en instituciones con más recursos, habían quemado hacía tiempo los libros impresos y lo almacenaban todo en CD-ROM. Pero la Martha Graham también iba con retraso en ese aspecto, como en todos los demás. Con una mascarilla para protegerse de los ácaros, Jimmy repasaba los estantes repletos de libros amarillentos y los cogía al azar.

En parte lo impulsaba la obcecación, el resentimiento incluso. El sistema lo había archivado entre los inútiles, y lo que él estaba estudiando se consideraba —en los niveles en que se tomaban las decisiones, en los niveles del poder real— una arcaica pérdida de tiempo. Pues muy bien; entonces él se dedicaría a indagar en lo superfluo como un fin en sí mismo. Sería su campeón, su defensor, su conservador. ¿Quién había dicho que el arte es totalmente inútil? Jimmy no se acordaba, pero fuera quien fuese, tres hurras por él. Cuanto más obsoleto era un libro, con más ganas lo incorporaba a su colección mental.

También se dedicaba a compilar listas de palabras en desuso: palabras de una precisión y de una fuerza evocadora tales que ya no tenían cabida ni aplicación en el mundo de hoy o en el «hundo de hoy», como a veces escribía, deliberadamente, en sus trabajos. (Los profesores le marcaban «error tipográfico» sobre la palabra, lo que indicaba lo atentos que estaban.) Memorizaba viejas locuciones, las introducía torpemente en la conversación: «carretero», «imán», «saturnino», «terco». Había desarrollado un peculiar sentimiento de ternura hacia esos términos, como si fueran niños abandonados en el bosque y su deber fuera rescatarlos.

Uno de sus trabajos de curso —para la asignatura de Retórica; Aplicada—, se tituló «Libros de autoayuda del siglo XX: explotación de la esperanza y el miedo» y le proporcionó una táctica para atraer la atención que usaba en los pubs de estudiantes. Citaba fragmentos de uno u otro libro *Mejora tu propia imagen; Programa en doce pasos para el suicidio asistido; Cómo hacer amistades e influir en la gente; Abdominales planos en cinco semanas; Tenerlo todo es posible; Cómo recibir en casa sin servicio doméstico; Gestión del dolor para tontos*, y en torno a él se formaba un corrillo de gente.

Una vez más, se acercaban de nuevo a escucharle y él redescubría ese placer. «¡Jimmy, haznos el *Cirugía cosmética para todos!* ¡Haz *Conecta con tu niño interior!*

¡Haz *La crianza de nutrias como pasatiempo y como negocio!* ¡Haz *Guía de supervivencia del ligue y el sexo!*» Y Jimmy, el hombre orquesta siempre a punto, los complacía. A veces se inventaba libros que no existían —*Cura los divertículos con cánticos y oraciones* era uno de sus mejores hallazgos—, pero nadie se percataba del engaño.

Más adelante, ese trabajo, ampliado, acabó convirtiéndose en su tesina de final de carrera. Sacó un sobresaliente.

Había un trayecto en tren bala que unía la Martha Graham con el Watson-Crick Institute y sólo había que hacer un transbordo. Jimmy se pasó la mayor parte del viaje de tres horas mirando por la ventana las plebillas que atravesaban. Hileras de chabolas, bloques de apartamentos con balcones minúsculos, ropa tendida en cuerdas, fábricas con chimeneas de las que salía humo, montañas de grava. Una enorme pila de basura junto a lo que suponía que era una planta incineradora. Un centro comercial como los de HelthWyzer, con la diferencia de que en el aparcamiento, en vez de karts eléctricos de golf, había coches. Una ristra de locales de alterne, bares y lo que parecía un cine antediluviano. Vislumbró un par de zonas de caravanas fijas, y se preguntó cómo se viviría en ellas: la simple idea lo mareó un poco, como supuso que se marearía en el desierto, o en el mar. En las plebillas todo adquiría un aspecto poroso, desacotado, penetrable, abierto. Demasiado sujeto al cambio.

En los complejos, la opinión comúnmente aceptada era que en las plebillas no pasaba nada interesante, aparte de la compraventa: no había vida intelectual. Compraventa y mucha actividad delictiva; pero a Jimmy todo le resultaba misterioso y emocionante al otro lado de las vallas de seguridad. Y también arriesgado. Ahí no sabría cómo manejarse o comportarse. Ni siquiera sabría ligar con las chicas. Lo zarandearían como quisieran, lo volverían loco. Se reirían de él. Se lo comerían con patatas.

Los controles de seguridad para acceder al Watson-Crick fueron exhaustivos, nada que ver con la inútil pantomima de la Martha Graham: debían de tener miedo de que algún chiflado entrara y eliminara las mentes más preclaras de esa generación, infligiendo así un golpe mortal a los proyectos que allí se desarrollaban. Había muchos policías de Corpsegur, con sus pulverizadores y sus porras; llevaban la insignia del Watson-Crick, pero de todos modos se notaba que eran agentes. Le grabaron la huella del iris y la pasaron por el ordenador, y acto seguido dos hombres fornidos se lo llevaron aparte para interrogarlo. Supo al instante por qué había sido.

—¿Has visto últimamente a tu madre, la fugitiva?

—No —dijo sin necesidad de mentir.

—¿Has sabido algo de ella? ¿Alguna llamada telefónica?, ¿alguna otra postal?

Así que seguían revisándole el correo convencional. Debían de tener todas aquellas postales introducidas en sus ordenadores; además de su dirección actual,

razón por la que no le habían preguntado de dónde venía.

Tampoco, contestó. Lo conectaron al monitor de impulsos neuronales para asegurarse de que no mentía; debían de saber, además, que esas preguntas lo afectaban. Estuvo a punto de decir: «Y si lo supiera tampoco te lo diría, gorila», pero era lo bastante adulto como para saber que así no conseguiría más que un billete de regreso a la Martha Graham, si no algo peor.

—¿Sabes en qué anda metida?, ¿qué ambientes frecuenta?

Jimmy lo ignoraba, pero percibía que tal vez ellos sí tenían alguna idea. Sin embargo, no comentaron nada de la manifestación contra Happicuppa en Maryland, así que tal vez no estuvieran tan bien informados como él se temía.

—¿Para qué has venido, hijo? —Ya se les notaba aburridos. Lo emocionante había terminado.

—Para visitar a un amigo y pasar con él la semana de Acción de Gracias —explicó Jimmy—. Nos conocimos en el instituto de HelthWyther. Estudia aquí y me ha invitado.

Les facilitó el nombre y el número de autorización de visitante que Crake le había enviado.

—¿Qué estudia tu amigo?

—Transgénicos —dijo Jimmy.

Abrieron un archivo para verificarlo, arquearon las cejas y pusieron cara de estar ligeramente impresionados. A continuación hicieron una llamada con un teléfono móvil, como si todavía no acabaran de creérselo. ¿Qué hacía un plebeyo como él codeándose con la aristocracia?, parecían pensar. Pero al final lo dejaron pasar y ahí estaba Crake, con su anónima ropa oscura, envejecido y más delgado, y más listo que nunca, apoyado en la verja de la entrada, sonriendo.

—Eh, nuez de corcho —le dijo, y Jimmy sintió una punzada de nostalgia que lo asaltó como un hambre atroz. Se alegraba tanto de verle que casi se le saltaron las lágrimas.

Loberros

Comparado con la Martha Graham, el Watson-Crick era un palacio. Frente a la entrada se alzaba la estatua de bronce del símbolo del instituto: la cabraña, uno de los primeros híbridos viables conseguidos en Montreal a finales del siglo pasado, cabra cruzada con araña para producir en la leche filamentos de seda de gran capacidad tensora. La aplicación principal del producto resultante era en la actualidad la confección de chalecos antibalas. Los de Corpsegur creían ciegamente en ese material.

El extenso terreno en el interior del perímetro vallado estaba muy bien diseñado, obra, según dijo Crake, de la facultad de Paisajismo. Los alumnos de Botánica Transgénica (división ornamental) habían creado toda la variedad de híbridos tropicales resistentes a sequías e inundaciones, con hojas o flores de intensos tonos amarillos, de rojos encendidos, de azules fosforescentes, de violetas puros. Los caminos, a diferencia de los de la Martha Graham, que tenían el pavimento cuarteado, eran anchos y lisos. Por ellos iban y venían profesores y alumnos con sus carritos eléctricos de golf.

Había enormes piedras falsas, hechas con compuesto matriz de botellas de plástico reciclado y material vegetal procedente de cactus gigantes y varios litopospecímenes de piedra viviente pertenecientes al orden de los *mesembryanthemaceae* dispuestos por todas partes. Se trataba de un proceso patentado, señaló Crake, que se había desarrollado originalmente en el Watson-Crick y proporcionaba en la actualidad unos dividendos nada despreciables. Esas piedras falsas eran como las auténticas pero pesaban menos. Asimismo, absorbían agua durante los períodos húmedos y la liberaban en épocas de sequía, con lo que actuaban como reguladores naturales para el césped. Su nombre comercial era «rocguladores». Con todo, era mejor evitarlos durante los aguaceros fuertes porque algunos habían llegado a reventar.

Según Crake, se habían ido limando casi todos los defectos y cada mes surgían nuevas variedades. El equipo de estudiantes estaba planteándose el desarrollo de un modelo al que querían llamar «Moisés», y que permitía el suministro constante de agua potable en tiempos de escasez. «Clávale una pajita y adiós a la sed» era el eslogan propuesto.

—¿Y cómo funcionan estas cosas? —le preguntó Jimmy, que se esforzaba por no mostrarse impresionado.

—No tengo ni idea. No estoy matriculado en Neogeología.

—Y las mariposas... ¿son recientes? —preguntó Jimmy al cabo de un rato. Las que le pasaban por delante tenían unas alas del tamaño de panecillos, eran de un rosa chillón y se arremolinaban alrededor de un arbusto morado.

—Quieres decir si son producto de la naturaleza o si han sido creadas por el hombre. En otras palabras, si son reales o falsas.

—Bueno —dijo Jimmy, que no quería enzarzarse con él en una discusión sobre los límites de la realidad.

—¿Sabes cuando la gente se tiñe el pelo o se arregla la dentadura?, ¿o cuando las mujeres aumentan el volumen de sus pechos?

—Sí, qué.

—Que cuando se lo han hecho, lo que cuenta es el resultado final. El proceso carece de importancia.

—Las tetas falsas no son como las de verdad —apuntó Jimmy, que de estos temas sí sabía algo.

—Si se nota que son falsas, el trabajo no ha sido correcto. Estas mariposas vuelan, se aparean, ponen huevos de los que salen orugas.

—Bueno.

Crake no compartía su dormitorio con nadie. Tenía una suite para él solo, decorada en tonos madera, con persianas automáticas y un aire acondicionado que funcionaba. Disponía de un dormitorio grande, un baño y una ducha aparte con funciones de vapor, un salón comedor principal con un sofá cama (ahí es donde Jimmy se instalaría, dijo Crake), y un estudio con un equipo de sonido integrado y todo tipo de artilugios informáticos. También disponía de servicio de habitaciones, y pasaban a recogerle la ropa y se la devolvían lavada y planchada (a Jimmy ese dato le deprimió especialmente, porque en la Martha Graham tenía que lavarse la ropa él mismo, en unas lavadoras estrepitosas, y secarla en unas secadoras que acababan quemándola. Para que funcionaran, había que introducir unas fichas, porque cuando iban con monedas las habían desvalijado varias veces y habían optado por cambiar el sistema).

Crake también disponía de una pequeña cocina en el comedor.

—No es que use demasiado el microondas —comentó Crake—. Sólo para calentar algunas cosas. Casi todos vamos a las cantinas. Hay una en cada facultad.

—¿Y qué tal la comida? —Jimmy tenía el sentimiento creciente de ser un troglodita que vivía en una cueva, se desparasitaba y roía cualquier hueso que cayera en sus manos.

—Es comida —respondió Crake con indiferencia.

El primer día recorrieron algunas de las maravillas del Watson-Crick. Crake mostraba interés por todo, por todos los proyectos que se estaban desarrollando. La tercera vez que dijo «es el futuro» ya empezó a resultar irritante.

Para comenzar se dirigieron a Botánica Decorativa, donde un equipo de cinco posgraduados desarrollaba un papel pintado inteligente que cambiaba de color en función del estado anímico del habitante de la casa. Ese papel —le explicaron a

Jimmy— contenía una forma modificada de alga kiriliana que captaba la energía, así como una subcapa de nutrientes de algas, pero aún quedaban unos errores que enmendar. El papel no duraba mucho en condiciones de humedad ambiental porque se comía todos los nutrientes y se ponía gris; además, no diferenciaba entre la lujuria desbocada y la rabia asesina y adquiría una erótica tonalidad rosa cuando lo que te hacía falta era un rojo verdoso encendido, más terrenal.

Aquel equipo también trabajaba en una línea de toallas de baño que debían comportarse de un modo similar, pero los fundamentos de la vida submarina todavía se les resistían: cuando las algas se mojaban, se hinchaban y empezaban a crecer, y a los sujetos que habían participado en los tests no les gustaba ver que las toallas que habían usado la noche anterior aumentaban de tamaño y adquirían el aspecto de nubes de azúcar rectangulares que se levantaban varios palmos desde el suelo del baño.

—Es el futuro —repitió Crake.

Después fueron a Neoagricultura, que los estudiantes habían rebautizado como Agricostura. Tuvieron que enfundarse en unos biotrajés antes de acceder a las instalaciones y lavarse bien las manos y ponerse mascarillas, porque lo que estaban a punto de ver no había sido inmunizado totalmente contra las bioformas. Una mujer que se reía como el Pájaro Loco los guió por los pasillos.

—Esto es lo más avanzado.

Tenían delante un objeto grande y bulboso que parecía estar cubierto de una piel granulada de un blanco amarillento. De él salían veinte tubos carnosos, y en sus extremos crecía otro bulbo.

—¿Qué coño es esto?

—Son pollos. Bueno, partes de pollo. En este caso, sólo pechugas. Hay otros que se especializan en muslos. Doce por unidad.

—Pero no hay cabezas —señaló Jimmy. Entendía más o menos el concepto, no en vano se había criado con *Sus multiorganifer*, pero aquello era demasiado. Al menos a los cerdones de su infancia no les faltaba la cabeza.

—Eso del centro es la cabeza —explicó la mujer—. Hay una abertura bucal en la parte superior, por ahí le introducen los nutrientes. No tiene ojos ni pico ni nada de eso. No hace falta.

—Es horrible —dijo Jimmy. Aquello era una pesadilla. Era como un tubérculo de proteína animal.

—Imagínate el diseño corporal de una anémona marina —dijo Crake—. Así te será más fácil hacerte una idea.

—¿Pero qué estará pensando? —soltó Jimmy.

La mujer lanzó una carcajada de Pájaro Loco y le explicó que habían eliminado toda función cerebral que no tuviera que ver con la digestión, la asimilación y el

crecimiento.

—Es una especie de polloanquilostoma —apuntó Crake.

—No es preciso añadirle hormonas del crecimiento —comentó la mujer—. Ya incorpora un ritmo acelerado de desarrollo. En dos semanas se obtienen las pechugas de pollo: se ganan tres semanas respecto de la mejor explotación de granjas de pollos con baja iluminación y alta densidad. Y los chiflados defensores de animales no pueden decir ni una palabra, porque esto no siente dolor.

—Esos chicos van a arrasar —dijo Crake al salir. A los alumnos del Watson-Crick les correspondía la mitad de los royalties de todo lo que inventaran en el Instituto. Era un buen incentivo, en opinión de Crake.

—Están pensando en llamar a esas cosas ChikieNobs.

—¿Y ya están a la venta? —preguntó Jimmy con un hilo de voz. No se veía comiéndose un ChikieNob de éstos. Sería algo así como comerse un gusano grande. Pero igual que pasaba con los implantes de pechos— los que estaban bien hechos —, tal vez al final no notaría la diferencia.

—Ya tienen la franquicia —contestó Crake—. Hay un montón de inversores haciendo cola. Van a hacer que bajen todos los precios.

Aunque no protestó, a Jimmy empezaba a molestarle la manera en que lo presentaba Crake. «Éste es Jimmy, el neurotípico.» Era como llamarlo «cromañón» o algo así. Ya sólo faltaba que lo metieran en una jaula, le echaran plátanos y le dieran descargas eléctricas.

Además, las mujeres disponibles del Watson-Crick no le entusiasmaron. Si es que estaban disponibles, porque todas parecían tener la cabeza en otro sitio. Sus escasos intentos de flirteo provocaron miradas de desconcierto, un desconcierto más bien asqueado, como si acabara de mearse en la alfombra de su casa.

Teniendo en cuenta su desaliño, su peculiar concepción de la higiene personal y la coquetería, tendrían que haberse desmayado en sus brazos con las atenciones que les dedicaba. Las camisas de cuadros parecían ser el uniforme habitual y se notaba que no dedicaban demasiado tiempo a ir a la peluquería; muchas de ellas parecían recién salidas de un encuentro íntimo con unas tijeras de cocina. En conjunto, le recordaban a Bernice, la vegetariana pirómana y Jardinera de Dios. El modelo Bernice era una excepción en la Martha Graham, donde las chicas intentaban dar la impresión de que eran, habían sido o podían llegar a ser bailarinas, actrices, cantantes, artistas de performance, fotógrafas conceptuales o cualquier cosa relacionada con lo artístico. La delgadez era su meta y el estilo su deporte. Que lo jugaran bien o no ya era otro asunto. Pero allí, el «look Bernice» era la norma, y la única diferencia era que se veían menos camisetas con mensaje religioso. Las más frecuentes eran las que mostraban complejas ecuaciones matemáticas, que provocaban la hilaridad de quienes eran capaces de resolverlas.

—¿Qué pone en la camiseta? —preguntó Jimmy cuando ya le habían pasado unas cuantas por delante y él se había quedado con la cara de tonto de alguien a quien acaban de robarle la cartera.

—Esa chica es física —respondió Crake, como si eso lo explicara todo.

—¿Y?

—Que su camiseta habla de la undécima dimensión.

—¿Y dónde está la gracia?

—Es complicado —dijo Crake.

—Ponme a prueba.

—Tienes que saber cómo funciona lo de las dimensiones, que en teoría están enrolladas dentro de las dimensiones que conocemos.

—¿Y?

—Es, bueno, más o menos, que puedo llevarte a las estrellas, pero que el viaje sólo va a durar unos pocos nanosegundos, y que en nuestro marco espacial no existe la manera de medir esos nanosegundos.

—¿Y todo eso en símbolos y números?

—Ocupan menos que las palabras.

—Ah.

—Yo no he dicho que fuera gracioso —se defendió Crake—. Son físicos. Sólo les hace gracia a ellos. Me lo has preguntado tú, que conste.

—Vaya, que es como decir que podrían montárselo juntos si él tuviera la polla adecuada, lo que no es el caso —dijo Jimmy, que había estado estrujándose los sesos.

—Jimmy, eres un genio —le respondió Crake.

—Esto es Biodefensa —indicó Crake—. Te prometo que es la última parada.

Era consciente de que Jimmy se estaba cansando. En efecto: todo aquello le recordaba mucho a otra cosa. Los laboratorios, las curiosas bioformas, los científicos socialmente ineptos... todo se parecía mucho a su vida anterior, a la vida que llevaba de niño. Y aquél era el último sitio al que le apetecía volver. Hasta la Martha Graham le parecía preferible.

Estaban junto a una serie de jaulas. En cada una de ellas había un perro. Eran todos de distintos tamaños y razas, pero todos lo miraban con ojos amorosos y todos meneaban el rabo.

—Esto es una perrera —observó Jimmy.

—No exactamente —corrigió Crake—. No pases la valla de seguridad. No metas la mano por los barrotes.

—Parecen simpáticos —insistió Jimmy. Le invadió la nostalgia de quien ha tenido mascota—. ¿Son para venderlos?

—No son perros; sólo lo parecen. Son loberros, y están diseñados para engañar. Si acercas la mano para acariciarlos, te la arrancan. Tienen muchos componentes de

pit-bull.

—¿Y para qué sirve un perro así? —preguntó Jimmy, retrocediendo un paso—. ¿Quién los querrá?

—Son cosas de Corpsegur —dijo Crake—. Es un encargo que han hecho. Financian muchas cosas. Los quieren para ponerlos en los fosos o algo así.

—¿Fosos?

—Sí, son mejores que los sistemas de alarma. No hay manera de desactivar a estos bichos. Tampoco puedes ganarte su amistad, a diferencia de los perros de verdad.

—¿Y si se escapan? ¿Si saltan la valla? ¿Si procrean por su cuenta y se pierde el control de la población? Ya ha pasado con esos conejos verdes tan grandes.

—Pues sería un problema —admitió Crake—. Pero no se escaparán. La naturaleza es a los zoos lo que Dios a las iglesias.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Jimmy, que no estaba prestando mucha atención; tenía la mente en los ChickieNobs y los loberros. ¿Por qué tiene la sensación de que se ha traspasado una línea, de que se ha transgredido una frontera? ¿Cuánto es demasiado? ¿Cuándo se ha ido demasiado lejos?

—Estos barrotes y estas paredes están aquí para algo —insistió Crake—. No es para que nosotros no entremos, sino para que ellos no salgan. A la humanidad le hacen falta barreras en las dos direcciones.

—¿Ellos?

—La Naturaleza y Dios.

—Pero si tú no crees en Dios —dijo Jimmy.

—Tampoco creo en la Naturaleza —respondió Crake—. Al menos no con ene mayúscula.

Hipotético

Entonces, ¿tienes novia o qué? —le dijo Jimmy al cuarto día. Se había reservado la pregunta para el momento propicio—. No será que no haya dónde elegir.

Era un comentario supuestamente irónico. No se imaginaba con la chica que se reía como el Pájaro Loco, ni con las que llevaban camisetas llenas de números. A Crake tampoco acababa de imaginárselo con ellas; con lo exigente que era.

—No exactamente.

—¿Qué quieres decir con «exactamente»? ¿Qué tienes novia, pero que no es un ser humano?

—En esta etapa no nos animan a emparejarnos —dijo Crake con voz de guía—. Se supone que debemos concentrarnos en nuestro trabajo.

—Pues eso es malo para la salud —replicó Jimmy—. A ver si solucionas el tema.

—Para ti es fácil decirlo. Tú vas de flor en flor, pero yo soy una hormiga. No puedo perder tiempo en búsquedas aleatorias e improductivas.

Por primera vez en su vida, Jimmy se preguntó si no sería que Crake estaba celoso de él. Aunque también era posible que, simplemente, estuviera siendo pedante. Tal vez el Watson-Crick le estaba sentando mal. «¿Qué misión ultraterrena era aquella? ¿Qué especie de triatlón de supercerebelos?», estuvo a punto de decir. «¿Te dignarás a divulgarla?»

—Pues yo no lo llamaría perder el tiempo —dijo al fin, intentando quitarle hierro al asunto—. A menos que falles el blanco.

—Si tan necesario es, siempre podemos organizado a través de la Oficina del Estudiante. Nos lo descuentan del importe de la beca, como hacen con los gastos de alojamiento y manutención. Traen a trabajadoras y trabajadores de las plebillas. Son profesionales preparados que han pasado todos los controles sanitarios.

—¿Oficina del Estudiante? ¿Pero qué dices que hacen?

—A mí me parece lógico —aseguró Crake—. Con este sistema evitan que la energía se desvíe hacia canales improductivos, y además erradican malestares. Las estudiantes también tienen acceso al mismo servicio, claro. Podemos solicitar personas de cualquier color de piel, de cualquier edad... bueno, casi. Cualquier tipología física. Te lo proporcionan todo. Y si eres gay o fetichista, también se ocupan de tu caso.

Al principio Jimmy pensó que no hablaba en serio, pero resultó que sí. Jimmy se moría de ganas de preguntarle qué cosas había probado. ¿Se lo había hecho con una amputada de las dos piernas, por ejemplo? Pero de pronto, una pregunta como aquella le pareció indiscreta. Y además, temió que se lo tomara como una burla.

La comida de la cantina era excelente. Había gambas de verdad, y no ese sucedáneo a base de soja que daban en la Martha Graham. Y pollo de verdad,

sospechaba Jimmy, aunque él no lo probó porque no se quitaba de la cabeza los ChickieNobs que había visto. Y algo que se parecía mucho al queso auténtico, aunque Crake le contó que era de origen vegetal, obtenido de un nuevo tipo de calabacines con el que estaban experimentando.

En los postres dominaba el chocolate, el chocolate auténtico. Y en cuanto al café, era café de verdad. Nada de granos chamuscados, nada de mezclas a base de melaza. Era Happicuppa pero ¿qué más daba? Y también había cerveza auténtica. De eso no cabía duda; era cerveza cerveza.

Así que comparado con la Martha Graham todo aquello era un cambio a mejor, aunque los compañeros de Crake tendían a olvidarse de los cubiertos y comían con las manos, y se limpiaban la boca con las mangas. No es que Jimmy fuera muy remilgado, pero a veces la cosa rayaba en lo asqueroso. Además, hablaban sin parar, tanto si había alguien escuchándoles como si no, invariablemente sobre proyectos que estaban desarrollando. Tan pronto como descubrieron que Jimmy no trabajaba en un «espacio» —que estaba matriculado en una institución a la que sin duda consideraban pura mierda—, perdieron todo interés en su persona. A los demás alumnos de su facultad los llamaban conespecíficos, y al resto de los mortales, no específicos. Aquél era un chiste habitual.

Así que a Jimmy no le apetecía mucho salir a conocer a gente por la noche. Prefería quedarse en la suite de Crake, dejarle ganar al ajedrez o al Wako Tridimensional, o intentar desentrañar el significado de las máximas escritas en los imanes de nevera de su amigo, los que no tenían ni números ni símbolos matemáticos, claro. En el Watson-Crick imperaba la cultura del imán de nevera: había gente que los compraba, que los intercambiaba, que se los fabricaba.

Sin pensamiento no hay sufrimiento (con un holograma verde de un cerebro). Siliconciencia. Paso de un Espacio a otro. ¿Quieres conocer una máquina de carne? Tómate tu tiempo, deja el mío en paz. Pequeña cabraña ¿quién te ha creado? La vida experimenta como un mofache en acción. Pienso, luego chateo. El campo de estudio adecuado para la Humanidad es Todo.

A veces miraban la tele o entraban en páginas de Internet, como en los viejos tiempos. Las StripNews, Brainfrizz, Alibooboo, cosas frívolas. Hacían palomitas en el microondas, se liaban algunos canutos con una hierba mejorada que los alumnos de Botánica Transgénica cultivaban en uno de los invernaderos; y al final Jimmy se quedaba dormido en el sofá. Cuando se acostumbró a su estatus en aquel medio de genios, estatus que equivalía al de una planta decorativa, empezó a parecerle que la cosa no estaba tan mal. Bastaba con descansar durante las pausas y respirar hondo, como con las flexiones. Al cabo de unos días se iría de allí. Mientras tanto, escuchar a Crake siempre era interesante, cuando estaban a solas y cuando él estaba de humor para hablar.

—Voy a guiarte por un escenario hipotético —le dijo Crake la penúltima noche.

—Vale. —En realidad, Jimmy tenía sueño (había tomado demasiadas palomitas y cerveza), pero se incorporó y compuso su cara de atención máxima, que había perfeccionado en el instituto. A Crake le encantaba eso de los escenarios hipotéticos.

—Axioma: la enfermedad no es productiva. En sí misma, no genera productos de consumo y, por tanto, no da dinero. Aunque es un pretexto para muchas actividades, en términos económicos sólo permite que el dinero cambie de manos. De pacientes a médicos, de clientes a curanderos. Osmosis monetaria, por así decirlo.

—De acuerdo.

—Bien. Ahora pongamos que eres una empresa llamada HelthWyzer. Pongamos que tu negocio consiste en crear fármacos y diseñar tratamientos para curar a los enfermos o, mejor aún, para impedir que contraigan enfermedades.

—Sí. ¿Y? —dijo Jimmy. En aquello no había nada de hipotético: eso era precisamente lo que hacía HelthWyzer.

—¿Qué necesitarías, tarde o temprano?

—¿Más medicamentos?

—Después de eso.

—¿Después de qué?

—Cuando ya se hayan curado todas las enfermedades.

Jimmy fingió que pensaba. No merecía la pena esforzarse. Estaba claro que Crake se sacaría algo de la manga para responder a su propia pregunta.

—¿Recuerdas las quejas de los dentistas cuando salió ese nuevo elixir bucal? ¿El que sustituía las bacterias causantes de la placa por otras que eran beneficiosas, que ocupaban el mismo nicho ecológico, es decir, la boca? Ya no iban a hacer falta los empastes, y muchos dentistas se arruinaron.

—¿Y?

—Pues que faltarían más enfermos. O si no —a lo mejor es lo mismo—, más enfermedades. Enfermedades nuevas, distintas. ¿Sí o no?

—Parece lógico —admitió Jimmy tras una pausa. Se lo parecía—. ¿Pero no descubren siempre enfermedades nuevas?

—No es que las descubran —dijo Crake—. Es que las crean.

—¿Quiénes? —¿Saboteadores? ¿Terroristas? ¿Era eso a lo que se refería? Se sabía que iban detrás de ese tipo de acciones, que lo intentaban al menos. De momento no habían tenido demasiado éxito; las enfermedades que habían creado habían sido poco menos que inofensivas, demasiado obvias, fáciles de controlar.

—HelthWyzer —dijo Crake—. Llevan años haciéndolo. Hay todo un departamento secreto que se dedica en exclusiva a eso. Y luego está la red de distribución. La verdad es que es de una genialidad increíble. Introducen las bioformas hostiles en las pastillas de vitaminas, producto estrella de HelthWyzer, que

se vende sin receta, ¿recuerdas? Cuentan con un sistema de transmisión muy simple: insertan el virus en una bacteria portadora, una *E. Coli* modificada, que no se digiere, el virus estalla en el píloro y ¡bingo! Una inserción aleatoria, claro, y no tienen que hacerlo muchas veces; si lo hicieran, los pillarían, porque hasta en las plebillas hay tíos que podrían acabar imaginándoselo. Pero cuando la bioforma hostil queda suelta entre la población, con lo que la gente se mezcla en esos sitios, se transmite más o menos sola. Los antídotos los desarrollan simultáneamente al bicho, claro, pero se los guardan de reserva y practican una economía de la escasez, para garantizarse unos elevados beneficios.

—Todo esto te lo estás inventando, claro —dijo Jimmy.

—Las mejores enfermedades, desde el punto de vista del negocio —prosiguió Crake—, serían las que a su vez generaran patologías derivadas. Lo ideal para un beneficio máximo sería que el paciente se curara o muriera justo antes de que se le acabara todo el dinero. Hay que calcular bien.

—Sería realmente perverso.

—Eso es lo que opinaba mi padre.

—¿Lo sabía? —En ese momento Jimmy estaba prestando toda su atención, y de verdad.

—Lo descubrió. Por eso le obligaron a saltar del puente.

—¿Quién le obligó? —dijo Jimmy.

—Al incesante tráfico.

—¿Te estás volviendo paranoico o qué?

—Nada de eso —insistió Crake—. Es la pura verdad. Leí los mails de mi padre justo antes de que le intervinieran el ordenador. Y ahí estaban todas las pruebas que había estado acumulando. Los análisis que había estado haciendo a las vitaminas. Todo.

Jimmy sintió un escalofrío.

—¿Quién sabe que lo sabes?

—¿A quién más crees que se lo contó? —dijo Crake—. A mi madre y a tío Pete. Pensaba empezar a divulgar el asunto a través de una página web de esas baratas. Eso tiene una difusión enorme, las ventas de vitaminas en las plebillas habrían caído en picado y todo el sistema se habría ido a la mierda. Se habría producido un desastre económico. Piensa en los puestos de trabajo que se habrían perdido. Lo primero era advertirles. —Hizo una pausa—. Creía que tío Pete no estaba al corriente.

—Así que uno de los dos...

—O los dos. Tío Pete no habría consentido que se pusiera en peligro su estabilidad económica. Y tal vez mi madre se asustara, creyera que si mi padre caía, ella sería la siguiente. También pudieron ser los de Corpsegur. Tal vez tenía un comportamiento extraño en el trabajo. Tal vez lo hubieran estado espiando. Él lo tenía

todo encriptado, pero si yo logré entrar en su sistema, ellos también habrían podido.

—Qué raro es todo esto —dijo Jimmy—. Así que mataron a tu padre.

—Lo ejecutaron. Ellos lo expresarían así. Dirían que estaba a punto de destruir una idea brillante. Aducirían que actuaban en defensa del bien común.

Se quedaron sentados. Crake tenía la vista fija en el techo, casi como si lo estuviera admirando. Jimmy no sabía qué decir. Intentar animarlo con alguna frase hecha habría sido absurdo.

—Y tu madre, ¿por qué se largó de aquella manera? —le preguntó Crake finalmente.

—No lo sé —respondió Jimmy—. Por muchas razones. No me apetece hablar del tema.

—Seguro que tu padre también estaba metido en algo similar. En alguna estafa como la de HelthWyzer. Y seguro que tu madre lo descubrió.

—No, no creo. Creo que se lió con gente como esa de los Jardineros de Dios, con unos pirados de éstos. Además, mi padre no habría...

—Seguro que tu madre se olía que empezaban a sospechar de ella.

—Estoy muy cansado —dijo Jimmy. Bostezó, y enseguida le entró sueño de verdad—. Me parece que voy a acostarme.

Extintaton

La última noche, Crake le preguntó a Jimmy si quería jugar a Extintaton.

—¿A Extintaton? —Tardó un rato, pero se acordó: ese juego interactivo de Internet tan aburrido, con todos esos animales y plantas extinguidos—. ¿Cuánto hace que jugábamos a eso? No me creo que todavía exista.

—Nunca ha dejado de existir —aseguró Crake. Jimmy entendió lo que eso implicaba: que Crake nunca había dejado de jugar. Durante todos esos años, seguramente, habría seguido jugando solo. Bueno, en realidad no debía extrañarse tanto; era una persona compulsiva.

—¿Y qué puntuación acumulada tienes? —le preguntó por cortesía.— Cuando llegas a los tres mil, pasas a ser Gran Maestro.

Eso significaba que Crake lo era, porque de lo contrario, no se habría molestado en comentarlo.

—Qué bien —dijo Jimmy—. ¿Y te dan algún premio? ¿Las dos orejas y el rabo?

—Quiero enseñarte una cosa —comentó Crake. Entró en Internet, encontró el sitio y lo pinchó. Ahí estaba la misma página de bienvenida de siempre: «EXTINTATON: dirigido por el Loco Adán. Adán dio nombre a los animales vivos. El Loco Adán se lo pone a los muertos. ¿Quieres jugar?»

Crake clicó en el sí e introdujo el nombre en clave: «Crake el Paleto.» Apareció entonces el símbolo del celacanto, que significaba Gran Maestro, y a continuación, un mensaje que Jimmy no había visto nunca: «Bienvenido, Gran Maestro Crake el Paleto. ¿Quieres jugar con un internauta general o con otro Gran Maestro?»

Crake optó por la segunda opción.

«De acuerdo. Busca un campo de juego. Ahí te encontrarás con el Loco Adán.»

—¿El Loco Adán es una persona? —preguntó Jimmy.

—Es un grupo —respondió Crake—. O más de uno.

—¿Y qué hace el Loco Adán ese? —Jimmy se sentía un poco tonto. Aquello era como ver uno de esos rancios DVD de James Bond o algo por el estilo—. Además de contar las calaveras y los pellejos, quiero decir.

—Mira esto. —Crake salió de Extintaton, se coló en un banco local de las plebillas, y de ahí pasó a lo que parecía ser un fabricante de componentes para coches solares. Se puso encima de la imagen de un tapacubos, que se convirtió en una carpeta que llevaba por título «Fotos de tías buenas». Los archivos no tenían nombres, sino fechas. Escogió uno, lo transfirió a uno de sus nenúfares, lo usó para saltar a otro, borró sus huellas, abrió ahí el documento, cargó una imagen.

Era una foto de Oryx a los siete u ocho años, desnuda y con sus lazos y sus flores. Era la imagen congelada de la mirada que le había dedicado, esa mirada directa, de desprecio y suficiencia que le había causado tanta impresión cuando tendría...

¿cuántos? ¿Catorce años? Todavía conservaba la copia impresa, doblada, muy bien escondida. Aquello era algo muy personal, muy íntimo: su propio sentimiento de culpa, su propia vergüenza, su propio deseo. ¿Por qué la había guardado Crake? ¿Por qué se la había «robado»?

Jimmy se sintió metido en una encerrona. «¿Qué está haciendo ella aquí? —tuvo ganas de gritar—, devuélvemela, es mía.» Había una larga cola; dedos que lo apuntaban, ceños fruncidos, mientras una versión clónica de Bernice le prendía fuego a sus calzoncillos. Iba a haber un castigo merecido, pero ¿por qué? ¿Qué había hecho? Nada. Sólo había mirado.

Crake situó el cursor sobre el ojo izquierdo de la niña y clicó en el iris. Era la vía de acceso a un campo de juego.

«Hola, Gran Maestro Crake. Introduce el código.»

Crake lo hizo y apareció otra frase: «Adán dio nombre a los animales. El Loco Adán los modifica.»

Luego accedieron a una serie de boletines electrónicos con lugares y fechas, al parecer información de la policía, y que iban encabezados por la frase «Para envío exclusivo a direcciones confidenciales».

Una minúscula avispa parasitaria había invadido varias instalaciones de cría de ChickieNobs, y se había hecho portadora de una forma modificada y mortal de viruela del pollo que sólo les afectaba a ellos. Tuvieron que reducir a cenizas las instalaciones antes de que la epidemia se descontrolara.

Una variante del ratón común adicto al material aislante de los cables eléctricos había arrasado Cleveland, provocando un elevado número de incendios en las casas. Aún estaban probando diferentes medidas de control.

Las cosechas cafeteras de Happicuppa corrían peligro a causa de un gorgojo que se mostraba resistente a todos los pesticidas.

En el noroeste había aparecido un pequeño roedor que reunía características de puerco espín y de castor. Se introducía bajo los capós de los coches aparcados y devoraba las correas de los ventiladores y los sistemas de transmisión.

Varias autopistas interestatales se habían visto reducidas a arena a causa de un microbio que se alimentaba del alquitrán del asfalto. Todas las vías importantes estaban en estado de alerta y se había decretado la cuarentena en un amplio radio.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Jimmy—. ¿Quién pone estas cosas en la Red?

Los boletines desaparecieron y se abrió una ventana nueva.

«El Loco Adán necesita nuevas iniciativas. Si se te ocurre alguna idea genial, compártela con nosotros.»

Crake escribió: «Lo siento. Interrupción. Tengo que apagar.»

«Está bien, Gran Maestro Crake el Paleta. Hablamos más tarde.»

Crake apagó.

Jimmy estaba destemplado, experimentaba una sensación que le recordaba el momento en que su madre se había marchado de casa: el sentimiento de algo prohibido, de puerta que se abre de par en par cuando debería seguir cerrada, de corriente de vidas secretas y subterráneas, que avanzaban en la oscuridad, justo por debajo de sus pies.

—¿De qué iba todo eso? —insistió. A lo mejor no era nada. A lo mejor era sólo Crake que intentaba presumir. Tal vez fuera un montaje muy sofisticado, un invento de Crake, una broma pesada para asustarlo.

—No estoy seguro —respondió Crake—. Al principio me pareció que era sólo otra de esas absurdas organizaciones de Liberación Animal. Pero en este caso hay algo más. Creo que van detrás de la maquinaria. Van detrás de todo el sistema, quieren cerrarlo.

—¡No deberías meterte ahí! —exclamó Jimmy—. Podrían relacionarte con ellos. Podrían creer que formas parte de eso. ¿Y si te pillan? Te llevarán a electroshock. — Se estaba asustando.

—No me pillarán —dijo Crake—. Yo sólo navego. Pero hazme un favor, no menciones nada de esto en los mails que me envías.

—No, claro. ¿Pero por qué corres tantos riesgos?

—Siento curiosidad, eso es todo. Me han dejado entrar a la sala de espera, pero no puedo ir más allá. Tiene que ser gente de los complejos, o al menos haberse formado en ellos. Lo que están creando son bioformas sofisticadas. No creo que en las plebillas haya nadie capaz de hacer una cosa así.

Miró a Jimmy de soslayo, con sus ojos verdes, una mirada (piensa Hombre de las Nieves ahora) que expresaba confianza en él. Crake confiaba en Jimmy. De no haber sido así, no le habría mostrado aquel patio de recreo tan escondido.

—¿No se tratará de un montaje de los de Corpsegur? —preguntó Jimmy. Solían tender trampas para pillar a los subversivos con las manos en la masa. Desherbar el terreno, había oído que lo llamaban. Se decía que los complejos estaban minados con ese tipo de galerías potencialmente letales—. Ve con mucho cuidado.

—No te preocupes.

En realidad lo que Jimmy deseaba saber era: «De todas las posibilidades, de todas las vías de acceso, ¿por qué había escogido a Oryx?»

Pero eso precisamente no podía preguntárselo. Se habría puesto en evidencia.

Durante la visita ocurrió algo más. Algo importante, aunque en ese momento Jimmy no fue consciente de ello.

La primera noche, mientras dormía en el sofá cama, oyó que alguien gritaba. Al principio supuso que los gritos procedían de fuera —en la Martha Graham habrían sido de algún gamberro—, pero en realidad venían del dormitorio de Crake. El que gritaba era él.

No eran gritos, sino simples chillidos.

Todas las noches, mientras Jimmy estuvo ahí, se repitió el mismo suceso.

—Menuda pesadilla tuviste ayer noche —comentó Jimmy a la mañana siguiente.

—Yo nunca sueño —replicó Crake. Tenía la boca llena y estaba mirando por la ventana. Para estar tan delgado, comía mucho. Tenía un metabolismo muy alto. Crake lo fundía todo.

—Todos soñamos. ¿No te acuerdas del trabajo que presentamos en el instituto sobre la fase REM del sueño?

—¿Ése en el que torturamos a unos gatos?

—Eran gatos virtuales, sí. Y los que no soñaban se volvían locos.

—Pues yo no me acuerdo nunca de lo que sueño. Come más tostadas. —Aunque no te acuerdes, sueñas igual.

—Vale, vale. No me he expresado bien, tú ganas. No me refería a que nunca sueño. No estoy loco, luego debo soñar. Hipótesis, demostración, conclusión. Si A, entonces no B. ¿Te parece bien ahora?

Sonrió y se sirvió más café.

Así que Crake nunca recordaba lo que soñaba. El que sí recuerda los sueños de Crake es Hombre de las Nieves. Peor aún: está inmerso en ellos, los atraviesa a nado, se queda atrapado en ellos. Todos y cada uno de los momentos que ha vivido en los últimos meses los soñó antes Crake. Ahora entiende por qué chillaba tanto.

Capítulo 9

Caminata

Después de una hora andando, Hombre de las Nieves deja atrás el antiguo parque. Se interna tierra adentro y atraviesa las avenidas y los bulevares destruidos de las plebillas, las calles y las carreteras. Se ven muchos coches solares destrozados, unos como consecuencia de choques en cadena, otros quemados y alguno intacto, como si lo hubieran aparcado ahí un momento. Hay camiones y furgonetas, modelos de pilas de combustible y otros más antiguos, de los de gasolina o diésel. Y todoterrenos. Pocas bicicletas. Pocas motos: buena opción, teniendo en cuenta el caos circulatorio que debió de durar días enteros. Sobre dos ruedas habría resultado más fácil sortear los vehículos más grandes, hasta que alguien te disparara o chocara contra ti, o te cayeras.

En otro tiempo, aquél había sido un sector semiresidencial, con tiendas en las plantas bajas, todas destrozadas ahora, y arriba apartamentos pequeños y oscuros. La mayoría de los carteles sigue en su sitio, a pesar de los impactos de bala que los atraviesan. La gente había almacenado municiones de plomo anteriores a los pulverizadores pese a que en las plebillas estaban prohibidas las armas de todo tipo. Hombre de las Nieves no ha conseguido encontrar balas. En cualquier caso, tampoco dispone de escopeta donde meterlas, ni siquiera una vieja y oxidada.

Los edificios que no se quemaron ni explotaron siguen en pie, aunque la maleza se está adueñando de todos y cada uno de sus resquicios. Con el tiempo, agrietará el asfalto, derribará paredes, hundirá los tejados. Por todas partes crece una especie de enredadera que se encarama a los alféizares y entra por las ventanas, agarrándose a los barrotes y a las rejas. El barrio entero no tardará en ser engullido por la vegetación. De haber pospuesto mucho más su excursión, el trayecto de regreso le habría resultado impracticable. En poco tiempo habrá desaparecido todo vestigio de presencia humana.

Pero supongamos —sólo supongamos, piensa Hombre de las Nieves— que él no es el último de su especie. Supongamos que hay otros. Conjura la existencia de esos otros posibles supervivientes, que tal vez hayan resistido de algún modo en reductos aislados tras la destrucción de las redes de comunicación. Algún monje en un paraje desierto, libre de contagio; algún cabrero de montaña que nunca se mezcló con la gente de los valles; alguna tribu perdida en medio de la selva. Supervivientes que lo hubieran descubierto a tiempo, que hubieran matado a todos los que aparecieron luego, que se hubieran sellado en refugios subterráneos. Montañeses, reclusos, locos errantes sumidos en sus protectoras alucinaciones. Grupos de nómadas que siguieran sus rutas ancestrales.

«¿Cómo empezó todo?», preguntarán sus descendientes al tropezarse con las pruebas, con las ruinas. «¿Quién hacía estas cosas? ¿Quién vivía aquí? ¿Quién las

destruyó?» El Taj Mahal, el Louvre, las pirámides, el Empire State... cosas que ha visto por la tele, en libros viejos, en postales, en Sangre y Rosas. Imagínate encontrártelas en tres dimensiones, a tamaño natural, sin preparación previa. Te asustarías, saldrías corriendo y después necesitarías alguna explicación.

Al principio les explicarían que habían sido gigantes o dioses, pero tarde o temprano exigirían la verdad. Como él, tendrían la curiosidad propia del simio metida en el cerebro.

Tal vez dirán: «Estas cosas no son de verdad. Son fantasmagorías. Las construyeron los sueños, y como ahora nadie sueña se están desmoronando.»

—Supongamos que la civilización, tal como la conocemos, queda destruida —dijo Crake una tarde—. ¿Quieres palomitas?

—¿Tienen mantequilla auténtica?

—En el Watson-Crick sólo nos dan lo mejor —respondió Crake—. Y que una vez arrasada es irrecuperable.

—¿Por qué? ¿Tienes sal?

—Porque todos los materiales disponibles en superficie ya han sido explotados y, sin ellos, no hay ni edad del hierro ni edad del bronce ni edad del acero ni nada. Hay metales en niveles inferiores, pero la tecnología avanzada que se precisa para extraerlos ha sido destruida.

—Sí que podría recuperarse —replicó Jimmy con la boca llena. Hacía mucho tiempo que no probaba unas palomitas tan buenas—. Se conservarían las instrucciones.

—Pues, en realidad, no —dijo Crake—. Ya no se trata de inventar la rueda. La situación es demasiado compleja. Supongamos que sí, que las instrucciones se conservan, supongamos que queda gente con los conocimientos suficientes como para leerlas. Sería muy poca gente, estaría aislada y carecería de herramientas. Recuerda que no habría electricidad. Y así, cuando esas personas murieran, sería el final. No tendrían aprendices, no habría sucesores. ¿Te apetece una cerveza?

—¿Está fría?

—Basta con la supresión de una sola generación. Una generación de lo que sea: escarabajos, árboles, microbios, científicos, francófonos, yo qué sé. Si se rompe el vínculo en el tiempo entre una generación y la siguiente, el juego concluye para siempre.

—Hablando de juegos, te toca.

Para Hombre de las Nieves la caminata se está convirtiendo en una carrera de obstáculos. En varios sitios ha tenido que desviarse. Ahora se encuentra en una calle secundaria infestada de enredaderas; se han extendido de un lado a otro de la calzada, de tejado a tejado. Por los claros que deja el dosel de vegetación, ve unos buitres que vuelan en círculos tranquilamente. Y ellos también lo ven a él, sus ojos tienen el

poder de diez lupas juntas, lo cual puede ser determinante. De buitres sabe un poco. «¡Todavía no!», les grita.

Pero ¿para qué decepcionarlos? Si tropezara y se cayera, si se cortara, si perdiera el conocimiento, si los loberros o los cerdones dieran cuenta de él, ¿a quién le importaría, más que a él mismo? Los crackers salen adelante solos, ya no lo necesitan para nada. Durante un tiempo se preguntarán dónde está, pero él mismo les ha proporcionado una respuesta; se ha ido con Crake. Se convertirá en un actor secundario de su mitología en calidad de demiurgo de apoyo o algo similar. Lo recordarán falsamente. No lo llorarán.

El sol está más alto y sus rayos calientan más. Se siente algo mareado. Una culebra gruesa se aleja agitando la lengua cuando pasa por su lado y casi la pisa. Debe prestar más atención. ¿Será venenosa alguna de esas serpientes? ¿Tenía un cuerpo peludo pegado a ella? No lo ha visto bien. Espera que no. Se decía que todas las serpiatas habían sido erradicadas, pero con dos que hubieran quedado bastaba. Un par, los Adán y Eva de las serpiatas, y un chiflado rencoroso obligándoles a reproducirse, disfrutando al imaginarse a esos bichos que se deslizaban por el interior de las tuberías. Ratas con colas largas, verdes y cubiertas de escamas y con colmillos de serpientes de cascabel. Decide no pensar más en eso.

Se pone a canturrear para animarse. ¿Qué canción le sale? *Winter Wonderland*. Se oía mucho por los centros comerciales durante la Navidad, mucho después de que hubiera dejado de nevar. Decía algo de gastar bromas a un muñeco de nieve antes de que se derritiera.

Puede que, al final, no sea el abominable hombre de las nieves. A lo mejor resulta que es un muñeco de nieve sonriente, dé los que se construyen por diversión y se destruyen para pasar el rato, con su boca de piedras y su nariz de zanahoria: una invitación a la burla y al maltrato. A lo mejor ése es él en realidad, el último *Homo sapiens*, la ilusión de un hombre blanco, aquí hoy, mañana ya no, tan fácil de aplastar con una pala, expuesto al sol para que se derrita, para que vaya adelgazando hasta que se funda y se escurra para siempre. Que es lo que le está pasando ahora. Se detiene, se seca el sudor de la cara, se bebe media botella de agua. Espera encontrar más, y pronto.

Las casas se van espaciando hasta que dejan de verse. Hay una zona de estacionamientos y almacenes, y después alambradas sujetas a postes de cemento; una verja muy recargada con los goznes salidos. Final de la extensión urbana y límite de las plebillas, e inicio de los complejos. Ahí está la última estación del tren bala blindado y soterrado, con sus vivos colores de parque de atracciones. «Aquí no hay peligro—señalan—, sólo diversiones infantiles.»

Ahí, sin embargo, es precisamente donde está el peligro. Hasta ese momento siempre ha habido algo a lo que subirse o tras lo que esconderse, en caso de un ataque

sorpresa, pero ahora se extiende ante él un espacio abierto sin ningún refugio y con pocas verticales. Se pone la sábana por encima de la gorra de béisbol para protegerse del sol, y se envuelve con ella como un árabe. Sigue avanzando a paso ligero. Sabe que, por más que se cubra, acabará quemándose si se expone mucho tiempo a la intemperie; la velocidad es su mejor aliado. Debe buscar refugio antes de que sea mediodía y el asfalto se caliente tanto que sea imposible caminar sobre él.

Llega a los complejos. Deja a un lado CryoJenyus, uno de los más pequeños. Le habría gustado ver por un agujerito el momento en que se fue la luz y las cabezas congeladas de dos mil millonarios que esperaban el momento de su resurrección empezaron a reblandecerse en la oscuridad. Luego está Genie-Gnomes con su emblema, el duendecillo de orejas puntiagudas entrando y saliendo de un tubo de ensayo. El tubo fluorescente estaba encendido, constató: el panel solar debía de seguir funcionando, aunque de forma defectuosa. En teoría esos reclamos sólo se activaban de noche.

Y, finalmente, RejoovenEsense. El lugar en el que había cometido tantos errores, donde había malinterpretado tantos datos, el escenario de su última aventura. Mayor que OrganInc Farms, mayor que HelthWyzer. El mayor de todos.

Atraviesa la primera barricada, con sus protecciones partidas y sus focos rotos, y deja atrás la garita de control. Hay un guardia con medio cuerpo fuera. A Hombre de las Nieves no le sorprende demasiado que esté decapitado, en tiempos de crisis, las emociones se desbordan. Lo inspecciona por si todavía conservara su pulverizador, pero no hay suerte.

Llega a un camino en el que no hay edificaciones. Tierra de Nadie, lo llamaba Crake. No hay árboles. Habían suprimido cualquier cosa susceptible de convertirse en escondite y dividido el terreno en una cuadrícula de sensores de temperatura y movimiento. El efecto de tablero mágico ya ha desaparecido; hay hierbas que surgen como bigotes de entre la superficie plana. Hombre de las Nieves realiza un reconocimiento rápido del terreno, pero aparte de una bandada de pájaros negros arremolinándose sobre un objeto que hay en el suelo, no ve que nada más se mueva. Sigue avanzando.

Ya ha iniciado la aproximación propiamente dicha. A lo largo del camino aparece una sucesión de objetos de los que la gente debió de ir desprendiéndose durante la huida, como en un concurso pero al revés. Una maleta, una bolsa de viaje con ropa y otras pertenencias, un neceser abierto y roto junto a un cepillo de dientes rosa. Una pulsera, un pasador de pelo con forma de mariposa; un cuaderno con las páginas empapadas y las palabras ilegibles.

Al principio, los fugitivos habrían conservado la esperanza, debieron de creer que todos esos objetos les serían de utilidad más adelante. Luego habrían cambiado de opinión y se habrían desprendido de ellos.

RejoovenEsense

Cuando llega al muro de acceso a RejoovenEsense, que sigue midiendo cuatro metros de altura pero ya no está electrificado, le falta el aliento y el sudor lo empapa por completo. Pasa por la verja exterior, que parece abierta a golpes, y se detiene a la sombra que proyecta para comerse la barra energética de chocolate y acabarse el agua. Sigue avanzando, cruza el foso, las garitas en las que montaban guardia los policías armados, las cabinas cerradas desde las que controlaban sus equipos de vigilancia, y deja a sus espaldas el mirador elevado con su puerta de acero —ya despejado para siempre—, donde en otro tiempo le habrían pedido que mostrara la huella del pulgar y el iris.

Más allá se extiende un paisaje que recuerda muy bien: las unidades residenciales se despliegan como una ciudad jardín, con sus grandes casas de falso estilo georgiano, de falso estilo Tudor, de falso estilo provenzal, las calles que conducen hasta el campo de golf de los empleados, hasta sus restaurantes y sus clubs nocturnos y sus clínicas y sus centros comerciales y sus pistas de tenis cubiertas y sus hospitales. A la derecha, más allá de los límites del recinto, quedan las instalaciones de aislamiento para bioformas peligrosas, de color naranja intenso, y las negras fortalezas cúbicas de cristales blindados donde se encontraba la parte administrativa y comercial de todo ese montaje. En el centro está el objetivo de su excursión, el parque central. Por encima de los árboles se adivina la cúpula encantada de Crake, redonda, blanca, brillante, como una burbuja de hielo. Al verla, siente un escalofrío.

No es momento, sin embargo, para lamentaciones. Avanza rápidamente por la calle principal, sorteando los montones de ropa y los esqueletos humanos devorados. Aparte de los huesos, ya no queda gran cosa. Los carroñeros han hecho bien su tarea. Cuando partió, aquel sitio semejava el escenario de una revuelta callejera y olía peor que un matadero, pero ahora todo está tranquilo y el hedor casi ha desaparecido. Los cerdones han devorado el césped, hay huellas de sus pisadas por todas partes, aunque por suerte no parecen demasiado recientes.

Su principal objetivo es la comida. Lo más sensato sería recorrer toda la calle y llegar a los centros comerciales —allí hay más probabilidades de conseguir una comida más completa—, pero está demasiado hambriento. Además, debe protegerse del sol lo antes posible.

Dobla en la segunda travesía y se interna en una de las unidades residenciales. En los accesos a las casas, las malas hierbas ya lo invaden todo. La calle es circular. En la isla central, unos arbustos descuidados y sin podar exhiben unas flores rojas y moradas: un híbrido exótico. En unos cuantos años se extinguirán. O proliferarán, se abrirán camino, le robarán el espacio a las plantas autóctonas. ¿Quién sabe qué sucederá? El mundo entero se ha convertido en un enorme experimento

descontrolado —que es lo que siempre ha sido, habría dicho Crake—, y la doctrina de las consecuencias no deseadas está más vigente que nunca.

La casa que escoge es de tamaño medio, estilo Reina Ana. La puerta principal está cerrada, pero al lado hay una ventana rota. Alguien ha pasado por allí antes que él. Pobre saqueador. ¿Qué andaría buscando? ¿Comida, un dinero ya inservible o sólo un lugar donde dormir? Fuera lo que fuere, de poco le habría servido.

Bebe un trago de agua que encuentra en una pila decorada con unas ranas de aspecto bobalicón y que está casi llena de la lluvia del día anterior y no demasiado sucia de cagadas de pájaro. ¿Qué enfermedad transmiten los pájaros? ¿Se contagia por las heces? No queda más remedio que arriesgarse. Después de mojarse la cara y el cuello, llena la botella y observa la casa en busca de alguna señal, de algún movimiento. Le obsesiona la idea de que alguien, alguien como él, esté ahí esperando, en algún rincón, detrás de alguna puerta entreabierta.

Se quita las gafas de sol, se las guarda en un repliegue de la sábana. Entra en la casa por la ventana rota, primero una pierna, luego la otra. Ahora está en penumbra. El vello de los brazos se le eriza: ya se siente atacado por la claustrofobia y algún tipo de energía negativa. El aire está cargado, como si el pánico se hubiera condensado en ese punto y aún no hubiera tenido tiempo de disiparse. Huele a mil cloacas.

—¡Hola! —grita—. ¿Hay alguien en casa?

No puede evitarlo: cualquier residencia le habla de posibles habitantes. Le asalta la necesidad de dar media vuelta y salir de allí: nota la inminencia de una arcada en la garganta. Se tapa la nariz con el extremo de su sábana sucia (al menos es su propio olor) y avanza sobre la moqueta gastada, dejando atrás las sombras tenues de unos pesados muebles falsamente antiguos. Se oyen unos chillidos, unos correteos: las ratas se han adueñado del lugar. Ahora sigue con más cuidado. Sabe qué es él para las ratas: carroña andante. Aunque al menos parecen ratas de verdad. No serpiatas. Las serpiatas no chillan, silban.

«Chillaban», «silbaban», se corrige a sí mismo. Las liquidaron. Están extinguidas. Debe insistir en ese punto.

Lo primero es lo primero. Localiza el mueble bar en el comedor y lo inspecciona en un momento. Media botella de bourbon, nada más. El resto está vacío. No hay cigarrillos. Debe de ser una casa de no fumadores, a menos que el que entró a saquear antes que él se los haya llevado. «Vete a la mierda», le dice al aparador de roble ahumado.

Luego sube por la escalera alfombrada hasta el piso superior. ¿Por qué avanza con tanto sigilo, como un ladrón? No puede evitarlo. Seguro que ahí arriba hay gente, dormida. Seguro que lo oirán y se despertarán. Pero él sabe que eso es una tontería.

Hay un hombre en el baño, tirado sobre las baldosas de tonos cálidos, que lleva— y eso es todo lo que queda de él—un pijama a rayas azules y marrones. Es curioso,

piensa Hombre de las Nieves, la cantidad de gente que, en caso de emergencia, se dirige al baño. En las casas, los baños eran lo más parecido a los santuarios, sitios en los que estar solo y meditar. Y también vomitar, sangrar por los ojos, cagarte hasta no poder más, abrir desesperado el botiquín en busca de alguna pastilla que te salvara la vida.

Es un baño bonito. Un jacuzzi, sirenas de cerámica mexicana en las paredes con coronas de flores y el cabello rubio ondeando hacia abajo, con los pezones pintados de rosa intenso y los pechos pequeños, redondeados. No le iría nada mal una ducha; seguramente el baño cuenta con un depósito elevado de agua de lluvia, pero en la bañera hay una capa de mugre solidificada. Coge una pastilla de jabón, para más tarde, y busca sin éxito protector solar en el botiquín. Encuentra un bote de BlyssPluss medio lleno y un frasco de aspirinas, que también se lleva. Piensa en añadir un cepillo de dientes al botín, pero no soporta la idea de meterse el cepillo de un muerto en la boca, así que sólo se lleva la pasta. «Para una sonrisa más blanca», lee. Pues perfecto, seguro que él la necesita, aunque en este momento no se le ocurre para qué.

El espejo que hay en la puerta del botiquín está roto: algún acto final de rabia estéril, de protesta cósmica: «¿Y esto por qué? ¿Por qué a mí?» Lo entiende muy bien, él se habría comportado igual. Habría roto algo. Habría hecho añicos la última imagen de sí mismo. La mayor parte de los cristales ha ido a parar al lavabo, pero pisa con mucho cuidado, por si acaso. Como si fuera un caballo, ahora su vida depende de sus pies. Si no puede caminar, se convertirá en el alimento de las ratas.

Sigue por el pasillo. La señora de la casa está en el dormitorio, tapada con un gran edredón rosa y dorado, con un brazo y un hombro al descubierto. Los huesos y los tendones sobresalen de un camisón con estampado de piel de leopardo. Tiene la cara ladeada hacia el otro lado, por suerte, pero el pelo está intacto, peinadísimo, como si fuera una peluca: raíces oscuras, rizos marcados, un poco vulgar. En cierto tipo de mujer, este estilo incluso podría llegar a resultar atractivo.

En otra época, a la mínima ocasión se ponía a espiar en los cajones ajenos, pero en esta habitación no tiene intención de hacerlo. Además, siempre es lo mismo: ropa interior, artículos eróticos, bisutería, bolígrafos gastados, monedas, algún alfiler suelto y un diario si estaba de suerte. Cuando iba al instituto, le gustaba leer los diarios de las chicas, con sus letras mayúsculas y sus constantes signos de exclamación y sus reiteraciones —«amor, amor, amor, odio, odio, odio»—, y sus subrayados de colores, como las cartas de las chifladas que recibía después, en el trabajo. Esperaba a que la chica fuera a ducharse y echaba un vistazo rápido. Lo que buscaba, claro está, era leer su nombre, aunque no siempre le gustaba lo que encontraba.

En una ocasión leyó: «Jimmy, fisgón asqueroso, sé que estás leyendo esto. Es

repugnante. ¿Crees que me gustas porque me haya acostado contigo? Pues no, así que ¡¡¡DEJA DE LEER!!!» Dos subrayados rojos bajo «repugnante», tres bajo «deja de leer». Se llamaba Brenda. Era guapa. Siempre con un chicle en la boca, se sentaba delante de él en la asignatura de Aptitudes Vitales. En el armario guardaba un perrobot que ladraba, te traía el hueso que le tirabas y levantaba la pata para mear un agua amarilla. Siempre le había sorprendido que las chicas más guerreras y más putas fueran las que tuvieran los objetos más cursis y ridículos en sus dormitorios.

Sobre el tocador, la colección habitual de cremas reafirmantes, tratamientos hormonales, ampollas e inyecciones, cosméticos, colonias. En la penumbra de las persianas entrecerradas, esos objetos brillan débilmente, como una naturaleza muerta que las capas de barniz han vuelto opaca. Se rocía con un espray, un perfume intenso que espera disimule los demás olores. Crack Cocaine, reza la etiqueta en letras doradas y en relieve. Por un instante se plantea la posibilidad de beberse, pero se acuerda de que tiene el bourbon.

Se agacha para mirarse en el espejo ovalado. No resiste la tentación de echar un vistazo en todos los espejos que encuentra siempre que entra en algún sitio. Se ve de reojo en cuanto tiene la ocasión. Y el impacto es cada vez mayor. El que le devuelve la mirada es un desconocido, un desconocido de expresión turbia, de mejillas hundidas, con la cara cubierta de picaduras de insectos. Parece veinte años mayor de lo que es. Se guiña un ojo, se sonríe, se saca la lengua: el efecto es verdaderamente siniestro. Tras él, en el espejo, el reflejo de la mujer que está en la cama semeja casi real, como si en cualquier momento fuera a volverse hacia él, extender los brazos y susurrarle que la poseyera. A ella y a su pelo de duendecilla maliciosa.

Oryx tenía una peluca como ésa. Le encantaba cambiar de ropa, de aspecto, fingir que era otra. Se paseaba por la habitación, hacía un poco de striptease, se reía, posaba. Afirmaba que a los hombres les gustaba la variedad.

—¿Y eso quién te lo ha dicho? —le preguntó Jimmy.

—Ah, una persona —respondió, y se echó a reír. Eso fue justo antes de que él la agarrara y a ella se le cayera la peluca. «¡Jimmyyyy!» Pero en este momento no puede permitirse pensar en Oryx.

Se ve de pie, en medio del dormitorio, con los brazos colgando y la boca abierta.

—No he sido inteligente —dice en voz alta.

La habitación contigua es de un niño, tiene un ordenador de plástico rojo, un estante lleno de ositos de peluche, una cenefa de papel con dibujos de jirafas y una caja de CD que contiene —a juzgar por las imágenes de las fundas— unos juegos extremadamente violentos. Pero no hay niño. No hay cuerpo de niño. Tal vez muriera y fuera incinerado durante los primeros días, cuando todavía se celebraban cremaciones. O quizá se asustara al ver que sus padres se desplomaban y empezaban a vomitar sangre, y se marchó corriendo a algún sitio. Tal vez quedara reducido a uno

de los amasijos de ropa y huesos con los que se ha tropezado en las calles. Algunos eran bastante pequeños.

En el descansillo encuentra un armario con ropa de cama y saca una sábana limpia, que en este caso no es lisa, sino estampada con ramas y florecitas. Eso impresionará a los Hijos de Crake. «¡Mirad! —dirán—. ¡A Hombre de las Nieves le están saliendo hojas!» No lo pasarán por alto. Hay muchos juegos de cama en ese armario, todos perfectamente doblados, pero él se queda sólo con una sábana. No quiere cargarse con cosas que en realidad no necesita. Si no le queda más remedio, siempre puede volver a buscar más.

Oye la voz de su madre que le dice que meta la otra sábana en la cesta de la ropa sucia —las viejas rutas neuronales son obstinadas y se niegan a morir—, pero él la tira al suelo, vuelve a la planta baja y entra en la cocina. Espera encontrar comida enlatada, algún guiso de soja, alubias, sucedáneo de salchichas, lo que sea con tal que contenga proteínas... incluso le apetecería verdura, sucedánea o auténtica, se comería cualquier cosa, pero el que rompió la ventana también vació los armarios. Hay unos cereales secos en un recipiente hermético de plástico: los engulle. Son bazofia transgénica no adulterada, y duros como el cartón. Tiene que masticar mucho y beber agua para tragarlos. También encuentra tres bolsas de anacardos de esas que daban en el tren bala. Se come una ahí mismo; no están tan rancios. También hay una lata de sardinas SoyOBoy. Aparte queda un bote medio vacío de ketchup, de un tono marrón oscuro, fermentado.

No piensa abrir la nevera, no es tan tonto. En parte, el mal olor de la cocina procede de ella.

En uno de los cajones que hay bajo la encimera descubre una linterna que funciona. Se la guarda, y guarda también un par de velas, y cerillas. Encuentra una bolsa de basura de plástico en el sitio en el que ha supuesto que debería de estar y mete dentro todo lo que ha cogido, incluidas las sardinas y las bolsitas de anacardos, el bourbon, el jabón y la aspirina. Encuentra unos cuchillos no muy afilados. Escoge dos, y también una cacerola pequeña. Le será útil si encuentra algo que cocinar.

Entre la cocina y el cuarto de los trastos, en el pasillo, hay un pequeño despacho. Un escritorio con un ordenador que no funciona, un fax, una impresora; un recipiente con bolígrafos de plástico, una estantería con libros de consulta: un diccionario, una enciclopedia, un Bartlett, la *Antología Norton de poesía contemporánea*. El hombre del pijama a rayas que está arriba debía de ser hombre de letras. Un redactor de discursos de RejoovenEsense, un fontanero ideológico, un doctor del matiz, un sofista mercenario. Pobre cabrón, piensa Hombre de las Nieves.

Junto a un jarrón con flores marchitas y la foto enmarcada de un padre con su hijo —entonces, el niño era pequeño, siete u ocho años—, hay un taco de papel para escribir las notas del teléfono. Escrito en la primera página «Cortar el césped». Y

debajo, en letras más pequeñas y no tan marcadas: «Llamar a la clínica.» El bolígrafo sigue sobre el taco, como si se hubiera caído de una mano sin fuerza: debió de ser de repente, en aquel mismo momento, la enfermedad y la conciencia de ambas cosas. Hombre de las Nieves se imagina al hombre siendo consciente al mirar su propia mano en movimiento. Fue seguramente uno de los primeros casos, de lo contrario no se habría preocupado por el césped.

Vuelve a sentir un escalofrío en la nuca. ¿Por qué tiene la sensación de haberse colado en su propia casa? Su casa de hace veinticinco años; y él es el niño que falta.

Tornado

Hombre de las Nieves avanza en la penumbra del salón, que tiene las cortinas echadas, mientras piensa en un plan de acción. Tendrá que intentarlo en otra casa donde se almacene más comida enlatada, o incluso dirigirse a un centro comercial donde pasar la noche tumbado en algún estante. Así le resultaría posible demorarse más y llevarse sólo lo mejor. Acaso aún queden chocolatinas. A continuación, cuando haya resuelto el aspecto nutricional, se acercará a la cúpula-burbuja y saqueará el arsenal. Si dispusiera de un pulverizador en buen estado, se sentiría más seguro.

Lanza el palo por la ventana y acto seguido sale a la calle, procurando no cortarse con los vidrios, para evitar que se le desgarre la sábana floreada que acaba de estrenar y proteger así la bolsa de basura. Ataja por el césped descuidado para llegar antes al exterior. Hay cinco cerdone que buscan comida en un montón de basura que con suerte será sólo ropa. Un macho, dos hembras, dos cachorros. Al oírlo, interrumpen su actividad, alzan la cabeza y lo descubren. Hombre de las Nieves levanta el palo, lo agita. Por norma general retroceden ante esta amenaza —los cerdone poseen buena memoria, y los palos semejan picanas eléctricas—, pero en esta ocasión permanecen inmóviles. Husmean irguiendo los hocicos hacia él, desconcertados. Tal vez perciben el perfume que acaba de ponerse y que quizá contenga feromonas sexuales de mamífero análogas a las suyas, lo cual constituiría una gran suerte para él. Embestido hasta la muerte por una manada de cerdone en celo. Qué final tan penoso.

¿Qué decisión tomará si le atacan? Sólo existe una alternativa. Regresar al interior del edificio por la ventana. ¿Le alcanzará el tiempo? Pese a la cortedad de sus patas que soportan un peso tremendo, los cerdone avanzan a una velocidad considerable. En la bolsa lleva los cuchillos de cocina. Pero son demasiado cortos, demasiado endebles como para causar daños serios a un cerdón adulto. Sería como intentar pinchar una rueda de camión con un cuchillo de postre.

El macho baja la cabeza, encorva el cuello robusto y los hombros, se balancea inquieto adelante y atrás, como a punto de decidirse. Pero los demás ya han iniciado la retirada, así que cambia de idea y les sigue, aunque le muestra su desprecio y su desafío soltando una montaña de excrementos en su huida. Hombre de las Nieves permanece inmóvil hasta que los pierde de vista, y luego sigue avanzando con cautela, volviendo constantemente la vista atrás. Por esa zona hay muchos rastros de cerdone. Esas bestias son lo bastante listas como para fingir la marcha y abalanzarse sobre él en la siguiente esquina. Lo acorralarían, lo derribarían, lo destriparían y primero se comerían las vísceras. Conoce sus gustos. El cerdón es un animal cerebral y omnívoro. Es posible que algún ejemplar tenga tejido humano en el neocórtex.

Sí, ahí están, justo delante. Salen de detrás de unos matorrales, los cinco. No, ahora son siete. Miran en su dirección. Sería un error darse la vuelta, echar a correr.

Levanta el palo y camina hacia atrás. Intenta retroceder. Si es necesario, puede meterse en las garitas de la entrada y quedarse ahí hasta que se vayan. En ese caso tendrá que encontrar otra ruta para llegar a la cúpula-burbuja, sin perder de vista las calles laterales, que son las que le permitirían una huida.

Sin embargo, durante el tiempo que ha tardado en cubrirla distancia así, caminando como los cangrejos, representando una especie de danza grotesca mientras los cerdones lo miran fijamente, se han ido congregando unas nubes oscuras procedentes del sur que han ocultado el sol. No se trata de la típica tormenta de la tarde: es demasiado temprano y el cielo está teñido de un impresionante tono entre verde y amarillento. Es un tornado, y de los grandes. Ahora los cerdones se han esfumado, han ido a buscar refugio.

Se queda en el exterior de la garita y contempla el avance de la tormenta. Es un espectáculo imponente. Recuerda haber visto que un realizador aficionado de documentales era absorbido literalmente por uno de ellos. Se pregunta cómo lo estarán pasando los Hijos de Crake en la costa. Qué mala suerte para su creador si la demostración viviente de todas sus teorías fuera succionada y saliera volando por los aires, o si una ola la arrastrara mar adentro. Pero eso no pasará. En caso de que suba la marea, los rompeolas formados con todos los escombros los protegerán. Y en cuanto al tornado, ya han sobrevivido a uno. Se refugiarán en la caverna formada por el amasijo de bloques de cemento, que ellos llaman «la casa de las tormentas», y esperarán a que escampe.

Llegan las primeras ráfagas de viento y levantan los desperdicios de los campos abiertos. Las nubes se iluminan con los relámpagos. Ve el embudo estrecho, oscuro, que zigzaguea hacia la tierra. La oscuridad aumenta. Por suerte la garita está unida al edificio de seguridad anexo, y esas estructuras son como búnkeres, gruesos, sólidos. Cuando empieza a llover, se pone a cobijo.

Ulula el viento, se oye el estruendo de los truenos, el sonido vibrante del agua martilleando sobre todas las superficies, un rumor similar al mecanismo de un motor gigante. Contra la pared exterior se estrella un objeto grande. Se interna más en el edificio, primero pasa por una puerta, luego por otra, mientras busca la linterna en la bolsa de basura. La encuentra y la enciende en el preciso instante en que se oye otro tremendo impacto. En ese momento, las luces del techo se encienden de golpe. Seguramente se habrá activado un circuito solar que estaba estropeado.

Casi habría preferido que las luces siguieran apagadas: hay un par de biotrajés en un rincón, con lo poco que queda de sus ocupantes en un estado lamentable. Hay archivadores abiertos y papeles esparcidos por todas partes. Al parecer los guardas fueron atacados.

A lo mejor trataban de impedir que la gente escapara por la verja; recuerda que hubo un intento de imponer una cuarentena. No obstante, los elementos antisociales,

que a esas alturas ya serían casi todos, habrían irrumpido en la cabina y arrasado los archivos secretos. Qué optimistas si creían que todos esos documentos y discos de datos iban a ser útiles a alguien.

Se obliga a acercarse a los trajes. Los tantea con el palo, les da la vuelta. No están tan mal como creía. No apestan tanto, y sólo hay algunos escarabajos. Casi todas las partes blandas ya han desaparecido. Pero no encuentra ninguna arma. Los antisociales deben de habérselas llevado, que es lo que habría hecho él. Que es lo que hizo.

Deja la sala que queda más al fondo y vuelve al área de la recepción, donde se encuentran el mostrador y el escritorio. De pronto está muy cansado. Se sienta en la silla ergonómica. Hacía mucho tiempo que no descansaba en una silla, y le resulta raro. Decide sacar las cerillas y las velas, por si las luces vuelven a apagarse. Mientras se repone, bebe un poco del agua de la pila y se toma la segunda bolsita de anacardos. Desde el exterior llega el aullido del viento, un ruido ultraterreno que parece proceder de un enorme animal suelto y furibundo. Algunas ráfagas llegan hasta él, atraviesan las puertas que ha cerrado y levantan el polvo; todo se agita. Le tiemblan las manos. La situación le está afectando más de lo que quiere admitir.

¿Y si hubiera ratas ahí dentro? Seguro que las hay. ¿Y si la cabina se inunda? ¡Le subirán por las piernas! Enseguida dobla las rodillas y apoya las pantorrillas en los brazos ergonómicos. Se pasa la sábana floreada por encima. El estruendo de la tormenta es ensordecedor y no hay manera de oír chillidos que lo alerten.

«Los grandes hombres deben estar a la altura de los retos que la vida les plantea», dice una voz. ¿Quién es? Un conferenciante entusiasta de RejoovTV, algún vividor prepotente con traje y corbata. Un charlatán contratado por horas. «Seguramente, ésa es la lección que nos enseña la historia. Cuanto mayor es el obstáculo, mayor la fuerza del salto. Cuando nos enfrentamos a una crisis, crecemos como personas.»

—¡Pues yo no he crecido como persona, cretino! —grita Hombre de las Nieves—. ¡Mírame! ¡Me he encogido! ¡Tengo el cerebro del tamaño de una uva!

Pero no sabe si es más grande o más pequeño, porque no hay nadie con quien medirse. Está perdido en la niebla. Sin puntos de referencia.

Las luces se apagan. Ahora está solo en la oscuridad.

—¿Y qué? —se dice—. Ya estabas solo con la luz encendida. No hay demasiada diferencia.

Aunque sí la hay.

Pero está preparado. Se tranquiliza. Se enfoca con la linterna, enciende una cerilla y logra que prenda la vela. La llama tiembla con el viento, pero no se apaga, y proyecta un pequeño círculo de resplandor amarillo sobre el escritorio. La habitación que lo rodea se convierte de pronto en una caverna antigua, oscura pero protectora.

Rebusca en la bolsa de plástico, encuentra la tercera bolsa de anacardos, la abre y se los come. Saca la botella de bourbon, vacila un momento, pero le quita el tapón y

bebe.

«Glu, Glu, Glu —dice la tira cómica que se escribe en su cabeza—. Rico brebaje.»

«Cariñito mío —interviene la voz de una mujer desde un rincón de la habitación—. Lo estás haciendo muy bien.»

—No es verdad —responde.

Una ráfaga de viento —¡buuuuf!— le abofetea y apaga la vela. No se molesta en volver a encenderla, porque el bourbon empieza a surtir efecto. Prefiere seguir a oscuras. Siente que Oryx avanza hacia él con sus tiernas alas de plumas. De un momento a otro estará con él. Se acurruca en la silla, con la cabeza apoyada en el escritorio y los ojos cerrados, triste y en paz.

Capítulo 10

Buitrear

Tras cuatro enloquecidos años, Jimmy obtuvo su licenciatura de pacotilla en la Martha Graham. No esperaba encontrar trabajo inmediatamente, y por una vez sus expectativas no se vieron defraudadas. Durante semanas se dedicó a meter en un sobre sus magras calificaciones y a mandarlas por correo. Se las devolvían demasiado deprisa, a veces con manchas de grasa y huellas del pringado de turno que les había echado un vistazo mientras comía. Entonces él sustituía las páginas sucias por otras nuevas y volvía a enviarlas.

Había conseguido un trabajo de verano en la biblioteca de la Martha Graham. Consistía en revisar libros viejos y decidir cuáles debían destruirse y cuáles convenía conservar en versión digital. De todos modos, lo despidieron antes de que se terminara el contrato, porque no soportaba la idea de destruir ninguno. Después de aquello se refugió en casa de la novia que tenía en ese momento, Amanda Payne. El nombre era inventado, como casi todo en ella. En realidad se llamaba Barb Jones. Según le contó a Jimmy, había tenido que reinventarse a sí misma; la Barb original había sido tan pisoteada por su familia maltratadora, consumidora compulsiva de azúcares y blanca, que ella se había convertido en poco más que en un resto de serie que se vende en un mercadillo de segunda mano, como esos móviles hechos con tenedores doblados o esas sillas de tres patas.

Aquello fue lo que llamó la atención de Jimmy, para quien «mercadillo de segunda mano» era en sí mismo un concepto exótico. Quería arreglarla, hacer las reparaciones oportunas, darle una mano de pintura: dejarla como nueva.

—Tienes un buen corazón —le dijo ella la primera vez que bajó sus defensas. Corrección: su mono de trabajo.

Amanda vivía en un apartamento destartado situado en un módulo, y lo compartía con otros dos artistas, hombres ambos. Los tres procedían de las plebillas y habían estudiado en la Martha Graham con becas. Se consideraban superiores a los alumnos criados en los complejos, esos privilegiados, vagos y degenerados, como Jimmy. Ellos sí lo habían tenido difícil, ellos sí habían tenido que aguantar muchas cosas, abrirse camino a golpes. Se atribuían una clarividencia que sólo podía ser resultado de su crudo encuentro con el molino de la realidad. Uno de ellos había intentado suicidarse, lo que le confería —según dedujo— una ventaja especial. El otro se había metido mucha heroína y había traficado con ella antes de decidirse por el arte, o tal vez era que simultaneaba las dos actividades. Tras las primeras semanas, durante las que le resultaron caris —máticos, Jimmy llegó a la conclusión de que eran dos técnicos de la gilipollez, además de dos pretenciosos insoportables.

Ellos, por su parte, sólo toleraban a Jimmy de manera marginal. Para congraciarse con ellos, accedía a colaborar en la cocina de vez en cuando —los tres artistas se

negaban a usar el microondas y preferían hervir los espaguetis—, pero no era buen cocinero. Una noche cometió el error de comprar una caja de ChikieNobs —una franquicia que habían abierto en la esquina y que no estaba tan mal, siempre que pasaras por alto la procedencia de la comida— y después de eso, los dos compañeros de Amanda casi le retiraron la palabra.

Que dejaran de hablar a Jimmy no significaba que no se comunicaran entre ellos. Tenían muchas cosas que comentar acerca de todo tipo de chorradas de las que aseguraban saber algo, y hablaban sin parar en tono presuntuoso, endosándose arengas y sermones indirectos que, en realidad —consideraba Jimmy— iban dirigidos a él. Según ellos, todo se había ido a la mierda desde el mismo momento en que se inventó la agricultura, hacía seis o siete mil años. Después de eso, el experimento humano estaba condenado al fracaso, en un principio a causa del gigantismo, del excedente de alimentos y, finalmente, a causa de la extinción, una vez que los nutrientes disponibles se hubieran consumido.

—¿Y vosotros? ¿Tenéis una respuesta para todo? —preguntó Jimmy. Le gustaba provocarles porque, ¿quiénes eran ellos para juzgar? Y los artistas, que no eran muy dados a la ironía, le respondieron que un correcto análisis no era lo mismo que una solución adecuada, pero que la falta de ésta no invalidaba lo primero.

En fin, tal vez no existían soluciones. La sociedad humana, aseguraban, era una especie de monstruo, y sus principales subproductos eran los cadáveres y los escombros. Nunca aprendía, siempre repetía los mismos errores estúpidos, siempre escogía los beneficios inmediatos a costa de un sufrimiento a largo plazo. Era como una babosa gigante que se abriera paso, incansable, engullendo todas las demás bioformas del planeta, devorando toda la vida en la tierra y cagándola luego convertida en desperdicios de plástico manufacturados y pronto obsoletos.

—¿Cómo vuestros ordenadores, por ejemplo? —murmuró Jimmy—. ¿Los que utilizáis para crear vuestro arte?

Pronto, prosiguieron ellos, prescindiendo de él, ya no quedaría nada más que una serie de tubos subterráneos que cubrirían toda la superficie del planeta. La luz y el aire de su interior serían artificiales, porque las capas de ozono y oxígeno de la Tierra habrían quedado destruidas. Los seres humanos se arrastrarían por esos túneles en fila india, totalmente desnudos, y lo único que verían sería el culo del que tuvieran delante, y la orina y los excrementos irían a parar a unos extractores situados en el pavimento, hasta que fueran seleccionados al azar por un mecanismo digitalizado, momento en el que serían absorbidos hasta un túnel lateral, donde los triturarían y servirían de alimento para los demás, a través de una serie de apéndices con forma de pezón que habría en el interior de los tubos. El sistema sería autárquico y perpetuo, y trataría a todos por igual.

—Vale, supongo que así se acabaría con las guerras —dijo Jimmy—, y todos

tendríamos las rodillas muy duras. Pero ¿y el sexo? No creo que resultara muy fácil, metidos en esos tubos.

Amanda le dedicó una mirada asesina. Asesina, pero cómplice. Evidentemente, a ella se le había ocurrido la misma pregunta. Lo cierto era que Amanda no era demasiado habladora. Según ella misma decía, era una persona de imágenes, no de palabras: aseguraba que pensaba en imágenes. Eso a Jimmy le parecía bien, porque un poco de sinestesia nunca estaba de más.

—Entonces, ¿qué ves tú cuando te hago esto?—le había preguntado uno de los primeros y más ardientes días.

—Flores —dijo ella—. Dos o tres. Rosas.

—¿Y cuando te hago esto? ¿Qué ves?

—Flores rojas. Rojas y granates. Cinco o seis.

—¿Y con esto? ¡Cariño, cómo te quiero!

—¡Neón! —Y después suspiró—. Eso ha sido el ramo completo.

Y él reaccionaba ante esas flores invisibles suyas. Después de todo, eran un tributo a sus habilidades. Además, tenía un culo muy bonito, y las tetas eran suyas, aunque —y de eso se había percatado desde el principio— su expresión resultaba un poco adusta.

Amanda era de Tejas, y aseguraba que se acordaba de cómo era el estado antes de que se secara y se echara a perder. Si eso era cierto, pensaba Jimmy, tenía diez años más de lo que aparentaba. Llevaba un tiempo trabajando en un proyecto que respondía al nombre de Alfabeto Buitrero. La idea consistía en llevar un camión lleno de pedazos de animales muertos hasta descampados, estacionamientos o fábricas abandonadas, y disponerlos de manera que formaran palabras, esperar hasta que los buitres descendieran y empezaran a desgarrarlos, y fotografiar la escena desde un helicóptero. Al principio había conseguido mucha publicidad, además de varios sacos llenos de cartas de repulsa y amenazas de muerte de los Jardineros de Dios, así como de otros locos que actuaban por su cuenta. Uno de esos mensajes era de su antigua compañera de habitación, Bernice, que había elevado aún más su nivel retórico.

Entonces, un propietario viejo y corrupto, que había amasado su fortuna con granjas de componentes cardíacos, había concedido a Amanda una abultada beca, con el pretexto de que sus creaciones eran de lo más vanguardista y transgresor. Qué suerte, había dicho ella, porque sin ese dinero habría tenido que abandonar su obra artística: los helicópteros son caros, y luego, claro, estaba todo el tema de la seguridad. La policía tenía una auténtica fijación con lo del espacio aéreo, añadió. Imaginaban que todo el mundo quería lanzar bombas atómicas desde el aire, y casi tenía que dejar que te registraran las bragas antes de que te permitieran despegar en un helicóptero de alquiler, a menos que fueras el pez gordo de algún complejo.

Las palabras que buitreaba —ésa era la expresión que utilizaba— debían tener

cuatro letras. Las pensaba mucho: cada letra del abecedario transmitía una vibración distinta, una carga positiva o negativa, y por eso había que escoger las palabras con cuidado. Buitrearlas les insuflaba vida. Ése era la idea. Y acto seguido, las mataba. Era un proceso de gran fuerza. («Como ver a Dios pensando», había respondido en un cuestionario de Internet. Por el momento había hecho PENA (con cuatro de las letras de su apellido, como comentaba en las entrevistas que le hacían en los chats), CUAL y VENA. El verano que salió con Jimmy lo pasó mal porque se había quedado bloqueada con la siguiente palabra.

Al final, cuando Jimmy empezaba a pensar que ya no aguantaba más espaguetis hervidos, y el hecho de ver a Amanda con la mirada perdida, mordisqueándose un mechón de pelo ya no le provocaba un arrebató de pasión, aceptó un empleo. Era en una empresa que se llamaba AnooYoo, un complejo menor situado tan cerca de una de las plebillas más degradadas que casi parecía estar dentro de ella. No serían muchos los que, de tener otra oferta, aceptarían trabajar allí. Eso fue lo que pensó el día en que lo convocaron para la entrevista, y tal vez eso explicaba los modales algo bruscos de los entrevistadores. Se notaba que, antes que él, muchos candidatos habían rechazado la oferta. Pues bien, les informó telepáticamente, tal vez no soy lo que buscabais, pero al menos os saldré barato.

Lo que les había llamado la atención positivamente, explicaron los de personal —eran dos, una mujer y un hombre—, había sido su tesina sobre los libros de autoayuda en el siglo XX. Algunos de sus productos estrella, le explicaron, eran los artículos de mejora, aunque ya no se trataba de libros, claro, sino de DVD y CD-ROM, de páginas web y todo eso. No es que esos artículos en sí mismos generaran beneficios, puntualizaron. Los beneficios los generaban los equipos y los medicamentos alternativos que se requerían para obtener los mejores resultados. La mente y el cuerpo iban de la mano, y el trabajo de Jimmy consistiría en encargarse de la mente. En otras palabras, de las campañas de promoción.

—Todo el mundo aspira a la perfección —le dijo el hombre—. En uno mismo.

—Y que nos indiquen los pasos que se deben seguir —intervino la mujer.

—Con una simple orden —prosiguió el hombre.

—Con palabras de aliento. Y una actitud positiva —concluyó la mujer.

—Les gusta eso del antes y el después. Es el arte de lo posible. Pero sin garantías, por supuesto.

—Tú has demostrado tener una profunda comprensión de los procedimientos —añadió la mujer—. En tu tesina. Nos ha parecido muy madura.

—Y todos los siglos son iguales. Cuando conoces uno, los conoces todos —sentenció el hombre.

—Sí, pero los adjetivos cambian —puntualizó Jimmy—. No hay nada peor que un adjetivo del año anterior.

—¡Exacto! —soltó el entrevistador, como si Jimmy acabara de hallar la solución al gran enigma del universo con una clarividencia cegadora. Le estrechó la mano hasta hacerle daño. La mujer, por su parte, le dedicó una sonrisa cálida pero insegura, que le llevó a preguntarse si estaba casada. El sueldo de AnooYoo no era gran cosa, pero tal vez hubiera alguna otra ventaja.

Esa tarde le comentó a Amanda Payne la gran suerte que había tenido. Ella llevaba un tiempo quejándose de falta de dinero —bueno, no quejándose exactamente; más bien había deslizado alguna ácida observación respecto a que cada uno tirara de su carro en medio de los intensos y prolongados silencios que eran su especialidad—, así que había supuesto que la noticia la alegraría. En la cama, las cosas no estaban en su mejor momento, en realidad todo se había torcido desde lo de los ChikieNobs. A lo mejor la relación volvería a encarrilarse, antes de llegar a un final emotivo, lacrimógeno y lleno de acción. Él ya estaba ensayando sus últimas réplicas: «Yo no soy lo que tú necesitas, mereces algo mejor, te destrozaría la vida», y demás. Pero era mejor adornar un poco la situación, así que empezó por hablarle del trabajo.

—Ahora me ganaré el pan con el sudor de mi frente —le dijo a modo de conclusión, con un tono de voz que pretendía ser a la vez alegre y responsable.

Amanda no se mostró en absoluto impresionada.

—¿Qué vas a trabajar dónde? —le preguntó. Según ella, los de AnooYoo eran una pandilla de impresentables y rastrosos que sólo existían para sacar partido de las fobias de la gente y vaciar las cuentas corrientes de los ansiosos y los crédulos. Al parecer, Amanda conocía a alguien que, hasta poco antes, seguía un plan de cinco meses de AnooYoo que, en teoría, le eliminaría la depresión, las arrugas y el insomnio a la vez, pero que en cambio la puso al límite (literalmente, al borde de la ventana de su apartamento en la planta décima) gracias a la ingestión de no se sabía qué corteza de qué árbol sudamericano.

—Siempre cabía la posibilidad de rechazar el trabajo —apuntó Jimmy después de oír aquel relato—, y pasar a engrosar las filas de los desempleados permanentes. O mejor, podría seguir siendo un mantenido, como ahora. ¡Es broma! ¡Es broma! ¡No me mates!

Durante los días siguientes, Amanda estuvo más taciturna que nunca. Y luego le anunció que su bloqueo artístico había desaparecido. Se le había ocurrido la siguiente palabra para su proyecto Alfabeto Buitrero.

—¿Y cuál es? —le preguntó Jimmy, intentando mostrarse interesado.

Ella le dedicó una mirada especulativa.

—Amor —respondió.

AnooYoo

Jimmy se trasladó al apartamento que pusieron a su disposición en el complejo de AnooYoo: dormitorio, cocina empotrada, reproducción de mobiliario de la década de 1950. En tanto que vivienda, apenas mejoraba su cuarto de la Martha Graham, pero al menos no había tanta vida insectil. No tardó en descubrir que, empresarialmente hablando, era un siervo, un esclavo que debía estrujarse el cerebro y pasarse diez horas transitando por los laberintos de los diccionarios, desbrozando palabras. Luego, los que estaban por encima de él valoraban sus propuestas, se las devolvían para que las revisara, una y otra vez. «Lo que queremos es más... Es menos... No es exactamente eso.» Con el tiempo, sin embargo, fue mejorando, fuera eso lo que fuese.

Productos cosméticos, aparatos de gimnasia, pesas para convertir el paisaje muscular en una alucinante maravilla de granito esculpido. Pastillas para engordar, para adelgazar, para tener pelo, para perderlo, para ser más blanco, más moreno, más amarillo, más atractivo, más feliz. Su tarea consistía en describir y ensalzar, en presentar la visión de lo que —¡ah, tan fácilmente!— podía llegar a ser. Esperanza y temor, deseo y repulsión, éstos eran sus activos, y todo lo demás eran simples variaciones sobre el mismo tema. De vez en cuando se inventaba alguna palabra —«tensicidad», «fibracional», «feromónimo»— pero nunca lo pillaron. A sus dueños les gustaba ese tipo de palabras en la letra pequeña de los envases, porque sonaban científicas y tenían poder de convicción.

Debería haberse alegrado por el éxito de aquellas invenciones verbales, pero en realidad se deprimía. Los informes que llegaban de las alturas en los que elogiaban su buen hacer no le servían de nada, porque los habían dictado personas casi analfabetas; sólo le demostraban que en AnooYoo no había nadie capaz de percatarse de lo listo que había sido. Llegó a entender por qué los asesinos en serie acababan enviando pistas a la policía.

Su vida social era —por primera vez en muchos años— un cero absoluto. Desde los ocho años no había atravesado un desierto sexual como aquél. Amanda Payne brillaba en el pasado como un lago perdido cuyos cocodrilos se hubieran esfumado momentáneamente. ¿Por qué la había abandonado tan a la ligera? Porque esperaba ansioso a la siguiente de la lista. No obstante, la entrevistadora en quien había depositado ciertas esperanzas desapareció sin dejar rastro, y las demás mujeres a las que conoció, en el despacho o en los bares de AnooYoo, o eran depredadoras de ideas fijas, o estaban tan necesitadas de afecto que incluso Jimmy las evitaba como si se tratara de arenas movedizas. Por tanto, se veía limitado a coquetear con camareras, aunque hasta ellas lo rechazaban. No era la primera vez que conocían a un joven de palabra fácil como él, y sabían que no ocupaba ningún cargo importante.

En el café de la oficina era el nuevo y estaba solo una vez más, empezando de cero. Iba al centro comercial del complejo a comer hamburguesas de SoyOBoy o se compraba cajas grasientas de ChickieNobs y daba cuenta de ellas sentado al ordenador, haciendo horas extra. Cada semana se organizaba una barbacoa en el complejo, encerrona a la que se esperaba que asistieran todos los empleados. Eran un compromiso horrible para Jimmy, a quien le faltaba energía para desenvolverse con soltura entre multitudes; no se le daba bien la charla inofensiva. Vagaba por los márgenes, comiéndose una salchicha de soja quemada y despellejando en silencio a todo el que se le ponía por delante: «tetas caídas», aparecía en su viñeta mental. «Cerebro de tofu, cara de pan.» «Niño tonto de póster.» «Mujer-nevera.» «Vendería a su abuela.» «Vaca de culo blando.» «Gilipollas caraculo.»

De vez en cuando recibía algún mail de su padre: alguna tarjeta electrónica por su cumpleaños, con algunos días de retraso, con la imagen de unos cerdones danzarines, como si todavía tuviera once años. «Feliz cumpleaños, Jimmy, que todos tus sueños se hagan realidad.» Ramona le enviaba mensajes alegres y de compromiso. De momento seguían sin darle un hermanito, decía, aunque continuaban «intentándolo». No le apetecía nada visualizar los detalles, la profusión de hormonas y de refuerzos que debían de suponer esos intentos. Si la «naturaleza» no surtía efecto pronto, añadía, probarían «otras cosas» en alguna agencia: Infantade, Foetility, Perfecta-babe, en alguna de ellas. ¡Las cosas habían evolucionado mucho en ese campo desde que Jimmy había venido al mundo! («Venido al mundo», como si en realidad no hubiera nacido, como si se hubiera presentado sin avisar para hacerles una visita.) De momento Ramona estaba realizando sus averiguaciones, porque, como es natural, querían sacar el máximo partido de su dinero.

Fantástico, pensó Jimmy. Se someterían a varias pruebas, y si tampoco obtenían lo que deseaban, reciclarían las partes, hasta que al final consiguieran algo que estuviera a la altura de sus expectativas: perfecto en todos los sentidos, no sólo un genio de las matemáticas, sino además hermoso como un amanecer. Y entonces bombardearían a ese hipotético bebé maravilloso con todos sus sueños hasta que el pobre crío no resistiera más la presión y estallara. Jimmy no lo envidiaba en absoluto.

(Sí lo envidiaba.)

Ramona invitó a Jimmy a pasar las vacaciones con ellos, pero a él no le apetecía ir y alegó que estaba muy ocupado. Lo que, en cierto modo, era verdad, pues había llegado a plantearse su trabajo como un reto: ¿podría seguir indefinidamente con sus neologismos huecos, recibiendo encima felicitaciones por ellos?

Al cabo de cierto tiempo lo ascendieron. Gracias a ello se compró juguetes nuevos. Un nuevo DVD; un traje de gimnasia que se autolimpiaba por la noche gracias a unas bacterias que se alimentaban del sudor; una camisa que recibía mails y los proyectaba en la manga, y que emitía una vibración cada vez que había mensajes

nuevos; unos *zapatos* que cambiaban de color según la ropa con la que hubieran de conjuntarse; una tostadora que hablaba. Bueno, al menos le hacía compañía. Y se cambió de apartamento.

Ahora que había ascendido en el escalafón, conoció a una mujer, y luego a otra, y luego a otra. Ya no las consideraba novias; ahora eran amantes. Todas estaban casadas o vivían en pareja, y buscaban la ocasión de engañar a sus esposos o compañeros, demostrar que aún eran *jóvenes*, o vengarse de algo. Algunas estaban heridas y buscaban consuelo. O, sencillamente, se sentían solas.

No había razón para no salir *con más* de una a la vez, siempre que tuviera cuidado con los horarios. Al principio le gustaban las visitas imprevistas, el secretismo, el rasgar del velcro al abrirse bruscamente, el lento deslizarse hasta el suelo; aunque no tardó en intuir que para sus amantes él era simplemente un extra, algo que no se tomaban en serio, algo que atesoraban como ese regalito que acompaña los paquetes de cereales, encantador, lleno de color, pero inútil; el comodín entre los doses y los treses que les habían tocado en la vida real. Para esas mujeres no era *más* que un pasatiempo, como para Jimmy, aunque ellas se jugaban mucho *más*: un divorcio, un estallido de violencia nada rutinario o, como mínimo, una pelea considerable si las pillaban.

La ventaja era que nunca le pedían que madurara. Sospechaba que en realidad preferían que fuera inmaduro.

Ninguna quería dejar a su marido para irse a vivir con él, ni fugarse con él a las plebillas. De todos modos, eso ya no era posible. Se decía que las plebillas se habían convertido en sitios muy peligrosos para los que no las conocían muy bien, y las verjas del complejo y los agentes de Corpsegur eran más estrictos que nunca.

Garaje

Y así fue el resto de su vida. Se sentía como si lo hubieran invitado a una fiesta cuya dirección no lograba encontrar. Seguro que alguien se estaba divirtiendo con todo aquello, con la existencia que llevaba, pero de momento ese alguien no era él.

Aunque siempre le había resultado fácil mantenerse en forma, ahora tenía que hacer algo de ejercicio. Si dejaba de ir al gimnasio un día, al siguiente ya le salían michelines, y en sitios impensables. Su nivel de energía flaqueaba, y tenía que controlar su ingesta de Joltbars; demasiados esteroides te encogían la polla, y aunque en los paquetes ponía que ese problema se había resuelto gracias a la incorporación a la fórmula de cierto compuesto de nombre impronunciable, él había redactado tantos textos como aquél que no se creía ni una palabra. Cada vez tenía menos pelo en la zona de las sienes, a pesar de las seis semanas de cursillo AnooYoo para el crecimiento del folículo al que se había apuntado. Debería haber supuesto que se trataba de un timo —él mismo había redactado los anuncios—, pero era una publicidad tan buena que había llegado a convencerse a sí mismo. Y se descubrió preguntándose en qué fase se hallaría la retirada capilar de Crake.

Crake se había licenciado pronto, había realizado trabajos de posgrado y había progresado deprisa. Ahora trabajaba en RejoovenEsense —uno de los complejos más importantes— y subía como la espuma. Al principio habían seguido en contacto por mail. Crake le hablaba vagamente de un proyecto especial en el que estaba implicado, algo importante. Le habían dado carta blanca, decía. Los peces gordos lo tenían en un pedestal. Jimmy tenía que ir a visitarlo algún día, le enseñaría las instalaciones y todo eso. ¿Dónde le había dicho que trabajaba?

Jimmy le respondió sugiriéndole que jugaran una partida de ajedrez.

Lo siguiente que supo de él fue que tío Pete había muerto de repente. Algún virus. Fuera lo que fuese, había sido fulminante. Como poner un helado en una barbacoa: fusión instantánea. Se sospechaba de un sabotaje, pero no se había podido demostrar nada.

«¿Estabas con él?», le preguntó Jimmy.

«En cierto modo, sí.»

Jimmy meditó un rato sobre esa respuesta. Y a continuación le preguntó si alguien más había pillado el virus. Crake respondió que no.

Con el tiempo, los mensajes se fueron espaciando y el hilo que los mantenía unidos se hizo más fino. ¿Qué tenían que decirse? El trabajo de esclavo que Jimmy llevaba a cabo resultaría sin duda despreciable a ojos de Crake, mientras que los logros de éste podían resultar incomprensibles para Jimmy. Y se percató de que pensaba en su amigo como en un conocido del pasado.

Cada vez se sentía más insatisfecho. Ni el sexo era ya como antes, aunque seguía

tan adicto a él como siempre. Se sentía manipulado por su propia polla, como si el resto no fuera más que un apéndice insignificante adherido a su extremo. Quién sabe; tal vez su miembro habría sido más feliz si hubiese campado solo, a sus anchas.

En las tardes en las que ninguna de sus amantes lograba engañar a sus esposos o equivalentes y, por tanto, no se reunían con él, se iba a ver una película al centro comercial, más que nada para convencerse de que pertenecía a un grupo humano. También veía los informativos: más plagas, más hambrunas, más insectos descontrolados, más microbios, más pequeños mamíferos; más sequías, más guerras de niños soldados en países lejanos. ¿Por qué todo se parecía tanto a todo?

En las plebillas se sucedían los mismos asesinatos políticos, los mismos accidentes sospechosos, las mismas desapariciones inexplicables. O los mismos escándalos sexuales: estos asuntos siempre excitaban mucho a los presentadores. Durante una época fue lo de los entrenadores deportivos con los niños pequeños; luego vino lo de las niñas que encontraban encerradas en los garajes. Se decía que esas niñas —lo decían quienes las encerraban— eran personal de servicio doméstico, y que las habían traído de países miserables por su propio bien. Si las tenían encerradas en los garajes era para protegerlas, decían los hombres —hombres respetables, abogados, contables, vendedores de muebles de jardín—, que eran sometidos a juicio y debían defenderse de las acusaciones. Con frecuencia sus esposas los apoyaban. Esas niñas, decían las esposas, habían sido prácticamente adoptadas por las familias, que las trataban casi como a un miembro más. A Jimmy le encantaban aquellas dos palabras: «prácticamente» y «casi».

Las niñas, por su parte, contaban otras historias, no todas verosímiles. Algunas decían que las drogaban. Que les obligaban a realizar contorsiones obscenas en lugares raros, por ejemplo en tiendas de animales. Las habían traído en lanchas neumáticas cruzando el Pacífico, las habían metido en barcos cargueros, ocultas entre derivados de la soja. Las habían obligado a cometer actos sacrílegos con reptiles. Pero, por otra parte, había algunas niñas que se mostraban satisfechas con su situación. Los garajes eran bonitos, decían, mejor eso que lo que habían tenido antes. Siempre les daban de comer. Y el trabajo no era para tanto. Sí, era verdad, no les pagaban y no les permitían salir a ningún sitio, pero eso no les sorprendía, porque no era tan distinto de aquello a lo que estaban acostumbradas.

Una de aquellas niñas —a la que encontraron encerrada en un garaje de San Francisco, en casa de un próspero farmacéutico— dijo que había salido en películas, pero que se alegraba de que la hubieran vendido a su Señor. Él la había visto en Internet y se había apiadado de ella, y había ido en persona a buscarla, y había pagado mucho dinero para rescatarla, y se la había traído en avión, por encima del mar, y le había prometido que la llevaría al colegio cuando hubiera aprendido bien el inglés. Se negó a declarar contra aquel hombre. Parecía muy normal, muy sincera,

muy franca. Cuando le preguntaron por qué el garaje estaba cerrado con llave, ella respondió que era para que no entraran personas malas. Cuando le preguntaron qué hacía ahí metida, dijo que estudiar inglés y ver la tele. Cuando le preguntaron qué sentía por su captor, aseguró que siempre le estaría agradecida. La defensa no logró sacarle ningún testimonio en contra, y al tío lo absolvieron, aunque le obligaron a matricularla en un colegio inmediatamente. La pequeña anunció que deseaba estudiar psicología infantil.

Mostraron un primer plano de la niña, de su hermosa cara de gata, de su delicada sonrisa. Jimmy creyó reconocerla. Congeló la imagen y sacó la vieja foto, la que tenía desde los catorce años y que había sobrevivido a todos sus traslados, casi como un retrato de familia, que siempre está escondido pero no se tira nunca, metida entre sus apuntes de la Martha Graham. Comparó los dos rostros, pero había pasado mucho tiempo. Aquella niña de ocho años de la copia de la impresora debía de tener ahora diecisiete, dieciocho, diecinueve; en cambio la del informativo parecía mucho más joven. Sin embargo, la expresión era la misma; la misma mezcla de inocencia, desprecio y comprensión. Se sintió mareado, en precario equilibrio, como si se encontrara de pie al borde de un precipicio, sobre una garganta abrupta, y fuera peligroso mirar hacia abajo.

Desamparo

Los de Corpsegur nunca habían perdido de vista a Jimmy. Mientras estaba en la Martha Graham, le visitaban de forma regular, cuatro veces al año, para mantener lo que ellos llamaban «pequeñas charlas». Le planteaban las mismas preguntas que ya le habían hecho muchas otras veces, sólo por ver si respondía igual. «No lo sé» era lo más neutro que se le ocurría, y en general era cierto.

Con el tiempo empezaron a mostrarle fotos: imágenes congeladas de cámaras ocultas, instantáneas en blanco y negro que parecían sacadas de las videocámaras de los cajeros automáticos de las plebillas, o descartes de cualquier noticia de algún informativo, manifestaciones, disturbios, ejecuciones. El juego consistía en comprobar si reconocía alguna de esas caras. Le colocaban los electrodos, así que aunque fingiera desconocimiento, las descargas de electricidad neuronal, que no controlaba, lo delatarían. Siempre esperaba encontrarse con la manifestación contra Happicuppa de Maryland, la imagen en la que aparecía su madre —más que esperarlo, lo temía—, pero nunca llegó a pasar.

Hacía mucho tiempo que no recibía ninguna postal del extranjero.

Cuando empezó a trabajar en AnooYoo, la policía pareció olvidarse de él. Pero no, era sólo que habían aflojado un poco la correa para comprobar si él o la otra parte —es decir, su madre—, aprovechaban la nueva situación, su mayor grado de libertad, para intentar restablecer el contacto. Después de un año, más o menos, volvieron a llamar a su puerta. Siempre sabía que eran ellos porque no usaban el intercomunicador. Debían de tener acceso a los códigos. «Hola Jimmy, ¿cómo te va la vida? Nos gustaría hacerte unas preguntitas, a ver si nos ayudas un poco.»

«Claro, encantado.»

«Buen chico.»

Y así seguían.

Al cabo de —¿cuántos?—, cinco años trabajando en AnooYoo, al final dieron en el blanco. Llevaba un par de horas mirando fotos. Imágenes de una guerra remota en la cadena montañosa de un país que quedaba al otro lado del mar, con primeros planos de mercenarios muertos, hombres y mujeres. Un montón de voluntarios demacrados a causa de la hambruna que azotaba tierras muy lejanas; una ristra de cabezas clavadas en estacas (eso era en la antigua Argentina, según dijo un agente, aunque no le explicaron ni a quién correspondían las cabezas ni cómo habían llegado hasta las estacas). Varias mujeres durante un control, a la salida de un supermercado, todas con gafas de sol. Una docena de cuerpos tendidos en el suelo tras una acción contra la casa —refugio de los Jardineros de Dios, una organización que para entonces ya se había convertido en ilegal—, uno de los cuales mostraba un gran parecido con el de su antigua compañera de habitación, la incendiaria Bernice. Se lo

dijo a la policía, era un buen chico, y le dieron una palmadita en la espalda, aunque al parecer ya lo sabían, porque no mostraron demasiado interés. Lamentó lo de Bernice: era una pesada, una loca, pero no merecía morir de esa manera.

Una serie de imágenes de una cárcel de Sacramento. La foto de carnet del conductor suicida de un coche bomba (aunque, si el coche había estallado, ¿cómo habían encontrado el permiso de conducir?). Tres camareras sin bragas de un bar de striptease de las plebillas (ésas las intercalaron por pura diversión, y funcionaron, porque produjeron una sacudida en el monitor neuronal, preocupante de no haberse producido, y todos soltaron unas risitas). Una multitud en desbandada que a Jimmy le pareció identificar como una escena de un *remake* de *Frankenstein*. Siempre le ponían alguna foto inconexa para que no se despistara.

Y luego más imágenes de caras. «No —decía Jimmy—. No, no, nada.»

Luego le mostraron lo que parecía una ejecución rutinaria. Nada de payasadas, ni de forcejeos, ni de palabrotas. Por eso Jimmy dedujo que la persona a la que iban a eliminar era mujer. Apareció una figura con el uniforme gris, holgado, del centro penitenciario, con el pelo peinado en una cola, esposada, una celadora a cada lado, los ojos vendados. Iba a ser ejecutada con un disparo de pulverizador. En realidad no hacía falta pelotón de fusilamiento, con uno solo bastaba, pero mantenían el ritual de antaño; eran cinco, en formación, para que ninguno perdiera el sueño preguntándose qué bala virtual había matado al reo.

El fusilamiento se reservaba sólo a los casos de traición. En las demás ejecuciones usaban el gas o la horca. O la gran descarga eléctrica al cerebro.

Voz de hombre, palabras que vienen de fuera del plano: los agentes habían bajado el volumen porque querían que Jimmy se concentrara en las imágenes, pero debía de tratarse de una orden, porque las celadoras le estaban quitando la venda. Primer plano. La mujer lo mira directamente a los ojos, más allá del encuadre: una mirada azul, desafiante, directa, paciente, herida. Pero sin lágrimas. Entonces, de repente el volumen sube. «Adiós. Acuérdate de *Matón*. Te quiero. No me decepciones.»

No cabía duda: era su madre. A Jimmy le impactó su aspecto avejentado; tenía la piel arrugada, la boca marchita. ¿Era por la vida difícil que había llevado, siempre a la fuga? ¿O era por descuido? ¿Cuánto tiempo había pasado en la cárcel, en su poder? ¿Qué le habían hecho?

«Espera», quiso gritar, pero ya era tarde, plano abierto una vez más, ojos vendados de nuevo, zap zap zap. Mala puntería, salpicaduras rojas, casi le arrancan la cabeza. Plano largo de ella retorciéndose en el suelo.

—¿Reconoces algo aquí, Jimmy?

—No, nada, lo siento.

¿Cómo era posible que su madre previera que acabaría viendo esa escena?

Seguramente descubrieron algo en su ritmo cardíaco, algún aumento de energía.

Le hicieron algunas preguntas intrascendentes antes de seguir (¿Quieres un café? ¿Necesitas ir al baño?).

—¿Y quién es ese matón? —le preguntó uno de ellos.

—*Matón* —repitió Jimmy antes de echarse a reír—. Era una mofeta.

Ya estaba, ya lo había hecho. Otra traición. Un desliz inevitable.

—Pues sí que debía de ser asqueroso, el tío. Un gamberro, ¿no?

—No —dijo Jimmy riendo aún más fuerte—. No lo entiende. Una mofeta, un mofache. Un animal. —Bajó la cabeza y se la tapó con los puños, llorando de risa. ¿Por qué había tenido que meter a *Matón* en todo aquello? Para que no tuviera duda de que era ella. Para que le creyera. Pero ¿qué quería decir con eso de que no le decepcionara?

—Lo sentimos mucho, hijo —dijo el mayor de los dos policías—. Pero teníamos que asegurarnos.

A Jimmy, en ese momento, no se le ocurrió preguntarles cuándo se había llevado a cabo la ejecución. Después cayó en la cuenta de que podía llevar años muerta. ¿Y si era un montaje? Era posible que se tratara de una ficción digital, o al menos los disparos, los salpicones de sangre, la caída. Quizá su madre seguía con vida, en libertad. En ese caso, ¿qué había revelado él con su confesión?

Las siguientes semanas fueron las peores de su vida. Le asaltaban multitud de recuerdos, muchas de las cosas que había perdido o, más triste aún, que nunca había llegado a tener. Todo aquel tiempo desaprovechado, y sin saber siquiera quién lo había malgastado.

Casi siempre estaba enfadado. Al principio propiciaba el encuentro con sus amantes, pero se mostraba malhumorado con ellas, no lograba entretenerlas y, lo que era peor, el sexo ya no le interesaba. Ya no respondía a sus mails—«¿Qué te ha pasado? ¿Es por algo que te he hecho? ¿Necesitas ayuda?»—y no les devolvía las llamadas: no tenía sentido explicarles nada. En otra época habría convertido la muerte de su madre en un psicodrama, habría intentado suscitar la simpatía de las mujeres, pero ahora ya no quería eso.

¿Qué era lo que quería?

Probó con los bares de copas del complejo. Pero ahí no había alegría. Conocía a casi todas esas mujeres, y su desesperación no era precisamente lo que más falta le hacía. Volvió a navegar por las páginas porno de Internet, y le pareció que habían perdido el encanto de la novedad: le resultaban repetitivas, mecánicas, desprovistas de su anterior encanto. Buscó el sitio de HottTotts con la esperanza de que, como era algo que ya conocía, tal vez se sentiría menos aislado. Pero ya no existía.

Había empezado a beber a solas, mala señal. No debía hacerlo, lo único que conseguía era deprimirse, sin embargo, tenía que mitigar el dolor de alguna manera. ¿Qué dolor? El dolor de las zonas crudas y destruidas, de las membranas dañadas

desde las que golpeaba contra la Gran Indiferencia del Universo. Una gran boca de tiburón, el Universo. Incontables hileras de dientes afilados como cuchillas.

Sabía que titubeaba, que iba dando traspiés. Todo en su vida era provisional, carecía de cimientos. Hasta el lenguaje había perdido solidez; se había convertido en algo endeble, contingente, resbaladizo, una película viscosa sobre la que se deslizaba como un ojo se desliza sobre un plato. Un ojo, no obstante, que aún veía. Ése era el problema.

Se acordó de su despreocupada juventud. Inconsciente, todo le resbalaba, pasaba por las cosas sin inmutarse, silbaba en la oscuridad, era capaz de superar cualquier obstáculo. No hacía caso. En cambio ahora todo le afectaba. Los menores contratiempos eran tragedias: un calcetín perdido, un cepillo de dientes eléctrico estropeado. Incluso el amanecer lo cegaba. Era como si le estuvieran raspando la piel con papel de lija. «Ármate de valor—se dijo—. Enfrentate a los problemas. Échatelos a la espalda. Sal adelante. Créate de nuevo.»

Y eslóganes positivos por el estilo. Inspirados vómitos promocionales como ésos. Lo que en realidad deseaba era venganza. Pero ¿contra quién? ¿Por qué? Aunque dispusiera de energía para concretarla, aunque se le ocurriera contra qué dirigirla, la venganza era algo totalmente inútil.

Durante las peores noches, recurría al loro *Alex*, muerto desde hacía mucho tiempo, pero vivo y coleando en Internet, y lo veía demostrando sus aptitudes. Adiestrador. «¿De qué color es la bola redonda, *Alex*?» «¿La bola redonda?» *Alex*, con la cabeza ladeada, pensando. «Azul.» Adiestrador. «¡Buen chico!» *Alex*: «¡Nuez de corcho! ¡Nuez de corcho!» Adiestrador: «¡Aquí tienes!» Y entonces le daban una mazorquita de maíz, que no era lo que él quería, y volvía a pedir una almendra. A Jimmy se le saltaban las lágrimas ante esa imagen.

Se quedaba despierto hasta muy tarde, y cuando se acostaba permanecía mirando el techo, repitiendo una y otra vez su lista de palabras obsoletas, porque en ellas encontraba cierto consuelo. Azada. Afasia. Arado. Enigma. Trabuco. Si el loro *Alex* fuera suyo, serían amigos, serían hermanos. Le enseñaría más palabras. Redoble. Grosero. Quebranto.

Pero ya ni las palabras lo consolaban. No hallaba nada en ellas. Ya no le complacía poseer aquellas pequeñas colecciones de letras que otros habían olvidado. Era como conservar sus dientes de leche en una caja.

A punto de dormirse, ante sus ojos aparecía una procesión que, surgiendo de las sombras, giraba a la izquierda y atravesaba su campo de visión. Niñas delgadas, muy jóvenes, de manos pequeñas, con lazos en el pelo, guirnaldas de flores de muchos colores. El campo estaba verde, pero no era una escena pastoral: eran niñas que estaban en peligro, que necesitaban que alguien las rescatara. Había algo —una presencia amenazadora—, detrás de los árboles.

O tal vez el peligro estuviera en él. Tal vez el peligro fuera él, un animal con garras que observaba desde la cueva en penumbra que era el interior de su propio cráneo.

O tal vez eran las propias niñas las que resultaban peligrosas. Esa posibilidad siempre existía. Podían ser un cebo, una trampa. Sabía que eran mucho mayores de lo que aparentaban, y que tenían mucho más poder. Y, a diferencia de la suya, su sabiduría era despiadada.

Las niñas estaban tranquilas, eran serias y ceremoniosas. Lo miraban, veían en su interior, lo reconocían y lo aceptaban, aceptaban su oscuridad. Y entonces sonreían.

«Oh, cariño. Te conozco. Te veo. Sé lo que quieres.»

Capítulo 11

Cerdones

Jimmy está en la cocina de la casa donde vivían cuando tenía cinco años, sentado a la mesa. Es la hora de comer. Frente a él, en un plato, hay una rebanada de pan, una cabeza plana hecha con mantequilla de cacahuete, con una brillante sonrisa de mermelada y unas pasas a modo de dientes. Es algo que le da pavor. De un momento a otro, su madre va a entrar en la cocina. Pero no lo hará, su silla está vacía. Debe de haberle dejado la comida preparada. ¿Adónde se ha ido? ¿Dónde está?

Se oye el sonido de algo que rasca. Proviene de la pared. Al otro lado hay un ser que está abriendo un agujero, que avanza. Se fija en ese trozo de pared, debajo del reloj de los pájaros que dan las horas. «Uhú, uhú, uhú», ulula el petirrojo. Eso es obra suya; ha manipulado el reloj y ahora el búho pía y el cuervo hace «ti, ti, ti». Sin embargo, ese reloj no estaba ahí cuando él tenía cinco años. Lo compraron más tarde. Hay algo que falla. La hora está mal, no sabe qué pasa, el miedo lo paraliza. La pared empieza a resquebrajarse, y se despierta.

No soporta este tipo de sueños. El presente ya es malo de por sí sin necesidad del pasado. «Aprovecha el presente.» Había redactado esa frase para un calendario que regalaban con un producto falsamente potenciador del apetito sexual en las mujeres. ¿Por qué encadenar tu cuerpo al reloj? Libérate de la esclavitud del tiempo, etcétera, etcétera. La imagen mostraba a una mujer con alas, en lo alto de una montaña de ropa sucia, o tal vez de piel, a punto de emprender el vuelo.

Así que el presente ya está aquí, éste, el que se supone que debería aprovechar. Ha apoyado la cabeza en una superficie dura, con el cuerpo doblado en una silla; todo él es un gran espasmo. Se estira y grita de dolor.

Tarda un minuto en saber dónde está. Ah, sí, el tornado, la garita. Todo está en silencio, el viento ya no silba, ya no hay más ráfagas. ¿Es esa misma tarde? ¿Es de noche? ¿Ya es la mañana siguiente? En la sala hay luz, luz natural; entra por una ventana que hay al otro lado del mostrador, una ventana blindada con intercomunicador en la que en un pasado lejano había que informar del motivo de la visita; la ranura para pasar los documentos microcodificados, la cámara que grababa las veinticuatro horas, la caja parlante y de rostro sonriente que te sometía al cuestionario, todo, literalmente, ha saltado por los aires. Granadas de mano, sin duda. Hay muchos cascotes por todas partes.

Algo en una esquina sigue arañando la pared. Al principio no logra distinguir qué es. Parece una calavera. Luego se percata de que es un cangrejo de tierra, con la concha redonda, amarillenta, tan grande como una cabeza reducida, y una pinza gigante. Está ampliando un hueco en los cascotes.

—¿Qué coño estás haciendo aquí? —le pregunta—. Tendrías que estar fuera, destrozando los jardines. —Le lanza la botella vacía de bourbon, pero falla y el

recipiente se estrella contra el suelo. Qué estupidez por su parte. Ahora todo está lleno de cristales. El cangrejo se vuelve hacia él con la pinza levantada, y luego se refugia en su cueva a medio excavar, donde se queda inmóvil, vigiéndolo. Seguro que ha entrado para escapar de la tormenta, igual que él, y ahora no sabe salir.

Se levanta de la silla, asegurándose primero de que no haya serpientes ni ratas ni nada que no le apetezca pisar. Mete las velas y las cerillas en la bolsa de plástico y se acerca con cuidado a la puerta que da a la zona principal de la recepción. La cierra muy bien al salir: no desea que ningún cangrejo lo ataque a traición.

Junto a la puerta se detiene a inspeccionar. No hay animales a la vista, exceptuando un trío de cuervos en lo alto de un muro. Se intercambian algunos graznidos, cuyo objeto debe de ser él. El cielo muestra el color gris rosado del amanecer. Apenas hay nubes. El paisaje ha sufrido cambios desde el día anterior: hay más planchas metálicas sueltas, más árboles arrancados de raíz. El suelo embarrado está cubierto de hojas y ramas caídas.

Si emprende la marcha ahora mismo, es posible que alcance el centro comercial a media mañana. Aunque su estómago ya protesta, no desayunará hasta que llegue. Ojalá le quedaran anacardos, pero sólo tiene las sardinas SoyOBoy, y se las guarda para un caso de necesidad.

El aire está fresco, limpio, y el intenso aroma a hojas mojadas disimula el olor a rancio de la garita. Aspira con ganas y echa a andar hacia el centro comercial. Tres travesías más allá se detiene. Siete cerdones acaban de aparecer como salidos de la nada. Lo miran y yerguen las orejas. ¿Son los mismos de ayer? Los observa y ellos avanzan en su dirección.

Es evidente que están tramando algo. Se vuelve y regresa a su refugio, acelerando el paso. Están bastante lejos, así que si es necesario empezará a correr. Mira por encima del hombro y ve que ya han empezado a trotar. Aprieta el paso, empieza a correr despacio. Entonces ve que hay otro grupo de ocho o nueve cerdones al otro lado de la valla, que se dirigen hacia él a través de la Tierra de Nadie. Ya casi han llegado al acceso principal, y siguen avanzando en su dirección. Es como si lo tuvieran todo muy bien planeado, como si los dos grupos se hubieran puesto de acuerdo, como si hiciera rato que supieran que él estaba dentro de la garita y hubieran estado esperando a que saliera, a que se alejara para rodearlo.

Llega a la garita, entra y empuja la puerta. Pero el cierre electrónico no funciona, claro.

—¡Claro! —grita. Así que podrán empujar y entrar, hacer fuerza con las patas, con el hocico. Los cerdones siempre han sido unos maestros del escapismo. De haber tenido dedos, habrían dominado el mundo. Corre hacia la sala contigua, que es la recepción, empuja la puerta, pero el cierre también está estropeado, por supuesto. Arrastra el escritorio sobre el que se ha quedado dormido y lo instala delante de la

puerta. Mira por la ventana blindada: ya llegan. Han empujado la puerta sirviéndose del hocico y están en la primera sala. Son veinte o treinta, casi todos machos. Gruñen ávidos, se apretujan, husmean su rastro. Uno de ellos acaba de descubrirlo por la ventana. Más gruñidos. Ahora todos lo miran. Lo que ven es su cabeza, unida a lo que saben que es un delicioso pastel de carne que sólo hay que cortar para empezar a comer. Los dos más corpulentos, dos machos con— sí —afilados colmillos, se acercan juntos hasta la puerta y empiezan a embestirla con la testuz. Los cerdos trabajan en equipo. Mucho músculo ahí fuera.

Y si no logran abrir la puerta, lo esperarán en el exterior. Harán turnos. Unos vigilarán la ventana mientras otros montan guardia. No tienen prisa. Se morirá de hambre. Lo huelen. Huelen su carne.

Ahora se acuerda del cangrejo de tierra. Pero ya no está. Seguramente estará metido en su madriguera. Eso es lo que él necesita también. Una madriguera. Una madriguera, un caparazón, unas pinzas.

—Bueno —dice en voz alta—. Y ahora, ¿qué?

«Cariño, estás bien jodido.»

Radio

Tras un intervalo en blanco durante el que no se le ocurre nada, Hombre de las Nieves se levanta de la silla. No recuerda haberse sentado, pero es evidente que lo ha hecho. Siente un calambre en las tripas. Debe de estar muy asustado, aunque no lo nota. En apariencia está tranquilo. A cada embestida, la puerta cede un poco. Los cerdone no tardarán en entrar. Saca la linterna de la bolsa de plástico, la enciende, entra en la habitación del fondo, donde están los dos hombres con los biotrajés tirados en el suelo. Recorre las paredes con el haz de luz. Hay tres puertas cerradas. Seguramente ayer noche ya las vio, pero ayer noche no intentaba huir.

Dos de ellas no se abren. Estarán encalladas. La tercera sí. Ahí, como una repentina esperanza, nace una escalera. Una escalera empinada. Los cerdone, piensa, tienen las patas cortas y la barriga gorda. Todo lo contrario que él.

Sube tan rápido que se pisa la sábana. A sus espaldas oye gruñidos y chillidos de excitación, y al cabo de un momento ya han logrado volcar el escritorio.

La escalera termina en un espacio luminoso, irregular. ¿Qué es? La torre de vigilancia. Es evidente. Debería haberlo supuesto. Hay una torre a cada lado de la verja de entrada, y otras más distribuidas a lo largo del muro. En ellas están instalados los focos, las videocámaras, los altavoces, los controles de apertura y cierre de las verjas, los pulverizadores de gases lacrimógenos, los de largo alcance. Sí; aquí están los mandos y también las pantallas. Localizas el blanco, apuntas y aprietas el botón. No era preciso ver los resultados, las explosiones, los chisporroteos, al menos no en carne viva. Durante el período de caos, los guardias seguramente dispararon desde allí a las multitudes mientras pudieron, mientras las hubo.

Ahora, desde luego, no funciona nada de todo eso. Busca dispositivos manuales —estaría muy bien cargarse a los cerdone desde ahí arriba—, pero es en vano.

Junto a la pared provista de pantallas apagadas hay una ventanilla desde la que divisa a los cerdone a vista de pájaro. El grupo entero está apostado junto a la puerta de la garita. Su aspecto es relajado. Si fueran hombres, estarían sentados, fumando. Pero alerta, vigilantes. Se aparta de la ventana. No quiere que lo descubran, que vean que está ahí arriba.

Aunque de todas formas ya lo saben. Ya deben de haber imaginado que ha subido por la escalera. ¿Pero son conscientes de que lo tienen atrapado? Porque desde donde está, no ve manera de salir.

El peligro no es inminente; ellos no pueden subir, de lo contrario ya lo habrían hecho. Dispone de tiempo para explorar, para reagruparse. «Reagruparse», qué ocurrencia. Si está solo.

Seguro que los guardas hacían turnos ahí arriba, sin salir. Hay un par de camastros en un cuartito anexo. Pero allí no hay nadie, no hay cuerpos. Tal vez

intentaran salir de RejoovenEsense, como todo el mundo. Tal vez también ellos albergaron la esperanza de escapar al contagio.

Una de las camas está hecha. La otra, no. Junto al lecho, un despertador digital de los que se activaban con la voz todavía parpadea.

—¿Qué hora es? —pregunta.

Pero no hay respuesta. Tendría que reprogramarlo, adaptarlo para que reconociera su voz.

Esa gente estaba bien equipada. Consolas de dos con sus pantallas, sus jugadores y sus auriculares incorporados. Ropa colgando en ganchos, los modelos tropicales normales para cuando estaban fuera de servicio. En el suelo, una toalla usada, un calcetín. Una pila de imágenes impresas que se habían bajado de Internet. Una chica delgada que sólo llevaba puestas unas sandalias de tacón y que hacía el pino; una rubia colgada de un gancho del techo, atada con múltiples tiras de cuero negro, con los ojos vendados pero con la boca abierta, babeante, con esa expresión de «pégame otra vez»; una mujer corpulenta con enormes tetas operadas y los labios pintados de rojo, puesta a cuatro patas, con la lengua fuera. Lo de siempre, vaya.

Seguramente se habían largado a toda prisa. Tal vez fueran los de abajo, los de los biotrajés. Era posible. Pero desde que se marcharon, parece que por allí no ha pasado nadie más. Y si alguien lo ha hecho, no ha encontrado nada que llevarse.

En uno de los cajones de la mesilla de noche hay un paquete de cigarrillos casi entero. Hombre de las Nieves saca uno. Está húmedo, pero en ese momento se fumaría hasta la pelusa de los bolsillos, y mira a su alrededor por si encuentra con qué encenderlo. En la bolsa tiene las cerillas pero ¿dónde está la bolsa? Se le habrá caído por la escalera en su huida. Se acerca al hueco, mira hacia abajo. Sí, ahí está, a cuatro peldaños del principio. Empieza a bajar con mucha cautela. Cuando extiende la mano, algo le embiste. Hombre de las Nieves retrocede, se pone a salvo, observa al cerdón que coge carrerilla antes de abalanzarse de nuevo contra la escalera. Los ojos le brillan en la penumbra. Le da la sensación de que sonrío.

Así que lo estaban esperando. La bolsa de basura ha sido el cebo. Como si supieran que en su interior había algo que acabaría necesitando, que bajaría a buscarla. Qué listos. Cuando llega otra vez arriba, le tiemblan las piernas.

Junto al cuarto de los camastros hay un pequeño baño, con taza de váter y todo. Qué oportuno: el miedo le ha soltado las tripas. Lo utiliza —hay papel, todo un regalo, hoy no tendrá que usar hojas—, y ya se dispone a tirar de la cadena cuando cae en la cuenta de que el depósito estará lleno de agua, y de que esa agua puede venirle muy bien. Levanta la tapa: pues sí, está lleno, un pequeño oasis. El agua tiene un color rojizo, pero no huele mal, así que agacha la cabeza y bebe como un perro. Después de esa descarga de adrenalina, está muerto de sed.

Ahora se siente mejor. No hay por qué desesperarse. Todavía no. En la cocina

empotrada encuentra cerillas y enciende el cigarro. Da un par de caladas y se marea, pero es una sensación que le encanta.

—Si a los noventa años tuvieras la ocasión de echar el último polvo de tu vida, sabiendo que te iba a matar, ¿lo echarías? —le preguntó Crake una vez.

—Sí, claro —contestó Jimmy.

—Eres un adicto.

Hombre de las Nieves se descubre a sí mismo canturreando mientras inspecciona los armarios de la cocina. Hay tabletas de chocolate de verdad. Un frasco de café instantáneo, otro de leche en polvo, otro de azúcar. Paté de gambas para extender sobre las galletas saladas; aunque en realidad se trata de sucedáneo, resulta comestible. Un tubo de crema de queso y un bote de mayonesa. Sopa de fideos con sabor a pollo y verduras. Galletas saladas en el interior de un recipiente hermético. Un alijo de Joltbars. Cuánta abundancia.

Se arma de valor y abre la nevera, convencido de que esos tíos no guardarían mucha comida auténtica, por lo que el hedor no será demasiado repugnante. Lo peor es la carne podrida dentro de un congelador; se la había encontrado en varias ocasiones cuando vagaba por las plebillas, los primeros días.

No, no hay nada que apeste demasiado; sólo una manzana arrugada, una naranja cubierta de un manto gris. Dos botellas de cerveza sin abrir... —¡cerveza de verdad! —. Las botellas son de las antiguas, marrones y con los cuellos estrechos.

Abre una, se bebe la mitad de un trago. Está caliente pero ¿qué más da? Luego se sienta y se come el paté de gambas, las galletas saladas, el queso y la mayonesa, y remata el menú con una cucharada de café instantáneo mezclado con leche en polvo y azúcar. Reserva la sopa de fideos, el chocolate y las Joltbars para más tarde.

En uno de los armarios hay una radio de cuerda. Piensa en cuando empezaron a distribuir esos aparatos por si los sistemas eléctricos fallaban debido a los tornados, las inundaciones o cualquier otro desastre. Sus padres tenían una cuando aún eran sus padres; él jugaba con el aparato a escondidas. Tenía una manivela que giraba para recargar las pilas, cuya energía bastaba para media hora.

Ésta parece hallarse en buen estado, así que le da cuerda. A pesar de que descarta la posibilidad de recibir alguna emisión, eso no significa que no lo desee.

Ruido estático, más ruido estático, más ruido estático. Lo intenta con la AM y luego con la FM. Nada. Sólo ese sonido como de luz de estrellas abriéndose paso en el espacio: *kkkkkkkkkkkkkkkkkkkk*. Pasa a la onda corta. Mueve el dial despacio, con cuidado. La gente tal vez haya huido a otros países, a países lejanos, Nueva Zelanda, Madagascar, la Patagonia, sitios así.

Pero no podrían haber escapado. La mayoría no, al menos. Cuando empezó, se propagó por el aire. El deseo y el miedo son universales y esos dos sentimientos habían cavado las tumbas.

Kkkkkkk. Kkkkkkkk. Kkkkkkkkk.

Por favor, habládme, suplica. Decidme algo, lo que sea.

De pronto obtiene respuesta. Una voz, una voz humana. Por desgracia habla en una lengua que relaciona con el ruso.

Hombre de las Nieves no da crédito. Así que no está solo. Hay alguien que también ha sobrevivido, alguien de su misma especie. Alguien que sabe hacer funcionar un transmisor de onda corta. Y si hay uno, seguramente habrá más. Pero éste no le sirve de gran cosa a Hombre de las Nieves, está demasiado lejos.

—¡Tonto! —Se ha olvidado de la Banda Ciudadana, de la función BC. La que debían usar en caso de emergencia. Si hay alguna persona cerca, estará usando la BC.

Mueve la clavija. Probará con «recepción».

Kkkkkkkkkk.

Pero entonces, débilmente, se oye a un hombre.

—¿Alguien me oye? ¿Hay alguien ahí? ¿Me oye? Cambio.

Hombre de las Nieves pulsa los botones. ¿Cómo se transmite? Se le ha olvidado. ¿Dónde está el muy cabrón?

—¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí! —grita. Vuelve a la función «recepción». Nada.

La verdad es que ya está reconsiderando la idea. ¿Se habrá precipitado? ¿Cómo saber quién hay del otro lado? Seguramente no es nadie con quien le gustaría ir a comer. Con todo, se siente muy contento, casi feliz. Ahora las posibilidades son mayores.

Muro

Hombre de las Nieves ha estado tan distraído —con las emociones, con la comida, con las voces de la radio— que ha olvidado el corte. Ahora, no obstante, un pinchazo se lo recuerda. Se sienta a la mesa de la cocina, levanta el pie al máximo y se lo examina. Por lo visto aún lleva clavado un cristal de la botella de bourbon. Se aprieta la planta, la estruja, ojalá dispusiera de unas pinzas o de uñas más largas. Por fin sujeta un extremo del vidrio y tira de él. Le duele, pero no sangra mucho.

Cuando ha extraído el fragmento, se limpia la herida con un poco de cerveza. Entra en el baño y rebusca en el botiquín. Nada que le resulte de utilidad, aparte de un tubo de protector solar —ineficaz para este tipo de lesiones— una pomada con antibiótico caducada, que se aplica en el corte, y los restos de un frasco de loción para después del afeitado que huele a limón artificial. También se echa un poco de esta última, porque seguramente contendrá alcohol. Debería buscar algún desinfectante, o sustancia similar, sin embargo prefiere no moverse en exceso para evitar ensuciarse el pie. No le queda más remedio que confiar en su suerte; si se le infecta se verá obligado a ir mucho más despacio y todo se retrasará. Debería haberse curado antes el corte; lo más probable es que el piso de abajo esté lleno de gérmenes.

Por la tarde, contempla la puesta de sol a través de la estrecha rendija de la ventanilla. Qué glorioso espectáculo debió de ser cuando las pantallas conectadas a las diez cámaras funcionaban y ofrecían toda la panorámica, con los colores más brillantes, los tonos rojos más nítidos. Te colocabas ahí, te ponías cómodo y a volar sobre la nube nieve. No obstante, ahora lo observan los ojos ciegos de las pantallas y ha de conformarse con el atardecer en vivo, una pequeña porción color mandarina, luego flamenco, luego sangre aguada, luego helado de fresa, justo al lado de donde debe de hallarse el sol.

A la luz rojiza, cada vez más tenue, los cerdones que le esperan abajo parecen figuritas de plástico, réplicas bucólicas sacadas de la caja de juguetes de un niño. Presentan el tono rosado de la inocencia, como muchas de las cosas que se ven desde lejos. Cuesta imaginar que pretendan atacarle.

Cae la noche. Se acuesta en uno de los camastros del dormitorio, en la cama que está hecha. Donde ahora estoy tumbado yo, dormía un hombre que está muerto, piensa. No lo previo. No contó con ninguna pista, a diferencia de Jimmy, que sí disponía de ellas, que debería haberlo previsto pero no fue capaz. Si hubiera matado antes a Crake, piensa Hombre de las Nieves, ¿habría cambiado algo?

En el ámbito cerrado de la torre hace calor, aunque ha conseguido abrir el conducto de ventilación para casos de emergencia. No se duerme al momento, así que enciende una vela —que se encuentra en un recipiente de metal con tapa, un objeto de supervivencia, pensado para hervir sopa— y se fuma otro cigarrillo. En esta

ocasión ya no se mareaba tanto. Todos sus vicios siguen latentes en su cuerpo, como flores en el desierto. En las condiciones adecuadas, sus antiguas adicciones florecerían simultáneamente, exuberantes.

Echa un vistazo a las copias impresas de las páginas porno. Esas mujeres no son su tipo, demasiado hinchadas, demasiado alteradas, demasiado obvias. Demasiada sonrisa obscena, demasiado maquillaje, demasiada lengua vacua. Experimenta consternación, no deseo.

Corrección: deseo consternado.

«Cómo eres capaz», murmura para sus adentros, y no es la primera vez, al copular mentalmente con una puta ataviada con una blusa roja y ceñida de seda china y unos zapatos de tacón de diez centímetros, con un dragón tatuado en el culo.

«Oh, cariño.»

En el cuartucho agobiante, sueña. Una vez más, se trata de su madre. No, nunca sueña con su madre, sólo con su ausencia. Está en la cocina. El viento le sopla en el oído. Se cierra una puerta. De un gancho cuelga su bata color morado, vacía, amenazadora.

Se despierta sobresaltado; el corazón le late con fuerza. Ahora recuerda que después de que su madre se marchara, él se había puesto esa bata. Conservaba su olor, el perfume de jazmín que usaba. Se miró en el espejo, vio su cabeza infantil, con la mirada ensayada de pez, el cuello que desaparecía en el envoltorio de tela femenina. Cuánto la había odiado en esos momentos. Apenas lograba respirar, se ahogaba de odio, y las lágrimas de rabia le resbalaban por las mejillas. Pese a ello, se había abrazado a sí mismo.

Los brazos de ella.

Ha puesto el despertador que se activa con la voz una hora antes del amanecer, después de calcular cuándo saldrá el sol. «Buenos días», dice el aparato con voz seductora de mujer. «Buenos días.» «Buenos días.»

—Para —ordena, y el despertador obedece.

—¿Quieres música?

—No —responde, porque aunque le tienta la idea de quedarse en la cama e interactuar con la mujer del reloj (sería casi como mantener una conversación), hoy tiene mucho que hacer. ¿Cuánto tiempo lleva lejos de la costa, de los crackers? Cuenta con los dedos. Primer día: trayecto hasta RejoovenEsense, tornado. Segundo día: acorralado por los cerdones. En ese caso, hoy debe de ser el tercero.

Desde la ventana se intuye una luz gris rata. Mea en el fregadero de la cocina, se salpica la cara con agua del depósito del váter. No debería haberla bebido ayer sin antes hervirla. Ahora hierve un poco en un cazo —en la cocina todavía queda gas—, se lava el pie, que pese a mostrarse levemente enrojecido en la zona del corte, en apariencia no ha empeorado, y se prepara un café instantáneo con mucho azúcar y

leche en polvo. Se come una Joltbar de tres frutas y se recrea en ese sabor tan familiar a aceite de plátano y a jarabe. Experimenta al instante el incremento de energía.

Ayer, durante la huida, perdió la botella de agua no sabe dónde. Teniendo en cuenta su contenido, casi se alegra; excrementos de ave, larvas de mosquito, nematodos. Rellena una botella de cerveza vacía con agua hervida, coge una bolsa de microfibras de las de lavandería y mete el agua, todo el azúcar que encuentra y las seis Joltbars. Se extiende protector solar y añade el tubo al contenido de la bolsa. Se pone una camiseta ligera de color caqui. Encuentra unas gafas de sol y decide dejar las suyas, las de un solo cristal. Se plantea la posibilidad de llevarse unos pantalones cortos, pero le quedan demasiado anchos y, además, no le protegerían las pantorrillas, así que conserva su sábana de flores, que dobla y se anuda como si fuera un sarong. Enseguida cambia de idea: se la quita y la guarda en la bolsa de la lavandería, no fuera a engancharse con algo durante el trayecto; ya se la pondrá luego. Sustituye las aspirinas y las velas que ha perdido por otras, y guarda en la bolsa seis cajas pequeñas de cerillas y la réplica auténtica de los Red Sox. No se arriesgará a que se le caiga durante la Gran Evasión.

Ya está. No pesa demasiado. Ahora debe partir.

Intenta romper la ventana de la cocina —para descolgarse por el muro que rodea el complejo con las tiras atadas de una sábana—, pero no lo consigue: el vidrio es blindado. El estrecho ventanuco que da a la verja queda descartado porque, aun en el caso de que lograra deslizarse por él, caería directamente sobre una manada de cerdones hambrientos. En el baño hay otra ventanita, muy alta, que da al mismo lado.

Después de tres horas de arduo trabajo y con la ayuda de un taburete, un sacacorchos y un cuchillo de mesa, así como de un martillo y un destornillador a pilas que al final encuentra en lo más hondo de un armario, logra desarmar el tubo de ventilación y extraer el mecanismo que se aloja en su interior. El conducto asciende a modo de chimenea antes de torcer a un lado. Supone que su delgadez le permitirá pasar por él —ventajas de la desnutrición—, aunque si se queda atrapado sufrirá una agonía lenta y ridícula. Asado en un conducto de ventilación, qué gracia. Ata un extremo de su improvisada cuerda a una pata de la mesa de la cocina —que, por suerte, está atornillada al suelo—, y se anuda el otro a la cintura. Se sujeta la bolsa de avituallamiento con otra sábana. Contiene la respiración, se introduce en el conducto, se encoge, empieza a reptar. Por suerte no es mujer; las caderas se le quedarían atascadas. No le sobra sitio, pero ha logrado asomar la cabeza al aire libre. Con un giro, consigue sacar los hombros. El muro queda casi tres metros más abajo. Se verá obligado a bajar de cabeza; espera que la cuerda improvisada resista.

Un último esfuerzo, un tirón, porque se ha quedado un poco corto, y queda colgando de lado. Se agarra a la sábana, se endereza, desata el extremo que lleva anudado a la cintura y desciende lentamente. Luego baja la bolsa con las vituallas.

Ningún problema tampoco.

Mierda. No se ha acordado de llevarse la radio de cuerda. Mala suerte, porque no piensa volver a recogerla.

El muro tiene un grosor de dos metros y los extremos de la parte superior, por donde es posible caminar, quedan protegidos por unos remates. A cada tres metros hay dos aspilleras que no están dispuestas una frente a otra, sino escalonadas, y que además de útiles para la vigilancia, también resultan prácticas para la colocación de armamento de trinchera. El muro mide casi siete metros de altura, nueve si se cuentan las dos paredes de protección. Circunda todo el perímetro del complejo, puntuado a intervalos por torres de vigilancia como la que acaba de abandonar.

El perímetro del complejo es irregular y hay otros cinco accesos. Se conoce el plano, porque lo estudió con detalle en sus días en El Paraíso, que es el lugar adonde se dirige ahora. Ya distingue la cúpula, que se eleva por encima de los árboles y brilla como una media luna. Tiene la intención de coger lo que le haga falta allí y seguir avanzando por el muro —o, si las condiciones lo permiten, atajar por el Módulo a nivel del suelo— hasta encontrar una salida lateral. El sol se halla alto en el cielo. Si no se apresura, se quemará. Le gustaría exhibirse ante los cerdones, burlarse de ellos, pero resiste la tentación. Lo seguirían desde el suelo y le impedirían bajar. Por este motivo, siempre que llega a una aspillera se agacha para que no lo vean.

Cuando llega a la tercera torre de vigilancia se detiene. Por encima del muro distingue una forma blanca que se halla baja para tratarse de una nube, aparte de que la forma tampoco coincide. Es una forma delgada, como un pilar inestable. La sitúa cerca de la costa, unos kilómetros más al norte del campamento de los crackers. Al principio lo relaciona con niebla, pero la niebla no forma columnas aisladas como ésta ni crece de ese modo. Ya no cabe duda: se trata de humo.

Los crackers encienden fuegos con frecuencia, aunque no lo bastante grandes como para producir tanto humo. Acaso sea una consecuencia de la tormenta de ayer, un incendio causado por un rayo que luego la lluvia prácticamente extinguió y que ahora se aviva. También es posible que los crackers hayan desobedecido sus órdenes, lo hayan seguido y le estén dirigiendo señales de humo para indicarle el camino de regreso. Esta última opción no le parece probable —no responde a su modo de pensar—, pero, si fuera el caso, se habrían equivocado bastante.

Se come media Joltbar y bebe un poco de agua antes de seguir avanzando sobre el muro. Cojea ligeramente, el pie le duele, pero no conviene que se detenga ahora, debe avanzar lo más rápido posible. Necesita con urgencia un pulverizador, y no sólo por los loberros y los cerdones. De vez en cuando echa un vistazo por encima del hombro. El humo sigue ahí, la misma columna. No se ha extendido. Continúa ascendiendo.

Capítulo 12

Plebillas

Hombre de las Nieves sigue cojeando sobre el muro en dirección al saliente acristalado de la cúpula-burbuja que, a modo de espejismo, se intuye cada vez más lejos. La herida no le permite avanzar y, hacia las once, el cemento se calienta tanto que resulta imposible caminar sobre él. Lleva la sábana enrollada en la cabeza y se cubre al máximo con ella. También se ha puesto la gorra y la camiseta. No obstante, a pesar del protector solar y de las dos capas de ropa, corre el peligro de quemarse. Por suerte las nuevas gafas de sol conservan los dos cristales.

Cuando alcanza la siguiente torre de vigilancia se sienta a la sombra y espera a que transcurra el mediodía. Bebe un poco. Después del momento álgido de calor y luz cegadora, cuando ya ha descargado el aguacero de cada tarde, le quedan a lo sumo tres horas de marcha. Si todo sigue como hasta ahora, llegará antes de que anochezca.

El calor desciende, rebota en el cemento. Hombre de las Nieves se relaja en él, respira en él, percibe el descenso de las gotas de sudor que, como ciempiés, recorren su cuerpo. Parpadea y entorna los ojos, y visualiza mentalmente imágenes de películas antiguas. «¿Para qué coño me necesitaba? —dice—. ¿Por qué no me dejó en paz?»

Resulta absurdo planteárselo con este calor, con este cerebro que se está convirtiendo en queso fundido. Queso fundido, no. Es preferible evitar los símiles gastronómicos. En masilla, en pegamento, en productos capilares, de esos que vienen en tubos. En el pasado los había usado. Visualiza la posición exacta del envase sobre el estante, junto a la cuchilla de afeitar; le gustaba mantener su espacio ordenado. De repente, le asalta una nítida imagen de sí mismo, recién duchado, aplicándose con las manos el producto capilar en el pelo húmedo. En El Paraíso, mientras esperaba a Oryx.

Sus intenciones eran buenas. O al menos, no eran malas. Nunca había deseado hacer daño a nadie. De verdad, nunca. Al menos en el espacio-tiempo real. Las fantasías no contaban.

Era sábado. Jimmy seguía en la cama. Cada vez le costaba más levantarse; la semana anterior había llegado tarde al trabajo en un par de ocasiones y, si sumaba esos retrasos a los acumulados, pronto se metería en problemas. Y no es que hubiera salido de juerga. Al contrario. Llevaba una temporada evitando las relaciones sociales. Los peces gordos de AnooYoo todavía no le habían echado ninguna bronca; probablemente ya se hallaban al corriente de lo de su madre, lo de su ejecución por actos de traición. Sí, por supuesto que lo sabían, aunque era el tipo de secreto a voces que nunca se comentaba en los complejos: mala suerte, mal de ojo, quizá fuera contagioso, lo preferible era fingir que no existía, etcétera. Seguro que pretendían

concederle cierto margen.

A fin de cuentas, todo tenía sus ventajas. Ahora que por fin habían borrado a su madre de la lista, tal vez no lo molestaran más.

—Levántatela, levántatela, levántatela —ordenó la voz del despertador rosa con forma de falo. El «despertador polla» se lo había regalado, a modo de broma, una de sus amantes. En su día le había parecido gracioso, pero esa mañana le resultó insultante. Para ella, para todas ellas, Jimmy no era más que una broma mecánica. Aunque a nadie le apetecía quedarse sin sexo, nadie quería tampoco ser sólo sexo, había comentado Crake en una ocasión. Ni más ni menos, pensó Jimmy. Otro enigma de la humanidad.

—¿Qué hora es? —le pidió al despertador, que ocultó el capullo y volvió a asomarlo.

—Las doce. Las doce. Las doce...

—Cállate —exigió Jimmy. El reloj le obedeció. Estaba programado para responder sólo a órdenes tajantes.

Jimmy consideró la posibilidad de levantarse, ir a la cocina, abrir una cerveza. En efecto, era una buena idea. Se había acostado tarde. Una de sus amantes, la mujer que le había regalado el despertador, de hecho, había logrado atravesar su muro de silencio. Se había presentado hacia las diez con algo de cena que había comprado en una tienda de comida para llevar—Nubbins y patatas fritas, sabía lo que le gustaba—, y una botella de whisky.

—Estoy preocupada por ti —empezó. En realidad lo que deseaba era un polvo rápido, furtivo, así que Jimmy se esmeró y ella se lo pasó bien, aunque debió de notar que no se entregaba en cuerpo y alma. Por tanto, se habían visto obligados a pasar por el «Qué te ocurre, te has cansado de mí, eres muy importante en mi vida», etcétera y bla, bla, bla.

—Sepárate de tu marido —replicó Jimmy para zanjar la cuestión—. Escapémonos a las plebillas y vivamos en una caravana fija.

—No creo que ... Es una broma, ¿verdad?

—¿Y si fuera en serio?

—Sabes que eres importante para mí. Pero mi marido también lo es y...

—De cintura para abajo.

—¿Disculpa? —Era muy fina, decía «disculpa» en vez de «qué».

—He dicho que soy importante para ti de cintura para abajo. ¿Necesitas que lo deletree?

—No sé qué te pasa; últimamente te muestras muy desagradable conmigo.

—Y soy aburrido.

—Pues ya que lo comentas, sí.

—En ese caso, lárgate y déjame en paz.

Después se habían enzarzado en una discusión, y ella había llorado, lo cual, curiosamente, había aliviado a Jimmy. Luego se terminaron el whisky. A continuación volvieron a hacer el amor. En esa ocasión Jimmy disfrutó, aunque no así su amante, porque él se comportó con brusquedad, terminó rápido y no le susurró palabras bonitas, como normalmente. «Qué culito» y esas cosas.

No debería haberse enfadado. Después de todo era una mujer guapa, con tetas auténticas y problemas propios. No estaba seguro de si volvería a verla. Probablemente sí, porque al irse le había dirigido esa mirada de «yo te curaré».

Después de mear, cuando se disponía a tomarse una cerveza, sonó el intercomunicador. Ahí estaba ella otra vez, a la carga. A Jimmy le cambió el humor al momento.

—Lárgate —soltó por el interfono.

—Soy Crake. Estoy aquí abajo.

—No me lo puedo creer. —Jimmy marcó el código que activaba la cámara de vídeo de la entrada.

Sí, era Crake, que levantaba el dedo en un gesto obsceno y sonreía a la cámara.

—Déjame entrar —insistió, y Jimmy le abrió la puerta, porque en ese instante Crake era la única persona a la que le apetecía ver.

Apenas había cambiado. La misma ropa oscura. Ni siquiera se estaba quedando calvo.

—Pero ¿qué coño te trae por aquí? —le preguntó Jimmy. Tras la alegría inicial, se avergonzaba de no haberse vestido todavía, y que el apartamento fuera un caos de polvo y colillas y vajilla sucia y cajas vacías de Nubbins. No obstante Crake ni siquiera se fijó en ello.

—Menudo recibimiento —se quejó Crake.

—Lo siento. Últimamente las cosas no me han ido muy bien.

—Sí, ya lo vi. Tu madre. Te mandé un mail, pero no me contestaste.

—No miro el correo.

—No me extraña. Incitación a la violencia, pertenencia a organización ilegal, obstaculización del libre comercio, delitos de traición contra la sociedad. Supongo que esto último sería por las manifestaciones en las que participaba, por tirar ladrillos y demás. Una lástima. Era una señora muy buena.

Aunque en opinión de Jimmy no cabía aplicar a su madre ninguno de los dos calificativos, prefirió no discutir, y menos a esas horas de la mañana.

—¿Te apetece una cerveza? —le ofreció.

—No, gracias. Sólo venía a comprobar que te encontrabas bien.

—Sí, no te preocupes.

Crake lo observó fijamente.

—Vamos a las plebillas —sugirió—. De ronda por los bares.

—Será una broma, ¿no?

—No, va en serio. Dispongo de pases: uno para cada uno.

Por lo visto, Crake se había convertido en un pez gordo. Jimmy se sintió impresionado. Además, le había conmovido que Crake se preocupara por él, que hubiera acudido a buscarlo. Pese a que últimamente habían perdido un poco el contacto —por culpa de Jimmy—, Crake seguía siendo su amigo.

Al cabo de cinco horas, ya se hallaban paseando por las plebillas del norte de Nueva York. Sólo habían tardado un par de horas en llegar: habían tomado un tren bala hasta el complejo más cercano y a continuación un coche oficial de Corpsegur con chófer armado, que algún subordinado de Crake habría contratado. El vehículo los había conducido hasta el núcleo de la acción, según lo había expresado Crake, y los había dejado allí solos. De todos modos, había añadido, estaban cubiertos, iban protegidos. No les ocurriría ninguna desgracia.

Antes de salir, Crake le había administrado una inyección: una vacuna genérica de efecto breve que había diseñado él mismo. Las plebillas, le explicó, eran como un enorme tubo de ensayo donde proliferaba toda clase de bichos que transmitían enfermedades contagiosas. Quien se criaba allí se encontraba más o menos inmunizado, excepto si irrumpía una nueva bioforma. En cambio, si alguien entraba en las plebillas procedente de los complejos, se convertía en un blanco perfecto. Equivalía a llevar un cartel en la frente que rezara: CÓMEME.

Crake también se había introducido en la nariz unos tapones de último modelo, no sólo para filtrar los agentes patógenos, sino también la contaminación. En las plebillas el aire estaba mucho más cargado de porquería debido a la escasez de torres depuradoras.

Jimmy nunca había visitado las plebillas, sólo las había vislumbrado de pasada. Le resultaba muy emocionante, aunque no estaba preparado para enfrentarse a tantísima gente que caminaba, hablaba, se apresuraba de un lado a otro. El hecho de escupir en el suelo era una costumbre de la que él, personalmente, habría prescindido. Los habitantes ricos viajaban en coches de lujo; los pobres, en bicicletas solares; las putas llevaban ropa fluorescente de licra o pantalones muy cortos, o circulaban —más atléticas, exhibiendo sus firmes muslos— montadas en motos, esquivando el tráfico. Piel de todos los colores. Cuerpos de todos los tamaños. Aunque no de todos los precios, comentó Crake: aquélla era la gama más baja. Le recomendó que se limitara a mirar y se reservara para más tarde.

Los habitantes de las plebillas no tenían pinta de ser esos deficientes mentales que tanto ridiculizaban los de los complejos; al menos la mayoría no era así. Al cabo de un rato, Jimmy logró relajarse y disfrutar de la experiencia. Había muchísimo que ver, gran cantidad de oferta y venta ambulante. Luces de neón, carteles, anuncios por todas partes. También halló vagabundos de verdad, mujeres que mendigaban, como

en los viejos DVD musicales. Jimmy imaginaba que en cualquier momento se desprenderían de sus botas gastadas y empezarían a cantar. En las esquinas se apostaban bandas de músicos callejeros, por no mencionar las de gamberros. Asimetrías, deformidades; los rostros no guardaban la menor relación con la regularidad presente en los complejos. Incluso distinguió dentaduras cariadas. Increíble.

—Cuidado con la cartera —le advirtió Crake—. Aunque dinero no vas a necesitar.

—¿Por qué no?

—Invito yo.

—Ni hablar.

—Ya pagarás la próxima vez.

—En ese caso, de acuerdo.

—Ya hemos llegado a lo que llaman «la calle de los sueños».

En ese lugar las tiendas eran más elegantes, los escaparates más sofisticados.

«¿Tus genes están tristes? —leyó Jimmy—. ¡Pues ven a Recorta y Pega!» «¡Adiós a todos tus males!» «¿Por qué ser bajito?» «¡Conviértete en Goliat!» «¡Niños de ensueño!» «¡Arréglate esas cartucheras!» «Cunitas Llenas S.L.» «¿No das la talla? Ven a ver a Longfellow.»

—Aquí transforman en oro nuestro trabajo —señaló Crake.

—¿Nuestro trabajo?

—Los desechos de Rejoov y los de otros complejos que se encargan de temas orgánicos.

—¿Y cumplen lo que prometen? —Más que por las promesas en sí, Jimmy se sentía impresionado por los eslóganes: mentes como la suya se habían pasado al otro bando. Su mal humor de la mañana se había esfumado y se encontraba de buen talante. Recibía tantos estímulos, tanta información, que no alcanzaba a almacenarlo todo.

—Bastante —dijo Crake—. Aunque nada es perfecto. Además, la competencia es feroz, especialmente con todos los progresos de los rusos, los japoneses y los alemanes, por supuesto. Sin olvidar a los suecos. No obstante, nosotros nos mantenemos ya que nuestros productos han adquirido fama de ser fiables. Los compradores acuden desde todo el mundo. El sexo, la orientación sexual, la estatura, el color de la piel y el de los ojos, cualquier rasgo está en venta, todo es susceptible de ser creado y recreado. Ni te imaginas la cantidad de dinero que cambia de mano sólo en esta calle.

—Vamos a tomar algo —propuso Jimmy. Pensaba en su hermano hipotético, el que aún no había nacido. ¿Era ahí donde su padre y Ramona habían ido a comprarlo?

Fueron a tomar una copa y luego a picar: ostras auténticas, señaló Crake, ternera

japonesa auténtica, alimentos más preciados que los diamantes. La cena debió de costarle una fortuna. Visitaron un par de locales más y acabaron en un bar donde ofrecían un espectáculo de sexo oral sobre trapecios. Jimmy pidió una bebida anaranjada que brillaba en la oscuridad y luego dos rondas más de lo mismo. En ese punto empezó a contar a Crake la historia de su vida —no, la de su madre—, una sola frase larga y enrevesada, una tira de chicle que emergía continuamente de su boca. Después se encontró en otra parte, en una gigantesca cama de satén verde donde dos chicas cubiertas por completo de lentejuelas, que llevaban pegadas a la piel y que brillaban como escamas de peces auténticos, se ocuparon de ellos. Jimmy nunca había estado con una chica capaz de semejantes contorsiones y retorcimientos.

¿Fue allí o tal vez en alguno de los bares donde salió a colación el tema del trabajo? A la mañana siguiente ya no se acordaba. Crake le había dicho: «Hay trabajo para ti en Rejoov», y Jimmy le había contestado: «¿De qué tipo, limpiar los lavabos?», y Crake se había echado a reír y había replicado: «Mejor que eso.» Sin duda Jimmy había aceptado, aunque no lo recordara. Habría aceptado cualquier empleo, sin importar lo que fuera. Quería marcharse, pasar página. Estaba listo para iniciar un nuevo capítulo.

BlyssPluss

El lunes siguiente al fin de semana que pasó con Crake, Jimmy se dirigió a AnooYoo para dedicar otra jornada a pescar palabras. Se sentía agotado, pero confiaba en que no se le notara. Aunque la empresa alentaba todo tipo de experimentos químicos entre su clientela, desaprobaba cualquier devaneo de su personal en ese mismo sentido. Lógico, pensó Jimmy. En el pasado, los contrabandistas de licores casi nunca bebían. Al menos eso había leído en alguna parte.

Antes de sentarse a su escritorio, pasó por el baño y se miró al espejo. Su rostro le recordó una pizza regurgitada. Para colmo de males había llegado tarde aunque, por una vez en la vida, nadie se había percatado. De pronto ahí estaba su jefe, acompañado de unos funcionarios de alto rango a los que Jimmy no conocía. Le estrecharon la mano, le palmearon la espalda y le ofrecieron una copa de algo similar a champán. «¡Albricias! ¡Ambrosía de los dioses! Glu, glu, glu», ironizó el bocadillo de su viñeta mental; sin embargo, él se limitó a beber.

En ese momento le aseguraron que había sido un placer haber contado con él en AnooYoo, que había demostrado ser una pieza clave, que le deseaban lo mejor en su nuevo destino y, de paso, lo felicitaron. El finiquito se le ingresaría de inmediato en su cuenta del Corpsbank. Sería una cantidad generosa, superior a la que le correspondía por el período trabajado ya que, para ser sinceros, sus amigos de AnooYoo querían que Jimmy guardara un buen recuerdo de ellos cuando se incorporara a su fabuloso nuevo puesto de trabajo.

Fuera el que fuese, pensó Jimmy mientras viajaba en el tren bala sellado. Era un convoy que habían fletado especialmente para él, al igual que la mudanza, de la cual se ocuparía un equipo de profesionales, no había motivo de preocupación. Apenas le quedó tiempo para ponerse en contacto con todas sus amantes, y cuando conseguía hablar con ellas descubría que Crake —cuyos tentáculos, por lo visto, eran largos— ya las había puesto al corriente personalmente, de manera discreta. ¿Cómo se había enterado de la existencia de esas mujeres? Tal vez hubiera metido las narices en su correo electrónico, lo cual no le habría resultado difícil. Pero ¿por qué iba a molestarse?

«Te echaré de menos, Jimmy», le escribió una en un mail.

«¡Oh, Jimmy, eras tan divertido!», le escribió otra.

Ese uso del pasado le pareció rarísimo. Ni que se hubiera muerto.

La primera noche que Jimmy pasó en RejoovenEsense, se alojó en el hotel de invitados VIP. Se sirvió una copa del minibar, whisky solo, auténtico, y se entretuvo un buen rato mirando el paisaje por la ventana. No es que se divisara un gran espectáculo, sólo luces. Distinguía la cúpula de El Paraíso, un inmenso semicírculo a

lo lejos, bañada por una luz que la iluminaba desde abajo, aunque por entonces aún no sabía qué era. Supuso que se trataba de una pista de patinaje cubierta.

A la mañana siguiente, Crake lo acompañó en una visita guiada por el complejo en su coche eléctrico trucado. A Jimmy no le quedó más remedio que admitir lo espléndido del lugar. Todo brillaba de tan nuevo y tan limpio; el paisaje estaba domesticado y era ecológicamente impecable, y desde luego muy caro. El aire se hallaba libre de partículas contaminantes gracias a las muchas torres depuradoras alimentadas por energía solar y que se encontraban discretamente disimuladas bajo la apariencia de obras de arte moderno. Las rocas reguladoras se ocupaban de los microclimas y mariposas grandes como platos revoloteaban entre arbustos de colores luminosos. En comparación, todos los módulos que había visto hasta entonces, incluido el de Watson-Crick, resultaban anticuados y atrasados.

—¿De dónde sale tanto dinero? —preguntó a Crake mientras pasaban por delante de un impresionante centro comercial, el Luxuries Mall: mármol por todas partes, columnas, cafeterías, helechos, restaurantes de comida para llevar, circuitos de patinaje, bares de zumos, un gimnasio que se autoabastecía de energía pues al correr en las cintas se mantenían las luces encendidas, fuentes decorativas de estilo romano con ninfas y dioses marinos.

—Del dolor ante la inminencia de una muerte inevitable —explicó Crake—. Del deseo de detener el tiempo. De la condición humana.

Menuda respuesta, protestó Jimmy.

—Ya lo descubrirás.

Comieron en un restaurante de cinco tenedores del complejo, en una especie de balconada con aire acondicionado y vistas al principal invernadero de plantas orgánicas. Crake pidió cordero kanga, un nuevo híbrido australiano que combinaba el carácter plácido y el alto aporte proteínico del cordero con la resistencia a las enfermedades del canguro, y en el que habían suprimido además las flatulencias generadoras de metano, perjudiciales para la capa de ozono. Jimmy, por su parte, optó por el capón relleno de pasas (capón auténtico de granja, pasas auténticas, secadas al sol, le aseguró Crake). Como estaba tan acostumbrado a los ChickieNobs, a su textura blanda, como de tofu, y a su insipidez, aquel capón le supo a un plato de caza mayor.

—Mi unidad se llama El Paraíso —comentó Crake mientras se terminaba el plátano de soja flambeado—. Y nos dedicamos a la inmortalidad.

—Gomo todo el mundo —acotó Jimmy—. Parece que casi la han conseguido en ratas.

—Ese «casi» es crucial.

—¿Y qué pasa con los de la criogenia? —le preguntó Jimmy—. Congelan la cabeza y reconstruyen el cuerpo, cuando averigüen cómo conseguirlo, claro. He oído

que están subiendo como la espuma. Sus acciones en bolsa se cotizan bien.

—Sí, claro, y al cabo de dos años, los sacan por la puerta de atrás e informan a los parientes de que se ha producido un apagón. No importa, con nuestros avances la congelación no tiene futuro.

—¿A qué te refieres?

—Pues que ya no será necesario morir —recalcó Crake.

—¿En serio ya lo habéis conseguido?

—Todavía no. Pero no hay más que ver el presupuesto para Investigación y Desarrollo.

—¿Millones?

—Billones.

—¿Me permites otra copa? —le preguntó Jimmy. La noticia era excepcional.

—No. Escúchame con atención.

—Soy capaz de escuchar y beber a la vez.

—No creo.

—Te lo demostraré.

En El Paraíso, le contó Crake —y después de comer visitarían las instalaciones—, habían iniciado dos proyectos importantes. El primero, la pastilla BlyssPluss, de naturaleza profiláctica, se inspiraba en una lógica aplastante: con la supresión de las causas externas de muerte, la mitad del camino ya estaba andado.

—¿Causas externas? —preguntó Jimmy.

—La guerra, que no es más que energía sexual mal canalizada y que nosotros consideramos un factor más decisivo que las causas económicas, raciales y religiosas que suelen argüirse. Las enfermedades contagiosas, en especial las de transmisión sexual. La superpoblación, que conduce (como se ha visto en el caso de los negros) a la degradación medioambiental y a la desnutrición.

Jimmy objetó que eso era una aspiración imposible; que muchas de las soluciones que se habían intentado en esos ámbitos habían fracasado.

Crake sonrió.

—Si al principio no sale bien, hay que consultar las instrucciones —señaló.

—¿Cómo?

—El objeto de estudio de la humanidad ha de ser el hombre.

—¿Cómo?

—Que debes trabajar con lo que tienes sobre la mesa.

El diseño de la pastilla BlyssPluss tomaba en cuenta una serie de variables, básicamente la naturaleza de la naturaleza humana, y las orientaba en una dirección más beneficiosa de la que hasta entonces habían adoptado. Se basaba en estudios realizados con los desgraciadamente extintos chimpancés pigmeos o bonobos, parientes cercanos del *Homo sapiens sapiens*. A diferencia de este último, el bonobo

no había sido parcialmente monógamo con tendencias polígamas y poliandras. Al contrario, había sido indiscriminadamente promiscuo, sin establecer lazos afectivos de pareja, y pasaba la mayor parte de su vida de vigilia comiendo o copulando. Su factor de agresividad intraespecífico había sido muy bajo.

Esta característica había conducido al concepto de BlyssPluss. El objetivo era lograr una pastilla que, en una sola toma:

A) protegiera al consumidor de todas las enfermedades de transmisión sexual, ya fueran mortales, simplemente molestas o apenas apreciables.

B) proporcionara un nivel ilimitado de libido y de competencia sexual, combinado con una sensación generalizada de energía y bienestar para, en consecuencia, reducir la frustración y la retención de testosterona que suscitaba los celos y la violencia, así como eliminar el sentimiento de baja autoestima.

C) prolongara la juventud.

Las ventas se basarían en estas tres propiedades, aunque existía una cuarta que no se divulgaría. La pastilla BlyssPluss también actuaría como anticonceptivo infalible y definitivo, tanto para hombres como para mujeres, a fin de controlar la natalidad de manera automática. Se trataba de un efecto que, en función de las necesidades (por ejemplo, si la población de una zona concreta disminuía demasiado) era susceptible de ser revertido, aunque no individualmente.

—Vaya, que pretendéis esterilizar a la población sin el conocimiento de los afectados, con la excusa de que se lo pasarán en grande de orgía en orgía, ¿no?

—Ésa sería una descripción brutal —opinó Crake.

Semejante medicamento, añadió, proporcionaría beneficios a gran escala, y no sólo a los individuos —aunque en ese ámbito también debía resultar atractivo, si pretendían obtener beneficios económicos—, sino a la sociedad en su conjunto; incluso más que a la sociedad: al planeta entero. Los inversores se mostraban sumamente interesados, se trataba de un proyecto de alcance global. Todo eran ventajas. Inconvenientes, ninguno. Crake estaba muy ilusionado.

—No sabía que fueras tan altruista —le dijo Jimmy. ¿Desde cuándo era Crake una especie de filántropo?

—No hablamos de altruismo exactamente, sino más bien de una cuestión de supervivencia. He leído los últimos informes confidenciales de Corpsegur sobre demografía. Como especie, nos encontramos en un callejón sin salida, una situación mucho peor de lo que se supone. No se atreven a hacer públicas las estadísticas por miedo a que el personal, sencillamente, se rinda, pero créeme, nos estamos quedando sin espacio —tiempo. Hace bastante que, en zonas geopolíticas marginales, la demanda de recursos supera el suministro, de ahí las hambrunas y las sequías. Es cuestión de tiempo que ese exceso de demanda nos afecte a todos. Con la pastilla BlyssPluss, la humanidad alcanzará más probabilidades de sobrevivir.

—¿Y cómo ocurrirá eso, según tú? —Tal vez Jimmy no debería haber tomado esa última copa. Se sentía algo confuso.

—Habrá menos gente, y tocaremos a más.

—¿Y si esa gente, aunque menos numerosa, se muestra avara y derrochadora? —preguntó Jimmy—. No hay que descartar esta posibilidad.

—Eso no ocurrirá.

—¿Y ya habéis obtenido la pastilla esa? —Jimmy empezaba a captar las posibilidades. Sexo de primera, sin perjuicios. Ya que lo pensaba, a su libido no le vendría mal un poco de energía—. ¿Y te vuelve a salir el pelo? —Estuvo a punto de preguntarle dónde podía conseguir una, pero se contuvo a tiempo.

La idea era buena, explicó Crake, pero todavía estaban puliéndola. Aún no habían logrado que funcionara a la perfección en todos sus efectos; se encontraban en la fase de los ensayos clínicos. Dos de los sujetos de la experimentación se habían puesto a follar sin parar hasta que, literalmente, habían caído muertos. Otros habían atacado sexualmente a ancianas y mascotas, y se habían registrado algunos desgraciados casos de priapismo y estallidos de pene. Por otra parte, al principio, el mecanismo de protección contra enfermedades de transmisión sexual había fallado por completo. Un sujeto había contraído un herpes genital que le cubría toda la epidermis, muy desagradable a la vista, pero se lo habían curado con láser y exfoliaciones, al menos de momento. En definitiva, que se habían producido errores y se habían seguido caminos que no conducían al lugar esperado; no obstante, en ese momento ya estaban muy cerca de la solución.

Desde luego, prosiguió Crake, la nueva sustancia se convertiría en toda una revolución económica. Sería la pastilla indispensable para cualquier individuo, en cualquier país, en cualquier sociedad. Eran conscientes de que las religiones se opondrían, ya que su razón de ser era el sufrimiento, la suspensión indefinida de la gratificación y la frustración sexual; sin embargo, sólo supondrían un simple retraso. La marea del deseo humano, el anhelo de más y mejores ventajas, las desbordaría. Se haría con el control de la situación y dominaría el desarrollo de los acontecimientos, como había sucedido siempre en todas las grandes revoluciones de la historia.

Jimmy admitió que todo eso parecía muy interesante. Si finalmente se solucionaban las dificultades, claro. El nombre que le habían puesto también era adecuado. Sonaba a susurro, a seducción. Le gustaba. Él, personalmente, no tenía la menor intención de probarla. Ya se enfrentaba a suficientes problemas. Sólo le habría faltado que le explotara el pene.

—¿Y de dónde sacáis a los sujetos para los ensayos clínicos? —preguntó.

Crake sonrió.

—De los países pobres. Les pagamos unos cuantos dólares, no muchos, y ni siquiera saben qué están tomando. Son casos sexuales, claro, y nos ayudan de buen

grado. Casas de putas. Cárceles. Y desesperados, como de costumbre.

—¿Y yo? ¿Dónde encajo yo en todo esto?

—A ti te toca hacer la campaña publicitaria. —Crake sonrío.

Loco Adán

Después de comer, fueron a El Paraíso.

La cúpula se hallaba en el extremo oriental del complejo de Rejoov, rodeada por un parque, una plantación exuberante de clima controlado que constaba de gran variedad de híbridos tropicales, sobre los que se elevaba como una órbita ocular ciega. En torno al parque habían dispuesto unas medidas de seguridad muy estrictas, explicó Crake; ni los de Corpsegur entraban. Crake había concebido El Paraíso y ésa había sido una condición innegociable, sin la que no hubiera aceptado llevarlo a la práctica; no estaba dispuesto a que una pandilla de ignorantes metieran las narices en asuntos que no entendían.

El pase de Crake les permitía entrar a los dos, claro. Franquearon la primera verja y enfilaron por un camino arbolado hasta un segundo puesto de control, con guardias —eran agentes privados de El Paraíso, puntualizó Crake, no pertenecían a Corpsegur— que parecieron surgir de entre los arbustos. Luego, más árboles. Y después, la pared curvada de la cúpula— burbuja. Crake señaló que pese a su aspecto frágil, estaba construida con una nueva aleación ultrarresistente a base de adhesivo de molusco, silicona y formaciones dendríticas. Para atravesarla se precisarían herramientas de última generación, pues poseía la capacidad de regenerarse tras cualquier impacto y de reparar automáticamente cualquier grieta. Además, al igual que la cascara del huevo, era porosa y filtraba el aire, aunque para ello precisaba de corriente generada por energía solar.

Dejaron el coche de golf a cargo de un guardia y cruzaron la puerta exterior, que produjo un silbido al cerrarse.

—¿A qué se debe ese ruido? —preguntó Jimmy, inquieto.

—Es un sistema de compartimento estanco, como en las naves espaciales.

—¿Con qué propósito?

—Por si fuera preciso sellar las instalaciones. Bioformas hostiles, ataques de toxinas, fanáticos. Lo de siempre.

Jimmy empezaba a sentirse un poco incómodo. En realidad, Crake no le había contado con detalle la finalidad de todas esas instalaciones.

—Espera y verás —se había limitado a decir.

Después de la puerta interior, el complejo que apareció ante sus ojos era bastante normal. Pasillos, puertas, personal con carpetas digitales y empleados sentados frente a pantallas. Era como OrganInc Farms, como HelthWyzer, como Watson-Crick, pero más nuevo. El equipamiento era sólo el envoltorio externo, señaló Crake. Lo que en realidad importaba en investigación era la calidad de los cerebros.

—Y aquí contamos con los mejores —añadió, mirando a izquierda y derecha.

A cambio de esas palabras recibió múltiples sonrisas de agradecimiento y

muestras de un respeto en absoluto fingido. Jimmy no sabía con exactitud qué puesto ocupaba Crake, sin embargo fuera cual fuese sobre el papel —siempre se había mostrado vago al respecto—, era evidente que se trataba del líder del hormiguero.

Todos los miembros del equipo llevaban unas chapas con letras escritas en mayúsculas:

RINOCERONTE NEGRO, NOGAL ANTILLANO, PICO DE MARFIL, OSO POLAR, TIGRE DE BENGALA, LOTIS AZUL, ZORRO DEL DESIERTO.

—¿Esos nombres los has sacado del Extintaton! —exclamó Jimmy.

—No sólo los nombres. Esta gente es el Extintaton. Son los Grandes Maestros. Lo que estás viendo es el Loco Adán, lo mejor de la cosecha.

—No doy crédito. ¿Cómo han llegado hasta aquí?

—Son los genios de la hibridación genética—continuó Crake—. Los responsables de todos aquellos cambios, los microbios que se alimentaban de asfalto, los que propagaban herpes de colores fluorescentes por la Costa Oeste, los de las avispas de los ChickieNobs y mucho más.

—¿Herpes fluorescentes? Es la primera noticia —dijo Jimmy. Le resultaba gracioso—. ¿Y cómo los localizaste?

—No era el único que se interesaba por ellos. Empezaban a ser bastante criticados en algunos sectores. Yo me limité a adelantarme a los de Corpsegur. Al menos en bastantes casos.

Jimmy estuvo a punto de preguntar: «¿Y qué pasó con el resto?», pero se contuvo a tiempo.

—Bueno, entonces, ¿los secuestraste o qué? —A Jimmy no le habría sorprendido en exceso, el robo de cerebros era una práctica habitual, aunque en general las fugas se producían entre países, no dentro de un mismo territorio.

—Logré persuadirlos de que vivirían mejor y estarían más a salvo conmigo.

—¿A salvo? ¿De la autoridad?

—Les ofrecí documentación legal. La mayoría aceptó, sobre todo cuando accedí a destruir sus identidades reales y todos los registros de sus anteriores existencias.

—Yo creía que esa gente se oponía a los complejos —comentó Jimmy—. Lo que hacía el Loco Adán era bastante hostil, al menos lo que me mostraste a mí.

—Sí, se oponían a los complejos, y seguramente eso no ha cambiado. Pero después de la Segunda Guerra Mundial del siglo XX, los aliados también invitaron a muchos científicos aeronáuticos alemanes a trabajar con ellos, y no recuerdo que ninguno rechazara la oferta. Cuando el juego concluye, siempre te queda la opción de cambiar de tablero.

—¿Y si intentan sabotajes, o...?

—¿O se escapan? Sí —admitió Crake—. Al principio se produjo un par de casos. No les gustaba el juego de equipo. Supusieron que podrían llevarse lo que habían

logrado aquí, que conseguirían sacarlo. Pasarse a la clandestinidad. Empezar de nuevo en otro sitio.

—¿Y qué hiciste tú?

—Se cayeron por unos pasos elevados de las plebillas —respondió Crake.

—¿Se trata de una broma macabra?

—En cierto modo. Necesitarás otro nombre —añadió Crake—, un nombre del Loco Adán, para que armonice con el resto. Como para todos soy Crake, se me ha ocurrido que tú podrías volver a ser Thickney, como cuando tenías... ¿qué edad?

—Catorce años.

—Qué tiempos aquéllos.

Aunque Jimmy deseaba quedarse un rato más, Crake ya se lo llevaba. Le habría gustado charlar un poco con aquella gente, oír sus historias —¿alguno de ellos había llegado a conocer a su madre, por ejemplo?—, pero tal vez más adelante se le presentara la ocasión. O quizá no. Lo habían visto en compañía de Crake, el líder, el gorila de espalda plateada, el león dominante. Nadie se mostraría dispuesto a intimar con él. Lo considerarían el chacal de turno.

El Paraíso

Entrarían en el despacho de Crake para que Jimmy se orientara un poco, sugirió Crake. Era un espacio amplio, lleno de aparatos, tal como había supuesto. En la pared había una pintura: una berenjena sobre un plato de color naranja. Jimmy no recordaba que su amigo hubiera poseído ningún otro cuadro. Le faltó poco para preguntarle si lo había pintado su novia.

Se fijó en el minibar.

—¿Hay algo ahí dentro?

—Más tarde.

Crake seguía coleccionando imanes de nevera, aunque en esta ocasión se trataba de otros distintos: se habían terminado los chistes científicos.

Donde está Dios, no está el hombre.

Existen dos lunas, la que se ve y la que no se ve.

Du muss dein Leben ändern.

Entendemos más de lo que sabemos.

Pienso, luego.

Mantenerse humano es romper un límite.

El sueño se lo roba a la guarida y se lo da a la presa.

—¿A qué te dedicas en realidad? —le preguntó Jimmy. Crake sonrió.

—¿Qué significa «en realidad»?

—Pedante —soltó Jimmy, aunque ese calificativo ya quedaba fuera de lugar.

Crake anunció que había llegado el momento de ponerse serios. Se proponía mostrarle otro proyecto, el principal propósito de El Paraíso. Lo que Jimmy iba a ver era... Bueno, no admitía descripción alguna. Era, en pocas palabras, su obra magna.

Jimmy adoptó la expresión solemne que requería la situación. ¿Qué le mostraría a continuación? Una nueva e increíble sustancia alimenticia, sin duda. Un árbol de hígado, una viña de salchichas. O un tipo de calabacín que produjera lana. Se preparó para lo peor.

Crake lo condujo hasta una ventana apaisada. No, era un espejo que permitía ver a través de él sin ser visto. Jimmy contempló al otro lado un amplio espacio lleno de árboles y plantas bajo el cielo azul. (En realidad no se trataba del cielo azul, sino del techo abovedado de la cúpula-burbuja que, mediante un sofisticado sistema de proyección, simulaba el amanecer, el mediodía, la tarde, la noche, etc. Había también una luna falsa que iba pasando por las distintas fases, según descubrió más tarde. Y lluvia artificial.)

Esa fue la primera vez que vio a los crakers. Iban desnudos, pero no como los personajes de las StripNews; su naturalidad era absoluta. Al principio no dio crédito a sus ojos. Eran muy hermosos. Negros, amarillos, blancos, mulatos, todos los tonos de

piel existentes. Cada uno, como individuo, resultaba exquisito.

—¿Son robots o qué? —preguntó Jimmy.

—A ver: en las tiendas de muebles a veces se exhiben unos prototipos básicos que luego se personalizan, ¿sabes a qué me refiero?

—Sí.

—Pues éstos son prototipos.

Era el resultado de una progresión lógica, aclaró Crake esa misma tarde mientras se tomaban unas copas en el bar de El Paraíso (palmeras falsas, música enlatada, Campari auténtico, soda auténtica). Una vez analizado plenamente el proteoma y logradas con éxito la partición y la fusión genéticas entre especies, el Proyecto Paraíso, o su equivalente, era sólo cuestión de tiempo. Lo que Jimmy había visto era el resultado casi definitivo de siete años de investigaciones intensivas basadas en el sistema de ensayo y error.

—Al principio —describió Crake—, nos vimos en la necesidad de modificar embriones humanos ordinarios, que conseguíamos de... bueno, no importa de dónde los obteníamos. Pero estos individuos son *sui generis*. Ya se reproducen por sí mismos.

—Pues parecen tener más de siete años —observó Jimmy.

Crake le habló de los factores de crecimiento acelerado que había incorporado a la dotación genética.

—Además —añadió—, están programados para morir de manera fulminante a la edad de treinta años; de repente, sin caer enfermos. Así se elimina la vejez y la angustia. Se arrodillan y fallecen.

Ellos aún no lo saben; todavía no se ha muerto ninguno.

—Creía que pretendíais conseguir la inmortalidad.

—La inmortalidad es un simple concepto —declaró Crake—. Si consideramos que la «mortalidad» no equivale a la muerte, sino a su conocimiento previo y el temor que suscita, entonces la «inmortalidad» correspondería a la ausencia de dicho temor. Los bebés son inmortales. Si eliminamos el miedo, logramos ser...

—Me suena a Retórica Aplicada de primero —comentó Jimmy.

—¿Qué?

—No importa. Recuerdos de la Martha Graham.

—Ah.

En otros países, había otros complejos donde seguían la misma línea de razonamiento, sostuvo Crake, y donde desarrollaban sus propios prototipos, así que lo de la población de la cúpula-burbuja era ultrasecreto. Voto de silencio, sólo circuito interno de correo electrónico, a menos que se dispusiera de un permiso especial y vivienda en el interior del perímetro de seguridad, aunque más allá del compartimento estanco. Eso reduciría la probabilidad de contagio si algún miembro

del personal enfermaba. De todos modos, ya que los prototipos de El Paraíso disfrutaban de un sistema inmunitario mejorado, las probabilidades de propagación de las enfermedades contagiosas eran bajas.

No se concedían permisos para salir del complejo. Con una excepción. Crake sí podía salir, claro. Él era el enlace entre El Paraíso y los peces gordos de Rejoov, aunque a ellos aún no se les permitía la entrada. Todos eran impacientes y avaros, y además estaban nerviosos por la inversión que habían realizado. Querían ser los primeros, vender el producto cuanto antes. Además, eran unos bocazas, y ellos mismos acabarían yéndose de la lengua ante sus competidores. Unos auténticos aprovechados.

—Entonces, ahora que estoy dentro, ya no podré salir nunca más —dedujo Jimmy—. Eso no me lo habías advertido.

—Tú serás la excepción —repuso Crake—. Nadie intentará secuestrarte para obtener tus conocimientos, ya que sólo te ocuparás de la publicidad.

El resto del equipo, añadió, el contingente de locoadanidas, quedaba confinado a la base durante la guerra.

—¿Guerra?

—Hasta que salgamos a la luz —aclaró Crake.

Muy pronto, RejoovenEsense esperaba inundar el mercado ofreciendo varias mezclas. Serían capaces de crear bebés totalmente a la carta que incorporarían cualquier rasgo, físico, mental o espiritual, que el comprador deseara. Los métodos existentes se basaban fundamentalmente en la presencia o la ausencia, explicó Crake: cabía eliminar ciertas enfermedades hereditarias, de acuerdo, pero aparte de eso se malgastaba mucho, se corrían demasiados riesgos. El cliente nunca estaba seguro de obtener aquello por lo que había pagado; además, se producían muchas consecuencias imprevistas.

En cambio, el método Paraíso ofrecía un noventa por ciento de fiabilidad. Sería posible crear poblaciones enteras con características preseleccionadas. La belleza sería una de ellas, por supuesto. La belleza tendría una fuerte demanda. Y la docilidad, otra. Varios líderes mundiales habían mostrado gran interés en ese punto. El Paraíso ya había desarrollado unas pieles resistentes a los rayos ultravioletas, así como repelentes de insectos incorporados al organismo o una capacidad sin precedentes para digerir materia vegetal no refinada. En cuanto a la inmunidad frente a los microbios, lo que hasta el momento se había conseguido mediante antibióticos pronto se convertiría en una característica congénita.

Comparada con el Proyecto Paraíso, la pastilla BlyssPluss se reducía a un juego de niños, aunque representara una lucrativa solución provisional. Sin embargo, a largo plazo, la combinación de ambos proyectos supondría unos magníficos beneficios para el futuro de la humanidad. La pastilla y el Proyecto estaban

inextricablemente unidos. El medicamento zanjaría para siempre la reproducción descontrolada, y el Proyecto la sustituiría por un método mejorado. En cierto modo, se trataba de las dos etapas de un mismo plan.

Era increíble, prosiguió Crake, la cantidad de logros en otro tiempo inimaginables que había conseguido el equipo. Lo que se había modificado era nada menos que el antiguo cerebro de primate con todos sus rasgos destructivos, es decir, aquellos responsables de los males del planeta. El racismo, por ejemplo —o, como lo llamaban en El Paraíso, la pseudoespeciación—, se había suprimido del grupo de prototipos mediante una mera sustitución del mecanismo del vínculo afectivo: la gente de El Paraíso, sencillamente, no registraba el color de piel. Entre ellos no cabían las jerarquías, porque carecían de los circuitos neuronales que las creaban. Como no eran cazadores ni agricultores ávidos de tierras, no existía el territorialismo. El síndrome de fortificación, de rey del castillo, que había diezclado a la humanidad, se había eliminado. Esa gente se alimentaba exclusivamente de hojas, hierba, raíces y alguna que otra baya. Así siempre disponían de comida. La sexualidad no consistía en un tormento constante, porque en ellos no quedaba ni rastro de turbulencia hormonal: se ponían en celo a intervalos regulares, como casi todos los demás mamíferos exceptuando el hombre.

En realidad, esa gente nunca heredaría nada: no habría árboles genealógicos, ni matrimonios, ni divorcios. Se mostraban perfectamente adaptados a su hábitat, lo cual evitaba la necesidad de construir casas y fabricar herramientas, armas o ropa. No precisarían de simbolismos perjudiciales, como reinos, iconos, dioses o dinero. Y, lo mejor de todo, reciclarían sus propios excrementos. Mediante un genial cruce, que incorporaría materiales genéticos de...

—Un momento —interrumpió Jimmy—. La mayor parte de todo esto no es lo que el progenitor medio desea de su prole. ¿No os habéis propasado?

—Ya te lo he dicho —le indicó Crake sin perder la paciencia—. Éstos son prototipos. Representan el arte de lo posible. Ofreceremos una lista de los rasgos individuales a los posibles clientes y personalizaremos los pedidos. No todo el mundo querrá el equipamiento completo, de eso ya somos conscientes. Aunque te sorprendería saber la cantidad de gente más que dispuesta a tener un hijo guapo y listo que sólo coma hierba. Los vegetarianos se muestran muy interesados en este artículo. No creas, hemos realizado estudios de mercado.

Pues qué bien, pensó Jimmy. Los hijos servirán de cortacéspedes.

—¿Y hablan? —preguntó.

—Pues claro. Cuando tienen algo que decir.

—¿Y gastan bromas?

—En sentido estricto, no. Para las bromas se requiere cierta malicia, cierta agudeza. Los hemos sometido a muchas pruebas y aún estamos experimentando, pero

creo que hemos logrado suprimir las bromas. —Levantó la copa y sonrió—. Me alegro de que estés aquí, nuez de corcho —dijo—. Me hacía falta alguien con quien hablar.

A Jimmy lo instalaron en una suite privada en la cúpula de El Paraíso. Cuando llegó, sus pertenencias ya estaban desembaladas, ordenadas y en su sitio —la ropa interior en el cajón de la ropa interior, las camisas bien dobladas, el cepillo de dientes eléctrico enchufado y recargado—, aunque en realidad había más bienes de los que recordaba haber llevado; más camisas, más ropa interior, más cepillos de dientes eléctricos. El aire acondicionado estaba programado a su temperatura preferida, y en la mesa del comedor le habían dejado un sabroso aperitivo (melón, jamón curado, brie francés con una etiqueta que parecía auténtica). ¡Una mesa de comedor! Hasta entonces, nunca había tenido un comedor.

Crake enamorado

Los relámpagos resquebrajan el cielo, los truenos retumban, la lluvia cae con fuerza, con tanta fuerza que el aire adquiere una opacidad blanca, una neblina sólida; es como un cristal en movimiento. Hombre de las Nieves —esbirro, bufón, cobarde— se acurruca contra el muro, con las manos en la cabeza, acribillado desde las alturas como un objeto de escarnio público. Es un humanoide, un homínido, una aberración abominable; sería legendario, si quedara alguien a quien contar leyendas.

Ojalá hubiera alguien que le escuchara. Cuántas historias inventaría, cuántas penas contaría. El lamento del amante a su amada, o algo en esa línea. Para eso, disponía de mucho material en el que inspirarse.

Porque ahora ha llegado al quid de la cuestión, al lugar de la tragedia en el que diría: «Entra Oryx.» Momento Fatal. Pero ¿qué momento fatal? «¿Entra Oryx como niña pequeña de sitio porno infantil, con flores en el pelo, la barbilla manchada de nata?»; o bien: «¿Entra Oryx como objeto informativo adolescente, salida del garaje de un perverso?»; o bien: «¿Entra Oryx, completamente desnuda y pedagógica en el sanctasanctórum de Crake?»; o bien: «¿Entra Oryx con una toalla enrollada en la cabeza, recién salida de la ducha?»; o bien: «¿Entra Oryx con un traje de chaqueta de seda gris perla y discretos zapatos de tacón bajo, un maletín en la mano, viva imagen de la responsable de ventas del complejo, profesional y experimentada?» ¿Cuál de éstas será, y cómo comprobar que existe un hilo que las conecta a todas, desde la primera hasta la última? ¿Había sólo una Oryx, o eran legión?

De todos modos, cualquiera de ellas serviría, piensa Hombre de las Nieves mientras la lluvia le resbala por la cara. Todas se hallan en el presente, porque ahora todas se encuentran aquí conmigo.

«Oh, Jimmy, qué positivo es eso. Qué feliz soy cuando lo entiendes. El Paraíso está perdido, pero tú tienes un paraíso en tu interior, mucho más feliz.» Y luego esa risa cantarina ahí mismo, en el oído.

Al principio, Jimmy no se percató de la presencia de Oryx, aunque ya debía de encontrarse allí cuando miró por el espejo. Como los crakers, ella también iba desnuda y, al igual que ellos, era hermosa, así que de lejos no llamaba la atención. Llevaba el pelo largo, moreno, sin adornos, y estaba de espaldas, rodeada de más gente. Simplemente, formaba parte de la escena.

Días después, mientras Crake le enseñaba a usar los monitores que recibían las imágenes de unas minicámaras disimuladas en los árboles, Jimmy le distinguió el rostro. Se volvió a la cámara y allí estaba una vez más, esa mirada, la mirada que lo atravesaba al momento y lo veía como realmente era. Lo único distinto eran sus ojos, pese a ser de un verde luminiscente como los del resto de los crakers.

Al contemplar esos ojos, Jimmy vivió un momento de puro éxtasis, de puro terror,

porque ahora ella ya no era una simple imagen que habitaba en el secreto y la oscuridad de la copia impresa, plana, escondida en ese preciso instante entre el colchón y la tercera lámina del somier de su recién estrenada suite. De pronto era real, tridimensional. Sintió que la había soñado. ¿Cómo era posible cautivar a una persona de semejante modo en un solo momento, con una mirada, una ceja levantada, la curvatura de un brazo? Pues a él lo había cautivado.

—¿Quién es ésa? —le preguntó a Crake. Llevaba en brazos una cría de mofache y se la mostraba a los que estaban a su alrededor; los demás la tocaban con cuidado—. No es del grupo. ¿Qué está haciendo ahí dentro?

—Es su profesora —respondió Crake—. Necesitamos un intermediario, alguien que se comunique a su nivel. Conceptos simples, nada de metafísica.

—¿Y qué enseña? —quiso saber, fingiendo indiferencia. No convenía mostrarse muy interesado por ninguna mujer en presencia de Crake; la burla velada estaba asegurada.

—Botánica y zoología. En otras palabras, qué no deben comer y qué bichos les pueden picar. Y a qué seres no han de dañar —añadió.

—¿Y es preciso que vaya desnuda?

—Nunca han visto la ropa. No deseamos confundirlos.

Las clases de Oryx eran cortas. Convenía que asimilaran los conocimientos de uno en uno. Los prototipos de El Paraíso no eran tontos, pero partían más o menos de cero, así que les gustaba que se les repitieran mucho las cosas. Otro miembro del equipo, algún especialista en la materia, exponía el tema del día a Oryx: la hoja, el insecto, el mamífero o el reptil que debiera enseñar. Luego se rociaba del compuesto químico derivado de los cítricos que usaba para disimular sus feromonas humanas, ya que si no lo hiciera, habría problemas, porque los hombres la olerían y creerían que era época de apareamiento. Una vez preparada, entraba por una puerta oculta tras una zona de espeso follaje. Así, aparecía en la tierra de los crackers y se esfumaba sin que éstos se extrañaran.

—Confían en ella —aseguró Crake—. Los trata muy bien.

A Jimmy se le encogió el corazón. Crake estaba enamorado por primera vez en su vida. No es que la estuviera alabando, lo que ya habría sido raro de por sí. Era su tono de voz.

—¿De dónde la has sacado?

—La conozco desde hace bastante tiempo. Desde el posgrado en el Watson-Crick.

—¿Era compañera tuya? —En ese caso, qué había estudiado, se preguntó Jimmy.

—No exactamente —respondió Crake—. Contacté con ella a través de los servicios de la Oficina del Estudiante.

—¿Tú eras el estudiante y ella era el servicio? —insistió Jimmy, intentando mantener un tono intrascendente.

—Exacto. Les expliqué lo que andaba buscando. Se podía ser muy concreto, llevarles fotos o simulaciones de vídeo, este tipo de material, y se esforzaban al máximo por complacerte. Yo andaba buscando alguien que... ¿Te acuerdas del numerito de aquella página web...?

—¿Qué numerito?

—Si te imprimí una copia y todo. De las HottTotts, ya sabes.

—No me suena de nada.

—Sí, aquel espectáculo que veíamos muchas veces. ¿No te acuerdas?

—Más o menos, supongo.

—Yo utilizaba la imagen de una niña para la pantalla inicial del Extintaton. Pues es ésa.

—Ah, sí. A cada uno lo suyo. Tú lo que deseabas era esa mirada de niña-puta.

—La que me buscaron no era menor de edad.

—No, claro.

—Al cabo de un tiempo empezamos a hacer tratos privados. En realidad no nos lo permitían, pero todos nos saltamos un poco la ley.

—Para eso están las leyes, para saltárselas. —Jimmy se sentía cada vez más angustiado.

—Y entonces, cuando vine aquí a llevar este proyecto, por fin se presentó la ocasión de ofrecerle un puesto más oficial. Y ella aceptó encantada. Le pagábamos el triple de lo que ganaba, y además disfrutaba de muchas ventajas. Por otra parte, aseguraba que el trabajo le intrigaba. Debo admitir que es una trabajadora totalmente entregada.

Crake sonrió tímidamente y Jimmy sintió el impulso de partirle la cara.

—Qué bien —comentó. Era como si se le estuvieran clavando mil cuchillos. Acababa de encontrarla y ya la había perdido. Crake era su mejor amigo. Corrección: su único amigo. No sería capaz de ponerle ni un dedo encima. Imposible.

Esperaron a que Oryx saliera de las duchas, donde se estaba quitando el espray protector y, según añadió Crake, sus lentes de contacto de gelatina verde luminiscente; a los crackers, sus ojos marrones les habrían resultado temibles. Al final salió, con el pelo recogido y aún húmedo. Crake los presentó y se estrecharon la mano. (La he tocado, pensó Jimmy, como un colegial de diez años. ¡La he tocado de verdad!)

Se había vestido con el uniforme de los laboratorios, con su bata y sus pantalones. Sobre el bolsillo de la pechera llevaba prendida la chapa con su nombre: ORYX BEISA. Lo había escogido ella de la lista que le había facilitado Crake. Le había gustado la idea de ser un herbívoro del África oriental de hábitat acuático, aunque el hecho de saber que el animal que había escogido estaba extinguido no le resultó tan agradable. Crake tuvo que explicarle que ése era el funcionamiento de El Paraíso.

Fueron los tres juntos a tomarse un café en la cantina. Hablaron de los crackers — así los llamaba Oryx— y de sus progresos. Lo mismo de todos los días, explicó. Siempre se mostraban complacidos y apacibles. Ya dominaban el arte del fuego. Les gustaba el mofache. Le resultaba muy relajante pasar esos ratos con ellos.

—¿Y alguna vez preguntan de dónde han salido? —preguntó Jimmy—. ¿O qué están haciendo aquí? —No es que en ese momento la cuestión le importara lo más mínimo, pero deseaba mantener viva la conversación con el propósito de seguir mirando a Oryx sin ponerse en evidencia.

—No lo entiendes —intervino Crake, dando a entender por su tono de voz que se trataba de una pregunta absurda—. Estas características se les han suprimido.

—Pues la verdad es que hoy lo han preguntado —intervino Oryx—. Me han preguntado quién los ha hecho.

—¿Y?

—Les he contado la verdad. Que fue Crake. —Se volvió y le dedicó una sonrisa de admiración al creador, algo que Jimmy preferiría haberse ahorrado—. Les he explicado que era muy inteligente y muy bueno.

—¿Y te han preguntado quién era Crake? —preguntó el aludido—. ¿Han comentado si deseaban verle?

—No me han parecido interesados.

Jimmy vivía atormentado día y noche. Deseaba acariciar a Oryx, adorarla, abrirla como se abre un regalo bellamente envuelto, aunque sospechaba que había algo — una serpiente venenosa, una bomba de fabricación casera, una sustancia letal— escondido en su interior. No en el interior de ella, claro. En la situación. Ella se encontraba fuera de su alcance, se repetía hasta la saciedad.

Se comportaba tan dignamente como le resultaba posible; no se mostraba interesado en ella, o al menos lo intentaba. Empezó a frecuentar las plebillas, donde pagaba por acostarse con las chicas de los bares. Chicas vestidas con volantes, con lentejuelas, con brocados, cualquier opción que estuviera a la venta. Se administraba la vacuna rápida de Crake, y ahora disponía de un guardaespaldas para él solo, así que se sentía razonablemente seguro. Las primeras dos veces había resultado emocionante; luego se convirtió en una distracción y finalmente se redujo a una simple rutina. Ninguna de esas chicas le servía como antídoto contra Oryx.

Su trabajo no era excesivamente complicado; los retos no eran muchos: la pastilla BlyssPluss se iba a vender sola, su intervención apenas era necesaria. Sin embargo, la campaña oficial se les echaba encima, así que pidió a su equipo que preparara anuncios y eslóganes con gancho: ¡Adiós a los condones! ¡BlyssPluss, la experiencia corporal definitiva! ¡No vivas un poco, vive al máximo! Simulaciones de un hombre y una mujer que se arrancaban la ropa y sonreían como locos. Y de dos hombres. Y de dos mujeres, aunque en ese caso prescindían de la referencia a los condones. Y de

un trío. Todas esas tonterías se le ocurrían hasta durmiendo.

Aunque para eso habría necesitado conciliar el sueño, claro. Porque por la noche se quedaba en la cama, desvelado, regañándose a sí mismo, lamentando su propia suerte. «Regañar», «lamentar», palabras útiles. «Abatimiento. Doliente. Amada. Extraviada. Exangüe.»

Un día Oryx lo sedujo. ¿Cómo describirlo, si no? Acudió a su suite, entró sin más, y en un par de minutos le obligó a salir de su concha. Jimmy se sintió como si tuviera doce años. Se notaba que, en esos temas, Oryx contaba con cierta experiencia, y controló la situación con tal naturalidad que a él casi se le corta la respiración.

—No quería verte sufrir, Jimmy —se limitó a explicar—. Por mí, no.

—¿Y cómo sabes que estaba sufriendo?

—Siempre lo noto.

—¿Y Crake? —le preguntó tras esa primera vez, todavía jadeando.

—Crake es amigo tuyo. No creo que quiera verte sufrir.

Eso Jimmy no lo tenía tan claro.

—No acaba de gustarme todo esto —se lamentó.

—No te entiendo.

—¿No estás...? ¿No está...? —¡Qué imbécil!

—Crake vive en un mundo superior, Jimmy. En un mundo de ideas. Se ocupa de cuestiones importantes. No le queda tiempo para jugar. Además, es mi jefe. Lo tuyo es por diversión.

—Sí, pero...

—No es preciso que Crake se entere.

Por lo visto era cierto: no se enteraba. Tal vez estuviera demasiado cautivado por ella como para percatarse de nada. O quizás el amor fuese ciego de verdad. O cegador. Y Crake amaba a Oryx, de eso no cabía duda; hasta el punto de que resultaba casi abyecto. Incluso la tocaba en público. Crake nunca tocaba a nadie; siempre había sido muy reacio al contacto físico, pero ahora le gustaba tener en todo momento una mano encima de Oryx: se la apoyaba en el hombro, en el brazo, en su delgada cintura, en su culo perfecto. «Es mía, es mía, es mía», declaraba aquella mano.

Parecía confiar en ella, probablemente más que en el propio Jimmy. Oryx era una mujer de negocios experimentada, decía. Le había asignado parte de los ensayos; a través de los colegas que habían trabajado con ella en la Oficina del Estudiante tenía contactos interesantes en las plebillas. Por aquel motivo debía realizar frecuentes desplazamientos por todo el mundo. A clínicas de sexo, según Crake. A casas de putas, según Oryx; ¿quién mejor que ellas para someterse a los experimentos?

—Con tal de que no experimentes contigo misma —la previno Jimmy.

—Oh, no. Crake me ha advertido que no lo haga.

—¿Y tú siempre le obedeces?

—Es mi jefe.

—¿Te ordena él que hagas esto?

Oryx abrió los ojos como platos.

—¿Qué haga el qué, Jimmy?

—Lo que estás haciendo en este momento.

—Tú siempre de broma.

Jimmy lo pasaba mal cuando Oryx se iba de viaje. Se preocupaba por ella, la echaba de menos, le reprochaba su ausencia. Cuando volvía, se presentaba en su habitación en plena noche, fueran cuales fuesen los planes de Crake. Primero hablaba con su jefe, le hacía un recuento de sus actividades y sus éxitos: cuántas pastillas BlyssPluss había colocado y dónde, qué resultados se habían obtenido hasta el momento. Tenía que ser un cómputo exacto, porque Crake era muy obsesivo. Una vez completado, se dedicaba a lo que ella misma llamaba su zona privada.

Las necesidades sexuales de Crake eran directas y simples, de acuerdo con Oryx. Nada de intrigas, como cuando estaba con Jimmy. Ni de diversión. Todo debía considerarse trabajo, aunque ella respetaba mucho a Crake, en serio, porque se trataba de un genio.

Pero si él llegaba a pedirle que se quedara más tiempo a su lado, que volvieran a hacerlo, ella le pondría alguna excusa, como el jet lag, un dolor de cabeza, algo creíble. En sus invenciones no había fisuras, habría sido la mejor jugadora de póquer del mundo, porque mentía sin inmutarse, y así le daba un beso de buenas noches al tonto de Crake, le dedicaba una sonrisa, un adiós con la mano, cerraba la puerta, y al cabo de un minuto estaba ahí, con Jimmy.

Qué poderosa era esa palabra. «Con.»

Nunca se acostumbraba del todo a ella; siempre resultaba nueva, un baúl lleno de sorpresas. En cualquier momento podía abrirse, revelar le lo esencial, lo que permanecía oculto en el núcleo de la vida, de su vida, de la vida de él, lo que tanto ansiaba saber. Lo que siempre había querido. ¿Qué sería?

—¿Qué ocurrió en aquel garaje? —le preguntó Jimmy, que nunca la dejaba tranquila, como si una fuerza desconocida lo impulsase a conocer todos los aspectos de su vida anterior. En aquellos días, cualquier detalle le sabía a poco, y no había espina dolorosa de su pasado que le pareciera insignificante. Tal vez lo que buscaba fuese su ira enterrada, sin encontrarla. O la había enterrado demasiado hondo, o acaso no existiese. Pero eso él no se lo creía. Oryx no era masoquista, ni una santa.

Se hallaban en la habitación de Jimmy, en la cama, juntos. El televisor digital, conectado al ordenador, mostraba una página web en la que aparecían cópulas y animales; un par de pastores alemanes bien adiestrados y una elástica albina rasurada cubierta de lagartos tatuados. Habían quitado el sonido. Eran sólo unas imágenes

eróticas de fondo.

Estaban comiéndose unos Nubbins que habían comprado en el centro comercial más cercano, acompañados de patatas fritas de soja y ensalada. Algunas de las hojas eran de espinacas, procedentes de los invernaderos de Rejoov. Sin pesticidas, o al menos eso se aseguraba. Las otras eran de una variedad de col gigante que producía constantemente. Todo tenía un cierto regusto a cloaca, aunque el aliño lo disimulaba.

—¿Qué garaje, Jimmy? —dijo Oryx, que no le estaba prestando demasiada atención. Le gustaba comer con los dedos. ¿Para qué meterse un trozo de hierro en la boca? En su opinión los cubiertos daban un sabor metálico a la comida.

—Ya sabes a qué garaje me refiero —insistió él—. El de San Francisco. Aquel chiflado... El perverso que te compró, que te sacó de tu país, que obligó a su mujer a declarar que eras su sirvienta.

—¿Por qué te inventas esas cosas, Jimmy? Yo nunca he estado en ningún garaje. —Oryx se chupó los dedos, desmenuzó un Nubbins y le metió un trozo en la boca a Jimmy, a quien dejó que le lamiese los dedos. Éste le pasó la lengua por las uñas. Era lo más cerca que podía encontrarse de él sin convertirse en comida: estaba dentro de él, o al menos una parte de ella pasaba a integrar una parte de él. Con el sexo ocurría al revés; mientras duraba, era él quien estaba dentro de ella. «Te haré mía», decían los amantes en los libros antiguos. Nunca «te haré yo».

—Sé que eras tú —insistió Jimmy—. Vi las imágenes.

—¿Qué imágenes?

—Las de lo que llamaron «el escándalo de la doncella». En San Francisco. ¿Te obligaba a mantener relaciones sexuales aquel viejo degenerado?

—Ay, Jimmy. —Oryx suspiró—. De modo que es eso lo que te preocupa. Yo también lo vi en la tele. ¿Por qué te obsesionas por un hombre así? Era tan viejo que tenía un pie en la tumba.

—Pero ¿te obligaba o no?

—Nadie me ha obligado a mantener relaciones sexuales en ningún garaje. Ya te lo he dicho.

—De acuerdo, rectifico. Nadie te ha obligado. Pero ¿lo hiciste?

—Tú no me entiendes, Jimmy.

—Pero lo intento.

—¿Seguro? —Oryx hizo una pausa—. Estas patatas fritas de soja están buenísimas. Imagínate, Jimmy, los millones de personas que hay en el mundo que nunca han comido unas patatas como éstas.

—Cuéntamelo. —Seguro que lo había hecho—. No me enfadaré.

Oryx suspiró.

—Era un señor muy amable —dijo con el tono de quien empieza a contar un cuento. A veces Jimmy sospechaba que lo improvisaba todo, para entretenerlo; otras,

que todo su pasado (cuanto le había contado) no era más que lo que él mismo había inventado—. Se dedicaba a rescatar a niñas pequeñas. Me pagó el billete de avión, ya lo sabes. De no haber sido por él, ahora no estaría aquí. Debería caerte bien.

—¿Por qué iba a caerme bien ese falso beato, ese cabrón? No has contestado a mi pregunta.

—Sí, lo he hecho, Jimmy. Y ya basta.

—¿Cuánto tiempo te tuvo encerrada en aquel garaje?

—Se trataba más bien de un apartamento —dijo Oryx—. En su casa no había sitio. Yo no era la única niña a la que acogían.

—¿Acogían?

—Él y su mujer. Intentaban ayudarnos.

—Y a ella no le gustaba nada el sexo, ¿no? ¿Por eso toleraba vuestra presencia? Así se quitaba de encima a ese viejo, ¿no?

Oryx volvió a suspirar.

—Tú siempre piensas lo peor de la gente, Jimmy. Era una mujer muy espiritual.

—Joder, vaya si lo era.

—No digas palabrotas, Jimmy. Yo lo que quiero es pasármelo bien cuando estamos juntos. No dispongo de mucho tiempo, he de irme pronto, tengo negocios que hacer. ¿Por qué te preocupan unos hechos que ocurrieron hace tanto tiempo? — Se inclinó sobre él y lo besó con la boca manchada de Nubbins.

Por la mente de Jimmy pasaron palabras como «ungüento, untuoso, suntuoso, voluptuoso, salaz, lúbrico, delicioso». Se hundió en ellas, en los sentimientos que evocaban.

—¿Adónde vas? —le preguntó al cabo de un rato.

—Oh, a un sitio —respondió Oryx—. Ya te llamaré cuando vuelva.

Nunca le daba explicaciones de adónde iba.

Comida para llevar

Ahora llega la parte que Hombre de las Nieves ha repetido mentalmente una y otra vez. El «y si...» le persigue. Pero ¿«y si...» qué? ¿Qué podría haber dicho o hecho de otro modo? ¿Qué cambio habría alterado el curso de los acontecimientos? En conjunto, nada. En algún aspecto en concreto, muchísimo.

«No vayas. Quédate aquí.» Al menos así habrían estado juntos. Tal vez incluso hubiese sobrevivido; ¿por qué no? En ese caso, se encontraría ahí con él, en ese mismo instante.

«Tengo que ir a comprar algo de comida. Me voy al centro comercial. Necesito respirar un poco. Caminar.»

«Déjame que te acompañe. Es peligroso.»

«No seas tonto. Hay guardias por todas partes. Y todos saben quién soy. ¿Quién va a estar más a salvo que yo?» «Tengo un presentimiento.»

Pero Jimmy no tenía ningún presentimiento. Esa noche se sentía contento, contento y perezoso. Ella se había presentado en su casa una hora antes. Acababa de reunirse con los crackers. Les había enseñado algunas características de otras plantas, y aún estaba húmeda de la ducha. Llevaba una especie de kimono con un estampado de mariposas rojas y anaranjadas, y el cabello recogido con una cinta rosa en una coleta alta, no muy apretada. Lo primero que hizo él cuando la vio aparecer por la puerta, apresurada, sin aliento, radiante de dichosa excitación, o de algo que se le asemejaba mucho, fue soltarle el pelo y a continuación dar tres vueltas a la cinta alrededor de la muñeca.

—¿Dónde está Crake? —le susurró. Olía a limones, a hierbas aromáticas.

—No te preocupes, Jimmy.

—Pero ¿dónde?

—No está en El Paraíso. Ha salido. Tenía una reunión. Cuando vuelva no quiere verme, me ha dicho que esta noche ha de pensar. Nunca quiere sexo cuando piensa.

—¿Me quieres?

Esa risa suya. ¿Qué había querido decir? «Qué tonto eres. ¿Por qué me lo preguntas? Hablas demasiado.» O: «¿Qué es el amor?» O: «Ni lo sueñes.»

Después, el tiempo había pasado. Y luego Oryx volvía a recogerse el pelo, a ponerse el kimono y ceñirlo con el cinturón. Él se levantó y se acercó a ella. La miró en el espejo. Deseaba rodearla con los brazos, quitarle la ropa que acababa de ponerse, volver a empezar.

—No te vayas todavía —le pidió, aunque con ella frases como ésa eran inútiles. Cuando decidía algo, nada la detenía. A veces Jimmy sentía que sólo se trataba de una de las paradas de su itinerario secreto, que había una lista entera a la que atender antes de que terminara la noche. Pensamientos indignos, aunque no del todo

descabellados. Nunca sabía qué hacía cuando no estaba con él.

—Pero si vuelvo enseguida —respondió ella, poniéndose sus pequeñas sandalias rosadas y rojas—. Te traeré pizza. ¿Te apetece algún ingrediente en especial?

—¿Por qué no nos olvidamos de toda esta mierda y nos largamos a otra parte? —dijo él sin pensar.

—¿Irnos de aquí? ¿De El Paraíso? ¿Por qué?

—Para estar juntos. —Jimmy, qué gracioso eres. ¡Pero si ya estamos juntos!

—Perderíamos de vista a Crake. No tendríamos que estar escondiéndonos, podríamos...

—Jimmy —dijo ella, con los ojos muy abiertos—. ¡Crake nos necesita!

—Creo que lo sabe —insistió él—. Me refiero a lo nuestro.

En realidad, no lo creía. Bueno, lo creía y al mismo tiempo no lo creía. Cada vez estaban siendo más imprudentes, se arriesgaban más. ¿Cómo era posible que Crake no hubiera advertido algo? ¿Cabía esperar que un hombre tan inteligente en tantos aspectos fuese tan limitado en otros? ¿O acaso era más taimado que el propio Jimmy? De ser así, no había ningún indicio.

A Jimmy le había dado por registrar su habitación en busca de minicámaras y micrófonos ocultos. Sabía qué buscaba, o al menos eso creía, pero no encontraba nada.

Hombre de las Nieves piensa que sí hubo indicios. Los hubo, pero no los vi.

—¿Matarías a alguien a quien amaras para ahorrarle sufrimientos? —le preguntó Crake, por ejemplo, en una ocasión.

—¿Quieres decir si practicaría la eutanasia con alguien? —preguntó a su vez Jimmy—. ¿Cómo cuando sacrificamos a nuestra tortuguita?

—Responde, ¿sí o no?

—No lo sé. ¿Qué clase de amor? ¿Qué clase de sufrimiento?

Crake cambió de tema.

—Si me ocurre algo —dijo otro día en el transcurso de un almuerzo—, cuento contigo para que saques adelante el Proyecto Paraíso. Quiero que te hagas cargo en cuanto yo falte. He dado órdenes claras al respecto.

—¿Si te ocurre el qué? —quiso saber Jimmy—. ¿Qué va a pasar?

—Ya sabes.

A Jimmy le pareció que aludía a la posibilidad de un secuestro, de que se lo cargara la oposición: para los cerebros del complejo el peligro era constante.

—Cuenta con ello —dijo—, pero, primero, aquí contamos con los mejores servicios de seguridad, y, segundo, en este complejo hay gente mucho mejor preparada que yo. A mí me faltan conocimientos científicos para llevar una cosa así.

—Esta gente es especialista —insistió Crake—. Carecen de la empatía necesaria para tratar con los prototipos de El Paraíso. Lo harían todo mal, se impacientarían. Ni

siquiera yo sabría hacerlo. Sería incapaz de sintonizar con su longitud de onda. Tú, en cambio, eres más generalista.

—No acabo de entenderte.

—Lo que quiero decir es que tienes una gran habilidad para sentarte y no concentrarte mucho en nada. Igual que ellos.

—Gracias.

—No, en serio. Quiero... quiero que seas tú.

—¿Y Oryx? —dijo Jimmy—. Conoce a los crakers mucho mejor que yo. — Jimmy y Oryx los llamaban crakers; Crake, nunca.

—Si yo faltó, Oryx también faltará.

—¿Cometerá *sutee*? ¡No me jodas! ¿Se inmolará en tu pira funeraria?

—Algo así —repuso Crake, sonriendo.

En ese momento Jimmy se había tomado todo aquello como una broma, y como síntoma del enorme ego de Crake.

—Creo que Crake nos espía —le dijo Jimmy la última noche.

En cuanto lo hubo soltado cayó en la cuenta de que podía ser cierto, aunque tal vez su intención sólo había sido asustar a Oryx, para que huyese despavorida, aunque no tenía planes concretos. Si escapaban juntos, ¿adónde irían? ¿Dónde vivirían? ¿Cómo impedirían que Crake los encontrara? ¿Qué dinero usarían? ¿Se vería obligado él a hacerse proxeneta, vivir de ella? Porque carecía de cualquier aptitud rentable, no sabía hacer nada que fuera de utilidad en las plebillas, y menos si debían vivir en la clandestinidad. Y tendrían que hacerlo.

—Creo que está celoso —añadió.

—¿Por qué iba a estar celoso, Jimmy? No aprueba los celos. Le parecen mal.

—Es humano —replicó Jimmy—. Da igual lo que apruebe o desapruebe.

—Diría que quien está celoso eres tú. —Oryx sonrió, se puso de puntillas y le dio un beso en la nariz—. Te considero un buen chico, pero nunca abandonaré a Crake. Creo en él, creo en su... —buscaba la palabra exacta— visión. Quiere hacer del mundo un lugar mejor, no para de repetirlo. Y a mí eso me parece muy bien. ¿A ti no, Jimmy?

—No me lo creo —contestó Jimmy—. Ya sé que es lo que dice siempre, pero no me lo trago. A él nunca le ha importado una mierda nada de eso. Sus intereses son estrictamente...

—Te equivocas, Jimmy. Ha sabido detectar en qué consiste el problema, y estoy de acuerdo con él. Hay demasiada gente en el mundo, y eso es lo que la hace mala. Lo sé por experiencia propia. ¡Crake es un hombre muy listo!

Jimmy no debería haber hablado mal de Crake en presencia de Oryx. En cierto aspecto, Crake era su héroe. Y era un aspecto importante. Jimmy en cambio no lo era.

—De acuerdo. Te entiendo. —Al menos no lo había echado todo a perder. Oryx

no estaba enfadada con él, y eso era lo más importante.

Qué pelele que era, piensa Hombre de las Nieves. Qué hipnotizado estaba, qué poseído. No «era», no «estaba»; «soy», «estoy».

—Quiero que me prometas una cosa, Jimmy.

—Claro, ¿qué?

—Que si Crake se va a alguna parte, y si yo tampoco estoy aquí, te harás cargo de los crackers.

—¿Si no estás aquí? ¿Por qué no ibas a estar? —De nuevo la angustia, la sospecha: ¿estaban planeando fugarse juntos, dejarlo solo? ¿Se trataba de eso? ¿Había sido sólo un pasatiempo para Oryx, un bufón sustituto de Crake?—. ¿Es que os vais de luna de miel?

—No seas tonto, Jimmy. Ya sabes que son como niños, y necesitan a alguien. Tienes que ser bueno con ellos.

—Pues no has ido a pedirselo a la persona más adecuada —dijo.

—Jimmy.

—Si tuviera que pasar más de cinco minutos en su compañía, acabaría loco.

—Yo sé que puedes. En serio. Prométeme que lo harás. No me falles. ¿Me lo prometes?—Mientras hablaba lo acariciaba, le recorría el brazo con tiernos besos.

—De acuerdo. Te lo prometo por lo más sagrado. ¿Contenta?

No le costaba nada, era algo puramente teórico.

—Sí, ahora estoy contenta. No tardo nada, Jimmy. Y después comemos. ¿Quieres anchoas?

Hombre de las Nieves se pregunta por millonésima vez qué tenía en mente, hasta qué punto intuía algo.

Compartimento estanco

La había esperado, impaciente al principio, angustiado después, aterrorizado luego. No era normal que tardasen tanto en preparar un par de pizzas.

El primer boletín se emitió a las diez menos cuarto. Como Crake no se encontraba en las instalaciones y Jimmy era el segundo de a bordo, enviaron en su busca a un empleado de la sala de los monitores.

En un primer momento a Jimmy le pareció pura rutina, una epidemia menor más, un nuevo ataque bioterrorista, otra noticia para el informativo. Los niños y niñas con sus biotrajés, los lanzallamas y las tiendas de aislamiento. Como siempre, nada que no pudiera atajarse con lejía y cal. Y además, era en Brasil. Lo bastante lejos. Sin embargo, las órdenes tajantes de Crake habían sido comunicar cualquier brote de lo que fuese, en cualquier parte, de modo que Jimmy fue a ver qué ocurría.

Más tarde se produjo el siguiente impacto, y luego el otro, y el otro, y el otro, propagándose rápidamente. Taiwan, Bangkok, Arabia Saudí, Bombay, París, Berlín. Las plebillas al oeste de Chicago. Los mapas que aparecían en las pantallas se iban iluminando, cada vez más dominados por el color rojo, como si alguien les hubiera dado unos brochazos de pintura. Ya no se trataba de unas cuantas plagas aisladas. La situación era grave.

Intentó llamar a Crake al móvil, sin éxito. Ordenó a los del equipo de monitorización que informaran a los canales de noticias. Se hallaban ante una variedad hemorrágica maligna, aseguraban los comentaristas. Los síntomas eran fiebre alta, hemorragias en ojos y piel, convulsiones seguidas de fallo de los órganos internos y de muerte. Desde que se apreciaban los primeros indicios hasta el momento final, el tiempo transcurrido era muy breve. Al parecer el agente patógeno se transmitía por aire, aunque no se descartaba que también lo hiciera por agua.

Sonó el móvil de Jimmy. Era Oryx.

—¿Dónde estás? —le gritó—. ¡Regresa ahora mismo! ¿No sabes lo que está...?

Oryx estaba llorando. Aquello resultaba tan excepcional que conmovió a Jimmy.

—Lo lamento mucho. Yo no lo sabía —se disculpó ella.

—No te preocupes. ¿Qué ocurre?

—Estaba en las pastillas que yo regalaba y vendía. La epidemia se extiende por las mismas ciudades que he visitado. ¡En teoría servían para ayudar a la gente! Crake me dijo que...

Se cortó la comunicación. Jimmy intentó recuperarla. No obtuvo respuesta.

¿Y si aquello ya estaba dentro de Rejoov? ¿Y si ella se había visto expuesta? Cuando apareciera por la puerta, él no tendría valor para impedirle la entrada. No soportaría hacer algo semejante, aunque sangrara por cada uno de sus poros.

Hacia medianoche, las noticias llegaban casi simultáneamente. Dallas, Seattle,

Nueva York. No parecía que la epidemia se propagara de ciudad en ciudad, sino más bien que surgía en muchas a la vez.

En la sala había tres miembros del equipo: Rino, Beluga y Nogal Antillano. Uno canturreaba, otro silbaba y el tercero —Nogal Antillano— lloraba. «Esta vez sí que va en serio.» Dos de ellos ya habían pronunciado esa frase.

—¿Cómo hemos de protegernos?

—¿Qué tenemos que hacer?

—Nada —respondió Jimmy, intentando no ser presa del pánico—. Aquí nos hallamos razonablemente a salvo. Esperaremos a que pase. Hay suficientes provisiones en el almacén. —Miró aquellos tres rostros desencajados—. Hemos de proteger a los prototipos de El Paraíso. No sabemos cuál es el período de incubación, ni quién podría ser portador. No debemos permitir que entre nadie.

Aquellas palabras los tranquilizaron en parte. Jimmy salió de la sala de monitores y reprogramó los códigos de la puerta interior y los de la que daba al compartimento estanco. Mientras, sonó el videoteléfono. Era Crake. En la pequeña pantalla, su rostro presentaba el mismo aspecto de siempre. Estaba en un bar o un lugar parecido.

—¿Dónde te habías metido? —gruñó Jimmy. ¿Es que no sabes lo que está pasando?

—No te preocupes. Todo está bajo control. —Parecía borracho, algo raro en él.

—¿Todo el qué, joder? Nos enfrentamos a una plaga mundial. ¡La Muerte Roja! ¿Y qué es eso de que estaba en las pastillas BlyssPluss?

—¿Eso quién te lo ha dicho? ¿Un pajarito? —Estaba borracho, no había duda, o colocado.

—Eso no importa. Pero es verdad, ¿no?

—Estoy en la pizzería del centro comercial. Voy para allá ahora mismo —dijo Crake—. Tú defiende el castillo.

Crake cortó la comunicación. Quizá se hubiera encontrado a Oryx. Quizá la llevase de regreso sana y salva. «Pero qué tonto eres», pensó a continuación.

Se fue a comprobar cómo seguía el Proyecto Paraíso. El simulador nocturno estaba conectado y brillaba la falsa luna. Los crackers, por lo que se veía, dormían plácidamente.

—Dulces sueños —les susurró a través del cristal—. Que durmáis bien. Ahora sois los únicos en condiciones de hacerlo.

Lo que sucedió a continuación fue una secuencia a cámara lenta. Una película porno con el volumen al mínimo, Brainfrizz sin los anuncios. Un melodrama tan exagerado que Crake y él se habrían tronchado de la risa si hubieran tenido catorce años y hubiesen estado viéndolo en DVD.

Primero fue la espera. Se sentó en su despacho y se dijo a sí mismo que debía calmarse. Las listas de palabras antiguas bullían en su mente: «fungible», «pulular»,

«prístino», «sudario», «ramera». Al cabo de un rato, se levantó. «Parloteo», «vejestorio». Encendió el ordenador, consultó las páginas de noticias. Fuera había mucha consternación, y muy pocas ambulancias. Ya empezaban a emitirse los mensajes de calma de los políticos, y los vehículos con megáfonos que instaban a la población a permanecer en sus casas recorrían las calles. La gente se reunía para orar.

«Concatenación.» «Tenebroso.» «Claudicar.»

Entró en el almacén de emergencias, cogió un pulverizador, se lo ató y se puso una chaqueta holgada de verano. Volvió a la sala de los monitores y explicó a los tres técnicos que había hablado con los agentes de seguridad del complejo —mentira— y que le habían asegurado que no corrían un peligro inminente —también mentira, o eso suponía—. Añadió que se había comunicado con Crake, y que las órdenes de éste eran que volviesen todos a sus habitaciones y durmieran un poco, porque en los días venideros necesitarían toda su energía. Se mostraron aliviados al oír aquellas palabras, y más que dispuestos a obedecer.

Jimmy los acompañó hasta la puerta del compartimento estanco, que abrió para que salieran al pasillo que conducía a los dormitorios. Mientras los miraba alejarse, pensó en ellos como si ya estuvieran muertos. Sentía pena por ellos, pero no debía correr riesgos. Eran tres contra uno. Si se ponían histéricos, si intentaban escapar del complejo o dejar que sus amigos entraran en él, le resultaría imposible controlarlos. Cuando desaparecieron de su vista, volvió a cerrar la puerta y él se quedó dentro, aislado. En la burbuja, ahora, sólo estaban él y los crackers.

Miró las noticias un poco más, tomando whisky para darse ánimos, aunque con prudencia. «Brizna.» «Laríngeo.» «Hadada.» «Pasto.» Aguardaba a Oryx, pero sin esperanza. Debía de haberle pasado algo, de lo contrario ya estaría ahí.

De madrugada, el monitor de la puerta se activó. Había alguien marcando el código que abría el compartimento estanco. No lo conseguiría, claro, porque él había modificado el número.

Sonó el videointerfono.

—¿Qué haces? —dijo Crake, que parecía enfadado—. Abre.

—Estoy siguiendo el plan B —respondió Jimmy—. En el supuesto de un ataque biológico, no hay que dejar entrar a nadie. Son órdenes tuyas. He sellado el compartimento estanco.

—Ese «nadie» no me incluye —replicó Crake—. No seas Nuez de Corcho.

—¿Y cómo sé que no eres portador?

—No lo soy.

—Sí, pero ¿cómo lo sé?

—Supongamos —dijo Crake con voz de hastío— que he previsto estos acontecimientos y he tomado ciertas precauciones. Y, además, no te preocupes, que eres inmune.

—¿Por qué habría de serlo? —Esa noche Jimmy estaba muy lento de reflejos. En lo que Crake acababa de decirle había algo que no encajaba, pero no acababa de identificar qué.

—La vacuna de las plebillas contenía un suero con anticuerpos. ¿No te acuerdas de la cantidad de veces que te la has puesto? Cada vez que te ibas a las plebillas a revolcarte en el fango y a ahogar tus penas de amor.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes adónde iba, qué..., qué quería? —A Jimmy el corazón le latía con fuerza; Crake no estaba siendo concreto.

—No seas tonto y déjame entrar.

Jimmy marcó el código. Crake accedió a la segunda puerta. El monitor de vídeo se activó. Delante mismo de sus ojos, la cabeza de Crake flotaba a tamaño natural. Tenía aspecto de agotado. Y una mancha —¿de sangre?— en el cuello de la camisa.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Jimmy—. ¿Te has peleado con alguien?

—Qué va. Déjame entrar.

—¿Dónde está Oryx?

—Aquí, conmigo. Lo ha pasado muy mal.

—¿Qué le ha pasado? ¿Qué ocurre ahí fuera? ¡Quiero hablar con ella!

—Ahora no puede hablar. Y yo no puedo levantarla. Estoy herido. Así que deja de joder y ábrenos la puerta.

Jimmy desenfundó el pulverizador, pulsó los números y se hizo a un lado. Se le había erizado el vello de los brazos. «Entendemos más de lo que sabemos.»

La puerta se abrió de golpe.

Crake tenía la ropa salpicada de rojo. Con la mano derecha empuñaba una navaja suiza y con el brazo izquierdo sujetaba a Oryx, que, con la cara apoyada en el pecho de Crake y la larga trenza contra su espalda, parecía dormida.

Jimmy observaba la escena con incredulidad. Crake la dejó caer hacia atrás, sin soltarla por completo. Miró a Jimmy a los ojos.

—Cuento contigo —dijo con expresión seria, y le cortó el cuello a Oryx.

Jimmy disparó contra él.

Capítulo 13

Burbuja

Tras la tormenta, el aire se enfría un poco. Sobre los árboles lejanos se eleva la neblina. El sol declina y los pájaros inician sus estridentes cantos vespertinos. Pasan tres cuervos y sus gritos son casi comprensibles: «¡Crake! ¡Crake!» Los grillos dicen «Oryx». «Estoy alucinando», piensa Hombre de las Nieves.

Avanza un poco más sobre el muro, paso a paso, cojeando. Tiene el pie como una salchicha hervida gigante, rellena de carne caliente, deshecha, deshuesada, a punto de estallar. Sea cual sea el germen que está fermentando en su interior, salta a la vista que es resistente a los antibióticos que ha encontrado en la torre de vigilancia. Tal vez en El Paraíso, en el almacén de emergencia de Crake, que él mismo ha desvalijado, encuentre algo más eficaz.

El almacén de emergencia de Crake. Qué plan tan brillante el suyo. Qué ideas tan revolucionarias. Crake, el rey de Crakilandia, porque Crake sigue ahí, aún en posesión de su cargo, gobernando todavía sus dominios, por más oscura que se haya tornado esa burbuja de luz. Más negra que la noche, y parte de esa negrura le corresponde a Hombre de las Nieves, porque él también contribuyó a crearla.

—No vayamos —dice Hombre de las Nieves.

«Cariño, pero si ya estás dentro. Si nunca has salido de ahí.»

Al llegar a la octava torre de vigilancia, la que queda frente al parque que rodea El Paraíso, comprueba si alguna de las puertas que dan al piso superior está abierta —preferiría bajar por una escalera—, pero no. A través de una de las aspilleras del muro inspecciona atentamente el terreno que se extiende bajo sus pies. A simple vista no se aprecian formas de vida de tamaño considerable, aunque procedentes del sotobosque se oyen unos ruidos que espera que sean sólo de una ardilla. Despliega la sábana que llevaba doblada, la ata al conducto de ventilación —única posibilidad, endeble pero real— y descuelga el extremo opuesto a lo largo del muro. Le faltan unos dos metros para alcanzar el suelo, pero resistirá el impacto, siempre que no caiga con el pie malo. Empieza a descender por la cuerda improvisada. Al llegar al final, se queda colgado como una araña, duda: ¿no hay una técnica para eso? ¿Qué es lo que ha leído de los lanzamientos en paracaídas? Algo de doblar las rodillas. Se suelta.

Cae sobre los dos pies. El dolor es intenso, pero tras revolcarse unos momentos por el barro, emitiendo sonidos de animal herido, logra ponerse en pie. Literalmente, porque se apoya sólo en uno. Al parecer no se ha roto nada. Busca un palo para usar a modo de bastón. Encuentra uno. Eso es lo bueno de los palos, que crecen en los árboles.

Ahora tiene sed.

Avanza por entre la vegetación, y le castañetean los dientes. Pisa una enorme babosa, resbala y está a punto de perder el equilibrio. Odia esa sensación; fría,

viscosa, semejante a un músculo desnudo, refrigerado. Bicho rastrero. Si fuera un craker, debería disculparse con ella: «Lamento haberte pisado, hija de Oryx, por favor, disculpa mi torpeza.»

Lo intenta: «Lo siento.»

¿Ha oído algo? ¿Alguna respuesta?

Cuando las babosas empiezan a hablar, no hay tiempo que perder.

Llega hasta la cúpula-burbuja, hinchada, blanca, cálida, helada, y la rodea hasta la entrada. La puerta del compartimento estanco se encuentra abierta, tal como lo recordaba. Respira hondo y entra.

Ahí están Crake y Oryx, o lo que queda de ellos. Como en un alfabeto buitrero, yacen esparcidos por todas partes, huesos grandes y pequeños mezclados sin ningún orden, al igual que en un rompecabezas.

Ahí está Hombre de las Nieves, tonto como él solo, cabeza hueca, simple, inocentón, con las mejillas bañadas en lágrimas, un puño enorme apretado contra el corazón, contemplando a su amor verdadero y al único amigo que tenía en el mundo. Sus cuencas vacías miran a Hombre de las Nieves desde abajo, como en otro tiempo lo hicieron sus ojos extraviados. Sonríe mostrando los dientes. Oryx, por su parte, se halla boca abajo, dándole la espalda, parece que estuviera llorando su muerte. La cinta del pelo no ha perdido su color rosa.

¡Oh! ¿Cómo llorar la pérdida? Ni para eso sirve.

Hombre de las Nieves franquea la puerta interior, deja atrás la zona de seguridad y se dirige al complejo residencial de los empleados. Aire caliente, húmedo, viciado. El primer sitio al que debe llegar es el almacén. Lo encuentra sin problemas. Está oscuro, pero ha llevado la linterna consigo. Percibe un tufo a moho y a ratones, o a ratas, pero aparte de eso el lugar se encuentra igual que la última vez que estuvo ahí.

Localiza la zona de los medicamentos y se pone a rebuscar. Gasas estériles, pomadas para quemaduras. Una caja de termómetros rectales; en cualquier caso, no precisa meterse uno por el ano para saber que está ardiendo. Tres o cuatro tipos de antibióticos, en pastillas y, por tanto, de efecto más lento, además de un último frasco del cóctel supergermicida de corto alcance de Crake. «Te permite ir y volver, pero no esperes a que den las doce, porque te convertirás en calabaza», le advertía. Lee la etiqueta, las anotaciones precisas de su amigo, hace un cálculo de la cantidad. Su debilidad es tal que apenas consigue sostener el envase; tarda bastante en quitarle el tapón.

«Glu, glu, glu —dice el bocadillo de la viñeta—. Mójate el gazzate.»

Pero no, no debe tomárselo. Encuentra una caja con jeringuillas nuevas y se inyecta.

—A morder el polvo, gérmenes del pie —murmura. A continuación se dirige a su propia suite, a lo que antes era su propia suite, se derrumba sobre la cama húmeda,

deshecha, y pierde el conocimiento.

El loro *Alex* se le aparece en sueños. Entra volando por la ventana, se posa a su lado, sobre la almohada. Esta vez es de un verde brillante, con las alas rojas y el pico amarillo, resplandeciente como un faro, y Hombre de las Nieves se siente inundado de felicidad y amor. Baja la cabeza, lo mira primero con un ojo, después con el otro.

—El triángulo azul —dice, y entonces empieza a ruborizarse, a enrojecer, empezando por el ojo. Es un cambio aterrador, como si se tratara de una bombilla en forma de loro que estuviera llenándose de sangre—. Ahora me voy —añade.

—No, espera —le suplica Hombre de las Nieves, o quiere suplicárselo. No consigue mover los labios—. No te vayas todavía. Dime...

Entonces sopla una ráfaga de viento y *Alex* desaparece, y Hombre de las Nieves está en su cama de antes, a oscuras, empapado en sudor.

Garabatos

A la mañana siguiente el pie ha mejorado ligeramente. La hinchazón ha disminuido y el dolor no es tan intenso. Por la tarde volverá a inyectarse la supermedicina de Crake. Sabe, sin embargo, que no le conviene pasarse; es un fármaco muy potente. Si se excede, las células le estallarán como uvas.

La luz del día se filtra por los paneles de vidrio aislante que dan al patio de ventanas. Se desplaza como si fuese un sensor descarnado por el espacio que en otro tiempo habitó. Ahí está su armario, la ropa que le perteneció, las camisas de verano y los pantalones cortos ordenadamente dispuestos en los colgadores, ya un poco apolilla: dos. También su calzado, aunque ya no soporta la idea de llevar nada en los pies. Sería como ponerse herraduras y, además, en el pie infectado no le cabría ningún zapato. Ropa interior en los estantes. ¿Cómo llevaba esas prendas? Ahora se le antojan extraños atuendos sadomasoquistas.

En el almacén encuentra unas latas y envases de comida. Para desayunar se toma unos raviolis fríos con salsa de tomate y media Joltbar, acompañados de una Coca-Cola tibia. No quedan licores ni cerveza; eso se lo terminó todo durante las semanas que pasó allí encerrado. Mejor. Su impulso le habría llevado a beberse enseguida lo que le quedara, para convertir los recuerdos en un simple ruido de fondo. Ahora ya no hay esperanza. Se encuentra atrapado en el pasado, las arenas movedizas lo engullen. Se está hundiendo.

Después de disparar a Crake, había recodificado la puerta interior del compartimento estanco y la había cerrado. Crake y Oryx estaban allí, entrelazados; no soportaba la idea de tocarlos, así que los dejó donde estaban. Había sufrido una pasajera tentación romántica —cortar un mechón de la trenza de Oryx—, pero la había superado.

Había regresado a su habitación, donde tomó un poco de whisky, y después bastante más, hasta perder el conocimiento. El timbre de la puerta externa lo despertó. Nogal Antillano y Rinoceronte Negro, que intentaban entrar. Y los demás también, sin duda, Jimmy prescindió de ellos.

En algún momento del día siguiente se preparó cuatro tostadas de soja y se obligó a comérselas. Se bebió una botella de agua. Tenía el cuerpo como un pie tumefacto: embotado y dolorido al mismo tiempo.

En cierto momento lo llamaron al móvil. Era un agente de seguridad de alto rango que buscaba a Crake.

—Dígale a ese cabrón que se presente para decirnos qué debemos hacer.

—No está —contestó Jimmy.

—¿Con quién hablo?

—No me hallo en disposición de revelárselo. Protocolo de seguridad.

—Escúcheme bien, quien sea. Sospecho lo que está tramando ese loco, y cuando le ponga las manos encima le voy a partir el cuello. Seguro que el tío tiene la vacuna y nos quiere desplumar vivos.

—¿En serio? ¿Eso cree?

—Sé que el muy cabrón está ahí dentro. Voy a derribar la puerta.

—Ni hablar —replicó Jimmy—. Aquí se está produciendo una actividad microbiana muy extraña. La temperatura de las instalaciones ha subido extraordinariamente. Yo tengo un biotraje y de momento aguanto, pero no sé si me he contaminado. Ignoro qué ha ocurrido, aunque sí sé que la situación se ha descontrolado.

—Mierda. ¿Aquí? ¿En Rejoov? Creía que estábamos sellados.

—Sí, un desastre —insistió Jimmy—. Le aconsejo que busque en las Bermudas. Creo que se ha largado con un montón de pasta.

—Así que el muy hijo de puta nos ha dejado colgados. Directamente en manos de la competencia. Tiene su lógica. Gracias por la información.

—Buena suerte —le deseó Jimmy.

—Gracias, igualmente.

Nadie más llamó al timbre. Nadie más intentó entrar. El soplo debió de llegar a oídos de Rejoov. Respecto al personal de El Paraíso, en cuanto descubrieron que los guardias se largaban, se habrían apresurado a salir corriendo y alcanzar lo que, erróneamente, tomaron por libertad.

Visitaba a los crackers tres veces al día y los observaba como un voyeur. Sin el como: era un voyeur. Parecían felices, o al menos se conformaban. Comían, dormían, se sentaban durante horas aparentemente sin hacer nada. Las madres amamantaban a los bebés, los jóvenes jugaban. Los hombres orinaban en círculo. Una de las mujeres entró en la fase azul y los hombres ejecutaron su danza de cortejo, cantando, con las flores en la mano y agitando al unísono los penes color ultramar. A continuación se produjo la bacanal de fertilidad quíntuple entre los arbustos.

Se le ocurrió interactuar socialmente con ellos. Ayudarles a inventar la rueda. Transmitirles su legado de conocimientos, todas las palabras.

Pero no, imposible. No existía la menor esperanza en ese sentido.

A veces se inquietaban. Formaban corrillos y murmuraban. Los micrófonos ocultos captaban sus palabras.

—¿Dónde está Oryx? ¿Cuándo volverá?

—Ella siempre regresa.

—Debería estar aquí, enseñándonos.

—Ella siempre nos enseña. Ahora también.

—¿Está aquí?

—Para ella, aquí es lo mismo que no aquí.

—¿Y eso qué significa?

Le recordaba a un debate teológico de chiflados en el limbo de alguna sala de chats. Jimmy no lo soportaba durante mucho rato.

El resto del tiempo, él también comía, dormía y se sentaba horas enteras mano sobre mano. Las primeras dos semanas había seguido las noticias del mundo en Internet o en la tele; los disturbios en las ciudades cuando empezó a fallar el transporte y los supermercados fueron saqueados; las explosiones, motivadas por los fallos en el suministro eléctrico, los incendios que nadie apagaba. Las multitudes abarrotaban iglesias, mezquitas, sinagogas y templos para rezar y arrepentirse, aunque después huían despavoridas al comprender que el riesgo de contagio era mucho mayor en las concentraciones humanas. Se produjo un éxodo a los pueblos pequeños, a las zonas rurales, cuyos habitantes repelían a los recién llegados en la medida de sus posibilidades, con armas prohibidas, palos y horcas.

Al principio los informadores se habían entregado al relato de los acontecimientos, captando imágenes desde helicópteros, emitiendo exclamaciones, como si retransmitieran un partido de fútbol. «¿Han visto eso? ¡Increíble! Brad, es increíble. Lo que acabamos de presenciar es una turba enloquecida de Jardineros de Dios liberando unas instalaciones de ChickieNobs. ¡Qué gracioso, Brad! Pero si esos bichos no saben ni andar. (Risas.) Y ahora devolvemos la conexión al estudio.»

Debió de ser durante la confusión inicial, piensa Hombre de las Nieves, cuando algún genio soltó a los cerdones y a los loberros. «Pues un millón de gracias.»

Los predicadores callejeros empezaron con sus autoflagelaciones y prédicas apocalípticas, aunque parecían algo decepcionados: ¿Dónde estaban las trompetas y los ángeles? ¿Por qué la luna no había destilado sangre? También intervinieron algunos sabios trajeados: expertos médicos que mostraban gráficos con los índices de la infección, mapas que mostraban la progresión de la epidemia. Eso lo pintaban siempre de color rosa, el mismo que el del imperio Británico en los mapas antiguos. Jimmy habría preferido otro color.

Los comentaristas no lograban disimular su temor. «¿Quién será el siguiente, Brad? ¿Cuándo conseguirán la vacuna? Bueno, Simon, me consta que se dedican a ello sin descanso, pero por el momento no han controlado la enfermedad. Esta vez la situación es muy grave, Brad. Simon, no te falta razón, aunque ya hemos superado otras circunstancias muy graves.» Sonrisa tranquilizadora, pulgares hacia arriba, ojos mirando al vacío, palidez.

Se editaban documentales con imágenes del virus —al menos lo habían identificado, tenía el típico aspecto de una gominola derretida con púas— y comentarios sobre sus métodos. «Parece ser un híbrido supervirulento. No se ha determinado si se trata de una mutación natural o de una creación deliberada.» Prudentes asentimientos generales. Le habían puesto un nombre al virus, para fingir

que lo controlaban: VEUR, siglas que respondían a Virus Extraordinario Ultra Rápido. Tal vez a estas alturas ya hubieran descubierto algo, como en qué había estado metido de verdad Crake, oculto sin inmutarse en el núcleo del complejo de RejoovenEsense. Dedicado a emitir sus veredictos sobre el mundo, imaginaba Jimmy. Pero ¿con qué derecho?

Las teorías conspiratorias proliferaban: era una reacción religiosa, habían sido los Jardineros de Dios, era una trama para hacerse con el control del mundo. Durante la primera semana recomendaron consumir sólo agua hervida y evitar desplazamientos, y desaconsejaron cualquier tipo de contacto físico. En esos días se produjo un gran incremento en las ventas de guantes de látex y mascarillas protectoras. Tan eficaces como las cáscaras de naranja con los clavos de olor pinchados que se usaron durante la peste negra.

«Última hora. El virus VEUR acaba de llegar a las islas Fiyi, que hasta la fecha habían permanecido libres de la epidemia. El jefe de Corpsegur ha declarado Nueva York zona catastrófica. Las principales arterias de la ciudad han sido cerradas al tráfico.»

«Brad, la epidemia se expande muy deprisa. Simon, es increíble.»

«Todo sistema se adapta a los cambios en función del ritmo de éstos —afirmaba Crake muchas veces—. Si tocas una pared con la cabeza, no ocurre nada. Pero si esa misma cabeza toca la misma pared a ciento veinte kilómetros por hora, se convierte en pigmento rojo. Nos encontramos en un túnel de aceleración, Jimmy. Cuando el agua circula más rápido que el barco, no es posible mantener el control.»

Yo le escuchaba, pensó Jimmy, pero no le oía.

Durante la segunda semana hubo una movilización masiva. Los improvisados gestores de la epidemia organizaron las vacunaciones: hospitales de campaña, tiendas de aislamiento; pueblos enteros, ciudades enteras en cuarentena. Sin embargo, tales esfuerzos no tardaron en revelarse inútiles, pues los médicos y el personal sanitario también se contagiaban, se asustaban y se iban. «Inglaterra cierra sus puertos y aeropuertos.» «Se interrumpe toda comunicación con la India.» «Los hospitales quedan cerrados hasta nuevo aviso. Si se siente enfermo, beba mucha agua y marque el siguiente teléfono de información, operativo las veinticuatro horas del día.»

«No intenten, repetimos, no intenten abandonar las ciudades.» Los que hablaban ya no eran ni Brad ni Simon. Brad y Simon ya no estaban. Eran otros, y luego, otros más.

Jimmy llamó al teléfono mencionado y respondió un contestador que le informó de que el servicio no funcionaba. A continuación telefoneó a su padre por primera vez en varios años, sin embargo aquella línea tampoco estaba operativa.

Consultó el correo electrónico. No halló ningún mensaje reciente. Lo único que encontró fue una vieja tarjeta de felicitación que no había borrado: «Feliz

cumpleaños, Jimmy. Que todos tus sueños se hagan realidad.» Cerditos con alas.

En una página web privada mostraban un mapa con unos puntos iluminados que representaban los lugares susceptibles de ser conectados vía satélite. Jimmy contemplaba, fascinado, su progresiva disminución.

Estaba paralizado, incapaz de asimilar lo ocurrido. Todo le recordaba demasiado a una película. Pese a ello, ahí estaba, al igual que Oryx y Crake, muertos, en el compartimento estanco. Cuando se descubría fantaseando que todo eso era una ilusión o una broma, se acercaba a la puerta para observarlos. Por la ventanilla blindada, desde luego; sabía que no debía abrir la compuerta interior.

Se alimentaba de las provisiones del almacén de emergencia; primero se comió los alimentos congelados. Si fallaba el sistema de energía solar de la burbuja, los congeladores y los microondas no funcionarían, así que decidió empezar por las bandejas de Chickie-Nobs Gourmet. Se fumó de un tirón las reservas de hierba de Crake y así evitó tres días de horror. Aunque al principio racionó el alcohol, no tardó en beber mucho. Para soportar las noticias debía emborracharse y aletargarse.

—No me lo creo, no me lo creo —decía. Había empezado a hablar solo, en voz alta. Mala señal—. Esto es imposible.

¿Cómo explicar su existencia en esa sala limpia, seca, aburrida, anodina, comiendo palomitas de soja bañadas en caramelo y cortezas de calabacín con queso, macerándose el cerebro con alcohol y dándole vueltas al fracaso absoluto de su vida personal, mientras la humanidad entera se estaba yendo a la mierda?

Lo peor de todo era que en realidad la gente del exterior —el miedo, el sufrimiento, la muerte generalizada— no le afectaba. Crake aseguraba muchas veces que el *Homo sapiens sapiens* no estaba preparado para considerar a los individuos por separado cuando un grupo pasaba de doscientos, porque ése era el tamaño de la tribu primigenia, aunque Jimmy rebajaba esa cifra a dos. ¿Le había querido Oryx? ¿No le había querido? ¿Lo sabía Crake? ¿Hasta qué punto? ¿Cuándo lo descubrió? ¿Los vigiló desde el principio? ¿Había planeado la gran escena final de suicidio asistido, había deseado que Jimmy lo matara porque era consciente de qué iba a ocurrir y no pensaba presenciar los resultados de su creación?

¿O acaso sabía que si lo pillaban los de seguridad no sería capaz de negarles la fórmula de la vacuna? ¿Cuánto tiempo llevaba planeándolo? ¿Era posible que tío Pete y hasta su propia madre hubieran sido conejillos de Indias? Habiendo puesto tanto en juego, ¿le asustaba el fracaso, convertirse en otro nihilista incompetente? ¿O tal vez lo atormentaban los celos, estaba podrido de amor, se trataba de una venganza, deseaba simplemente que Jimmy lo librara de su tristeza? ¿Había sido un loco o un hombre de gran talla intelectual que había conducido la sociedad hasta sus consecuencias lógicas? ¿Acaso existía diferencia alguna?

Etcétera, etcétera, impulsando los engranajes emocionales y abusando del alcohol

hasta que perdía el conocimiento.

Mientras, toda una especie agonizaba ante sus propios ojos. Reino, división, clase, orden, familia, género, especie. ¿Cuántas piernas tiene? El *Homo sapiens sapiens* se unía al oso polar, a la ballena beluga, al búho madriguero, a una lista muy, muy larga. «Cuántos puntos, Gran Maestro.» A veces quitaba el sonido, se susurraba palabras. «Suculento.» «Morfología.» «Obtuso.» «Cuartilla.» Eso le tranquilizaba.

Uno por uno, las páginas y los canales interrumpieron sus emisiones. Un par de locos de la información instalaron cámaras y transmitieron su propia muerte: los gritos, la piel en jirones, los ojos reventados, y todo lo demás. Qué teatral, pensó Jimmy. Por salir en pantalla son capaces de todo.

—Qué cínico eres —se recriminó, y lloró en silencio.

—Te pasas de sentimental, joder —le reprochaba Crake con frecuencia. Aunque, en esas circunstancias, ¿por qué reprimirse? Nadie cuestionaría sus gustos.

De vez en cuando consideraba la posibilidad de suicidarse —le parecía obligado—, aunque no acababa de reunir la energía necesaria para ello. Además, el suicidio era un acto que se llevaba a cabo para un público. Y en esos momentos, en esas circunstancias, se trataba de un gesto poco elegante. Ya se imaginaba el desprecio burlón de Crake, la decepción de Oryx. «¡Pero Jimmy! Has de cumplir tu misión. Lo prometiste, ¿no te acuerdas?»

O quizá no lograba tomarse en serio su propia desesperación.

Al final ya no retransmitían nada y Jimmy sólo veía películas antiguas en DVD. Edward G. Robinson y Humphrey Bogart en *Cayo Largo*: «Quiere más, ¿verdad que quieres más, Rocco? ¡Sí! ¡Eso es! ¡Más! Está bien, quiero más. ¿Es que nunca tienes bastante?» También puso *Los pájaros*, de Hitchcock: «Flap, flap, flap, pío, iiiik.» Se distinguían las cuerdas con las que ataban a las aves actrices a los tejados. Y también pasó *La noche de los muertos vivientes*: «Uuuuh, aaaaarg, cof, cof, ajj.» Esas inocentes paranoias le calmaban.

Luego apagaba el televisor y se quedaba sentado ante la pantalla negra. Todas las mujeres que había conocido desfilaban ante él en esa semipenumbra. También su madre de joven, con su bata morada. La última era Oryx, con unas flores blancas en las manos. Lo miraba y, lentamente, se alejaba de su campo de visión, internándose en las sombras, donde Crake la aguardaba.

Las ensoñaciones le resultaban casi placenteras, porque mantenían a esas mujeres con vida.

Sabía que la situación no se prolongaría. En El Paraíso, los crackers consumían hojas y hierbas más rápido de lo que se regeneraba la vegetación, y en cualquier momento el sistema de energía solar fallaría, y la reserva fallaría, y Jimmy no sabía reparar los aparatos. Cuando eso ocurriera, la ventilación se detendría, el compartimento estanco se congelaría, y él y los crackers se quedarían atrapados has la

muerte. Debía sacarlos de allí, pero no antes de lo preciso, porque era posible que aún quedaran seres humanos desesperados y potencialmente peligrosos en el exterior. No le apetecía enfrentarse a un grupo de locos en fase de desintegración arrodillándose ante él y gritando: «Cúranos, cúranos.» Aunque fuera inmune al virus —a menos, claro, que Crake le hubiera mentido—, no lo sería a la rabia y la desesperación de sus portadores.

Aparte, cómo iba a quedarse tan tranquilo y soltarles: «No existe salvación posible para vosotros.»

En la penumbra, sumido en el aire enrarecido, Hombre de las Nieves vaga de un lado a otro. Encuentra su despacho. El ordenador sigue sobre el escritorio y le devuelve una expresión indiferente, como una novia desdeñada con la que hubiera coincidido por casualidad en una fiesta. Junto a la pantalla hay unas hojas de papel, que deben de ser las últimas que escribió. Las últimas que escribirá. Las coge, movido por la curiosidad. ¿Qué es lo que el Jimmy del pasado consideró digno de comunicar, o al menos de registrar, de plasmar por escrito, en negro sobre blanco, en unos simples garabatos, para la edificación de un mundo que ya no existía?

«A quien lo lea», había escrito Jimmy a mano, no en el ordenador. En ese momento el aparato ya no funcionaba, pero él había seguido, perseverante, con un bolígrafo. Aún debía de albergar cierta esperanza de que la situación fuese reversible, de que alguien apareciera en el futuro, alguien con autoridad; que sus palabras, en ese momento, tendrían algún significado, se situarían en algún contexto. Como había observado Crake una vez, Jimmy era un romántico optimista.

«No me queda mucho tiempo», había escrito.

No estaba mal para empezar, considera Hombre de las Nieves.

No me queda mucho tiempo, pero intentaré poner por escrito lo que tal vez sea la explicación de los extraordinarios acontecimientos recientes la reciente catástrofe. Acabo de revisar el ordenador del hombre al que aquí se conocía como Crake. Él lo dejó encendido —deliberadamente, supongo—, por lo que me hallo en condiciones de asegurar que el virus VEUR se creó aquí, en la cúpula de El Paraíso, a partir de híbridos seleccionados personalmente por Crake, y posteriormente eliminados, incorporados con posterioridad al producto BlyssPluss. Se ideó un temporizador para permitir una distribución amplia. La primera manifestación del virus no se produciría hasta que todos los territorios seleccionados hubieran sido sembrados. Así, la aparición del virus adoptó la forma de secuencia de oleadas que rápidamente se fueron solapando. Para el éxito del plan, el tiempo era un factor fundamental. Así se potenciaban las repercusiones sociales y se impedía eficazmente el desarrollo de una vacuna. El propio Crake había fabricado una vacuna simultáneamente al virus, pero la destruyó antes de su suicidio asistido muerte.

Aunque varios miembros del equipo de BlyssPluss contribuyeron con su labor a

la propagación del VEUR, considero que ninguno, a excepción de Crake, era consciente de sus efectos. En cuanto a los motivos de éste, sólo puedo aventurar especulaciones. Tal vez...

En ese punto se detiene el escrito. Fueran cuales fueren las especulaciones de Jimmy en relación con los motivos de Crake, no quedaron anotadas.

Hombre de las Nieves arruga las páginas, las tira al suelo. Esas palabras deben ser pasto de los escarabajos. Podría haber mencionado el cambio de los imanes de la nevera de Crake. Los imanes de nevera revelaban mucho acerca de la gente, aunque en su momento no les concedió mayor importancia.

Restos

El segundo viernes de marzo —había estado marcando los días en un calendario, no sabía por qué— Jimmy se presentó ante los crackers por primera vez. No se desnudó, a eso se negó. Llevaba el uniforme tropical de Rejoov, de color caqui, con las sobaqueras de rejilla, los incontables bolsillos y sus sandalias favoritas de imitación de piel. Los crackers se acercaron a él y lo rodearon maravillados y en silencio: era la primera vez que veían un tejido. Los niños susurraban y le señalaban con el dedo.

—¿Quién eres? —le preguntó uno a quien Crake había bautizado con el nombre de Abraham Lincoln. Un hombre alto, moreno, más bien delgado. No le habló con malos modos. De haberse tratado de un hombre normal, a Jimmy le habría resultado brusco, incluso agresivo, pero esos individuos no practicaban la cortesía verbal; no les habían enseñado a usar perífrasis, eufemismos, florituras. En el uso de la lengua, se mostraban simples y directos.

—Me llamo Hombre de las Nieves —respondió Jimmy, que había meditado antes su contestación. Ya no deseaba ser Jimmy, ni siquiera Jim, y sobre todo no quería ser Thickney. Su papel como Thickney había sido un desastre. Debía olvidar el pasado; el pasado lejano, el pasado inmediato, el pasado en todas sus formas. Necesitaba existir sólo en el presente, sin culpa, sin expectativas.

Como los crackers. Tal vez un nombre nuevo le ayudaría a conseguirlo.

—¿De dónde has salido, oh, Hombre de las Nieves?

—Vengo del lugar de Oryx y Crake —explicó—. Crake me ha enviado. —En cierto sentido era cierto—. Y también Oryx. —Debía emplear frases simples, de mensaje claro. Era algo que aprendió observando a Oryx a través del espejo especial. Y escuchándola, claro.

—¿Adónde ha ido Oryx?

—Está ocupada —respondió Hombre de las Nieves. No se le ocurrió nada más. La simple mención de su nombre casi lo había ahogado en llanto.

—¿Y para qué te han enviado Crake y Oryx? —quiso saber una mujer llamada Madame Curie.

—Para llevaros a otro lugar.

—Pero éste es nuestro sitio. Estamos bien aquí.

—Oryx y Crake quieren que viváis en un lugar mejor que éste —adujo Hombre de las Nieves—, donde haya más comida. —Hubo gestos de asentimiento y sonrisas. Oryx y Crake deseaban lo mejor para ellos, eso ya lo sabían. Y para ellos eso parecía bastar.

—¿Por qué tienes la piel tan caída? —preguntó uno de los niños.

—A mí me la hicieron diferente —respondió Hombre de las Nieves, a quien la

conversación empezaba a resultar interesante, como un juego. Eran libros en blanco, podía escribir en ellos lo que se le antojara—. Crake me creó dos tipos de piel. Una de ellas se desprende. —Se quitó su atuendo tropical para demostrárselo. Los crakers se fijaron con interés en el vello del pecho.

—¿Qué es eso?

—Son plumas. Unas plumas muy pequeñas. Son un regalo especial de Oryx. ¿Veis? En la cara crecen otras más.

Deja que le toquen la barba. Últimamente no ha sido muy estricto con el afeitado, no le veía el sentido, así que pincha bastante.

—Sí, lo vemos, pero ¿qué son plumas?

Claro. Nunca las han visto.

—Algunos de los Hijos de Oryx las tienen —explicó—. Los que se llaman pájaros. Nosotros nos iremos donde ellos viven. Entonces descubriréis qué son las plumas.

A Hombre de las Nieves le maravillaba su propio desparpajo; sorteaba la verdad sin el menor problema. En realidad resultaba casi demasiado fácil. Ellos aceptaban sin reparo cuanto les decía. Mucho tiempo más así —días enteros, semanas enteras así— y acabaría gritando de aburrimiento. Se le ocurrió abandonarlos. Irse, sin más. Que se las arreglaran solos. No eran asunto suyo.

No, imposible, porque aunque los crakers no eran sus criaturas, ahora dependían de él. No contaban con nadie más.

¿Y a quién tenía él, por cierto?

Hombre de las Nieves preparó la ruta con antelación. El almacén de Crake disponía de mapas. Llevaría a los Hijos de Crake a la costa, donde él mismo no había estado nunca. Eso le ilusionaba: al menos vería el mar y pasearía por la playa, como en las historias que de niño le contaban los mayores. Tal vez nadaría. No estaría tan mal.

Los crakers vivirían en el bosque que había cerca y que en el mapa estaba marcado con el símbolo de un árbol y pintado de verde. Allí se sentirían como en casa y sin duda dispondrían de vegetación comestible. En cuanto a él, ya pescaría. Recogió algunos objetos —no demasiados, ya que habría de llevarlos él solo—, y cargó el pulverizador con todas sus balas virtuales.

La noche antes de partir les dio una charla. En el viaje hacia ese sitio mejor al que iban, él caminaría delante —puntualizó— con dos de los hombres. Escogió a los más altos. Detrás de ellos irían las mujeres y los niños, y a ambos lados, otros hombres formarían dos filas. Los demás los seguirían. Crake había dicho que ésa era la manera correcta de viajar. (Prefirió evitar las referencias a posibles peligros, así se ahorra dar explicaciones detalladas.) Si los crakers descubrían algo que se movía —lo que fuera, de cualquier forma o tamaño—, debían comunicárselo enseguida. Aunque les

resultara desconcertante, no debían alarmarse. Si le advertían a tiempo, no les dañarían.

—¿Y por qué iban a dañarnos? —preguntó Sojourner Truth.

—Lo harían sin querer —respondió Hombre de las Nieves—. Como cuando os lastimáis con el suelo al caer.

—El suelo no pretende herirnos.

—Oryx nos contó que el suelo es nuestro amigo.

—Nos da la comida.

—Sí —convino Hombre de las Nieves—. Pero Crake creó el suelo, y lo formó duro. De no ser así, nos resultaría imposible caminar sobre él.

Tardaron un minuto en asimilar la información. A continuación empezaron a mover mucho la cabeza en señal de asentimiento. Hombre de las Nieves se sintió algo mareado debido a lo ilógico de su propio discurso. Pero por lo visto había resultado.

A la luz del amanecer marcó el código por última vez, abrió la burbuja y sacó a los crackers de El Paraíso. Se fijaron en los restos de Crake, que yacían en el suelo, pero como nunca lo habían visto con vida, confiaron en Hombre de las Nieves cuando les explicó que aquello no tenía importancia, que se trataba de una especie de pellejo o vaina. Habría sido un golpe para ellos reconocer a su creador en el estado en que se hallaba.

En cuanto a Oryx, se encontraba boca abajo y envuelta en seda. No la reconocieron.

Aunque los árboles que rodeaban la cúpula eran frondosos y verdes, y todo parecía prístino, al llegar al complejo de RejoovenEsense las evidencias de la muerte y la destrucción se advertían por todas partes. Carritos de golf volcados, papeles mojados, ilegibles, ordenadores desventrados. Escombros; jirones de ropa agitados por el viento, carroña medio devorada. Juguetes rotos. Los buitres seguían con su labor.

—Por favor, oh, Hombre de las Nieves, ¿qué es esto?

«¿Qué va a ser? Pues un cadáver.»

—Forma parte del caos —explicó Hombre de las Nieves—. Oryx y Crake están eliminando el caos para vosotros, porque os quieren, aunque todavía no han terminado. La respuesta los convenció.

—El caos huele muy mal —protestó uno de los niños mayores.

—Sí —corroboró Hombre de las Nieves con un gesto que pretendía ser una sonrisa—. El caos siempre huele mal.

A cinco travesías del acceso principal al complejo, un hombre apareció por una calle lateral y empezó a avanzar hacia ellos. Estaba en el penúltimo estadio de la enfermedad; sudaba sangre por la frente.

—Llevadme con vosotros —exigió, aunque sus palabras resultaron casi

ininteligibles. Era un sonido gutural, de animal furibundo.

—No te muevas —advirtió Hombre de las Nieves. Los crakers contemplaban la escena sorprendidos, aunque no parecían asustados.

El hombre siguió avanzando, tropezó, se cayó al suelo. Hombre de las Nieves le disparó. Le preocupaba el contagio. (¿Se contagiarían los crakers, o su material genético era demasiado distinto? Crake los habría creado inmunes, ¿no?)

Al llegar al muro que rodeaba el complejo, apareció una mujer. Se tambaleaba en el exterior de la garita de la entrada: lloraba y tiraba de un niño.

—¡Ayudadme! —imploró—. ¡No me dejéis aquí!

Hombre de las Nieves también le disparó.

En el transcurso de ambos incidentes, la expresión de los crakers reveló sorpresa. No relacionaron el ruido que producía el palo de Hombre de las Nieves con la caída de aquellas personas.

—¿Qué es eso que se ha caído al suelo, oh, Hombre de las Nieves? ¿Es un hombre o una mujer? Tiene otra piel, como tú.

—No es nada, es sólo un fragmento de la pesadilla de Crake.

Entendían lo de los sueños, eso le constaba, porque ellos también soñaban. Crake no había logrado suprimir los sueños. «Estamos poderosamente programados para soñar», había explicado. Tampoco había conseguido anular el canto. «Estamos poderosamente programados para cantar.» El canto y los sueños iban unidos.

—¿Y por qué sueña Crake con desgracias como ésta?

—Las sueña él para que no tengáis que hacerlo vosotros.

—Es triste que sufra por nosotros.

—Lo sentimos mucho. Y se lo agradecemos.

—¿Se acabará pronto la pesadilla?

—Sí, enseguida —los tranquilizó Hombre de las Nieves. Lo que acababa de ocurrir había sido un último toque de atención. Esa mujer era una perra rabiosa. Constató que le temblaban las manos. Necesitaba un trago.

—¿Se acabará cuando Crake se despierte?

—Sí, cuando se despierte.

—Ojalá se despierte muy pronto.

Así que avanzaron juntos por la Tierra de Nadie, deteniéndose aquí y allá para pastar o recoger hojas y flores por el camino. Las mujeres y los niños iban cogidos de la mano, algunos cantaban con sus voces cristalinas, como ramas mecidas por el viento. Recorrieron las calles de las plebillas, como en un desfile o una procesión religiosa. Durante las tormentas de la tarde buscaban refugio. No les resultaba difícil; las ventanas y las puertas ya no significaban nada. Luego, cuando refrescaba, proseguían la marcha.

Algunos de los edificios que encontraban a su paso todavía humeaban. Eso

suscitó muchas preguntas y muchas explicaciones. «¿Qué es eso blanco?» «¿Es idea de Crake?» «¿Por qué está ese niño en el suelo, sin ojos?» «Es la voluntad de Crake.» Etcétera.

Hombre de las Nieves improvisaba a medida que avanzaban. Sabía que, como pastor, no era precisamente de fiar. Para que confiaran en él, se esforzaba por asumir un aura de dignidad y rigor, de sabiduría y bondad. En su ayuda acudió toda una vida dedicada al engaño.

Por fin alcanzaron el límite del bosque. Hombre de las Nieves sólo se vio obligado a disparar a otras dos personas en fase de desintegración. En realidad les estaba haciendo un favor, así que no se sentía tan culpable. Peor se sentía por otros motivos.

Casi de noche, alcanzaron por fin la costa. La brisa silbaba entre los árboles, el agua se mecía en un débil oleaje, el sol poniente se reflejaba, rosa y rojo, en el mar. La arena era blanca, las torres de la orilla estaban llenas de pájaros.

—¡Qué bonito que es esto!

—Oh, mira, ¿son plumas?

—¿Cómo se llama este sitio?

—Se llama «casa» —respondió Hombre de las Nieves.

Capítulo 14

Ídolo

Hombre de las Nieves rebusca en el almacén y arrasa con todo lo que puede llevarse: el resto de la comida, latas y alimentos liofiliza —dos—, linterna y pilas, mapas, cerillas y velas, munición, cinta aislante, dos botellas de agua, analgésicos, pomada antibiótica, dos camisas con protección solar, y una de esas navajas pequeñas con tijeras. Y el pulverizador, por supuesto. Recoge el palo y sale por la puerta del compartimento estanco, evitando la mirada de Crake, la mueca de Crake. Y a Oryx, con su sedoso sudario de mariposa. «Oh, Jimmy. ¡Ésa no soy yo!»

Se oyen los primeros trinos de los pájaros. La claridad que precede al alba es de un gris que recuerda las plumas y la neblina cubre el aire. Perlas de rocío y telarañas. Si fuera niño, todo le parecería fresco, nuevo; ese efecto antiguo, mágico. Ahora sabe que se trata de una ilusión; cuando salga el sol, todo se desvanecerá. A medio camino se detiene, mira por encima del hombro y contempla por última vez la cúpula de El Paraíso, que destaca entre los árboles como un globo perdido.

Tiene un mapa del complejo, ya lo ha estudiado y ha marcado la ruta que debe seguir. Ataja por la arteria principal, llega al campo de golf y lo cruza sin incidentes. El saco improvisado y el arma empiezan a pesar; se detiene a beber. El sol ya está alto, los buitres vuelan en círculos aprovechando las corrientes térmicas; lo han divisado y su cojera no les pasa desapercibida. Se mantendrán al acecho.

Deja atrás una zona residencial y recorre el patio de un colegio. Antes de llegar al muro, ha de matar a un cerdón de un disparo. Sólo le observaba, pero no le cabe duda de que era el espía y que iría a informar a los demás. Al llegar a la verja se detiene. Allí hay una torre de vigilancia y un acceso al muro. Le gustaría subir a echar un vistazo, por si aún se distingue el humo de ayer. Sin embargo la puerta de la garita se encuentra cerrada, así que decide seguir su camino.

En el foso no hay nada.

Pasa por la Tierra de Nadie. Avanza nervioso: por el rabillo del ojo intuye seres que se mueven y le preocupa que las ramas de los árboles cambien de forma. Por fin llega a las plebillas; avanza por las callejuelas estrechas, atento ante la posibilidad de alguna emboscada. Pero nada sale a su paso. Sólo el círculo de buitres que sigue en lo alto, esperando a que se convierta en alimento para ellos.

Una hora antes del mediodía se encarama a un árbol, se cobija a la sombra de las ramas. Ahí come una lata de salchichas SoyOBoy y se acaba la primera botella de agua. En cuanto deja de caminar, el pie se hace notar; es un pinchazo constante, un calor, una presión, como si lo llevara metido en un zapato pequeñísimo. Se aplica un poco de pomada en la herida sin gran convicción; seguro que los microbios que lo infectan ya se han vuelto más resistentes y siguen pululando por ahí, convirtiendo su carne en sopa.

Otea el horizonte desde su privilegiado puesto arbóreo, mas no distingue nada que recuerde al humo. «Arbóreo», una bella palabra. «Arborícola.» «Nuestros ancestros arborícolas —decía muchas veces Crake—. Se cagaban en las cabezas de sus enemigos desde lo alto, colgados de los árboles. Todos los aviones, los cohetes y las bombas no son más que elaboraciones de ese instinto primate.»

«¿Y si me muero aquí, en este árbol? —piensa—. ¿Me estará bien empleado? ¿Por qué? ¿Alguien me encontrará alguna vez? Y si me encuentran, ¿qué harán? Oh, mira, otro hombre muerto. Menuda novedad. Lo malo abunda. Sí, pero éste está en un árbol. ¿Y qué? ¿Qué importa eso?»

—Yo no soy sólo un hombre muerto —declara en voz alta.

«¡Pues claro que no! ¡Todos somos únicos! ¡Y cada uno está muerto a su manera personal e intransferible! ¿Quién se anima a compartir con nosotros su muerte? ¿A relatarla con sus propias palabras? Jimmy, pareces impaciente por decir algo; adelante, ¿por qué no empiezas tú?»

Oh, tortura. ¿Es esto el purgatorio y, en ese caso, por qué recuerda tanto al primer curso de colegio?

Tras un par de horas de descanso, prosigue su camino y se guarece de la tormenta de la tarde entre las ruinas de un bloque de apartamentos de las plebillas. En el interior no hay nadie, ni vivo ni muerto. Luego sigue caminando, cojeando, algo más deprisa, primero hacia el sur, luego hacia el este, en dirección a la costa.

Es un alivio llegar por fin al Camino del Pez de Hombre de las Nieves. En lugar de dirigirse a la izquierda, a su árbol, sigue recto hacia el poblado. Está agotado, necesita dormir, pero ha de mostrarse ante los crakers, presentarse sano y salvo, explicarles por qué ha tardado tanto, transmitirles el mensaje de Crake.

Por cierto, deberá inventarse alguna mentira. «¿Qué aspecto tenía Crake?» «No lo vi, estaba entre las ramas de un arbusto.» Un arbusto en llamas, ¿por qué no? Mejor no ser demasiado concreto respecto a los rasgos faciales. «Pero me transmitió algunas órdenes: me traeréis dos peces cada semana —no, que sean tres—, y también raíces y bayas.» Tal vez convendría añadir algas. Ellos ya sabrán cuáles son comestibles. Y cangrejos; no de los de tierra, sino de los otros. Se los encargará ya cocidos al vapor, de doce en doce. Seguro que no será demasiado pedir.

Una vez haya visitado a los crakers, guardará la comida que se ha traído, cenará algo y se dormirá un rato en su árbol. Luego se sentirá más fresco y despejado, y pensará con más calma en las decisiones que debe tomar.

¿Sus decisiones respecto a qué? Eso es demasiado difícil. No obstante, pongamos que haya más gente por ahí, gente como él, gente que produce el humo. Debería estar más presentable si desea encontrarse con ellos. Se lavará bien —por una vez, se arriesgará a bañarse en la piscina de los crakers—, se pondrá una de las camisas limpias con protector solar, se arreglará un poco la barba con las tijeritas de la navaja.

¡Mierda! No se le ocurrió coger un espejo de mano. Qué imbécil.

Al acercarse al poblado, percibe un sonido que no le resulta familiar —una especie de salmodia extraña, voces agudas y graves, de hombres y mujeres—, armonioso, de dos notas. Más que una canción, le recuerda a un cántico. Y a continuación se produce algo similar a un cacerolazo, una serie de golpecitos y una explosión. ¿Qué están haciendo? Sea lo que fuese, es la primera vez.

Ya ha llegado a la línea de demarcación, al muro químico de orines, apestoso e invisible, que los hombres renuevan cada día. Lo atraviesa, avanza con cautela y atisba desde detrás de un arbusto. Ahí están. Los cuenta rápidamente: casi todos los jóvenes, aunque faltan cinco adultos; debe de haber un quinteto apareándose en el bosque. Están sentados en un semicírculo alrededor de una figura de aspecto grotesco, una efigie parecida a un espantapájaros, en la que concentran toda su atención. En un primer momento, cuando se aparta del arbusto y se acerca cojeando a ellos, no reparan en él.

—Om —cantan las mujeres.

—Ee —entonan los hombres.

¿Qué es eso? ¿Acaso un cántico religioso? ¡Claro que no! Crake había tomado todo tipo de precauciones, había insistido hasta la saciedad en mantenerlos puros, libres de cualquier contaminación de ese tipo. Y, por supuesto, no han aprendido a entonar letanías por boca de Hombre de las Nieves. No es posible.

Clank. Ping-ping-ping-ping. Bum. «Om-ee.»

Ahora sí distingue al grupo de percusión. Los instrumentos son un tapacubos y un tubo metálico —que producen el cacerolazo—, y una serie de botellas vacías que cuelgan de una rama y que tocan con un cucharón. El «bum» lo logran con un bidón de aceite que golpean con algo similar a un rodillo de amasar. ¿De dónde han sacado estos objetos? De la playa, sin duda. Es como si contemplara a sus compañeros de clase de ritmo en el parvulario, sólo que el grupo está compuesto por niños grandes de ojos verdes.

¿Qué es eso? La estatua, el espantapájaros, lo que sea. Distingue la cabeza, y el cuerpo vestido con harapos. Y una especie de cara: un ojo fabricado con un guijarro, otro más negro que relaciona con la tapa de algún frasco. Y en la barbilla le han pegado una cinta de fregona.

Ya se han fijado en él. Se ponen en pie, se acercan deprisa a saludarle, le rodean. Todos sonríen con alegría. Los niños saltan, ríen; algunas mujeres aplauden con emoción. Es un despliegue de energía inusitado.

—Hombre de las Nieves, Hombre de las Nieves. —Le rozan con las yemas de los dedos—. Has vuelto con nosotros.

—Sabíamos que si te llamábamos, nos oirías y regresarías.

Así que lo estaban invocando a él, claro: «hombre».

—Hemos hecho una imagen tuya para que nos ayudara a transmitir nuestra llamada.

«Cuidado con el arte —advertía Crake—. Si empiezan a crear arte, se avecinan problemas.» El pensamiento simbólico de cualquier tipo representaba un indicio de decadencia, según él. De ahí pasarían a inventar ídolos, ritos y objetos funerarios, vida después de la vida, y pecado, y reyes, y esclavitud, y guerra. Hombre de las Nieves desearía someterlos a un interrogatorio: ¿de quién habrá sido la idea de crear una imagen de Hombre de las Nieves con la tapa de un frasco y un pedazo de fregona? Sin embargo, eso tendrá que esperar.

—¡Mirad! ¡Hombre de las Nieves lleva unas flores!

(Eso lo señalan los niños, que se han fijado en la sábana floreada.)

—¿Nosotros también podemos ponérmolas?

—¿Ha sido difícil tu viaje al cielo?

—¡Queremos flores! ¡Queremos flores!

—¿Qué mensajes nos manda Crake?

—¿Qué os lleva a suponer que he visitado el cielo? —les pregunta Hombre de las Nieves en el tono de voz más inexpresivo de que es capaz. Revisa los archivos de leyendas que les ha ido contando. ¿En qué momento mencionó lo del cielo? ¿Les había relatado algún cuento sobre la procedencia de Crake? Sí, ahora lo recuerda. Le había otorgado los atributos del trueno y el rayo. Así que, naturalmente, dan por sentado que Crake ha regresado a la tierra de las nubes.

—Sabemos que Crake vive en el cielo. Hemos visto girar el viento, en dirección al camino por el que te fuiste.

—Crake te lo envió. Para ayudarte a subir.

—Ahora tú también has estado en el cielo. Eres casi como Crake.

Mejor no contradecirlos, aunque no consentirá que sigan creyendo que puede volar: tarde o temprano querrán que se lo demuestre.

—No, el viento que giraba era para que Crake bajara del cielo —aduce—. El viento lo trajo a la tierra. Decidió no quedarse en las alturas, porque el sol quemaba demasiado. Por eso yo no lo vi en el cielo.

—¿Y dónde está?

—Está en la burbuja —responde Hombre de las Nieves, que en esta ocasión no miente en exceso—. El sitio del que vinimos. Está en El Paraíso.

—Queremos ir a verlo —ruega uno de los niños mayores—. Sabemos llegar. Nos acordamos.

—Imposible —replica Hombre de las Nieves con demasiada brusquedad—. No lo reconoceríais. Se ha convertido en una planta. —¿Cómo se le ha ocurrido semejante idea? Está muy cansado y ya no sabe lo que dice.

—¿Y por qué se iba a convertir Crake en comida? —pregunta Abraham Lincoln.

—No es una planta comestible —insiste Hombre de las Nieves—, sino más bien árbol.

Miradas de desconcierto.

—Pero él te habla. ¿Cómo va a hablarte un árbol?

Esto va a ser difícil de explicar. Ha cometido un error narrativo. Le abrumba la sensación de haber perdido el equilibrio estando en lo más alto de una escalera.

Se agarra a un clavo ardiendo.

—Es un árbol con boca —puntualiza.

—Los árboles no tienen boca —rebate uno de los niños.

—Un momento, mirad —señala una mujer (¿Madame Curie? ¿Sacajawea?)—. Hombre de las Nieves se ha hecho daño en un pie. —Las mujeres siempre perciben su incomodidad, intentan aliviarla cambiando de tema—. Hemos de ayudarle.

—¿Y si le entregamos un pez? ¿Te gustaría que te trajéramos un pez ahora mismo, Hombre de las Nieves? Le pediremos a Oryx que nos conceda un pez que muera por ti.

—Eso estaría muy bien —asiente aliviado.

—Oryx desea que te encuentres bien.

No tarda en verse tumbado en el suelo, con los crackers a su alrededor, ronroneando.

El dolor remite, pero aunque lo intentan con todas sus fuerzas, la hinchazón no desaparece del todo.

—Debe de ser una herida muy profunda.

—Será preciso algo más.

—Luego volvemos a intentarlo.

Le sirven el pez que han pescado, cocido y envuelto en hojas, y lo observan complacidos mientras se lo come. No tiene mucha hambre —debido a la fiebre—, pero se esfuerza porque no pretende asustarlos.

Los niños ya están desmontando la imagen de Hombre de las Nieves y pretenden devolver los fragmentos a la playa. Eso se lo enseñó Oryx, según le informan las mujeres: después de usar una cosa, hay que devolverla a su lugar de origen. La imagen de Hombre de las Nieves ha surtido efecto. Ahora que ya está con ellos, no hay ningún motivo para conservar la réplica. A Hombre de las Nieves le resulta extraño ver su barba, su cabeza, viajando por piezas en manos de los niños. Es como si lo hubieran desmontado a él mismo.

Sermón

—Han venido otros como tú —manifiesta Abraham Lincoln cuando Hombre de las Nieves ha dado buena cuenta *del pescado*.

Está apoyado en el tronco de un árbol y nota un ligero hormigueo en el pie, como si se le hubiera dormido; se siente un poco mareado.

Hombre de las Nieves se levanta de un salto.

—¿A qué te refieres?

—Con esa otra piel, como tú —prosigue Napoleón—. Uno de ellos también tenía plumas en la cara.

—Otro también llevaba plumas, pero no eran largas.

—Hemos pensado que los enviaba Crake, como a ti.

—Y el otro era hembra.

—Debe de haberla mandado Oryx.

—Olía a azul.

—No se apreciaba el azul porque llevaba la otra piel.

—De todas formas olía mucho a azul. Los hombres han empezado a cantar.

—Le hemos ofrecido flores y hemos mostrado los penes, pero ella no ha respondido con alegría.

—A los hombres de la otra piel no les ha complacido. Se han enfadado.

—Nos hemos acercado a ellos para saludarlos, pero se han marchado corriendo.

Hombre de las Nieves no se extraña. La imagen de esos hombres musculosos, exageradamente serenos, avanzando en grupo y entonando sus excéntricos cantos, con sus ojos verdes fosforescentes y los penes azules moviéndose al unísono, los brazos extendidos como si se tratara de extras en una película de zombis..., esa visión debió de aterrarlos.

El corazón le late con fuerza por la emoción o por el miedo, o por una mezcla de ambos sentimientos.

—¿Llevaban algo?

—Uno de ellos sostenía un palo que hacía ruido, como el tuyo. —El pulverizador de Hombre de las Nieves no está a la vista. Deben de recordarlo del principio, de cuando salieron de El Paraíso—. Pero no lo ha utilizado. —Los Hijos de Crake explican todo esto con una serenidad excepcional. No comprenden las implicaciones. Lo mismo podrían estar hablando de conejos.

—¿Cuándo llegaron?

—Oh, ayer, tal vez.

Inútil pretender que sean precisos con los hechos pasados; no cuentan los días.

—¿Y por dónde se fueron?

—Se fueron por allí, por la playa. ¿Por qué se escaparon así de nosotros, oh,

Hombre de las Nieves?

—Tal vez oyeron a Crake —opina Sacajawea—. Tal vez les estaba llamando. Llevaban objetos brillantes en los brazos, como tú. Eso que sirve para escuchar a Crake.

—Se lo preguntaré —dice Hombre de las Nieves—. Iré a hablar con ellos. Lo haré mañana.

Ahora dormiré.

Se incorpora con dificultad, esboza una mueca de dolor. Aún no puede apoyarse del todo sobre el pie herido.

—Nosotros te acompañaremos —sugieren varios hombres.

—No —replica Hombre de las Nieves—. No es una buena idea.

—Pero tú todavía no estás curado del todo —objeta Emperatriz Josefina—. Necesitas más ronroneos. —Parece preocupada; frunce un poco el ceño. No es habitual ver esa expresión en esos rostros siempre tersos.

Hombre de las Nieves accede y un nuevo equipo —formado esta vez por tres hombres y una mujer; deben de pensar que precisa una medicación fuerte— se arremolina sobre su pierna. Intenta captar alguna respuesta interna en forma de vibración, y se pregunta —no por primera vez— si ese método sólo será efectivo para ellos. Los que no ronronean observan la operación atentamente; algunos conversan en voz baja y, al cabo de una media hora, más o menos, un nuevo equipo toma el relevo.

Inmerso en ese sonido no logra relajarse, que es lo que le convendría, porque sin querer se dedica a imaginar el futuro. Los pensamientos se le desbocan; tras sus párpados entornados, las distintas posibilidades se iluminan y chocan. Es posible que todo salga bien, tal vez ese trío de desconocidos esté sano y albergue buenas intenciones. Acaso logre convencerles de la bondad de los crakers. Aunque también cabe en lo posible que esos recién llegados consideren que los Hijos de Crake son unos locos, unos salvajes no humanos, una amenaza.

Por su mente pasan antiguas imágenes de la historia, retazos de Sangre y Rosas: la pila de calaveras del Gengis Khan, las montañas de zapatos y ojos de cristal de Dachau, las iglesias llenas de cadáveres ardiendo en Ruanda, el saqueo de Jerusalén a manos de los cruzados. Los indios arawak recibiendo a Cristóbal Colón con guirnaldas de flores y frutas, sonriendo encantados poco antes de la masacre de que iban a ser objeto, o atados bajo las camas en las que sus mujeres iban a ser violadas.

¿Pero por qué imaginar lo peor? Tal vez esa gente se ha asustado, nada más, y se ha trasladado a otro sitio. Quizás están enfermos, agonizantes.

O tal vez no.

Antes de iniciar la exploración, antes de partir hacia lo que —ahora lo entiende— es una misión, debe dirigir unas palabras a los crakers. Una especie de sermón. Establecer unos mandamientos, el legado de Crake. Aunque en realidad ellos no

precisan mandamientos, todo eso del «no harás tal cosa o tal otra» no les serviría de nada, ni siquiera lo entenderían, porque ya lo llevan interiorizado. Es absurdo ordenarles que no mientan, que no roben, que no cometan adulterio, que no deseen a la mujer del prójimo. No captarían el concepto.

Aun así, algo habrá de decirles. Dejarles unas palabras para el recuerdo. Algún consejo práctico, mejor. Debería sugerir que tal vez no regrese. Debería advertirles de que los otros, los de la segunda piel y las plumas, no proceden de Crake. Aconsejarles que cojan sus palos de ruido y los arrojen al mar. Que si esa gente se muestra violenta —«Oh, Hombre de las Nieves, ¿qué es violento?»—, o si intentara violar a las mujeres —«¿qué es violar?»— o abusar de los niños —«¿qué es abusar?»— o si intentara obligar al grupo a trabajar para ellos...

No serviría de nada, de nada. «¿Qué es trabajar?» Trabajar es construir objetos —«¿qué es construir?»—o cultivar plantas— «¿qué es cultivar?» —, bajo la amenaza de dañaros o mataros si no lo hacéis, o prometiendo dinero si lo hacéis.

«¿Qué es dinero?»

No, no les contará nada de todo eso.

«Crake os estará vigilando —les dirá—. Oryx os ama.»

Entonces se le cierran los ojos y se siente suavemente elevado, transportado, elevado un poco más, transportado, sostenido.

Capítulo 15

Huella

Hombre de las Nieves se despierta antes del amanecer. Se queda tendido, inmóvil, mientras escucha la marea que sube, una ola tras otra pasando por encima de las diversas barricadas, chis chas, chis chas, el ritmo del corazón. Cuánto le gustaría creer que todavía está dormido.

En el horizonte, hacia el este, se levanta una neblina gris, iluminada ahora con un resplandor mortecino y rosáceo. Qué raro que ese color todavía resulte tierno. Lo contempla en un raptó de admiración. No hay otra palabra que lo describa: «raptó». El corazón es apresado y transportado, se diría que por un ave rapaz. Después de lo ocurrido, ¿cómo es posible que el mundo siga siendo tan hermoso? Porque lo es. Desde las torres de la costa, los graznidos y los gritos de las aves resuenan, inhumanos.

Respira profundamente varias veces, recorre con la vista la tierra circundante en busca de animales salvajes, baja del árbol, apoyando primero el pie sano. Revisa el interior de la gorra, la sacude para sacar una hormiga. De una sola hormiga, ¿puede decirse que esté viva, en el sentido estricto del término, o sólo es relevante en relación con su hormiguero? Uno de los viejos acertijos de Crake.

Se arrastra hasta la playa, hasta la orilla del mar. Se lava el pie, nota la quemazón de la sal. Será un forúnculo, de noche debe de haber reventado y ahora la herida es enorme. A su alrededor revolotean las moscas, aguardando la ocasión propicia para posarse.

Regresa al árbol, se quita la sábana floreada, la cuelga de una rama. No desea que le moleste nada. Se deja puesta sólo la gorra, para que el sol no le deslumbre. Prescindirá de las gafas de sol; es bastante temprano y aún no son necesarias. Ha de captar hasta el menor movimiento.

Mea sobre los saltamontes y, con nostalgia, los contempla mientras se alejan. Esos gestos rutinarios suyos ya empiezan a formar parte del pasado, como una amante vista desde la ventanilla del tren, despidiéndose con la mano, arrastrada hacia atrás inexorablemente, en el espacio, en el tiempo, tan deprisa.

Se acerca al escondite, lo abre, bebe un poco de agua. El pie le duele mucho, vuelve a tener la herida muy roja y el tobillo tumefacto. Tenga lo que tenga, es evidente que ni el cóctel de El Paraíso ni el tratamiento de los crackers han surtido efecto. Se aplica un poco más de pomada antibiótica, apenas más efectiva que el barro. Por suerte le quedan aspirinas. Con eso se le calmará un poco el dolor. Se toma cuatro y se come media Joltbar para recuperar energías. Saca el pulverizador y verifica el cargador de balas virtuales.

No está preparado para eso. Se encuentra mal. Siente miedo.

Podría optar por no hacer nada, esperar los acontecimientos.

«Cariño, eres mi única esperanza.»

Recorre la playa en dirección norte, apoyándose en el bastón para mantener el equilibrio, intentando, en la medida de lo posible, permanecer a la sombra de los árboles. El sol sigue su camino ascendente; ha de apresurarse. Ya distingue el humo, que se eleva en una tenue columna. Tardará como mínimo una hora en llegar. Esa gente no sabe nada de él. De los crackers sí, pero a él no lo esperan. Se sabe con ventaja.

Avanza cojeando de árbol en árbol, esquivo, blanco, un rumor. En busca de los suyos.

En la arena hay una huella. Y otra. No son muy profundas, porque en este punto la tierra está seca, pero no hay duda de que se trata de huellas. Descubre un rastro entero en dirección al mar. De distintos tamaños. Se aprecian mejor ahora, la arena se encuentra más húmeda. ¿Qué ha estado haciendo esa gente? ¿Nadar? ¿Pescar? ¿Lavarse?

Llevaban zapatos o sandalias. Y aquí es donde se los han quitado, donde se los han vuelto a calzar. Pisa con fuerza la arena mojada con el pie sano, junto a la huella más grande. Una manera de estampar su firma. En cuanto levanta el pie, la huella se llena de agua.

Ya percibe el olor del humo, el rumor de las voces. Avanza con sigilo, como si entrara en una casa en la que todavía pudiera quedar algún habitante. ¿Y si lo descubren? Un loco peludo, desnudo, sólo ataviado con una gorra de béisbol y que empuña un pulverizador. ¿Qué harían? ¿Gritar y salir corriendo? ¿Atacarle? ¿Extenderle los brazos en alegre gesto fraternal?

Observa a través del follaje. Son sólo tres, sentados alrededor del fuego. También cuentan con un pulverizador, un modelo ordinario de Corpsegur, aunque está en el suelo. Están delgados y en un estado lamentable. Dos hombres, uno blanco y otro mulato, y una mujer de piel morena. Los hombres llevan ropa tropical de color caqui, muy sucia, y la mujer los restos de un uniforme... ¿De enfermera?, ¿de guardia? Debió de ser bonita, antes de perder tanto peso. Ahora está muy flaca, le faltan mechones de pelo, parece una escoba. Los tres parecen agotados.

Están asando algo, algún tipo de carne. ¿Un mofache? Sí, ve la cola en el suelo. Lo habrán cazado con el arma. ¿Por eso se llenan los ojos de lágrimas?

Tiembla. Le ha subido la fiebre.

¿Y ahora qué? ¿Avanzar con un trozo de sábana atada al palo, agitando su bandera blanca? «Vengo en son de paz.» Pero no se ha traído la sábana.

O: «Puedo enseñaros muchos tesoros.» No dispone de nada que ofrecerles, y ellos tampoco a él. Nada más que ellos mismos. Podrían escucharle, oír su relato, y viceversa. Al menos ellos entenderían algo de lo que le ha sucedido.

O: «Salid ahora mismo de mis tierras si no queréis que os vuele la tapa de los

sesos», como en esas películas viejas del Oeste. «Manos arriba. Atrás. Dejad el arma en el suelo.» Aunque eso significaría el fin. Ellos son tres, y él sólo uno. Harían lo mismo que él en su lugar: se marcharían, aunque no se alejarían mucho y se dedicarían a espiarlo. Lo atacarían de noche, le abrirían la cabeza con alguna piedra. Nunca estaría seguro de cuándo se presentarían.

Cabe la posibilidad de acabar de una vez con todo ahora mismo, antes de que lo descubran, aprovechando que todavía le restan fuerzas. Ahora que aún se halla en condiciones. El pie es una bolsa de fuego líquido. Sin embargo, no le han perjudicado en nada. A él no. ¿Ha de matarlos a sangre fría? ¿Es capaz de eso? Además, si empieza a matarlos y se detiene, uno de ellos acabará con él. Por supuesto.

—¿Qué quieres que haga? —le susurra al vacío.

Resulta difícil determinarlo.

«Oh, Jimmy, eras tan gracioso.» «No me falles.»

Por pura costumbre, consulta el reloj, que le muestra su rostro en blanco.

Las cero en punto, piensa Hombre de las Nieves. Es hora de marcharse.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a las Society of Authors (Inglaterra), en tanto que representante de la obra de Virginia Woolf, por permitirme usar una cita de *Al Faro*, así como a Anne Carson, por permitirme citar su obra *The Beauty of the Husband [La belleza del marido]*; a John Calder Publications y a Grove Atlantic por permitirme citar ocho palabras de la novela *Mercier and Camier*, de Samuel Beckett. La lista completa de las demás citas usadas o parafraseadas en los imanes de nevera, que aparecen en esta obra, puede encontrarse en oryxandcrake.com. *Winter Wonderland*, la canción que se menciona en el capítulo 9, es de Felix Bernard y de Richard B. Smith, y tiene copyright de Warner Bros.

El nombre de Amanda Payne me lo ha prestado generosamente su propietaria, que lo ganó en una subasta en la que se obtuvieron unos fondos muy necesarios para la Medical Foundation for the Care of Victims of Torture [Fundación Médica para la atención a las Víctimas de Torturas], del Reino Unido. El loro *Alex* forma parte del proyecto sobre inteligencia animal que lleva a cabo la doctora Irene Pepperberg, y es el protagonista de muchos libros y documentales, así como de páginas web. De él toma su nombre la Alex Foundation. Gracias también al loro *Tuco*, que vive con Sharon Doobenen y Brian Brett, y al loro *Ricki*, que vive con Ruth Atwood y Ralph Siferd.

En el transcurso de los años, han sido muchas las revistas y periódicos, así como los autores de no ficción, que me han ido proporcionando, sin yo saberlo, un trasfondo para mi obra. En oryxandcrake.com aparece una lista detallada. Gracias también al doctor Dave Mossop y a Grace Mossop, así como a Norman y a Barbara Barrichello, de Whitehorse, en el Yukón, Canadá. Y a Max Davidson y a su equipo, de Davidson's Arnheimland Safaris, en Australia. A mi hermano, el doctor Harold Atwood, neurofisiólogo (gracias por el estudio de las hormonas sexuales de los ratones antes de nacer y de otros temas tan arcanos); a los licenciados Gilberto Silva y Orlando Garrido, biólogos entregados, en Cuba. A Mathew Swan y a su equipo, de Adventure Canada, durante uno de cuyos viajes árticos escribí parte de este libro. A mis «compañeros de laboratorio» de la promoción 1939-1945; y a Philip y a Sue Gregory, de Cassowary House, Queensland, Australia, desde cuya terraza, en marzo de 2002, la autora observó un pájaro muy poco común, la polluela tricolor, cuyo nombre autóctono es *crake*.

Deseo expresar también mi agradecimiento a los inteligentes primeros lectores de la obra, Sarah Cooper, Matthew Poulakakis, Jess Atwood Gibson, Ron Bernstein, Maya Mavjee, Louise Dennys, Steve Rubin, Arnulf Conradi y Rosalie Abella; a mis agentes, Phoebe Larmore, Vivienne Shuster y Diana Mackay; a mis editores, Ellen Seligman, de McClelland & Stewart (Canadá), Nan Talase, de Doubleday (EE.UU.) y

Liz Calder, de Bloomsbury (Reino Unido); y a mi incansable correctora, Heather Sangster. También a mi entregada asistente, Jennifer Ossi, y a Surya Bhattacharya, la encargada de la abultada Caja Marrón llena de recortes para la investigación. Y a Arthur Gelgoot, a Michael Bradley, a Par Williams; y a Eileen Alien, a Melinda Dabaay y a Rose Tornato. Finalmente, a Graeme Gibson, mi compañero desde hace treinta años, devoto observador de la naturaleza y participante entusiasta de la Carrera de Aves de la Isla de Pelee de Ontario, Canadá, y que entiende lo obsesivo del oficio de escribir.

Notas

[1] Jack sé ligero, Jack sé rápido, Jack tiene una gran candela. <<